



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CION GENERAL DE BIBLIOTECA

Prescott

CONQUISTA
DE MEXICO

2

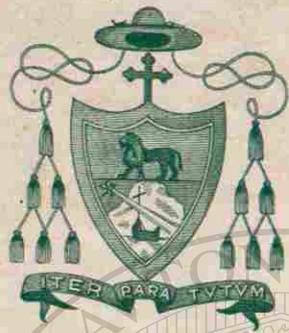
F1230

P7

v. 2

P93K9h

000392



1080017644

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EXTERNO
VALVERDE Y TELLEZ

UANI

Núm. Clas. 1912.02

Núm. Autor 192976

Núm. Título 392

Núm. Volumen -6-

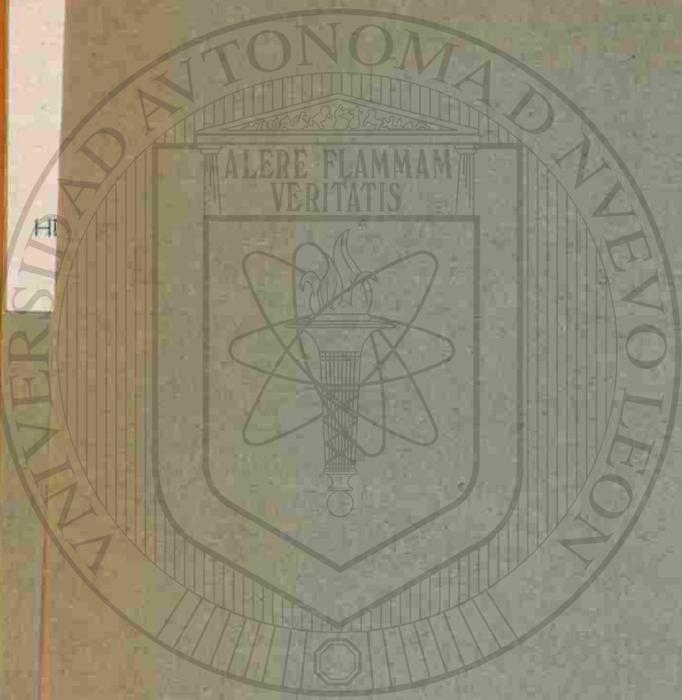
Procedencia _____

Fecha _____

Clasificación _____

Catálogo _____





HISTORIA



CONQUISTA DE MEXICO

FONDO DE INVESTIGACION
VALVERDE Y TELLEZ

W. H. PRESCOTT

TRADUCCION DE J. NAVARRO

TOMO II.

Edición del "Constitucional"

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO VALDES"
4520, 1925 MONTERREY, MEXICO



MEXICO

Imprenta de Valle Hermoso
Perpétua, núm. 10.

Capilla Altares
Biblioteca Universitaria

038232

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

F 1230

P 7

V. 2



FONDO EDITORIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

88533

LIBRO II.

CAPITULO I.

DESCONTEENTO DEL EJERCITO.—ESPIAS TLAXCALTECA.

—PAZ CON LA REPUBLICA.—EMBAJADA DE Mo-

TEUCZUMA.

(1519.)

Deseoso Cortés de esparcir el terror del nombre castellano persiguiendo sin cesar al enemigo, al día siguiente de haber enviado la nueva embajada á Tlaxcalan, se puso á la cabeza de unos pocos de caballería, para secorrrer los paises inmediatos. Estaba á la sazón enfermo de calentura,¹ y tanto esta como una purga que había tomado, apenas le de-

1 El efecto de la purga, no obstante que había sido tomada en dosis excesiva, según dice el mismo Bernal Díaz, se suspendió durante aquella expedición; lo cual no tiene Gomara por milagro, aun que sí el P. Sandoval. (Hist. de Carlos V. tomo I, pag. 127.) Solís después de un escrupuloso examen de esta árdua materia, decide la cuestión (cosa que parecerá estraña, ¡contra el padre Sandoval! Conquista, lib. 2, cap. 20.

000392

jaban fuerzas para tenerse en la silla. Era fragoso el país y corrían de las heladas cumbres de las montañas, vientos tan penetrantes que traspasaban el ligero vestido de las tropas y crujían á caballos y ginetes: cuatro ó cinco de los primeros se enfermaron, y el general temiendo no fuesen á perecer lo^s mandó otra vez al real. Los soldados desalentados por aquel mal agüero, quisieron disuadir al general de que prosiguiese; pero éste les respondió: "que peleaban bajo la bandera de la cruz, y que Dios es mas fuerte que la naturaleza;"¹ con lo que continuaron su marcha.

Llegaron á países en que se ofrecían los variados objetos que otras veces: áridas colinas y cultivadas llanuras, cubiertas en abundancia de lugarejos [y ciudades, algunas de ellas situadas en la frontera ocupada por los otomíes. Siguiendo la máxima romana, perdonaban á los enemigos que se sometían sumisamente, y por el contrario, ejercían completa venganza contra los que les oponían resistencia, y siendo éstos muchos, dejaron señalado el camino por el incendio y la devastación. Después de una corta ausencia regresaron á su campamento, cargados del botín de su provechosa expedición. Habría sido mas honroso para Cortés, no haberse conduci-

1 "Dios es sobre natura." Relacion seguida de Cortés, en Lorenzana, pág. 54.

do con tanto rigor; pero Bernal Díaz imputa aquellos excesos á los indios aliados, á quienes era imposible contenerse en medio de la embriaguez de la victoria.¹ Que se imputasen á quien quiera que fuese, poco cuidado daba al general, quien en una de sus cartas al emperador Carlos V, confiesa que como peleaba bajo la señal de la cruz, y por la verdadera fé y en honra y servicio de Sus Altezas, el cielo coronaba con el triunfo sus batallas, en las que morían multitud de infelices, y muy poco padecían los cristianos.²

Los conquistadores cristianos, si hubiéramos de juzgar por sus escritos, no obraban por ningún motivo mundano, sino que peleaban como soldados de la Iglesia defendiendo la santa causa del cristianismo; mas lo raro no es eso, sino que del mismo modo piadoso los juzguen casi todos los escritores nacionales de tiempos posteriores.³

1 Hist. de la Conquista, cap. 64.—No así Cortés, quien confiesa descardamente que "quemó diez pueblos." (Ibid, pág. 52.) Su reverendo comentador, especifica las ciudades indias destruidas en aquellas expediciones. Viages, págs. IX, XI.

2 La famosa bandera del Conquistador, con una cruz por divisa, todavía se conserva en México.

3 "E como traíamos la bandera de la Cruz é empuñábamos por nue tra fé y por servicio ae vuestra Sacra Magestad, en su muy real ventura nes dió tanta victoria, que les matamos mucha gente sin que los nuestros recibiesen daño alguno." Ibidem, ubi supra.

4 "Y né cosa notable, exclama Herrera, con cuánta devoción y humildad volvían todos alabando á Dios que tan milagrosas victorias les dába; de donde se conocía claro que los favorecía con su divina asistencia."

A su regreso al campamento, encontró Cortés nuevos motivos de disturbio y descontento entre los soldados. Su paciencia se había agotado por los rigores y fatigas á que se habían visto sujetos y cuyo término no alcanzaban á ver. Las batallas que habían ganado contra tan tremendos enemigos, no habían mejorado su condicion ni en un áspice: "veían como cosa de risa," segun dice el soldado viejo tantas veces citado, "su llegada á México,"¹ y la perspectiva de una guerra interminable con el pueblo feroz entre el cual estaban arrojados, les infundía profundo terror y desaliento.

Entre los descontentos había algunas de esas personas vanas y frívolas de las que se encuentran en todo campamento y que como ligeras brújulas salen á la superficie y se hacen visibles á la menor revuelta. En su mayor parte eran del antiguo bando de Velazquez y tenían posesiones en Cuba, sobre la cual arrojaban una mirada mas y mas triste conforme iban alejándose de ella. Aguardaban al general, no para hacerle un motin, pues todavía se acordaban de la dura leccion que les había dado en Villa Rica, sino para rogarle como á su hermano y compañero de aventuras. Este tono

¹ "Porque entrar á México, teníamoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas." Cap. 66.

² Bernal Diaz rechaza con indignacion el cargo de que aquello fuese un motin, como Gomara lo califica. "Las palabras que le decían eran por vía de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien

de familiaridad sentaba perfectamente al espíritu de igualdad con que se veían recíprocamente unos á otros, todos los que habían tomado parte en aquella empresa.

Dijéronle que sus padecimientos no eran para ser soportados por mas tiempo: que todos habían recibido una herida, y la mayor parte, dos ó tres: que desde que habían salido de Veracruz habían perecido ya de esta, ya de otra manera, mas de cincuenta, que si una bestia de carga tenía una vida mas fatigosa que la suya, pues siquiera la primera, cuando llegaba la noche se entregaba al descanso; pero ellos combatían y velaban de dia y de noche: que en cuanto á conquistar México era locura solo pensarlo, porque si la republiquilla de Tlaxcalan les había hecho tanta resistencia ¿qué no sería de temer del gran imperio de México? Que ya que había una tregua de paz, querían aprovecharla volviéndose á Veracruz, bien que la flota había sido echada á pique; por cuyo acto de audacia sin ejemplo ni aun en los anales de Roma, el general era responsable de la suerte del ejército entero: finalmente, que aun quedaba un buque, que se podía enviar á Cuba á pedir refuerzo y que luego que éste llegase quizá

dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitan, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos." Ibid, cap. 71.

se pondrían en aptitud de emprender nuevas operaciones militares con alguna esperanza de buen éxito.

Cortés les escuchó, sin que se mostrase en su semblante la menor turbación, y en vez de contestarles agriamente ó de desechar sus súplicas, les replicó en el mismo tono de familiaridad soldadesca, que ellos habían afectado. Díjoles que había gran fondo de verdad en lo que acababan de decirle: que los trabajos de los españoles eran grandes, mayores que los de ningún héroe griego ó romano; pero que tanto mayor sería también la gloria que les cupiese: que muy á menudo se había llenado de admiración al ver á aquel puñado, circundado de millares de bárbaros, y que conocía que solo los españoles eran capaces de triunfar de tan formidables enemigos; sin que pudiese menos de creer que les ayudaba el brazo del Altísimo; que ¿cómo podían desconfiar de seguir contando con su auxilio, cuando por su causa combatían? Que ciertamente había sido trabajosa su vida; pero que tampoco debían aguardársela de ociosidad y pasatiempo, pues ya en otro tiempo les había dicho que la gloria solo era recompensa de la fatiga y el peligro, en el que le harían la justicia de confesar que había tenido su parte (que era muy verdad, añade el historiador que oyó y refiere este diálogo). Continuó diciéndoles: si bien hemos encontrado riesgos, siempre

hemos salido victoriosos: aun en este momento, la abundancia que hay en nuestros reales, es debida á nuestros triunfos: en breve veremos á los tlaxcaltecos implorando humildemente nuestras paces; demás que es imposible retroceder, porque hasta las piedras se alzarían contra nosotros, y los triunfantes tlaxcaltecos nos arrojarían hasta las orillas de las aguas. ¿Cómo reirían los mexicanos al ver en qué vinieron á parar nuestros fieros y vanaglorias? Nuestros primeros amigos se tornarían en enemigos nuestros, y los totonecas para desarmar la venganza de los aztecas, de quienes ya no podemos defenderles, se unirán al alzamiento general. No nos queda otra esperanza sino continuar nuestra marcha: yo os ruego que acalleis vuestros nimios temores, y que en vez de fijar vuestras miradas en Cuba, las fijéis en México, ese grande objeto de nuestra empresa.

Mientras pasaba esta conversación, fueron llegando algunos otros soldados y circundando al general: los primeros, alentados por la presencia de sus camaradas y por la condescendencia del general, replicaron que estaban muy agenos de haberse convencido: que otra victoria como la última, sería su completa ruina y que ir á México sería ir al matadero. Por último, agotada la paciencia del general, cortó la disputa recitando un verso de un antiguo romance que dice vale mas morir con honor que vivir deshonorado; escitando de esta suerte un s n-

timiento del cual participaba la mayor parte del auditorio, el que no obstante aquellas pasageras murmuraciones, no pensaba en abandonar la comenzada empresa, ni mucho menos á su caudillo á quien amaban apasionadamente. Los malcontentos, desconcertados por aquella repulsa, se retiraron á sus tiendas maldiciendo entre dientes y en voz baja al capitán que les había llevado allá, á los indios que le habían conducido y á los españoles que le toleraban.¹

¡Cuán grandes fueron los tropiezos que encontró Cortés en su camino! ¡Un enemigo astuto y feroz; un clima extraño y á veces mortífero; enfermedades personales, agravadas por la ansiedad en que le tenía la manera con que el soberano recibiría su conducta; y finalmente, y no es esto lo de menos, disgustos y desaliento entre sus soldados, cuya unión y constancia debían de servir como de punto de apoyo á la gran palanca con que intentaba subvertir el trono de Moteuczóma!

En la mañana del siguiente día, quedaron sor-

¹ Esta conferencia la refieren de diversa manera casi todos los historiadores. Véanse: Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 55. Oviedo, Hist. general de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3. Gomara, Crónica, caps. 51, 52. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 80. Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 6, cap. 9. Pedro Martir, De Orde Novo, Dec. 5, cap. 2. Mas lo que yo he hecho es extractar lo que refiere Bernal Díaz, uno de los que oyeron el diálogo, aunque no tomó parte en él: razón precisamente para elegirle como la mejor autoridad.

prendidos los españoles al ver á unos cuantos tlaxcaltecas que se dirigían á los reales, y cuyas divisas blancas denotaban su misión de paz. Traían algunos víveres y algunos adornos de oro, que enviaba el general tlaxcalteca, quien cansado ya de la guerra, requería ahora de amistad á los españoles, á cuya presencia debía venir dentro de poco tiempo; lo que causó entre estos gran regocijo, recibiendo á los emisarios con las más amistosas enhorabuenas.

Pasaron así uno ó dos días, en los cuales se ausentaron algunos indios del campamento cristiano, quedando en él cosa de cincuenta, los que comenzaron á despertar la desconfianza de Doña Marina. Al punto comunicó sus sospechas de que fuesen espías, á Cortés, el cual mandó que aprehendiesen á muchos de ellos y les tomasen declaración separadamente; de lo que resultó que eran efectivamente enviados por Xicotencatl para informarle del estado que guardaban los reales de los cristianos, pues se disponía á dar un asalto, para el cual iba á reunir todas sus tropas. Sabedor Cortés de tal cosa, determinó hacer con ellos un castigo que sirviese de escarmiento: mandó, pues, que les cortasen las manos, y en esta manera les envió al ejército de los tlaxcaltecas, para que les dijese "que podían venir de día y de noche y á cualquiera hora y que siem-

pre encontrarían á los españoles prontos á recibirlos." ¹

El doloroso espectáculo que ofrecían los indios mutilados, llenó de horror y consternación á sus compatriotas. El altivo orgullo de su jefe quedó humillado, perdiendo desde aquel momento su acostumbrada arrogancia y presunción; y los soldados por su parte, llenos de un miedo supersticioso, se rehusaron á seguir guerreando contra un enemigo que sabía leer sus pensamientos y adivinar sus planes, ántes de que hubiesen puesto mano á realizarlos. ²

El castigo que impuso Cortés á los espías, parecerá brutal al lector; pero debe tenerse presente en abono de aquel, que las víctimas eran espías y podían como tales ser castigadas con la muerte, según la leyes de la guerra generalmente admitidas entre todas las naciones, ya cultas, ya bárbaras. La amputación de los miembros era un castigo suave, y destinado á ofensas de menor tamaño. Cuando nos escandalicemos al pensar en la barbaridad de la

¹ Díaz dice que solo diez y siete perdieron las manos, y los demás los dedos. (cap. 70). Cortés no titubea en confesar que los cincuenta perdieron las manos. "Les mandé tomar á todos cincuenta, y cortarles las manos, y los envié que dijese á su señor que de noche, y de día, y cada y cuando él viniese, verían quien éramos." Relación segunda, en Lorenzana, pag. 53.

² "De que los tlaxcaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendía sus pensamientos." Ixtlilxochitl, Hist. Chich. p. MS. ca83.

sentencia, reflexionemos que no era tan desusada en aquellos tiempos, ni mas desusada tampoco que los azotes y la marca con un hierro ardiente, admitidas en nuestro mismo país á principios del siglo presente, ó que la de perder las orejas, en uso todavía en el pasado. Una civilización ya adelantada, rechaza semejantes castigos, es cierto, como perniciosos en sí mismos y degradantes á la humanidad; pero en el siglo XVI estaban admitidos aun por las naciones mas cultas de la Europa; sería demasiado estricto de un hombre, y mucho mas de un hombre criado en la dura carrera de las armas, que se anticipase en civilización á su época. Ya nos contentaríamos con que en circunstancias tan críticas como esta, no se hubiese abajado á cosas mas indignas de la humanidad.

Habiendo decidido Xicotencatl, desistir de todo intento de resistencia, permitió á los cuatro embajadores tlaxcaltecas que fuesen á desempeñar su cargo; siguiéndoles á poco tiempo él mismo, acompañado de un gran séquito militar. Luego que estuvieron cerca de los reales españoles, pudieron los de esta nación conocerles en la librea blanca y amarilla, la propia de la casa de Titcalla. Grande fué el placer que causó al ejército aquella señal cierta de que iban á terminar las hostilidades; por manera que difícilmente pudo Cortés reprimir el gozo de

los soldados y permanecer él con el aire indiferente que le convenia demostrar á los enemigos.

Los españoles escudriñaban con curiosidad al gefe que por tanto tiempo les habia tenido á raya, y que hoy marchaba con un paso tan firme y un continente tan activo, como si viniera mas bien á hacer un reto que á solicitar las paces. Era de estatura poco mas que regular, ancho de hombros y de formas musculares que denotaban su actividad y su fuerza. Su cabeza era espaciosa y su frente impresa con las arrugas de un trabajo penoso mas bien que con las de los años, pues apenas tenia treinta y cinco. Al presentaase ante Cortés, le saludó de la manera corriente, tocando la tierra con la mano y llevando ésta en seguida á la cabeza; entretanto que sus sirvientes le envolvian en densas nubes de incienso de suaves y odoríferas gomas.

Lejos de temer incurrir en el desagrado del senado, se echaba sobre sí mismo toda la responsabilidad de la guerra. Dijo que habia tenido á los blancos por enemigos, por haber venido en compañía de los aliados de Moteuczoma: que amaba á su patria y que deseaba que se conservase siempre independiente de los aztecas: que habia sido vencido por los blancos, quienes tal vez serian los hombres que sus oráculos les habian predicho que habian de venir del Oriente: que deseaba que usasen de la victoria con moderacion y sin atropellar las libertades

des de la república; finalmente, que venia á nombre de su nacion á ofrecerles á los españoles su amistad, que podian estar seguros de que seria tan sincera, como firme habia sido su resistencia.

Cortés, lejos de ofenderse de aquel comportamiento, quedó admirado al ver aquélla alma elevada que se desdeñaba de mostrarse inferior al infortunio: los valientes saben respetar el valor. No obstante, tomó un aspecto severo, queriendo como reconvenir al gefe indio por haberse mantenido enemigo por tanto tiempo. Díjole que si Xicotencatl hubiese desde el principio creído en la palabra de los españoles y aceptado la amistad con que le habian requerido, habira ahorrado á su pueblo de grandes desgracias, hijas únicamente de la obstinacion; pero que era imposible deshacer lo ya sucedido: que deseaba dejarlo en el olvido y recibir á los tlaxcaltecas como á vasallos del emperador su señor: que si se mantenian fieles, encontrarian en los españoles firmísimo apoyo; pero que si por el contrario se mostraban pérfidos, tomaria tal venganza cual la que habria descargado sobre su capital á no haberse apresurado á rendirse sumision. Semejante amenaza sonaba muy ominosamente al gefe á quien se dirigia.

El cacique ordenó luego que trajesen algunas cosas de oro y de plumaje, que traia con objeto de

regalarlas al general: "Nada valen, dijo sonriéndose, porque los tlaxcaltecas somos pobres, no tenemos oro, y ni aun algodón ni sal: el emperador azteca nada nos ha dejado mas que nuestra libertad y nuestras armas: esta dádiva es solo una muestra de buena voluntad."—"Como tal la recibo, dijo Cortés, y siendo de los tlaxcaltecas, tiene para mí mas valía que si me la mandase cualquiera otro, aunque ella fuese una casa llena de oro;" respuesta tan cortesana como hábil, pues con la ayuda de aquella amistad, iba á ganar todo el oro de México.¹

Así terminó la sangrienta guerra con la terrible república de Tlaxcalan, durante la cual, mas de una vez vaciló en la balanza la fortuna de los españoles, y que si hubiese durado un poco mas, habria acabado por su completa confusion y ruina, pues estaban agotados por sus heridas, vigiliias y fatigas, y ademas, ya comenzaba á cundir el gérmen del descontento. A pesar de esto, salieron sin mancilla de aquella lucha tremenda: á los ojos del enemigo aparecian invulnerables: sus encantadas vidas, eran tan inaccesibles á los golpes de la fortuna, como á los asaltos de los hombres. Nada tiene de estrañar que

¹ Relae, seg. de Cortés en Lorenzana, págs. 56, 57. Oviedo, Historia general, MS, lib. 33, cap. 3. Gomara, Crónica, cap. 53. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 71 y siguiente. Sahagun, Hist. Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

los conquistadores hayan abrigado en su seno aquella dulce ilusion, y que hasta el último de ellos se haya imaginado ser el instrumento especial de algun decreto de la Providencia, quien le escuchaba en la hora del peligro reservándole á mas alto destino.

Estando todavía los tlaxcaltecas en el campo español, anunciaron la llegada de una embajada de Moteuczuma. La fama de las hazañas de los españoles se habia difundido por toda la mesa de Anáhuac: el emperador principalmente, habia seguido todos sus pasos, conforme habian ido subiendo la falda de las Cordilleras y acercándose á la mesa central que forman sus crestas: les habia visto regocijado, seguir el camino de Tlaxcalan, porque confiaba en que á ser mortales los españoles, allí encontrarían su sepulcro: grande fué, por lo consiguiente, el desaliento y sobresalto que le causaban las incesantes noticias que diariamente recibia, de los triunfos de los españoles sobre la mas formidable y belicosa nacion de las de la mesa, cuyos ejércitos eran dispersados como paja por la espada de aquel puñado de aventureros.

Sus temores supersticiosos recobraron de nuevo todo su ascendiente: veia en los españoles á los hombres predestinados á arrebatárle el cetro. Agitado de temores y dudas, resolvió despachar otra nueva

embajada al campamento cristiano: componíanla cinco de los primeros nobles de su corte, acompañados de doscientos esclavos: el regalo era como de costumbre, propio de su miedo y su munificencia habitual, y consistía en tres mil onzas de oro, en grandes del mismo metal, y en varios artículos de manufactura, muchos centenares de capas y vestidos de algodón bordados y varios objetos de plumage. Al poner aquellas cosas á los piés de Cortés, dijéronle los enviados, que venían á nombre de su señor á felicitarle por las últimas victorias que había alcanzado: que lo único que sentía su emperador era no poderle recibir en su capital, cuya numerosa población era tan turbulenta, que podría poner en riesgo la vida de los blancos. La sola indicación de los deseos del monarca azteca, habría sido bastante para que la obedeciesen las naciones indias; pero nada valía para los españoles; por lo que viendo que aquella excusa pueril de nada servía, apelaron los embajadores al pobre recurso de ofrecer á nombre de su señor, que éste pagaría tributo al monarca de los castellanos, con tal de que desistiesen éstos de su viaje á México. Esta fué una torpeza, pues era enseñar en una mano la rica joya que no podían defender con la otra. ¡Y sin embargo, el autor de esta conducta pusilánime, víctima infeliz de la superstición, era afamado por su intrepidez y audacia, era el terror de todo Anáhuac!

Cortés al mismo tiempo que alegaba los mandatos de su soberano, por motivo único de no acceder á los deseos del de los aztecas, usó de las expresiones de mas profundo respeto hácia éste último y les dijo, que ya que no estaba ahora en su mano recompensar como deseaba, las dádivas de Moteuczuma, *¡algún dia se las pagaría en buenas obras!* ¹

Los enviados aztecas no quedaron muy contentos de ver que la guerra había terminado y que se habían entablado las paces entre los blancos y los tlaxcaltecas, enemigos mortales de los mexicanos. El ódio que se profesaban éstos y los de Tlaxcalan era tan profundo, que no pudieron reprimirlo ni aun á presencia del general español; lo que causó mucho placer á éste, que en aquella rivalidad estaba mirando el origen de sus victorias y de la ruina del imperio de Moteuczuma. ²

1 "Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenía en merced, y que él lo pagaría al Sr. Moteuczuma en buenas obras." B. Diaz, op. cit. cap. 73.

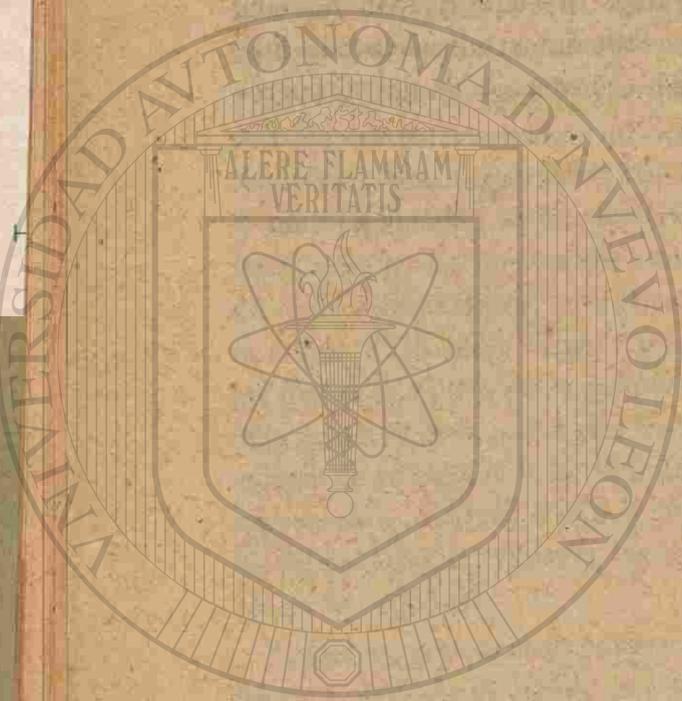
2 Cortés insiste sobre esto en su carta al emperador, donde dice: "Vista discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no huve poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podría tener manera de mas áína sojuzgarlos, é aun acordeme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne regnum, in scipsum divisum desolabitur*: y con los unos y con los otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecía el aviso que le daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro." Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 61.

Dos de los embajadores se volvieron á México á informar á su soberano del estado que guardaban los negocios en el campamento cristiano: los otros dos permanecieron en él, de lo que se alegró Cortés, pues de esta suerte podian ser testigos de las consideraciones que le guardaban los tlaxcaltecas. Por lo tanto, suspendió su marcha á México, no porque descansase de los insultantes ofrecimientos de buena fé de los mexicanos, sino porque queria someterla á una prueba mas larga, y antes de visitarle dejar que se restableciese completamente su quebrantada salud. Entretanto, todos los dias llegaban mensajeros de la capital de la república á instarle á que apresurase su marcha á ella; y por último, impacientes de la tardanza, vinieron los ancianos gobernadores de la república.

Traian un gran acompañamiento y quinientos *tamanes* á *hombres de carga*, que tirasen los cañones y aliviasen á los españoles de aquella penosa parte del servicio militar. Era, pues, imposible demorarse por mas tiempo, de manera que despues de oir misa y dar gracias al Sér Supremo por las victorias que les habia concedido, dijeron los cristianos el último adios á los cuarteles en que habian permanecido por cerca de tres semanas, y que estaban situados á la falda del cerro de Tzompanch. La torre maciza que lo coronaba, fué llamada en conne-

moracion de su residencia en ella, *la torre de la Victoria*. Las pocas ruinas que aun quedan de ella, indican al viajero un sitio inmortalizado en la historia por el valor y la constancia de los primeros conquistadores. ¹

¹ Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 6, cap. 10. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. Gomara, Crónica, cap. 54. Martír, de orbe novo, dec. 5, cap. 2. B. Diaz, Hist. de la Conq., caps. 72; 74. Ixtilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83.



CAPITULO II.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALAN.—DESCRIPCION DE LA CAPITAL.—TENTATIVA PARA CONVERTIR A LOS INDIOS.—EMBAJADA AZTECA.—INVITACION A CHOLULA.

(1519.)

La ciudad de Tlaxcalan, capital de la república del mismo nombre, distaba cosa de seis leguas del campamento español. El camino pasaba por un terreno fragoso que donde quiera que habia un palmo de tierra arable, daba señales de un esmerado cultivo. En una profunda barranca habia un puente de piedra que segun la tradicion, autoridad muy incierta, es el mismo que hoy hay y que fué construido en su origen para que pasase por él el ejército.¹ En el tránsito tocaron en varias ciudades

¹ "A distancia de un cuarto de legua, caminando á esta dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar un puente de cal y canto de bóveda, y es tradicion en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos dias que estuvo allí Cortés, para que pasase. (Viage, en Lorenzana, pag. IX.) Si estuviese bien averiguada la antigüedad de este puente de bóveda, su eccisteria

indias, en todas las cuales recibieron la mas hospitalaria acogida. Ya que habian andado algo, conocieron que estaban cerca de una ciudad populosa, por el gentío que salió á recibirles: hombres y mujeres pintorescamente vestidos, traian ramos y guirnaldas de flores que ofrecieron á los españoles ó con que adornaron los cuellos y caparazones de los caballos, como lo habian hecho los de Zempoalla. Los sacerdotes con sus túnicas blancas y sus largas y enmarañadas cabelleras flotantes sobre los hombros, se mezclaban con la multitud y arrojaban de sus zumerios nubes de incienso de copal. De esta suerte entró la numerosa y heterogénea procesion por las puestas de la antigua capital de Tlaxcalan. Era 23 de Setiembre, dia cuyo aniversario celebran todavía los naturales de aquella tierra, como un dia de regocijo.¹

La multitud era tal en las calles, que con trabajo pudo la policia de la ciudad dejar espedito un paso para el ejército; en tanto que las azoteas ó terrados de las casas estaban coronadas de una infinidad de

sería un gran testimonio en favor de la arquitectura india; pero la construccion de una obra tan sólida en un brevísimo espacio de tiempo, es cosa que para creerse, necesita de una autotidad algo mejor que la de los aldeanos de San Salvador.

¹ Clavijero, Stor. del Mess., tomo III, pág. 53.

"Recibimiento el mas solemne y famoso que en el mundo se ha visto," exclama el entusiasta historiador de la república, añadiendo que, "salieron á recibir á los españoles, mas de cien mil hombres, que parece cosa imposible," (y que en efecto lo es.) Camargo, Historia de Tlaxcalan, MS.

espectadores impacientes por siquiera divisar á los maravillosos extranjeros. En las casas estaban colgadas flores y festones, y en medio de las calles habia arcos formados de verdes ramas entrelazadas con madreselvas y rosas. Toda la poblacion se entregó al regocijo: el aire resonaba con cantos y exclamaciones de triunfo y con los ásperos sonidos de los instrumentos nacionales, que á no haber sido por las explicaciones de Marina y por las demostraciones de júbilo de los indios, habrian escitado temores en el pecho de los españoles.

Esta procesion se dirigió por las principales calles hácia la casa de Xicotencatl, el anciano padre del general tlaxcalteca, y uno de los cuatro gobernadores de la república. Cortés se apeó del caballo para recibir al anciano gefe y abrazarle: era éste casi ciego, por lo que para satisfacer hasta cierto punto la curiosidad que tenia de conocer al general español, le tentó la cara con las manos. Despues se dirigieron á un salon de su palacio, donde sirvieron al ejército un banquete. Llegada la noche, le designaron para cuartel los edificios y campos descubiertos que rodeaban el templo mayor; mientras que á los embajadores aztecas los alojaron en aposentos inmediatos al de Cortés, quien así lo habia pedido para velar por su seguridad, pues se encontraban en la ciudad de sus enemigos.¹

¹ Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 12

Tlaxcalan era una de las mas populosas é importantes ciudades de toda la mesa. Cortés, en su carta al Emperador, la compara con Granada, afirmando que "era mas espaciosa, fuerte, y populosa que lo que era la capital morisca al tiempo que se ganó y tan bien construida como ella." ¹ Mas no obstante que esto mismo confirma un escritor respetable de fines del siglo pasado, ² dificilmente debemos creer que aquellos edificios hayan podido igualar á esos monumentos de la magnificencia oriental cuyas esbeltas y aéreas formas escitan á pesar de las injurias del tiempo, la admiracion de cuantos viajeros tienen un gusto delicado. Lo que hay de cierto es, que Cortés, lo mismo que Colon, veia los objetos con los ojos de su acalorada imaginacion y les daba un colorido mas vivo y mayores dimensiones de lo que realmente tenian. Nada tiene de extraño que un hombre que habia hecho tan raros descubrimientos exagerase desmesuradamente el mérito de ellos, no solo á sus propios ojos, sino tambien á los de los demas.

Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 59. Camargo, op. cit. Gomara, Crónica, cap. 54. Herrera, Historia general, dec. 2, lit. 6, cap. 11.

¹ "La cual ciudad es tan grande y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que de ella podria decirse, deje, lo poco que diré, creo es casi increíble, porque es mucho mayor que Granada, y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha mas gente que Granada tenia al tiempo que se ganó. Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 58.

² "En las ruinas que aun hoy se ven en Tlascalan, se conoce que no es ponderacion." Ibid, pág. 58. Nota del editor, Lorenzana.

Las casas eran por la mayor parte, de adobe, y una que otra de cal y canto ó de ladrillos secados al sol. A la entrada no habia puerta ni ventanas sino que de las primeras colgaban esteras riveteadas de piezas de cobre ó de cualquiera otra cosa capaz de producir una especie de campanilleo que avisaba si alguién entraba. La poblacion debe haber sido muy considerable, si acaso es cierto lo que dice Cortés, que se reunian en la plaza mas de treinta mil almas, en los dias del mercado. Estas reuniones era un especie de feria, que en las grandes ciudades se tenia cada cinco dias y á la que concurrían los vecinos de las inmediaciones que traian á vender toda especie de artículos de consumo doméstico y todas las manufacturas que formaban su industria fabril, y principalmente la alfarería, en la cual escedian á lo mejor que habia entonces en Europa. ¹ Otra nueva prueba de que era un pueblo culto, son las tiendas y casas para baños, tanto de vapor como de agua caliente, de los cuales hacian un uso frecuente los naturales. Finalmente aquella cultura estaba tambien atestiguada por la existencia de una policia encargada de mantener el orden. ²

¹ "Nullam es fictile vas apud nos, quod arte superet ab illius forma." Mártir, de Orbe novo, dec. 5, cap. 2.

² Camargo, loco citado. Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 59. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. Ixtlixochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83.

El territorio estaba dividido en cuatro cuarteles, que mejor pudiera decirse que eran tantas ciudades diferentes, pues habían sido edificados en diversas épocas, y estaban separados por altas paredes de piedra que servían como de linderos. Cada uno de ellos estaba regido por uno de los cuatro gobernadores quien ocupaba una espaciosa mansión situada en medio de sus vasallos. ¡Estraño arreglo y mas estraño todavía que no haya sido incompatible con el orden y la tranquilidad social! La antigua capital situada en el distrito donde nacia el rápido riachuelo de Zahuatl, pasaba por la cumbre y falda de las colinas en cuya base se encuentran ahora los miserables restos de aquella floreciente población.¹

Al Sudeste se extendía hasta un término muy dilatado, la escarpada sierra de Tlaxcalau, entre cuyos picos se eleva el enorme cerro de la *Malinche*, coronado de la diadema de plata que ciñe de ordinario á los altísimos Andes, y á cuyas fragosas faldas crecían y se levantaban magestuosas, selvas de gigantescos sicomoros y encinos, cuyo tronco de cuaren-

Este último, cita tal número de autoridades de indios contemporáneos, que le han servido para la formación de su historia, que ese número prueba por sí solo un considerable grado de civilización en el pueblo.

¹ Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 6, cap. 12.

La población de la ciudad que Cortés comparaba con Granada, ascendía á principios del siglo actual, á 3.400 habitantes, de los cuales solo menos de mil eran indios. Humboldt. Essai politique, tomo II, pág. 158.

ta ó cincuenta piés de altura, estaba enteramente desnudo. Las nubes que venían del lejano Atlántico se apiñaban en torno de los encumbrados picos de aquellas montañas y reuniéndose formaban torrentes que al derramarse por las llanuras del territorio, lo convertían en un lago, en ciertas estaciones. Estrepitosas tempestades, mas terribles allí que en ninguna otra parte de la mesa, se levantaban en la falda de aquellas montañas y sacudían hasta los cimientos de los endeble edificios de la ciudad. Pero no obstante que los rígidos vientos de la sierra daban al clima cierta aridez, desconocida bajo el sereno firmamento y á la temperatura cálida de los países inferiores, esto no perjudicaba al pleno desenvolvimiento de las fuerzas tanto físicas como morales de los habitantes. Pasaban una vida dura y laboriosa entre aquellas escarpadas colinas, igualmente propias para ser cultivadas durante la paz, como defendidas en la guerra. Distinto del mimado hijo de la naturaleza, á quien ésta prodiga copiosamente los medios de subsistencia y le ahorra toda especie de trabajo, el tlaxcalteca sacaba su sustento de un suelo, no ingrato ciertamente: pero que era preciso regar con el sudor de la frente: llevaba una vida sóbria y laboriosa: privado del comercio por la guerra incensante contra los aztecas, tenía que dedicarse principalmente á la labranza, la ocupación mas apropiada para conservar la pureza de las costum-

bres y la fuerza del cuerpo: su honrado pecho estaba inflamado de ese patriotismo ó afecto local que engendra el cultivo de la tierra, y le animaba ese noble sentimiento de independencia, propiedad natural del hijo de las montañas. Tal era la raza con que Cortés se había aliado para dar remate á su gran empresa.

Algunos dias fueron destinados á obsequiar á los españoles, convidados sucesivamente á la mesa de los cuatro grandes señores, en los respectivos departamentos de la ciudad. Aun en medio de aquellas demostraciones amistosas, conservaba el general el rigor de la disciplina y su acostumbrada vigilancia, procurando al mismo tiempo la seguridad de los ciudadanos, con prohibir espresamente á todos los soldados, que saliesen de sus cuarteles sin pedirle espreso permiso. Este rigor provocó las quejas de algunos oficiales del ejército, que miraban aquella precaucion como superflua y las de los gefes tlaxcaltecas, que la consideraban como una señal de inmerecida desconfianza. Mas luego que Cortés le esplicó que lo hacia por no quebrantar las reglas de arte militar, manifestaron su admiracion, y el ambicioso jóven general de la república aun llegó á proponer que se introdujese esa costumbre, si posible era, en los ejércitos nacionales.¹

1 Sahagun, Historia de la Nueva-España; MS., lib. 12, cap. 11, Camargo, loco citado. Gomara, crónica, cap. 54, 55. Herrera, hist. general, dec. 2 lib. cap. 13. Bernal Diaz, cap. 75.

Luego que el general español estuvo seguro de la lealtad de sus nuevos aliados, puso mano á una obra que era uno de los principales objetos de su expedicion: la conversion de los indios al cristianismo mas por dictámen del Padre Olmedo, quien siempre se oponia á las medidas violentas, se difirió esto para mejor oportunidad. Esta se ofreció cuando los gefes tlaxcaltecas propusieron para afianzar mejor la alianza que habian hecho con los españoles, que las hijas de los primeros se casasen con los capitanes de Cortés y con él: entonces les dijo éste, que tal cosa no podia verificarse mientras ellas permaneciesen en las tinieblas de la supersticion, y con la ayuda del buen fraile, les esplicó lo mejor que pudo, los misterios de la fé cristiana, y les enseñó la imágen de la Vírgen y su Divino Hijo, diciéndole que aquel era el símbolo único de la salvacion, mientras que sus falsos dioses, las hundirian en perpetua perdicion.

Me parece enteramente inútil cansar al lector refiriéndole todo lo que en aquella plática doctrinal esplicaron á los indios, pues basta figurarnos que entre los dogmas que nuevamente se les proponian á los indios incultos, habria algunos de ellos que les serian tan incomprensibles como muchos de los de su propia religion. Mas aun cuando no logró convencerles, le escucharon con tímido respeto y cuando concluido le dijeron: que no dudaban que el Dios

de los cristianos sería un bueno y gran Dios, y que por lo tanto determinaban admitirle en el número de los de Tlaxcalan. Ya se vé que el politeísmo de los indios, semejante al de los antiguos griegos, era de tal naturaleza, que podía admitir sin violencia ninguna entre la multitud de sus divinidades á los de cualquiera otra religion. ¹ Cada nacion, continuaron los tlaxcaltecas, debe de tener sus dioses suyos propios y sus deidades tutelares: no podemos abjurar ya ancianos el culto que desde nuestra niñez hemos profesado: ademas de que si tal hiciésemos provocariamos la venganza de nuestros dioses y de nuestro pueblo, el cual ama su religion tan ardentementecomo su libertad, y derramaria en defensa de la una y de la otra hasta la última gota de su sangre.

Segun esto, era claramente inútil insistir mas en aquella materia; pero el zelo religioso de Cortés, ardiente de suyo é inflamado todavía mas por la resistencia que encontraba, no calculaba los obstáculos; probablemente, ni la corona del martirio habia sido parte á retraerle de su buena obra; bien que afortunadamente para la causa que defendia, esta corona no le estaba reservada.

¹ Camargo habla de esta especie de elasticidad de las religiones de Anáhuac. "Este modo de hablar y decir que les querrá dar otro Dios, es saber que quando estas gentes tenian noticia de algun Dios de buenas propiedades y costumbres, que le recibiesen admitiéndole por tal, porque otras gentes advenedizas trujeron muchos dolos que tuvieron por Dioses, y á este fin y propósito decian que ¿Cstér les tria otro Dios." Loco citato.

El buen misionero, el evangélico consultor de Cortés, viendo el camino que iban á tomar los negocios, se interpuso para estorbar que se llevasen adelante las miras de aquel: díjole que no queria volver á ser testigo de las escenas que habian pasado en Zempoalla, que no queria fiarse á conversiones hechas por la fuerza, pues que eran efímeras: que lo que era obra de un momento, en un momento se acababa: ¿le qué sirve, decia, derribar el altar, si el ídolo queda en pié allí, en el corazon? ¿Ni de qué tampoco destruir el ídolo, si en su lugar se ha de poner otro nuevo? Mas vale que esperemos con paciencia á que moviéndose el corazon y alumbrándose el entendimiento, puedan adquirir estos infieles una conversion sincera y duradera. Estos juiciosos consejos fueron de la apobacion de Alvarado, Velazquez de Leon y demas en quienes tenia confianza Cortés, hasta que por último, ocupado en sus Primeros proyectos de guerras y batallas, abandonó por entonces la obra de la conversion, mayormente, que consideraba que aquí podía tener un resultado muy diverso del que tuvo en Cozumel y Zempoalla; segun era el carácter de la poblacion. ¹

¹ Ixtlilxochitl, Hist. Chicb., MS., cap. 84. Gomara, Crónica, cap. 56. Bernal Diaz caps. 76, 77. No es asi como lo cuenta Camargo, pues segun él, Cortés ganó el punto y consiguió que los nobles abrazasen el cristianismo y que se demoliesen los ídolos. (Hist. de Tlaxcala, MS.) Pero atendamos á que Camargo era un indio cristianizado, que vivió en la generacion inmediata

En el curso de nuestra narración se verán mas de una vez los buenos efectos de la intervencion del Padre Olmedo; pudiendo asegurarse que su prudencia y discrecion en las cosas espirituales contribuyó al buen éxito de la empresa, tanto como el valor y sagacidad de Cortés en los negocios de la guerra. Era este religioso un verdadero discípulo de Las-Casas: su corazon no estaba tiranizado por ese horrendo fanatismo que destruye y arrasa cuanto toca, sino animado del celo vivificante de la caridad cristiana. Habia venido de misionero al Nuevo Mundo, y no perdonó sacrificio para hacer el bien al pobre descarriado rebaño á quien habia consagrado su vida. Si seguia las banderas del guerrero, era para mitigar los horrores de la guerra y para tomar en provecho de los infelices mismos el triunfo de la cruz, consagrando todas sus fatigas á la buena obra de la conversion; ofreció uno de esos raros ejemplos (no de esperar en un fraile español del siglo XVI,) de un celo ardiente y de un espíritu de mansenumbre y tolerancia.

Mas á pesar que Cortés habia diferido para ocasion mas oportuna sus proyectos de conversion,

mente siguiente á la conquista, y que debe haber tenido tanto empeño en salvar á la nacion del cargo de infidelidad, como tomaría un español moderno en borrar de su blason la mala raza y mancha del Judaismo ó del Mahometismo.

obligó á los tlaxcaltecas á que rompiesen las cadenas de los infelices prisioneros destinados al sacrificio; acto de humanidad que desgraciadamente tuvo una utilidad effmera, pues luego que partió Cortés se llenaron las cárceles de nuevas victimas.

Obtuvo ademas, permiso para que se dejase á los españoles en libertad para celebrar las ceremonias de su religion; de manera que erigieron una gran cruz en una de las plazas públicas: todos los dias se decia misa á que concurría no solo el ejército, sino multitud de naturales, que aunque no comprendian la significacion de aquella ceremonia, estaban tan edificados que aprendieron á venerar la religion de los conquistadores; porque parece que la interposicion directa del cielo para convertirles, valia mas que las mejores pláticas del Conquistador y el misionero. Apenas habian salido de la ciudad los españoles, cuando (y es buena autoridad la que lo refiere), descendió del cielo una nube delgada y trasparente, que formando una especie de columna envolvió á la cruz en su luminoso resplandor y continuó despidiendo durante toda la noche una luz clara y apacible, que denotaba el sagrado carácter de aquel símbolo sobre el cual se veia la corona de la Divinidad.¹

Admitido el principio de la tolerancia, ya no re-

¹ Herrera cuenta el milagro (Hist. gral. dec. 2, lib. 6, cap. 15) y (Solís lo cree.) (Conq. de Méx., lib. 3, cap. 5.)

husó el general español aceptar á las hijas de los caciques. Cinco ó seis de las mas hermosas mancebas quedaron enlazadas con otros tantos capitanes del ejército, despues de lavadas sus manchas de infidelidad con las aguas del bautismo, en el cual les pusieron nombres castellanos, en vez de los bárbaros que tenían en su lengua materna.¹ Entre estas mancebas estaba la hija de Xicotencatl, á la cual despues del bautismo, llamaron Doña Luisa, princesa de grande estimacion y autoridad en Tlaxcalan: su padre la dió á Alvarado, y su descendencia emparentó con las familias mas nobles de Castilla. El trato franco y abierto de este caballero le hizo el favorito de los tlaxcaltecas, quienes por su trato marcial, hermosa figura y doradas armaduras, le llamaron *Tonatiuh*, ó el sol. Los indios se divertían en poner á los españoles sobrenombre, así, Cortes, por presentarse en público acompañado siempre de Doña Marina ó la Malinche, era llamado con este mismo nombre por los naturales. Estos dos capitanes conservaron entre todas las naciones indias el sobrenombre que habían adquirido en Tlaxcalan.²

1 Para evitar dudas en la eleccion de nombre, acostumbraban los misioneros poner uno mismo á todos los indios que nacían en el mismo dia: así, había un dia para los Pedros; otro para los Juanes, etc.; invencion ingeniosa y muy cómoda para los frailes; aunque no tanto para los bautizados. Véase á Camargo, op. cit.

2 Ibid. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., caps. 74, 77. Segun

Mientras todo esto pasaba, llegó otra nueva embajada de México. Las dádivas eran como de ordinario, suntuosas, y consistían en obras de oro y plata y estofas de algodón y de plumage; y los términos en que estaba concebido el mensaje, habían indicado el carácter tímido é irresoluto del monarca, á no haber dejado traslucir una política profunda y pérfida. Invitaba ya á los españoles á que viniesen á México, asegurándoles que serían bien recibidos: les suplicaba que no contrajesen alianza ninguna con los bajos y bárbaros tlaxcaltecas, y finalmente, les invitaba á que al venir tomasen el camino de Cholula, en cuya ciudad ya se habían hecho de su orden, preparativos para recibirles dignamente.¹

Loa tlaxcaltecas veían con profundo sentimiento que Cortés quisiese ir á México, y le dieron noti-

Camargo, los tlaxcaltecas dieron al gefe español trescientas doncellas para que sirviesen á Doña Marina; y viendo el buen trato é instruccion que recibían, determinaron algunos de los principales señores dar á sus hijas, con propósito de que si acaso algunas se emparejasen, quedarán entre ellos generacion de hombres tan valientes y temidos.

1 Bernal Diaz, cap. 80. Relac. seg. de Cortés, en Lorenz., p. 60. Mártir de orbe novo, dec. 5, cap. 2. Cortés habla solamente de una embajada azteca, mientras que Bernal Diaz habla de tres. El primero por lacónico, y el último acaso por olvido, distán tanto de la verdad, que no es fácil decidirse entre uno y otro. Bernal Diaz no publicó su historia, hasta cincuenta años despues de la conquista, y acurso de tiempo muy considerable, que hace perdonables muchos de los errores en que ha incurrido; pero que debe enagenarle nuestra confianza, cuando se trató de pormenores muy minuciosos; y efectivamente, el estudio íntimo de su historia justifica esta desconfianza.

cias que confirmaban plenamente lo que ya habia oido con respeto á la ambicion y poder de Moteuczoma: dijeronle que los ejércitos del emperador estaban esparcidos por todo el continente: que la capital era muy fuerte, y que ademas, estando en una isla, era muy fácil que cortasen la retirada á los españoles ya que se hubiesen internado, y les dejasen sin arbitrio: pintaban á los mexicanos tan pérfidos en su política, como desmesurados en su ambicion. "No creais, le decian, ni en sus engañadoras palabras, ni en sus acatamientos, ni en sus dádivas: sus promesas son vanas y sus amistades falsas." Habiéndoles dicho Cortés que deseaba que cesase la enemistad entre ellos y el emperador, le respondieron, que eso era imposible; que por amistosas que fueran las palabras, siempre quedaria el odio en el corazon.

Tambien disuadieron al general con mucho empeño de que tomase el camino de Cholula, pues sus habitantes aunque cobardes en campo raso, eran temibles por su perfidia y falsía y eran ademas de esto los instrumentos de Moteuczoma, cuyas tramas ejecutarían. Parece que en la desconfianza de los tlaxcaltecas tenia gran parte en la supersticion, pues miraban con temor á la antigua ciudad, metrópoli en otro tiempo de la religion del Anáhuac: en ella fué donde primero asentó su imperio el Dios Quetzalcoatl: su templo era famoso en todo el pais; y los

sacerdotes creian firmamente tener bastante poderío del cual se jactaban, para producir una inundacion removiendo los cimientos de las aras de aquel Dios, que envolveria en un diluvio á todos sus enemigos. Finalmente, los tlaxcaltecas hicieron notar á Cortés que mientras tantas ciudades lejanas habian enviádole embajadores que le manifestasen su buena voluntad y le ofreciesen su alianza, Cholula que solo distaba seis leguas, no lo habia hecho. Esta última observacion hizo mas fuerza en el ánimo de Cortés que ninguna de las anteriores; por lo que al instante mandó una intimacion á esta ciudad, exigiéndole que se sometiese formalmente.

Entre las embajadas que de diversas partes habia recibido el comandante español durante su residencia en Tlaxcalan, una fué de Ixtlilxochitl, hijo del gran Netzahualpilli, el desgraciado rival de su hermano mayor en la disputa de la corona de Tetzucuo, ¹ suceso de que ya hemos hablado en el libro primero. Aunque burlado en sus pretenciones, habia obtenido el gobierno de una parte del reino y tenia la mas profunda animosidad contra su rival y contra Moteuczoma que le habia ayudado. Habia ofrecido sus servicios á Cortés, pidiéndole en compensacion que le ayudase á recobrar el trono de sus antepasados. El hábil general le dió una respuesta

1 Véase esto antes.

392

que alentaba las esperanzas del príncipe aspirante y le grangeaba su adhesión. Su gran mira era robustecer su causa, reuniendo todos los elementos de desunión que encontraba diseminados por el país.

No se pasó mucho tiempo sin que viniesen los diputados de Cholula á ofrecerle su buena disposición y á invitarle con mucha instancia á que pasase á esta ciudad. Los mensajeros eran de una clase muy subalterna á la que ordinariamente pertenecen los embajadores. Así se lo hicieron notar á Cortés los tlaxcaltecas, causándole mucha indignación el saberlo: al punto mandó requerirles nuevamente de que le enviasen una embajada compuesta de sus primeros señores, ó que de lo contrario los trataría como á *rebeldes* al monarca español, legítimo señor de aquellos reinos.¹ La amenaza surtió los efectos que se deseaban: los cholultecas no estaban dispuestos á reñir, á lo menos por entonces, acerca de sus avanzadas pretensiones; así es que se presentó en el campo de los cristianos otra nueva embajada compuesta de los primeros nobles, quienes volvieron á

¹ "Si no viniesen, iría sobre ellos y los destruiría, y procedería contra ellos como contra personas rebeldes; diciéndoles, como todas estas partes y otras muy mayores tierras y señoríos, eran de vuestra alteza." (Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 63.)

La palabra *rebelde* era muy cómoda, y había sido usada por los compatriotas de Cortés contra los moros, para defender las propiedades que durante ocho siglos habían poseído en la península; y sirvió igualmente para justificar las más severas represalias. Véase la historia de Fernando é Isabel, part. 2, cap. 13; y en otros varios lugares.

repetir sus instancias para que pasase á la ciudad y le suplicaron que les escusase de que se hubiesen tardado en presentársele; pero que esto había sido por el temor de que no corriesen riesgo sus personas, viniendo á la capital de sus enemigos esplicación que á Cortés le pareció plausible. Mas los tlaxcaltecas se oponían ahora más que nunca al proyectado viaje, asegurando que á las inmediaciones de Cholula había un fuerte ejército azteca, y que los habitantes de esta ciudad estaban poniéndola en estado de defensa, por lo que temían que aquello fuese un estralagama inventado por Moteuczoma para destruir á los españoles.

Estas observaciones agitaban el ánimo de Cortés, pero no fueron bastantes á disuadirle de su intento; Tenía cierta curiosidad de conocer la ciudad tan celebrada en la historia de las naciones indias: además, que no quería de ningún modo retroceder porque no se creyese que temía ó desconfiaba de sus recursos; lo cual tendría las más funestas consecuencias con respecto á sus enemigos, á sus aliados y á sus mismas tropas. Así, después de una ligera consulta con sus capitanes, resolvió emprender su viaje á Cholula.¹

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 62, 63. Oviedo Hist. de las Ind., MS., cap. 4. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS. cap. 84. Gomara, Crónica, cap. 85. Mártir, De orbe novo, dec. 5, cap. 2. Herrera, Hist. gral, dec. 2, lib. 6; cap. 18. Sahagun, hist. de Nueva-Españana, MS., lib. 12, cap. 11.

Hacia tres semanas que habian entrado á residir en el hospitalario recinto de Tlaxcalan; y cerca de seis que habian pisado el territorio de esta república: allí habian encontrado cuando enemigos una resistencia obstinada, y ahora iban á partir llevándoles por compañeros y aliados: con ellos iban á combatir sin apartarse ni por un momento hasta que terminase la reñida contienda que iba á trabarse. Grande é importante habia sido, por lo tanto, el resultado de la visita á Tlaxcalan, pues á la ayuda y cooperacion de estos valientes y aguerridos republicanos, fue debido en gran parte el éxito definitivo de la expedicion.

CAPITULO III.

CIUDAD DE CHOLULA.—TEMPLO MAYOR.—MARCHA
A CHOLULA.—RECIBIMIENTO QUE HICIERON A
LOS ESPANOLÉS.—SE DESCUBRE UNA CONSPIRACION

(1519).

La antigua ciudad de Cholula, capital de la república de este nombre, estaba cosa de seis leguas al Sur de Tlaxcalan y cosa de veinte al Este, ó mejor dicho, al Sud-Este de México. Cortés dice que contenia veinte mil casas dentro de su recinto, y como otras tantas fuera de él; ¹ aunque hoy es una poblacion de menos de diez y seis mil almas. ² Pero sea lo que fuere del verdadero número de sus

1 Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67.

Segun Las-Casas, la ciudad contenia 30.000 vecinos, ó cosa de 150,000 habitantes. Brevissima relatione della distruttione del' Indie Occidentale. (Venetia, 1643.) Como este caso es el mas moderado, es el mas creible; mayormente quando, ¡cosa rara! se le encuentra en las páginas del Obispo de Chiapas.

2 Humboldt, Essai politique, tomo III, pág. 159.

Hacia tres semanas que habian entrado á residir en el hospitalario recinto de Tlaxcalan; y cerca de seis que habian pisado el territorio de esta república: allí habian encontrado cuando enemigos una resistencia obstinada, y ahora iban á partir llevándoles por compañeros y aliados: con ellos iban á combatir sin apartarse ni por un momento hasta que terminase la reñida contienda que iba á trabarse. Grande é importante habia sido, por lo tanto, el resultado de la visita á Tlaxcalan, pues á la ayuda y cooperacion de estos valientes y aguerridos republicanos, fue debido en gran parte el éxito definitivo de la expedicion.

CAPITULO III.

CIUDAD DE CHOLULA.—TEMPLO MAYOR.—MARCHA
A CHOLULA.—RECIBIMIENTO QUE HICIERON A
LOS ESPAÑOLES.—SE DESCUBRE UNA CONSPIRACION

(1519).

La antigua ciudad de Cholula, capital de la república de este nombre, estaba cosa de seis leguas al Sur de Tlaxcalan y cosa de veinte al Este, ó mejor dicho, al Sud-Este de México. Cortés dice que contenia veinte mil casas dentro de su recinto, y como otras tantas fuera de él; ¹ aunque hoy es una poblacion de menos de diez y seis mil almas. ² Pero sea lo que fuere del verdadero número de sus

1 Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67.

Segun Las-Casas, la ciudad contenia 30.000 vecinos, ó cosa de 150,000 habitantes. Brevissima relatione della distruttione del' Indie Occidentale. (Venetia, 1643.) Como este caso es el mas moderado, es el mas creible; mayormente quando, ¡cosa rara! se le encuentra en las páginas del Obispo de Chiapas.

2 Humboldt, Essai politique, tomo III, pág. 159.

habitantes, es incuestionable que en tiempo de la conquista era una de las mas populosas y florecientes ciudades de Nueva-España.

Era tambien una de las mas antiguas y fué fundada por las razas primitivas que ocuparon el suelo del Anáhuac antes de la venida de los aztecas. ¹ Pocas noticias nos han quedado acerca de su forma de gobierno; pero parece que estaba calcada bajo el modelo de la república de Tlaxcalan; régimen que e convenia perfectamente, pues que conservó aquel estado su independenciam hasta los últimos tiempos, en que subyugada por los aztecas, le quitaron éstos casi todos los elementos de una existencia independiente. La íntima union con los mexicanos obligó á los cholultecas á frecuentes guerras con sus vecinos y compañeros los de Tlaxcalan; pero aunque muy superiores á estos en las artes y en la civilizacion, no podian equipararse en la guerra con aquellos bravos montañeses, los suizos del Anáhuac. La capital cholulteca era el emporio del comercio de la mesa: los habitantes sobresalian en varias artes mecánicas, especialmente en la de trabajar los metales, hacer estofas de algodón y de hilo de ma-

¹ Veytia supone mas antigua la fundacion de la ciudad, refiriéndola á los ulmecas, pueblo que precedió á los tultecas. (Hist. Ant. tomo I, caps. 13 20.) Como éstos últimos despues de ocupar el pais por muchas centurias, no dejaron ni un solo recuerdo escrito, seria difícil contradecir la asercion del licenciado, aunque es mas difícil probarla.

guey, y en una especie alfaharería tan esquisita que segun se cuenta, podia rivalizar con la de Florencia. ¹ Pero la dedicacion particular á las artes propias de una sociedad pacífica y culta, los hacia inhábiles para pelear con hombres cuya principal ocupacion era la guerra. Se acusaba á los cholultecas de ser afeminados y, segun les imputaban sus vecinos, mas se distinguian por su perfidia que por su valor. ²

Pero la capital, tan noble por sus adelantos y antigüedad, era todavia mas venerable á causa de las tradiciones religiosas en que estaba envuelta. Allí es donde al dirigirse á la costa, habia deteniéndose el dios Quetzalcoatl, para instruir á los habitantes en las artes de la civilizacion. Les habia enseñado ademas de esto, mejores formas de gobierno y una religion mas espiritualizada, en la que solo se permitian sacrificios de flores y frutas. ³ No es fácil de terminar lo que enseñó, pues sus lecciones son una mezcla de los dogmas licenciosos de aquellos sátrapas y de místicos comentarios de los misioneros cristianos. ⁴ Es probable que el tal dios seria uno de esos

¹ Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 7, cap. 2.

² Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Gomara, Crónica, cap. 58. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 3, cap. 19.

³ Veytia, Hist. Antig., tomo I, cap. 15 y siguiente. Sahagun Hist. de Nueva-España, lib. 1, cap. 5, lib. 3.

⁴ Ultimamente los teólogos han encontrado en las lecciones del dios tulteca ó sumo sacerdote, el gérmen de varios de los misterios del cristianismo, como los de la Encarnacion y la Trinidad; y en el

séres privilegiados que habiendo disoiado la oscuridad de su época con las luces de su propio ingenio, han sido colocados por la agradecida posteridad en la refulgente mansion de los dioses.

En honor de esta deidad se erigió esa estupenda mole que todavía vé el viajero con admiracion no solo como el monumento mas colosal de Nueva-España, sino capaz de rivalizar por sus dimensiones con las antiguas pirámides de Egipto, á las cuales se parecen algo en la forma. No se sabe la época en que fué construida, porque cuando los aztecas entraron en el pais, ya la encontraron allí. Tiene la forma que es corriente en los teocallis ó templos mexicanos, la de una pirámides truncada, con cuatro caras vueltas hácia los cuatro puntos cardinales, y dividida en su altura en otros tantos pisos ó tramos. El tiempo y los elementos han borrado los relieves que tuvo en su origen, mientras que una multitud de arbustos y flores silvestres cubren su superficie; todo lo cual le dá el aspecto de una de esas alturas simétricas levantadas por el capricho de la naturaleza mas bien por la industria de los hombres. Es dudoso, en verdad, si el interior de la pirámide es una colina natural; pero parece mas predicador han creído reconocer nada menos que al mismo Santo Tomás apóstol. Véanse la disertacion del irrefragable Dr. Mier y los edificantes comentarios del Sr. Bustamante en el suplemento, á la historia del Padre Sahagun, t. I. En *mi apéndice*, parte 1.^a se encontrarán tambien algunas noticias sobre esta materia.

verisímil que sea una composicion artificial de tierra y piedras, cubirta por todas partes con capas alternadas, de ladrillos y de arcilla. ¹ La altura de la pirámide es de 177 piés: la base tiene 1.423 piés de largo, que es el doble del que tiene la gran pirámide de Cheops. Puede uno formarse una idea aproximada de su tamaño, sabiendo que la base que es cuadrada, ocupa treinta y cuatro acres, y la cumbre ó base superior de la pirámide trunca, ocupa mas de un acre. Nos recuerda aquellos monumentos colosales de ladrillo, cuyas ruinas se conservan á la ribera del Eufrates, y aun todavía mejor á las del Nilo. ²

En la cima está un suntuoso templo donde se veia la imágen de la deidad patrona, el dios del aire, cuyas facciones toscas representaban mal la leve forma que revistió en la tierra: tenia en la cabeza

¹ Tal parece que es el restado final á que ha venido á parar M Humboldt, despues de un detenido exámen hecho con el esmero que le es propio. (Vistas de las Cordilleras, pág. 27 y siguientes.) Su opinion se encuentra confirmada por un hecho posterior: habiendo hecho un camino al través del monumento, la seccion de éste ha dejado ver las capas alternadas de ladrillo y creta. (Ibid, loco citato.) El aspecto que hoy ofrece aquel monumento, cubierto de verde y ennegrecido musgo que han depositado los siglos, escusa el escepticismo hasta del viajero mas superficial.

² Es bien sabido que muchas de las pirámides de Egipto y de las ruinas de Babilonia, son de ladrillo. (Herodutus, Euterpe, sec. 136.) Humboldt da una idea muy clara del tamaño del teocalli mexicano, cuando dice que es una masa de ladrillos, capaz de ocupar cuatro tantos de la plaza de Vendome, en Paris, y de una altura doble de la del Louvre. *Essais politique*, tome II, pág. 152t.

una especie de mitra donde ondeaba un penacho de plumas escarlatas: un reluciente collar de oro rodeaba su cuello: de las orejas pendian preciosas turquesas: en una mano empuñaba un cetro adornado de piedras, y en la otra llevaba un escudo primorosamente pintado, que era el símbolo de su gobierno sobre los vientos.¹ La santidad del lugar, abultada por las crédulas tradiciones, y la magnificencia del templo y del culto, habian vuelto aquella pirámide un objeto de veneracion en todo el Anáhuac; viniendo en romería los habitantes aun de los mas remotos confines de él, á ofrecer su adoracion en las aras del dios Quetzalcoatl.² El número de los peregrinos era tan grande, que dada á la heterogénea poblacion de la ciudad, cierto aire de mendicidad. Cortés se quedó admirado, segun nos cuenta, de ver tanta multitud de limosmeros, como pudiera encontrarse en la mas ilustrada ciudad de Europa;³ modo muy peregrino de calcular el grado de civilizacion de una nacion, y segun el cual no

1 Quien da menuda noticia del trage é insignias de Quetzalcoatl, es el P. Sahagun, que vió el ídolo azteca antes de que el brazo del cristiano lo hubiese derribado de su encumbrado sólio. Hist. de N. E., lib. 1, cap. 3.

2 Venian de la distancia de doscientas leguas, segun Torquemada, Monarq. ind., lib. 3, cap. 19.

3 "Hay mucha gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razon." Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 67, 68.

ocuparia la nuestra un lugar muy alto de la escala.

Cholula no solo era el santuario de la clase pobre; muchas naciones de la misma religion tenian en esta ciudad templos particulares; á la manera que algunos de los pueblos cristianos tienen los suyos en Roma. Cada templo tenia ministros propios destinados al culto del dios á que estaba dedicado: en ninguna otra ciudad habia tal concurso de sacerdotes, tal multitud de procesiones, tanta pompa, tanto sacrificio ni tantas fiestas religiosas; Cholula era, en suma, lo que la Meca para los musulmanes, lo que Jerusalem entre los cristianos, la Ciudad Santa de Anáhuac.¹

Las ceremonias religiosas no se reducian, sin embargo, al culto meramente espiritual que les habia prescripto la deidad tutelar: sus aras estaban manchadas tanto como las de los dioses aztecas, con la sangre de las víctimas humanas, y dicen que cada año se sacrificaba en ellas á seis mil.² El número de los templos puede conjeturarse por lo que dice Cortés, de que contó cuatrocientas torres en la ciudad;³ siendo así que el que mas tenia dos de estas,

1 Torquemada, Monarq. ind., lib. 3, cap. 19. Gomara, Crónica, cap. 61. Camargo, Hist. de Tlascallan.

2 Herrera, Historia general, dec. 2 lib. 7, cap. 2. Torquemada, ubi supra.

3 "E certifico á Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita, cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas." Relac. seg. en Lorenzana, pág. 67.

y muchos de ellos solo una. Sobre todos ellos descollaba la encumbrada pirámide de Cholula, cuyas hogueras inestinguibles, que esparcian su resplandor por toda la ciudad, proclamaban á las naciones que allí moraba el santo culto (aunque ya corrompido por la supersticion y la crueldad) de aquel buen Dios que debia volver algun dia á recobrar el imperio de la tierra.

Nada puede ser mas magnífico que la vista de que se goza desde la truncada cumbre de la pirámide. Hacia al Oeste se dilataba la escarpada muralla de rocas porfiríticas con que la naturaleza ha circundado el valle de México, y se elevaban el enorme Popocatepetl y el Ixtaccihuatl, como dos centinelas que inmóviles guardan la entrada de aquella region encantada. Allá á lo lejos, en el Oriente se descubre el agudo pico del Orizava que se pierde entre las nubes; y mas cerca, la fragosa aunque bellamente configurada sierra de la Malinche, que envuelve en sus sombras los fértiles valles de Tlaxcalan. Tres de estas montañas son volcanes, cuyo cráter esta mas alto que el pico de la montaña mas alta de Europa, y cuyos hielos no se funden jamas al calor abrasador del sol de los trópicos. A los piés del espectador se desenvuelve la sagrada ciudad de Cholula, cuyas torres y techos relucen en el sol y descansan entre jardines y bosques floridos, que en aquel tiempo rodeaban por todas partes la

capital. Tal era la perspectiva magnífica que deleitó la vista de los conquistadores y que con pocas variaciones deleita todavía la del viajero moderno, pues colocado en la plataforma de la gran pirámide, puede estender su vista por las mas encantadoras regiones de la bella mesa de Puebla.¹

Mas ya es tiempo de que volvamos á Tlaxcalan. La mañana señalada, emprendió el ejército español su marcha á México, tomando el camino de Cholula: seguíales multitud de ciudadanos que no podian ver sin asombro la intrepidez de aquellos hombres que con ser tan pocos, se atrevian á provocar el poderío del gran Moteuczoma, yendo á buscarle en su córte misma. No obstante esto, inmenso número de guerreros, se ofreció á tomar parte en los peligros de la expedicion; pero Cortés se rehusó en términos muy atentos á deceptar su ofrecimiento, y solo

1 La ciudad de Puebla de los Angeles fué fundada poco tiempo despues de la conquista, en el antiguo asiento de un lugarejo insignificante del territorio de Cholula, situado algunas leguas al E. de la ciudad. Tal vez es la primera ciudad despues de la de México, con la cual rivaliza en belleza. Parece que heredó la preeminencia religiosa de la antigua Cholula, pues como ella, se distingue por el número y magnificencia de los templos, por la multitud de sacerdotes y la pompa y esplendor de las ceremonias. Así lo testifican, los viajeros que en su tránsito de Veracruz á la capital, tienen que tocar en Puebla. (Véase especialmente la obra de Bullock, titulada: *México*, vol. 1, cap. 6.) Las cercanías de Cholula, tan regadas hoy por los ríos, como en tiempo de los aztecas, son notables por la feracidad del terreno. Las mejores tierras, rinden segun autoridades muy respetables, uno ocho por uno. (Word, *México*, vol. II, pág. 270.) Humboldt. Ensayo político tomo II, pág. 153, tomo IV, pág. 338.

escogió para que le acompañasen, á seis mil voluntarios,¹ pues no quería que estorbasen sus movimientos una mas pesada ni tampoco descansaba enteramente en la fidelidad de tan recientes aliados.

Después de atravesar un país montuoso y árido, entró el ejército en las llanuras que rodean á Cholula por algunas millas en contorno. A la elevación de mas de seis mil piés sobre el nivel del mar, se desplegaban las ricas producciones de varios climas, unas al lado de las otras; la esbelta caña del maíz, el jugoso maguey, el chile ó pimiento de los aztecas, y estensos plantíos de tunas ó *cactus*, en el cual se cria la brillante cochinilla: no habia ni un palmo de terreno que estuviese inculto.² El terreno estaba fertilizado, cosa rara en las altas estepas, por numerosos arroyos y riachuelos, y cubierto de espesos bosques que después desaparecieron bajo la hacha inclemente de los conquistadores.

¹ Según Cortés, *cien mil hombres* le ofrecieron sus servicios en esta ocasión. "E puesto que yo ge lo defendiese é rogué que no fuesen porque no habia necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta des leguas de la ciudad; y desde allí por mucha importunidad mia se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta cinco ó seis mil de ellos." (Relac. seg. en Lorenzana, pág. 64.) Este número que apenas sería el de todos los combatientes de la república, no es el que dicen Oviedo y Gomara. Véase Hist. de las Ind., cap. 4. Crónica, cap. 58.

² "Las palabras del *Conquistador* son muy expresivas, pues dice: "ni un *palmo* de tierra hay, que no esté labrada." Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, ág.

Ya al pardear la tarde, llegaron éstos á la márgen de un riachuelo, donde determinó Cortés pernoctar aquella noche, no queriendo turbar la tranquilidad de la ciudad con la entrada de sus considerables fuerzas á horas incómodas.

A poco de haberse detenido en aquel punto, llegaron varios caciques de Cholula, que venian á cumplimentar á los españoles; mas no pudieron ocultar el desagrado que les causaba ver en compañía de éstos á los tlaxcaltecas, y aun manifestaron que su presencia en la ciudad podría dar origen á disturbios. Habiendo parecido á Cortés que este temor era fundado, previno á los aliados que se quedasen allí y que se le reuiesen en el camino de México, luego que hubiese salido de la ciudad.

En la mañana del día siguiente efectuó su entrada en Cholula, acompañado únicamente de los indios de Zempoalla y de un puñado de tlaxcaltecas encargados de llevar los bagages. Los aliados al partir Cortés le dieron varias instrucciones con respecto al pueblo que iba á visitar, al cual aunque afectaban despreciarlo llamándole pueblo de mercaderes, lo consideraban temible por sus mañas y perfidia. Luego que los españoles estuvieron cerca de la ciudad, encontraron el camino ocupado por multitud de gentes de ambos sexos y de todas edades: el viejo valetudinario, las mujeres con sus hijos en brazos, todos estaban impacientes por vislumbrar is

quiera á los extranjeros cuya figura, armas, vestidos y caballos, eran objetos de vivísima curiosidad para los que no les habian visto en las batallas siendo no menor la admiracion que causó á los españoles el aspecto de los cholultecas, muy superiores en vestido y en todas las apariencias, á cuanto hasta entonces habian encontrado. Lo que mas les sorprendió fué un vestido usado por las clases altas, que era una graciosa capa ó *albornoz*,¹ muy parecida en la tela y hechura á los albornoces de los moros. Manifestaban tener el mismo gusto por las flores que las otras tribus de la mesa, pues traian adornada su persona con ellas y repartian entre los recién venidos, ramos y guirnaldas. Gran número de sacerdotes venian mezclados con la turba y quemaban un suave incienso, mientras que al son de varios instrumentos músicos se celebraba la bienvenida de los españoles. Aquella era una escena de grato y sincero placer; y aunque no tenia aquella entrada el aire de procesion triunfal que en Tlaxalalan, donde los sonos de los instrumentos eran acallados por las aclamaciones de la multitud, era sin embargo, el anuncio de una hospitalaria y amistosa acogida, no menos grata que aquella.

¹ Los honrados ciudadanos de ella, todos traen *albornoces* encima de la otra ropa, aunque diferenciados de los de la Africa, por que tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos, son muy semejables. Ibidem.

Tampoco causó poca estrañeza á los españoles el aseo de la ciudad, cuyas calles amplias y simétricas parecia que habian sido hechas con arreglo á un plano; la solidez de las casas y el número considerable y gran tamaño de los templos. Se les señaló para cuartel el átrio de uno de éstos y los edificios adyacentes.¹

Al instante vinieron á visitarles las primeras personas de la ciudad, que se disputaban el honor de alojarles: se les proveyó copiosamente de víveres; y en una palabra, se les dispensaron todas las atenciones capaces de disipar sus sospechas y de hacer recaer sobre la imputacion de los tlaxcaltecas, la tacha de parcialidad y odiosidad nacional.

Mas en pocos dias, la escena cambió enteramente: llegaron embajadores de Moteuczoma, que des-

¹ Ibid. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS.; cap. 84. Oviedo Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. B. Diaz, Hist. de la Conq., cap. 82.

Los españoles comparaban á Cholula con la bella Valladolid, segun Herrera, cuya descripcion de la entrada del ejército en aquella ciudad, es muy animada. Saliéronle á recibir otra dia mas de diez mil ciudadanos, en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves y frutas, y mucha música. Llegaba un escuadrón á dar la bienvenida á Hernando Cortés, y con buen orden se iba apartando, dando lugar á que otro llegase. . . . En llegando á la ciudad, que pareció mucho á los castellanos, en el asiento y perspectiva, á Valladolid, taló la demas gente, quedando muy espantada de ver las figuras, albes, y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, sobrepellices, y algunas cerraduras por delante; los brazos de fuera, con flecos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de ídolos en las manos, otros, zahumerios: otros, tocaban cornetas, atabalejos, y diversas músicas, y todos iban cantando, llegaban á incensar á los castellanos. Con esta pompa entraron en Cholula. Hist. gral., dec. 2, lib. 7 cap

pues de intimar á Cortés, breve y ásperamente, els desagrado que causaria á su señor el viage de lo españoles, conferenciaron aparte con los enviados texcucanos, hasta en el campo de los cristianos, y se llevaron consigo á uno de aquellos, ya que se volvian á la córte. Desde entonbes sufrió una alteracion visible la conducta de los cholultecas: ya no iban á visitar á los españoles á sus cuarteles, y cuando les invitaban á hacerlo, se rehusaban so pretesto de enfermedad: les fueron retirando los víveres, dando por excusa que habia escasez de maíz. Estos síntomas de hostilidad, y algunos achaques pasajeros, inquietaron sériamente el corazon de Cortés. No eran para tranquilizarle los informes de los zempoaltecas, quienes le dijeron, que andando por la ciudad, habain visto algunas de las calles atrincheradas, las azoteas llenas de piedras y otras armas arrojadizas: y en algunos lugares, hoyos cubiertos con ramas y estacadas dentro de ellos, que tendrian seguramente por objeto, impedir los movimientos de la caballería. ¹ Algunos tlaxcaltecas que vinieron del campo, avisaron á Cortés que en

¹ Cortés, efectivamente, habla de algunas señales que encontró en el camino, que indicaban una traicion premeditada. "Y en el camino topamos muchas señales, de las que los naturales de esta provincia nos habian dicho; porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapadas: y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso, y á mayor recaudo. Relac. sog., pág. 64.

un lugar distante de la ciudad se habia celebrado un grun sacrificio, especialmente de niños; implorando el favor de los dioses para una proyectada empresa: añadieron tambien, que habian visto salir de la ciudad á varios de sus habitantes que llevaban consigo á sus mujeres é hijos, como para ponerlos en salvo.

Todas estas noticias cenfirmaron las funestas sospechas de que se tramaba alguna hostilidad. Mas aun cuando Cortés nada hubiese sospechado, Marina, el ángel de guarda de la espedicion, habria convertido las dudas en certidumbre.

El trato amable de la jóven le habia ganado el afecto de la mujer de uno de los caciques, la cual le instaba frecuentemente á que se viniera con ella, pues solo así podria escapar del negro destino que aguardaba á los españoles. La manceba, conociendo de cuánta importancia era adquirir noticias mas completas, fingió aceptar al punto la oferta, mostrando el disgusto que le causaba estar entre los blancos, quienes, decia ella, que la tenian cautiva á la fuerza.

Ganándose de esta suerte la confianza de la crédula cholulteca, consiguió Marina insinuarse mas y mas en sus secretos, hasta que llegó á averiguar completamente la conspiracion.

Supo que ésta habia sido urdida por el emperador azteca, quien para ganarse el afecto de los ca-

ciques, habian enviado á éstos y á sus mujeres, ricas dádivas. Los españoles debian ser asaltados al salir de la ciudad y cuando estuviesen todavía enredados en sus calles, en la que habian puesto muchos obstáculos para inutilizar á la caballería. Cerca de la ciudad estaba un ejército de veinte mil mexicanos, prontos á acudir en ayuda de los cholultecas, luego que el asalto comenzase. Se esperaba, pues, con toda seguridad, que los españoles, imposibilitados de moverse, sucumbirian fácilmente á la superioridad de sus enemigos. De los prisioneros, una parte considerable debia quedar en Cholula para que se celebraran los sacrificios, y la otra debia ser enviada prisionera á Moteuczoma mismo.

Durante esta conversacion, fingió Marina ocuparse en recojer todas las joyas y vestidos que queria llevarse la noche en que escapándose del campo de los cristianos, se fuesen á la casa de su amiga, la cual estaba ayudándole en aquella operacion. Mientras su vista se ocupaba en esto, Marina consiguió escapársele por un momento, ir al aposento del general y revelarle sus descubrimientos. Al punto ordenó éste que se aprehendiese á la mujer del cacique, la cual, en sus declaraciones confirmó plenamente las noticias que le habia dado la querida del general.

Estas noticias llenaron á Cortés de sumo desaliento: habia caido en la trampa: pelear ó huir, todo era

igualmente peligroso: se encontraba en una ciudad de enemigos, en la que cada casa era una fortaleza, y en la que podian oponerle tantos tropiezos, que fuesen imposibles las maniobras de la caballería y la artillería: ademas de los astutos cholultecas, tenia que combatir con los formidables guerreros de México. Su situacion era la de un viajero que en la oscuridad de la noche ha perdido su camino en medio de precipicios; de manera que cada paso puede hundirle en un derrumbadero, y que tan peligroso es proseguir como retroceder.

Deseaba saber mas pormenores acerca de la conspiracion, y para adquirirlos invitó á dos sacerdotes que vivian allí cerca, y uno de los cuales era persona muy influente en la ciudad, á que viniesen á sus cuarteles. Por medio de un trato afable y de liberales regalos que les hizo, los que sacó de los presentes mismo que le habia enviado Moteuczoma (con lo que convirtió la dádiva en perjuicio del donatario) obtuvo de ellos la ratificacion de todas las noticias. Supo que el emperador habia estado en lastimosa perplejidad desde que los españoles habian llegado: que al principio, dió orden á los cholultecas de que les recibiesen amistosamente; pero que despues consultó nuevamente con sus oráculos quienes le respondieron que Cholula, debia servir de tumba á sus enemigos, porque los dioses lo ayudarian firmemente en la venganza del ultraje inferi

do á la Ciudad Santa. Los aztecas confiaban de tal manera en el éxito, que ya habian preparado en la plaza los grillos, ó pérticas con correas, que debian servir para atar á los prisioneros.

Sabedor de los sucesos despidió Cortés á los sacerdotes, haciéndoles el encargo, apenas necesario, de que guardaran secreto. Díjoles que al dia siguiente iba á dejar la ciudad y les suplicó que se empeñaran con algunos de los principales caciques, para que viniesen á verle. En seguida, convocó un consejo de capitanes, aunque segun parece probable, ya tenia tomada su determinacion.

Los diferentes miembros del consejo de guerra recibieron diversas impresiones al saber aquella peligrosa noticia, segun era el carácter de cada uno. Los mas tímidos, viendo que los obstáculos aumentaban en proporcion que iban acercándose á la capital del imperio, opinaban por retroceder y refugiarse en la ciudad de Tlaxcalan, donde les habian recibido amistosamente. Otros, mas constantes, pero mas prudentes, aconsejaban que se tomase el camino situado hácia el Norte, que habian indicado los aliados. La mayor parte era del mismo dictámen del general, de que no les quedaba otro partido mas que seguir adelante: de que retirarse era arruinarse: de que las medidas á medias, solo serviran para demostrar su temor y desacreditarlos con amigos y enemigos: su esperanza la cifraban en sí mismos:

querian dar tal golpe á los indios, que les intimidase y les hiciese conocer, que los españoles no sucumbian ni á los artificios y amaños, ni al valor, ni al número.

Cuando los caciques persuadidos por los sacerdotes se presentaron ante Cortés, éste les echó en cara su falta de hospitalidad, les dijo que dentro de breve dejarian de molestar á la ciudad, pues se proponian dejarla el dia siguiente, y les instó mucho para que le propocionasen dos mil hombres que trasportasen la artillería y los bagages. Los caciques, despues de conferenciar un poco sobre la propuesta, accedieron á ella, juzgándola favorable á sus designios.

Ya al partir los embajadores aztecas, mandó el general que los trajesen á su presencia y les instruyó brevemente de cómo sabia la conspiracion traidora tramada para destruir al ejército, perfidia de que acusaban á su señor Moteuczoma: díjoles cuánto le ofendia ver al emperador implicado en aquella infame traicion; y les previno, que los españoles iban á marchar como enemigos contra el príncipe á quien habian deseado visitar en calidad de amigos.

Los embajadores replicaron, haciendo mil calorosas protestas, de que ignoraban la conspiracion y de que Moteuczoma no podia estar implicado en aquel crimen, que pesaba enteramente sobre los cholultecas. Es claro que á Cortés le convenia estar en buena armonía con el emperador y sacar to-

do el fruto posible de aquella confianza que fingia con el objeto de ocultarle sus ulteriores designios: por lo tanto, fingió dar crédito á las protestas de los enviados y les manifestó cuánta repugnancia le costaba creer que un monarca que hasta entonces habia tratado á los españoles con tanta benevolencia, quisiera consumir su generosidad con un acto de infamia sin igual: finalmente, añadió, que el descubrimiento de la doble perfidia que los cholultecas habian cometido con él, y con Moteuczoma, le llenaba de ira y le haria tomar una venganza terrible, digna del uno y del otro. En seguida despidió á los enviados, teniendo cuidado, á pesar de su aparente confianza, de ponerles bajo buen recaudo, para impedir que hablasen con los de Cholula. ¹

Aquella noche fué de ansiedad y sobresalto para todo el ejército: parecíales que iba á hundirse el suelo que pisaban, y cada momento les parecia ser el señalado para su destruccion. El vigilante general multiplicó las precauciones, apostando mayor número de centinelas y disponiendo su artillería de modo que estorbases las entradas al campamento. Es de creer que sus párpados no se cerraron en toda la noche: todos durmieron con sus armas al lado, y los caballos estaban ensillados y enfrenados, para

¹ B. Diaz, cap. 83. Gomara, cap. 89. Relac. seg., p. 65. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4. cap. 39. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. Mártir de Orbe novo. dec. 5. cap. 2. Herrera. Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 4. Argensola, Anales, lib. 1, cap. 85.

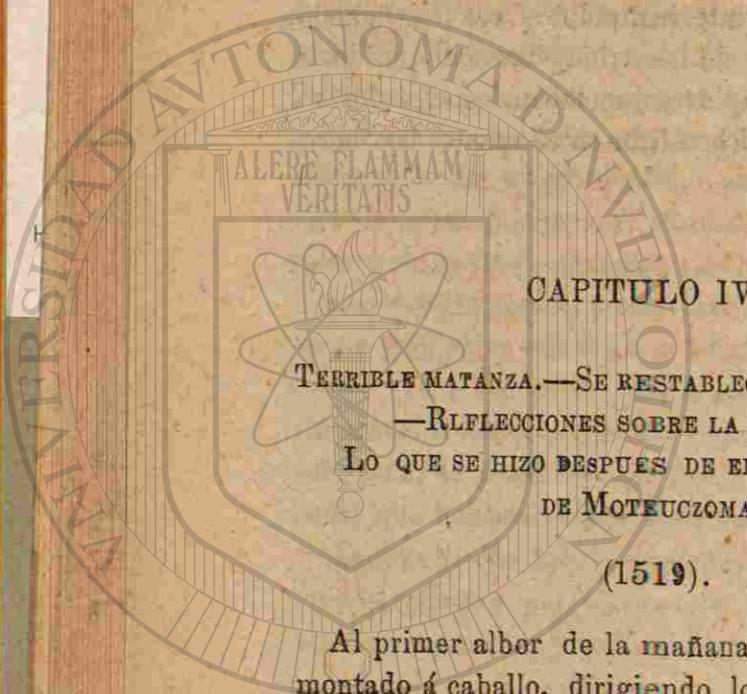
tenerlos listos en el primer momento. Pero los indios no proyectaban ningun ataque; y el silencio de la noche solo era interrumpido de vez en cuando, por el áspero son de las trompetas con que desde la torre de los templos anunciaban los sacerdotes á la populosa ciudad hundida en el sueño, las horas de la noche. ¹

¹ "Las horaa de la noche se regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin ciertos instrumentos como vocinas con que hacian conocer al pueblo el tiempo." Gama, Descripcion, part. 1, cap. 14.

órden á los gefes tlaxcaltecas de que estuviesen listos á acudir á la ciudad, luego que se les hiciese una señal convenida.

Ya todas estas disposiciones se habian completado, cuando llegaron los caciques cholultecas, trayendo un número de *tamanes* aun mayor que el que se les habia pedido. Se les hizo entrar á todos de un golpe, al patio donde estaba oculta la infantería española; mientras, Cortés, llamando aparte á algunos de los caciques, les echó en cara con semblante muy airado y ásperas palabras, la conspiracion que habian tramado contra él y de cuyos pormenores les informó enteramente. Dijo que habia venido á la ciudad, invitado por el emperador: que se habia conducido como amigo: habia respetado á los habitantes y sus propiedades: que para alejar todo motivo de resentimiento habia dejado estramuros de la ciudad, á una gran parte de sus tropas: que le habian fingido benevolencia y hospitalidad, para hacerle caer en la trampa y ocultar bajo aquel disfraz la mas negra perfidia.

Los cholultecas se quedaron estupefactos, como si los hubiera herido un rayo, al ver todo esto. Un terror indefinible se apoderó de sus almas: miraban á aquellos misteriosos extranjeros y creian estar en presencia de seres sobrenaturales que tenian poder para adivinar los pensamientos, no bien los habian ellos concebido. Con semejantes hombres no quedaba



CAPITULO IV.

TERRIBLE MATANZA.—SE RESTABLECE LA TRANQUILIDAD

—REFLECCIONES SOBRE LA MATANZA.—

LO QUE SE HIZO DESPUES DE ELLA.—ENVIADOS
DE MOTEUCZOMA.

(1519).

Al primer albor de la mañana se ya vió á Cortés montado á caballo, dirigiendo los movimientos de su reducido ejército. El cuerpo de sus tropas lo colocó en el gran átrio que les servia de cuartel que, como ya hemos dicho, estaba rodeado en parte por algunos otros edificios, y en parte por una pared alta: habia tres puertas ó entradas, en cada una de las cuales colocó una fuerte guardia para defenderlas: el resto de las tropas y la artillería, estaban fuera de aquel recinto, para custodiar las avenidas é impedir que se interrumpiese la sangrienta obra que debian ejecutar los de adentro. La víspera se habia dado

el recurso de mentir ni el de negar: confesaron todo de plano, escusándose á sí mismos é inculpando á Moteuczoma. Cortés, tomando un aire de violenta indignacion, les replicó que aquella escusa, aun cuando fuese cierta, de nada les serviría: que iba á hacer al punto tal ejemplar, que la noticia de él se difundiese por todo el Anáhuac.

Entonces se dió la fatal señal, la descarga de un arcabuz: en un solo instante se dispararon todos los arcabuces y ballestas contra los infelices cholultecas encerrados en el átrio, los que cayeron en gran número, pues estaban apiñados como un rebaño de ovejas, en el centro de aquel. Sorprendidos súbitamente, por que no habian oido nada del diálogo que habia pasado afuera, no hicieron casi ninguna resistencia contra los españoles, los cuales descargaron luego su artillería y se precipitaron con las espadas sobre los indios: como el cuerpo de éstos estaba medio desnudo, los derribaban mas fácilmente que el rudo aquilon troncha las espigas del trigo en la estacion de las mieses. Algunos indios intentaron escalar las paredes; pero con esto, lo que únicamente consiguieron fué presentar un blanco seguro á los arcabuces y archeros: otros se precipitaron sobre las puertas; pero fueron recibidos por las largas picas de los que las custodiaban; finalmente, unos pocos juzgaron mas seguro sepultarse bajo los cadáveres de los muertos que cubrian el suelo.

Mientras esta obra de muerte se consumaba en el interior del cuartel, los compañeros de los asesinados, al estrépito de aquella carnicería acudieron en gran multitud é intentaron atacar furiosamente á los españoles que estaban afuera; pero Cortés habia dispuesto sus cañones de modo que dominasen todas las avenidas; por lo que, luego que se acercaban los acometedores, largas filas de ellos eran arrebatadas por las balas. En el intervalo empleado para cargar las armas de fuego, que en aquel estado imperfecto de la ciencia, era mucho mayor que en nuestros dias, obligaban á los indios á retroceder, dándoles una carga impetuosa con la caballería. Los caballos, los cañones y las armas de los españoles, todo cogia de nuevo á los cholultecas; no obstante la novedad de aquel terrible espectáculo, el estrépito de las armas de fuego, y el mortífero trueno de la artillería, cuyo fuego reverberaba en las paredes, los indios desesperados acudian impacientes á ocupar el puesto de los que caian.

Mientras este pasaba, los tlaxcaltecas que habian oido la señal convenida; avanzaban sobre la ciudad á paso acelerado. De orden de Cortés se habian ceñido en la cabeza coronas de esparto para poder distinguirse facilmente de los cholultecas. ¹ Lle-

¹ Usaron los de Tlaxcala de un aviso muy bueno que les dió Hernando Cortés para que fueran conocidos, y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y devisas eran casi de una

garon en lo mas empeñado del combate; así es que los de la ciudad, acometidos por la caballería cristiana por una parte, y por sus vengativos enemigos por la otra, no pudieron resistir por mas tiempo y retrocedieron, refugiándose unos en algunos edificios de madera, á los cuales se puso fuego; otros, en los templos, y la mayor parte dirigiéndose en procesion, presidida por los sacerdotes, al templo mayor. Era una tradicion popular, de que ya hemos hecho mencion. que quitando cierta parte de los muros de este templo, debía el dios enviar una inundacion que envolviese á sus enemigos. Gran trabajo costó á los supersticiosos cholultecas, remover algunas de las piedras que formaban las paredes del edificio; pero ni polvo ni agua salió de allí: su falso dios los abandonó en el momento en que mas habian menester de su ayuda. Desesperados al ver esto, huyeron á los torreones de madera que coronaban á los templos, y desde allí descargaron sobre los españoles al subir éstos por una escalera de ciento veinte escalones, hecha en una de las caras del pirámide, una lluvia de piedras, javelinas y flechas ardiendo; pero los cascos de acero de los cristianos los preservaban completamente de todo daño, mientras que las saetas abrasadas les sirvieron para

manera.... y así, se pusieron en la cabeza unas guirnaldas de esparto á manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad, que no fué pequeño aviso. Camargo, op cit.

prender fuego á aquella ciudadela de palo, que en poco tiempo quedó devorada por las llamas.

No obstante esto, la guarnicion no la abandonaba: cuentan que á pesar de que los españoles les daban cuartel, solo un cholulteca se acogió á él; el resto se precipitó de cabeza desde lo alto del parapeto, ó pereció entre las llamas. ¹

Todo era confusion y estrépito en la hermosa ciudad que un momento antes dormia en segura paz. Los quejidos de los moribundos y las súplicas lastimeras de los vencidos que imploraban perdon, se confundian con el ronco grito de guerra de los españoles, y el chillido penetrante que lanzaban los tlaxcaltecas al satisfacer su inveterado rencor contra sus antiguos rivales. Aumentaba el tumulto el incesante estallido de los mosquetes y el zumbido de las balas, y las llamaradas de las armas de fuego, ofuscaban la luz del sol: todo esto formaba un horrible conjunto de sonidos y de espectáculos, que convertian la Ciudad Santa en un *Pandemonium*.

Luego que cesó la resistencia, entraron los vencedores en las casas y templos y saquearon cuanto habia en ellos de valor: plata, joyas, vestidos y víveres; estos últimos objetos eran codiciados de los tlaxcaltecas aun mas que los primeros, con lo que

1 Id. Oviero, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4, 45. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 4 cap 40. Ixtlilxochitl, Hist. Chich MS, cap. 14. Gomara, Crónica, cap. 60.

fué fácil la repartición del botín. Es cosa digna de notarse, que ni aun en medio de este desenfreno universal se desobedecieran las órdenes de Cortés, llevándose este respeto hasta el extremo de no tocar á una mujer ni á un niño, bien que muchas mujeres, niños y hombres, fueron hechos prisioneros para ser llevados en cautiverio á Tlaxcalan. ¹ Estas escenas de violencia duraron algunas horas, hasta que Cortés movido de las súplicas de algunos gefes cholultecas que habian sido preservados de la matanza, á las que unian sus instancias los enviados de Moteuczoma, pero, segun dijo, sin hacer caso de estas últimas, mandó reunir á los soldados y puso como, lo mas que pudo, á ulteriores excesos: tambien se permitió á dos de los caciques ir á ofrecer á sus compatriotas el perdón, con tal de que volviesen á la obediencia de los españoles.

Estas medidas surtieron todos sus efectos. Costó gran trabajo á Cortés y á los caciques poner término al tumulto; pero por último, los españoles y los tlaxcaltecas, reunidos bajo sus banderas respectivas y los cholultecas flados en los ofrecimientos de sus gefes, se volvieron gradualmente cada uno á sus hogares.

El primer acto de autoridad que ejerció Cortés

¹ "Mataron cosa de seis mil personas, sin tocar á niños ni mujeres, porque así se les ordenó." Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 2.

sobre los tlaxcaltecas ² fué obligarles á que libertasen á los cautivos; pero tal era la deferencia que guardaban al comandante español, que consintieron en ello, aunque no sin murmurar; y se contentaron, á mas no poder, con el rico botín que les habia tocado y que consistia en varios objetos de lujo, de que hacia mucho tiempo carecian los aliados. Lo primero de que cuidaron, fué de limpiar la ciudad de todos los horribles objetos que la afeaban, particularmente de los cadáveres amontonados en las calles y plazas. El general, en su carta á Carlos V, regula en tres mil el número de los muertos: otros lo hacen subir á seis mil, y algunos á mucho mas. Como el mas anciano y principal cacique era de este número, Cortés ayudó á los cholultecas á instalar al que debia sucederle. La confianza pública fué restableciéndose gracias á estas medidas pacíficas. Las gentes de los alrededores de la capital, acudieron á reemplazar á los que habian muerto: se volvieron á abrir los mercados y comenzaron de nuevo las ocupaciones de una sociedad arreglada é industriosa. Con todo; las largas filas de negras y humeadas ruinas indicaban el

¹ Bernal Diaz, Hist. de la conq., cap. 83. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., ubi supra.

² Bernal Diaz, ubi supra.

Segun Bustamante, todavía viven en Puebla los descendientes del principal cacique cholulteca. V. Gomara, Crónica, traduccion de Chimalpain (México, 1826.) tomo I, pág. 89.

huracan que acababa de devastar á la ciudad; y las paredes adyacentes á la plaza mayor que aun ecsistian cincuenta años despues de la conquista. daban un triste testimonio de lo que fué la matanza de Cholula.¹

Este lance es uno de los que han echado una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No es posible en este siglo; contemplar sin horror la suerte de esta ciudad floreciente, invadida

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 66. Camargo, Hist. de Tlaxcalan. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 84. Oviedo Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 4, 45. Bernal Diaz, cap. 83. Gomara, Crónica, cap. 60. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

Las-Casas, en su tratado impreso, sobre la destruccion de las Indias, adorna la narracion de estos sucesos, con pormenores que los hacen mas espantosos todavía. Segun dice, mandó Cortés que fuesen empalados cien caciques ó mas. A esto añade, que mientras se verificaba el degüello en el interior del átrio, el general español cantaba una copla de un antiguo romance español, donde se describe el regocijo de Nerón al ver las incendiadas ruinas de Roma:

Miró Nerón de Tarpeya,
A Roma como se ardia,
Gritos dar niños y viejos,
Y él de nada se dolia.

[*Brevísima relacion, pág. 46.*]

Si la memoria no me engaña, juzgo que es el primer ejemplo de una persona que ambiciona ser comparada con aquel emperador. Bernal Diaz que leyó la interminable relacion (como él la llama) del obispo Las-Casas, la trató con mucho desprecio. La narracion que hace este mismo Bernal Diaz, y que es la que principalmente he seguido en el texto, está confirmada por los misioneros que muy poco despues de la conquista estuvieron en Cholula y averiguaron los hechos, valiéndose de los sacerdotes indios y de otros testigos presenciales de la matanza, que todavía vivian; ademas, que sus

hasta el corazon por una soldadesca grosera y brutal. Mas para juzgar el acto debidamente, trasportémonos á aquellos tiempos. La dificultad que encontramos para justificarlo, depende en último resultado, de la que hay para justificar el derecho de conquista; pero recordemos que la infidelidad era entonces, y aun mucho tiempo despues, tenida por un pecado que debia castigarse con la hoguera y la tortura en este mundo, y la eterna condenacion en lo futuro; y no importaba que esa infidelidad fuese hija de la ignorancia ó de la educacion, hereditaria ó adquirida, herética ó pagana: todo era lo mismo. Esta doctrina, por monstruosa que sea, era el credo de todo el mundo romano, ó en otras palabras, de todo el orbe cristiano: era la base de la Inquisicion y de todas las demas persecuciones religiosas. que entonces y otras veces, han manchado los anales de casi todas las naciones de la cristiandad.¹

tancialmente está corroborada por la autoridad de los otros escritores de la época. El excelente obispo de las Chiapas, escribió su obra con objeto declarado de escitar las simpatias de sus compatriotas en favor de los oprimidos indios. ¡Generoso intento! pero que muy á menudo ha desviado su pluma de la estrecha senda de la imparcialidad histórica. No habia sido testigo presencial de los sucesos, y estaba siempre propenso á acojer crédulamente todo lo que hacia á su propósito y á recargar sus cuadros con tantas escenas de sangre y estermínio, que de puro estravagantes y esageradas sus noticias, traen su refutación consigo mismas.

¹ Para mayor aclaracion acerca de la observancia que hago en el texto, refiero al lector, á las últimas páginas de mi "Historia de Fernando é Isabel," donde he impenido algun trabajo para manifestar cuán arraigadas estaban estas convicciones en el pecho de los

Segun este código, las tierras de los infieles eran consideradas como una especie de terreno baldío, que á falta de legítimo propietario podia ser reclamado y poseido por la Santa Sede, y como tal podia ser dado libremente por el gete de la Iglesia al potentado á quien quisiese y que tomase por su cuenta el trabajo de la conquista.¹ Así, Alejandro

españoles, en la época á que nos estamos refiriendo. El mundo ha ganado poco en liberalismo despues del Dante, el cual habia confiado á uno de los astros de su "Infierno", á todos los hombres grandes y buenos de la antigüedad, por la sola culpa (no suya, ciertamente) de haber venido al mundo demasiado temprano. Los memorables versos que están á continuacion, son, como tantos otros del bardo inmortal, una prueba de la fuerza y debilidad del espíritu humano, y pueden citarse como un ejemplo concluyente de lo que eran los sentimientos populares al principios del siglo XVI.

"Ch'ei non peccaro, e, s'egli hanno mercedi
Non basta, perch' e' non ebber batesmo,
Ch'è porta della fede che tu credi.
E, se furor dinanzi al cristianesimo,
Non adorar debitamente Dio,
E di queste cotai son io medesimo.
Per tal difetti, e non per altro rio,
Semo perdutti, e sol di tanto affesi,
Che sanza speme vivemo in dizio.

Infierno, Canto id.

¹ De la misma manera que las leyes de Olero, el código marítimo de tanta autoridad en la edad media, abundaba la propiedad de los infelices, equiparada á la de los piratas, á los verdaderos creyentes. "S'ilz sont pyrates, pillleurs, ou escumeurs de mer, ou Tures, et autres contraires et ennemis de nostre dicte foy catholique, eha cun peus prendre sur telles manieres de gens, comme sur chiens et peut l'on les derobber et spolier de leurs biens sans pugnition. C'est le jugement." Juicios de Olero, art. 45, en la colección de las leyes marítimas por J. M. Pardessus. Paris, 1828, tome I, pág. 351.

VI, donó generosamente una gran porcion del emisferio oriental á los españoles y la otra á los portugueses. Estas encumbradas pretensiones de los sucesores del humilde pescador de Galilea, no eran puramente nominales; que por el contrario, se las invocaba y reconocia como decisivas en las disputas entre las naciones.¹

Juntamente con este derecho venia la obligacion, en la cual se fundaba aquel, de rescatar á las naciones que vivian en las tinieblas del paganismo, de la perdicion eterna que les aguardaba. Semejante obligacion estaba reconocida por todos los buenos y los valientes: la reconocia el monge en su claustro, el misionero en sus predicaciones, el soldado en sus cruzadas. Por muy adulterado que haya sido el sentimiento de este deber por consideraciones mundanas y por la ambicion y la codicia de las cosas terrenales, aun era aquel sentimiento vivo y fuerte en el corazon del conquistador cristiano. Ya hemos visto que en Cortes ese sentimiento superaba con mucho á todas las consideraciones temporales. La concecion del Papa, fundada en la condicion de

¹ La famosa bula de particion, sirvió de base al tratado de Tordesillas, por el cual fijaron los monarcas portugueses y castellanos, los límites de las tierras descubiertas por unos y otros; por cuyo tratado el vasto imperio del Brasil quedó cedido al primero, no obstante que los españoles lo habian poseído antes. Véase la historia de Fernando é Isabel, parte 2, cap. 1g; parte 2, fap. 9, últimas páginas de uno y otro captulo.

convertir á los infieles, ° robustecía la creencia de que este era un deber imperioso, y servia de base aparente (y aun podia decirse que para aquellos tiempos de verdadera base) al derecho de conquista.²

Verdad es que este derecho no autoriza para actos de violencia innecesarios. La presente expedición, hasta el periodo á que acabamos de llegar, ha-

1 En esta condiccion, terminantemente espresada y repetida varias veces, se fundan las famosas bulas de Alejandro VI, de 3 y 4 de Mayo de 1493, en las que confiere á Fernando é Isabel el pleno dominio de todas las tierras de las Indias Occidentales, que no hubiesen sido ya descubiertas por príncipes cristianos. Véanse estos preciosos documentos en Navarrete Coleccion de los viages y descubrimientos. (Madrid, 1825) tom. II, notas 17 y 18.

2 El título en que los protestantes fundaban sus derechos naturales á los frutos de las tierras descubiertas por ellos en el Nuevo mundo, es muy diverso. Consideran que la tierra está creada para que se la cultive, y que la Providencia no puede haber tenido el desigüo de que tribus errantes de salvages posean un territorio mas que sobrado para satisfacer sus necesidades, con esclusión de los hombres civilizados. Pero ciertamente que segun esto, por lo tocante al cultivo de la tierra, malos títulos de posesion tenemos sobre muchos de nuestros actuales dominios, que despoblados é incultos no son nada necesarios para nuestro mantenimiento presente y próximamente venidero.

El argumento fundado en la diferencia de civilizacion, es todavía mas dudoso. Debemos confesar, en honor de nuestros bisabuelos los puritanos que alegaron ningun derecho natural, ni menos se fundaron en las concesiones del rey Santiago, que daban derechos, casi tan absolutos como los que pretendia tener la Santa Sede, pues por el contrario, sus títulos al nuevo suelo los adquirieron comprándolos legítimamente á los naturales, conducta que forma un honroso contraste con la seguida por muchísimos de los que fundaron nuevos establecimientos en el continente americano. Es de observar, sin embargo, que cualesquiera que hayan sido las diferencias entre la Iglesia católica (ó mejor dicho, entre los gobiernos español y portuges) y el resto de la España, con respecto al ver-

bia sido manchada con menos de estos actos, que casi todos los descubrimientos de los españoles en el Nuevo-Mundo. Durante toda la campaña, habias prohibido Cortés todas las injurias y ataques á las personas y propiedades de los naturales, y á los que los habian perpetrado les habia castigado con ejemplar severidad. Habia sido fiel á sus amigos, y, con pocas excepciones, tambien poco cruel con sus enemigos. Seau que la conveniencia ó principios, les dictasen tal conducta, ella siempre le hace honor aun cuando nadie que tenga alguna sagacidad dejará de conocer que en este punto estaban de acuerdo la conveniencia y los principios de los conquistadores.

Habia entrado en Cholula invitado por el emperador indio, quien ejercia una dominacion, aunque

dadero fundamento de la legalidad de sus títulos, siempre se han reducido en sus disputas mútuas, á reconocer los derechos de antelacion en el descubrimiento. Véase una breve idea de la cuestion, en Vattel (derecho de gentes, sec. 209,) y mayormente en Kent (Comentarios á las ley americanas, vol. III, lecc. 51,) donde está tratada, lucida y elocuentemente. La cuestion considerada como Derecho de gentes, se encuentra delucida en el famoso caso de Johnson. (Véase M. Intosh) Wheaton, Reports of Cases in the supreme Court of the United States, vol. VIII, pág. 543 y siguientes. Si no fuera tratar muy ligeramenie cuestion tan grave, suplicaria yo que se me permitiese remitir al lector á la Historia de Nueva York de Diedrick Knickerbocker (lib. 1°, cap. 5,) donde se encuentra los argumentos mas vulgares, sometidos al crisol del ridiculo, crisol que manifiesta mejor de lo que se pudiera con razones serias, lo que valen, ó por mejor decir, lo poco que valen sus argumentos.

encubierta, real y verdadera sobre aquel territorio donde le habian recibido como amigo y haciéndole todas las demostraciones posibles de benevolencia: sin provocacion alguna suya ni de sus subordinados, se encontraron de repente amenazados de ser víctimas de la mas páfida trama; puestos sobre una mina que podia estallar en el momento menos esperado y envolverlos á todos en las ruinas. Razon tuvieron en juzgar que su salvacion consistia en anticipar el golpe, pero sin embargo, ¿quién puede dudar que el castigo fué excesivo, que el mismo fin se pudiera haber conseguido descargando la venganza contra los gefes criminales y no contra la plebe ignorante que no hacia mas que obedecer las órdenes de sus señores? Pero por otro lado, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado de poder, sea parco ni escrupuloso en el ejercicio de éste? ¿Ni quién, tampoco, que las pasiones violentas de un soldado, inflamadas por un agravio reciente, se contengan en el momento de la explosion?

Quizá decidiríamos mas imparcialmente acerca de la conducta de los conquistadores, comparándola con la que han seguido nuestros contemporáneos mismos cuando se han visto en igualdad de circunstancias. Las atrocidades cometidas en Cholula por los conquistadores, no son tan bárbaras como las que sus descendientes han sufrido en la última guerra de la Península, de parte de los ingleses en Pa-

dajoz, y de la de los franceses en Tarragona y en otras cien partes. Le desenfrenada carnicería, los ataques á la propiedad, y sobre todo, esos ultrajes peores que la muerte, de los que estuvo escento el sexo débil en Cholula, forman un catálogo de excesos tan atroces como los que se imputan á los españoles, y en cuya defensa no se puede alegar ni el resentimiento, ni la necesidad de hacer una esforzada y patriótica resistencia.

La consideracion de todos estos sucesos cuya repeticion nos ha familiarizado con su espectáculo, debe hacernos mas indulgentes al juzgar de lo pasado; el cual nos enseña que el hombre, ya sea salvaje, ya culto, cuando sus pasiones se han escitado, es el mismo en todos tiempos.

Otra cosa nos enseña, y es en verdad una de las lecciones mas provechosas que nos ofrece la historia, y es: que puesto que semejantes actos son *inevitables* en la guerra, aun cuando se verifique entre los pueblos mas ilustrados, los que rigen los destinos de las naciones; deben someterse á cualesquiera sacrificios, excepto el del honor, antes que apelar á la decision de las armas. El solícito esmero que tienen los pueblos modernos en evitar tales calamidades, por medio de conferencias pacíficas y de una mediacion imparcial, es una grandísima prueba, mayor que todos los adelantos hechos en las ciencias y las artes, de nuestra superioridad en cultura sobre los pueblos antiguos.

Está lejos de mí el designio de justificar las crueldades de los primeros conquistadores: que graviten con todo su peso sobre su cabeza: eran una raza de hierro, que si no se cuida gran cosa de sus propios peligros y padecimientos, poco miramiento habia de tener á los de sus desventurado enemigos; pero para juzgarlos debidamente, no los véamos á la luz de nuestro siglo, retrocedamos al suyo y coloquémonos en el punto de vista que permite la civilizacion de entonces: solamente de esta suerte podremos calificar imparcialmente á las pasadas generaciones. Otorgémosles á éstas la justicia que exigimos nosotros de nuestra posteridad cuando, á la luz de una civilizacion mas adelantada, examine los hechos oscuros y dudosos que hoy apenas fija nuestra atencion.

Mas cualquiera que sea el mérito moral de la accion de que vamos hablando, como un golpe de política no se puede disputar que era bien calculado. Las naciones de Anáhuac habian contemplado con asombro y miedo á aquel puñado de extranjeros que se internaba cada vez mas en el pais, arrojando todos los obstáculos, venciendo ejércitos tras de ejércitos, con mayor facilidad que la que tiene la velera naopara hender el mar bravío, ó que la lava cuando se precipita de los volcanes y sigue incontrastable su carrera, empujando delante de si todos los obstáculos, y dejando devastado y consumido cuanto se encuentra en su huella abrasadora.

Las proezas de los españoles, de los *dioses blancos*,¹ como se les llamaba por los indios, los hacian pasar por invencibles; pero hasta que no llegaron á Cholula no se supo cuán tremenda era su venganza!

Todos temblaron; pero nadie cual el emperador azteca, cuyo trono estaba sentado en medio de las montañas. En aquellos acontecimientos creia leer los negros caracteres trazados por el siniestro dedo del destino.² Ya veia su reinado desvaneciéndose, como se desvanece la niebla de la mañana.

Algunas de las mas importantes ciudades de las inmediaciones de Cholula, amilanadas por la desgracia de la capital, enviaron embajadores al campo de los cristianos: requiriendo su alianza y halagándulos con ricas dádivas de oro y esclavos.³

Moctuczoma asustado con estas muestras de abandono, volvió á consultar con sus dioses impotente los cuales, á pesar de que sus aras humearon con

1 *Los Dioses blancos*. Camargo, His. de Tlaxcalan, MS. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 40.

2 Sahagun, His. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

En una arenga que se oyo con motivo del advenimiento de un príncipe azteca, encontramos la siguiente notabilísima prediccion: ¿Acaso tú tienes cuidado de las cosas adversas y espantables que han de venir; que no las vieron pero temieron los antiguos y antes pasados?... ¿Cuándo se verá la perdicion y destrimiento que acontecerá á los reinos, pueblos y señoríos, y cuando súbitamente todo á oscuras y todo destruido, ó cuándo vendrá tiempo en que nos hagan á todos esclavos y andaremos sirviendo en los mas bajos servicios? (Ibid., lib. VI, cap. 11.) Esta estraña profecía que he traducido literalmente, prueba cuán fuertemente arraigado estaba en los indios el temor de una futura é inminente revolucion.

3 Herrera, His. gral. dec. 2, lic. 7, cap. 3.

la sangre de hecatombes de víctimas humanas, no le dieron ninguna respuesta consoladora. En vista de esto, resolvió mandar á los españoles otra nueva embajada, negando que hubiese tenido participacion alguna en la conspiracion de Cholula.

Mientras permanecia Cortés en esta ciudad. Creyendo que la impresion que debian haber producido las últimas escenas era una coyuntura á propósito para tentar la conversion de los infieles, instó á los ciudadanos para que abrazasen la Cruz y dejarasen aquellos falsos patronos que los habian abandonado en el momento de mayor peligro.

Pero las tradiciones de tantos siglos, esparcian todavía una corona de gloria sobre aquel santuario de los dioses, la Ciudad Santa del Anáhuac. No era de esperar que aquel pueblo se prestara gustoso á renunciar á sus preeminencias y á abajarse al nivel de las demas ciudades. Con todo Cortés hubiera insistido en su propósito, á no ser por los consejos del sábio Olmedo, quien le persuadió á que le dejase para despues de hecha la conquista de todo el país.¹

Pero le cupo la satisfaccion de romper las jaulas en que estaban encerradas las víctimas destinadas al sacrificio y de devolver á éstas la libertad y la vida.

Se apoderó de aquella parte del templo mayor,

¹ Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 83.

que siendo de piedra no habia sido devorada por las llamas y la dedicó al culto católico.

Una cruz de extraordinarias dimensiones, cuyos brazos se estendian sobre la ciudad. anunciaba que ésta habia quedado bajo la proteccion de la Cruz. En este mismo sitio está hoy un templo circundado de cipreses antiquísimos y consagrados á N. Señora de los Remedios.

Allí se encuentra una imágen de la Virgen, cuya imágen se dijo la dejó el conquistador mismo.¹

Un eclesiástico indio, descendiente de los antiguos cholultecas, celebra las pacíficas ceremonias de la Iglesia católica, en el mismo lugar donde sus antecesores celebraban los sanguinarios ritos del místico Quetzalcoatl.²

Mientras esto pasaba, llegó otra nueva embajada de México: traía, como era de costumbre, un valioso regalo de plata y oro, animales artificiales que imitaban al pavo, con plumas de aquel último metal. A esto se añadian mil quinientas vestiduras de algodón finamente trabajadas.

El emperador volvia á espresar cuánto sentimiento le causaba la catástrofe de Cholula, se vindicaba de toda participacion en aquella trama, y decia que ya habia acarreado á sus autores la retribucion merecida, y que para impedir que se repitiesen tales

¹ Veytia, Hist. Antig., tomo 1, cap. 13.

² Humboldt, Vistas de las Cordilleras, pág. 32

escesos habia mandado que se situase en las inmediaciones de la ciudad un ejército azteca.

No se puede ver esta conducta pusilánime de Motecuzoma sin sentir hácia á él, á la vez lástima y desprecio. No es fácil creer en su ponderada inocencia con respecto á la conspiracion de Cholula, atendiendo á algunas de sus circunstancias; pero no perdamos de vista que las noticias que de ella nos quedan, provienen ó de escritores españoles, ó de indios que florecieron poco despues de la conquista, es decir, cuando el pais ya era una colonia de España. En efecto, ni una sola historia azteca ha sobrevivido capaz de ser interpretada; el triste destino del infortunado Motecuzoma es, que su retrato solo nos queda trazado por el pincel de sus enemigos.

1. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 69. Gemara, Crónica, cap. 63. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 81.

2. Lo que se dice en el texto parecerá tal vez infundado, atendiendo á que existen tres códices con interpretaciones, como lo hemos dicho antes. Pero estos tres códices contienen muy pocas noticias relativas á Motecuzoma, y están sacados de comentarios de monges españoles, que muy á menudo son irreconciliables manifiestamente, con las mas auténticas noticias sobre los aztecas. Aun escritores como Ixtlilxochitl y Camargo, que por su descendencia de los indios parece que debian mostrar mas independencia, cuidan menos de esto, que de aparecer fieles á su nueva religion y á su nueva patria. Acaso el mas fehaciente de los recuerdos de aquel tiempo, es la obra de Sahagun, y mayormente el libro 12, donde recopiló noticias recogidas poco despues de la conquista. Esta porcion de la obra ha sido escrita de nuevo por el autor y considerablemente reformada por él ya en los últimos años de su vida; así es que es de dudar si acaso la version ya reformada es tan fiel como el original, que todavía permanece manuscrito y que es el que yo he consultado principalmente.

Ya habian pasado mas de quince dias desde que Cortés habia entrado en Cholula, por lo que resolvió proseguir sin demora su marcha á la capital. La venganza sobre los cholultecas habia sido tan rigurosa, que conoció, que el enemigo que se dejaba á la retaguardia no podia molestarlo en caso de retirada. Antes de su partida tuvo el placer de saldar (en apariencia á lo menos) la enmidad que por tanto tiempo habia habido entre los de Cholula y Tlaxcalan, y que no volvió á revivir despues de verificada la súbita revolucion que cambió todos los destinos de Anáhuac.

Algo le inquietaba no obstante, la súplica que le hicieron los aliados zempoaltecas, de que les permitiese volver á su tierra, alegando que por su comportamiento con los recaudadores aztecas y por la ayuda que habian prestado á los españoles, se juzgaban poco seguros en la corte del emperador. En vano trató Cortés de tranquilizarlos con promesas de proteccion: la desconfianza y temor de Motecuzoma eran demasiado grandes para poder ser reprimidos. Le habian sido tan útiles por su fidelidad y valor, que el general español no podia ver sin sentimiento la determinacion en que estaban de abandonarle, ni acceder á ella sin grandes dificultades. Mas al fin, condescendiendo en su justa peticion, se despidió de ellos al partir de Cholula; pero despues de recompensarles liberalmente con la

vestiduras y joyas que le habia enviado el emperador. Aprovechóse tambien de su ida, para enviar á Juan de Escalante, su teniente en Veracruz, unas cartas en que le informaba de los felices adelantos que se habian hecho: preveníale ademas, que redoblase las fortificaciones de la plaza, por manera que se pudiese resistir á cualquiera tentativa hostil de parte de Cuba, cuidando no menos de prevenirle que evitase todo alzamiento de los naturales, finalmente, recomendaba muy especialmente que protegiese á los totonecas, cuya fidelidad con los españoles los esponia gravemente á la venganza de los aztecas.¹

1 Bernal Díaz, op. cit., caps. 84, 85. Relac. sig. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67. Gomara, Crónica, cap. 60. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

CAPITULO V.

CONTINUA LA MARCHA.—SUBEN EL GRAN VOLCAN.

—VALLE DE MEXICO.—

IMPRESION QUE PRODUCE EN LOS ESPAÑOLES.

—CONDUCTA DEL EMPERADOR.—BAJAN AL VALLE.

(1519.)

Restablecido completamente el orden en Cholula, prosiguieron su marcha los ejércitos aliados, español y tlaxcalteca. El camino pasaba por entre bellas campiñas y frondosos plantíos que lo rodeaban en todas direcciones, y que ocupaban varias leguas. En su marcha los alcanzaron los enviados de varias ciudades, solícitos por ganarse la proteccion de los blancos, á cuyo fin les mandaban ricas dádivas, especialmente de oro, por ser bien sabido en todo el pais lo codiciado que era aquel metal, de los españoles.

vestiduras y joyas que le habia enviado el emperador. Aprovechóse tambien de su ida, para enviar á Juan de Escalante, su teniente en Veracruz, unas cartas en que le informaba de los felices adelantos que se habian hecho: preveníale ademas, que redoblase las fortificaciones de la plaza, por manera que se pudiese resistir á cualquiera tentativa hostil de parte de Cuba, cuidando no menos de prevenirle que evitase todo alzamiento de los naturales, finalmente, recomendaba muy especialmente que protegiese á los totonecas, cuya fidelidad con los españoles los esponia gravemente á la venganza de los aztecas.¹

1 Bernal Díaz, op. cit., caps. 84, 85. Relac. sig. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67. Gomara, Crónica, cap. 60. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

CAPITULO V.

CONTINUA LA MARCHA.—SUBEN EL GRAN VOLCAN.

—VALLE DE MEXICO.—

IMPRESION QUE PRODUCE EN LOS ESPAÑOLES.

—CONDUCTA DEL EMPERADOR.—BAJAN AL VALLE.

(1519.)

Restablecido completamente el orden en Cholula, prosiguieron su marcha los ejércitos aliados, español y tlaxcalteca. El camino pasaba por entre bellas campiñas y frondosos plantíos que lo rodeaban en todas direcciones, y que ocupaban varias leguas. En su marcha los alcanzaron los enviados de varias ciudades, solícitos por ganarse la proteccion de los blancos, á cuyo fin les mandaban ricas dádivas, especialmente de oro, por ser bien sabido en todo el pais lo codiciado que era aquel metal, de los españoles.

Muchas de estas ciudades eran aliadas de los tlaxcaltecas y todas ellas manifestaban gran descontento del gobierno de Moteuczoma. Los naturales amonestaban á sus aliados de guardarse de la perfidia del emperador, dando como prueba de su ánimo hostil, que habia mandado obstruir el camino real para obligarles á tomar otro, que por su estrechez y puntos fuertes, les pusiese en condiciones desventajosas. Cortés no dejó escapar aquellas observaciones y vigilaba cautamente todos los movimientos de los embajadores mexicanos, temeroso de sufrir una sorpresa.¹ Cuidadoso y activo, se presentaba donde quiera que su persona podia servir de algo: ora está en la vanguardia, ora en la retaguardia; al débil lo alienta, azuza al perezoso, y á todos les infunde el ánimo y la fortaleza que á él le inflama: de noche nunca dejaba de rondar el campamento para cuidar de que los centinelas estuviesen en su puesto; habiendo corrido en una ocasion gran riesgo de que le fuese fatal esta vigilancia, pues se acercó tanto á un centinela, que éste no pudiendo distinguir en la oscuridad quién era, levantó contra él su ballesta, cuando afortunadamente contuvo sus movimientos al oír el grito del general que le daba la contraseña. Así pudo haberse terminado la campaña y recobrar aliento por algun tiempo mas el emperador Moteuczoma!

¹ "Andábamos," dice Bernal Diaz, usando de una espresion familiar, pero significativa, "la barba sobre el hombro."

El ejército llegó por último á un punto del camino, donde éste se dividia en dos ramas, una de las cuales estaba obstruida segun y como lo habian dicho los indios, con enormes piedras y troncos de árboles. Cortés preguntó á los enviados mexicanos la causa de aquello; á lo que le replicaron, que se habia hecho de orden del emperador, para que no viesen los españoles á tomar un camino, que á alguna distancia de allí, era intransitable para la caballería; confesaron, no obstante, que era el mas corto por lo que Cortés dijo, que le parecia el preferible, y que á los españoles no les arredraban los obstáculos; que despejasen la enramada. Segun cuenta Bernal Diaz, muchos años despues se conservaban todavía á un lado del camino los troncos de los árboles que lo obstruian. Aquello dió á conocer claramente al general, la premeditada traicion de los mexicanos; pero era demasiado astuto, para dejar traslucir sus sospechas.¹

Ya dejan los extranjeros la risueña campiña y comienzan á subir la fragosa sierra que separa los valles de México y Puebla. El aire, conforme iban lugiendo, era cada vez mas frio y penetrante: el pesado soplo que bajaba de la falda de las montañas, hacia tiritar á los españoles á pesar de sus vestidos de algodón, y entumia los miembros de caballos y cabalgadores.

¹ Bernal Diaz, ubi supra. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 70. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 41.

Ya pasan por entre dos de las mas altas montañas del continente Norte Americano: el Popocatepetl, *cerro que humea*, y el Ixtaccihuatl, *muger blanca*,¹ nombre que seguramente le impusieron á esta última montaña, en razon de la blanca túnica que cubre su ancha y quebrada cumbre. Una pueril supersticion hacia creer á los indios que aquellos dos montes eran dos dioses, y que el Ixtaccihuatl era la muger de su formidable vecino.² Otra tradicion mas sublime hacia considerar el volcan del norte, como la morada de los espíritus de los malos príncipes, cuyas horribles agonías en aquella cárcel ocasionaban las tremendas convulsiones y los vómitos de lava, en tiempo de erupcion. Esta era la fábula clásica de la antigüedad.³ Semejantes supersticiones, investian á las montañas de un misterioso horror, que hacia temblar á los indios solo al pensar en subir á su cumbre, la cual por otra parte, era casi inaccesible á causa de obstáculos materiales.

1 "Llamaban al volcan Popocatepetl, y á la sierra nevada Ixtaccihuatl, que quiere decir, la sierra que humea y la blanca muger." Camargo, H.st. de Tlaxcalán, MS.

2 "La sierra nevada y el volcan los tenian por dioses; y que el volcan y la sierra nevada eran marido y muger" Ibid.

3 Gemara, Crónica, cap. 62.

"Aetra Gigantees numquam tacitura triumphos
Enecladi bustum qui saucia terga revinctus
Spirat irexhaustum flagranti pectore sulphur."

Claudian, de Rapt. Pros., lib. 1º, v. 152.

El gran volcan¹ llamado Popocatepetl, se eleva á la enorme altura de 17,852 piés sobre el nivel del mar, es decir, mas de 2,000 piés mas que el *rey de los montes*, el mas alto que se conoce en Europa. En el presente siglo, raras veces ha dado señales de su naturaleza volcánica, por manera que el cerro que humea, apenas merece hoy este nombre; pero en tiempo de la conquista, frecuentemente estaba en actividad, y precisamente cuando los españoles estaban en Tlaxcalan, bramaba con extraño furor; cosa que, como es de suponer, pareció de muy mal agüero á los naturales de Anáhuac. Su cabeza reviste la forma de un cono regular, á causa de los depósitos de las erupciones sucesivas, y tiene el aspecto corrieate en las montañas volcánicas, en los puntos en que no está escavada por el cráter. Se le ve elevarse á los cielos envuelto en su túnica de nieve perenne, desde las anchurosas llanuras de Puebla y México: es el primer objeto que doran los rayos del sol naciente; el último que tñen los del sol

1 Los antiguos españoles llamaban con este nombre á cualquier montaña elevada, aun cuando nunca hubiese dado señales de combustion: así, el Chimborazo, era llamado *volcan de nieve*. (Humboldt, Ensayo político, tomo 1, pág. 162;) y el emprendedor viagero Stephens habla del *volcan de agua*, situado á las inmediaciones de la Antigua Guatemala (Incidentes de un viage á Chiapas, la América central y Yucatan, Nueva-York, 1841, vol. I, cap. 13.

2 El Monte Blanco tiene, segun De Sanssure, 15.670 piés de altura. En cuanto á la del Popocatepetl, véase una esmerada relacion, en la Revista Mexicana, tomo II, núm. 4.

que muere: la radiante diadema que lo ciñe entonces, contrasta con las áridas llanuras de arena y lava que se extienden bajo de él y con la fúnebre faja de cipreces que circunda su base.

El misterioso terror que inspira aquel sitio, y el amor de las aventuras, sugirió á algunos caballeros españoles el pensamiento de subir á su cumbre; cosa que los naturales les aseguraron no podrian verificar quedando con vida. Cortes les animaba á aquella empresa, deseoso de probar á los indios que no habia proeza por peligrosa y tremenda que fuese, que no estuviera al alcance de sus intrépidos compañeros. A consecuencia de esto, uno de sus capitanes, Diego de Ordaz, otros nueve españoles y algunos tlaxcaltecas, alentados por el ejemplo de los primeros, intentaron la subida, en la que encontraron mayores dificultades de las que se aguardaban.

La parte inferior estaba cubierta de un bosque tan espeso que en algunas partes apenas era posible penetrarlo. Conforme iban subiendo, el bosque iba siendo mas despoblado de árboles: la vegetacion era un poco mas arriba pobre y triste; hasta que finalmente, á la altura de algo mas de 13,000 piés desaparecia completamente. Los indios que habian subido hasta allí, intimidados por los ruidos subterráneos que se oian en el volcan que entonces estaba todavía en estado de combustion, no quisieron proseguir. El camino estaba abierto por sobre negras

lavas enfriadas, cuyos fragmentos irregulares, producidos por los obstáculos que se les opusieron cuando venian derretidas, oponian incesantemente tropiezos para andar. Entre estos fragmentos habia uno, llamado el *Pico del Fraile*, que era una enorme roca perpendicular, de 120 piés de altura y que se percibe desde abajo, la cual les obligó á dar un gran rodeo. Pronto llegaron al límite de los hielos perpetuos, donde encontraron nuevos y desconocidos obstáculos, pues que el hielo resbaladizo no les permitia asentar sólidamente el pié, y les ponía á cada instante en riesgo de precipitarles en los aterridos abismos que los rodeaban por todas partes: para poner el colmo á la dificultad, la respiracion se encontraba tan estorbada en aquellas regiones donde el aire es rarísimo, que los esfuerzos para inspirarlo eran acompañados de agudos dolores en la cabeza y en los miembros. Sin embargo de esto, aun prosiguieron sus tentativas hasta que llegaron á acercarse al cráter, de manera que la enorme cantidad de humo, cenizas y chispas que vomitaba el monte de entre sus entrañas abrasadas, por poco les sofoca y les ciega. Aquello era demasiado insoportable aun para hombres de fierro como ellos; así es que aunque muy á su pesar, se vieron obligados á abandonar su intento, ya en víspera de darle remate. Trajeron algunos enormes carámbanos, cosa curiosa en aquella region cálida, como un trofeo de su ha-

zafia, que aunque incompleta, era bastante á admirar á los indios y á darles una nueva prueba de que para los españoles, los mas espantosos y misteriosos peligros, no eran mas que pasatiempos. La empresa era propia y digna de aquellos caballeros, que no contentos con los peligros y aventuras que buenamente se encontraban en su camino, se echaban como Don Quijote, en busca de otros nuevos. Al emperador Carlos V. se le remitió una relacion de este suceso, y á la familia de Ordaz se le permitió que usase el escudo de armas, un monte ardiendo, en conmemoracion de tan famosa hazaña.¹

El general no quedó satisfecho del resultado de la expedicion, por lo que dos años despues mandó otra nueva á las órdenes de Francisco Montañó, caballero de ánimo resuelto y esforzado. El objeto de ella era proporcionar azufre para la fabricacion de la pólvora. El monte estaba pacífico en aquella época, y el éxito fué mas completo. Los españoles, en número de cinco, llegaron hasta el bordo del cráter el cual representaba un elipse irregular y tenia mas de

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 70. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33. Bernal Diaz, cap. 78.

El último de estos escritores dice, que la subida se intentó cuando estaban los españoles en Tlaxcalan y que se llegó á verificar completamente; mas la carta del general, escrita poco tiempo despues del suceso y sin motivo de equivocacion, es mejor autoridad. Véase ademas á Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 6, cap. 16. Relac. d'un gent., en Ramusio, t. III, pág. 308. Gomara, Crónica, cap. 62.

una legua de circunferencia; la profundidad seria de cosa de 800 ó de 1000 piés. Una pálida llama ardía en el fondo de él y despedía un vapor sulfuroso, que al subir se enfriaba y dejaba depositado el azufre en las paredes del cráter. Se echó en suerte quién debía descender; y tocó á Montañó mismo bajar en un cestillo á aquel horroroso abismo, donde le hundieron sus compañeros á la profundidad de 400 piés. La operacion se repitió bastantes veces, hasta que hubo la cantidad de azufre que necesitaba el ejército. Esta temeraria empresa excitó la admiracion general de aquel tiempo. Cortés concluye su relacion haciendo al emperador la juiciosa reflexion de que despues de todo, habria sido mejor mandar traer de España la pólvora.¹

Mas ya es tiempo de que volvamos de nuestra digresion, la cual se escusará, si se atiende á que ella

¹ Relac. 3ª y 4ª de Cortés, en Lorenz., pág. 318, 380. Her., Hist. gral., dec. 2, lib. 3, cap. 1. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 41.

M. Humboldt duda que Montañó haya bajado al cráter, y piensa que es mas probable que haya obtenido el azufre de alguna hendidura lateral de la montaña. (Ensayo politico, tomo I, pág. 164.) Desde la tentativa de Montañó hasta el siglo presente, no se habia hecho ninguna otra, á lo menos, que se lograra; pero en 1827 se han verificado dos expediciones á la cumbre del Popocatepetl, y otras dos en 1833 y 1834. La noticia completa de la última, y algunos pormenores interesantes; y observaciones científicas, se han escrito por Gerolt, uno de la expedicion, y se han publicado en el número ya referido de la *Revista Mexicana*, (tomo I, pág. 461.) Los que han subido á la cumbre del monte mas alto, que domina enteramente al Ixtaccihual, afirman que en éste no se descubre ningun vestigio de cráter; lo cual es contra la opinion general.

ha servido para ilustrar notablemente el quimérico espíritu de empresa, poco inferior en la realidad á lo que parecia en los romances de caballería de los hidalgos españoles del siglo XVI.

El ejército prosiguió su marcha por las intrincadas gargantas de la sierra, tomando casi el mismo camino que actualmente conduce de la capital á Puebla pasando por Mecameca,¹ diferente del que ordinariamente siguen los viajeros que van de Veracruz, el cual dá un largo rodeo por la parte septentrional de la base del Ixtaccihuatl; pero que es menos fatigoso aunque inferior al otro en paisajes pintorescos. Los helados vientos que soplan de la falda de la montaña y que traen consigo aguas nieves y graniizo, molestaban á los españoles mucho mas que á los tlaxcaltecas, acostumbrados desde la infancia á habitar entre la selvática soledad de sus colinas nativas. En la noche sus padecimientos hubieran sido insoportables, pero se refugiaron en los edificios de piedra que el gobierno mexicano habia construido de trecho en trecho á lo largo del camino, para que se acomodasen los viajeros y los correos. ¡Cuán distante estaria al construirlos, de que habian de servir para dar abrigo á sus enemigos!

Al dia siguiente, repuestas las tropas con el descanso de aquella noche, pudieron llegar fácilmente

¹ Humboldt, Essai politique, tomo IV, pág. 17.

á la cresta de la sierra de Ahualco, la cual se estiene de como una cortina al Norte y al Sur de los dos volcanes. El camino era comparativamente llano y ademas les hacia andar con mayor presteza, la Consideracion de que estaban ya pisando el suelo de Moteuczoma.

No habian andado mucho, cuando al doblar uno de los ángulos de la sierra, descubrieron de repente una perspectiva que compensó con usura las pasadas fatigas del viage, la del valle de México ó Tenochtitlan que es como mas comunmente le llamaban los naturales: este valle con su pintoresco conjunto de lagos, bosques y llanuras cultivadas, de brillantes ciudades y selvas umbrías, se desplegaba á su vista como un brillante panorama. En estas regiones elevadas donde el aire atmosférico es muy raro, aun los objetos mas distantes conservan el brillo del colorido y la limpieza de los contornos, por manera que como que desaparece la distancia.¹ A sus piés se estendian dilatados bosques de encinos, sicomoros y cedros; y mas allá, dorados campos de maiz mezclados con el altivo maguey, y hortalizas y floridos jardines, pues que las flores de que tanto uso en las ceremonias religiosas, eran en el valle aun mas abundantes que en las demas partes de Aná-

¹ El Lago de Texcoco, sobre el qual se levantaba la ciudad de México, tiene 2.277 metros ó cosa de 7.500 piés de elevacion sobre el nivel del mar. Humboldt, Essai politique, tomo II, pág. 45.

huac. En el centro de la gran llanura se veían los lagos, que entonces ocupaban mucho más espacio que al presente, cuyas orillas estaban coronadas de ciudades y aldeas en cuyo centro, parecía á una emperatriz india ceñida de una corona de perlas, se levanta la hermosa ciudad de México con sus blancas torres y templos piramidales, descansando en el seno de las aguas; se levantaba, en fin, la afamada Venecia de los aztecas. Sobre todas las demás colinas descollaba el cerro de Chapultepec, residencia de los monarcas mexicanos, coronado de los mismos bosques de gigantes cipreses que aun ahora envuelven aquel sitio en su ancha y negra sombra. Allá á lo lejos, más allá de las azuladas aguas del lago y medio oculta por el follaje, se veía blanquear y relucir la capital de Texcoco; y aun más allá se percibía el oscuro cinturón de pórfido que rodea á todo el valle, y en el cual parece que ha querido engastar la naturaleza la más rica de sus joyas.

Tal era el bello espectáculo que de súbito sorprendió la vista de los conquistadores: aun hoy tan tristes cambios ofrece aquel paisaje, aun hoy que el país está desnudo de los gigantes bosques que lo cubrían en otro tiempo, y que el suelo espuesto sin resguardo al sol devorador los trópicos, está árida y estéril; aun hoy que al retirarse las aguas han dejado anchos y espantosos trechos que blanquean con las incrustaciones de sal, mientras que las ciudades

y pueblos que se levantaban en sus orillas se deshacen en ruinas; aun que la devastación es lo que se encuentra por todas partes, tan indestructibles son los rasgos de belleza con allí se ostenta la naturaleza, que no hay viajero por frío é insensible que sea que pueda contemplarlos sin sentirse profundamente conmovido y arrobado. ¹ ¡Cuáles serían, pues, las sensaciones que experimentaron los españoles cuando después de hacer un viaje penoso, en una atmósfera delgada, el nebuloso velo que los envolvía desapareció de improviso y se les presentaron aquellos paisajes en todo su primitivo esplendor y belleza! Aquello fué como el espectáculo que sorprendió la vista de Moisés desde la cumbre del Pisgah; por manera que en medio del ardiente entusiasmo que sentían, no pudieron menos de exclamar: "hé aquí la tierra prometida." ²

Más estas sensaciones estaban mezcladas con otras de un carácter muy diverso, pues todo aquello les daba á conocer la obra de una civilización mucho más adelantada, que cuanto hasta entonces habían

¹ No hay necesidad de copiar las páginas de los viajeros modernos, que aunque de distinto gusto, sensibilidad y talento, están acordes en cuanto á las impresiones que produce la vista de este hermoso valle.

² Torquemada, Monarquía indiana, lib. 4, cap. 41.

Esto nos recuerda la memorable descripción de las bellas llanuras de Italia, que Aníbal mostró á sus hambrientos bárbaros, después de posar los frágiles Alpes, tal cual la refiere el príncipe de los historiadores descriptivos. (Livio, Hist. lib. 21, cap. 35.)

visto. Los mas tímidos, desalentados por la idea de una lucha desigual cual la que iban á emprender, solicitaban con instancia, como ya lo habian hecho en ocasiones anteriores, volverse otra vez á Veracruz; mas no fué tal lo que sintió el ánimo esforzado del general. Su avaricia se avivó al contemplar los soberbios despojos que le esperaban; y si bien sentía la ansiedad que naturalmente debia inspirarle tan formidables enemigos, su confianza renacia al echar una mirada, tanto sobre las filas de sus veteranos cuyas tostadas caras y estropeadas armaduras recordaban los riesgos y dificultades que habian superado, como sobre sus audaces y bárbaros aliados, cuyos óllos se habian inflamado al aspecto del país de los enemigos de su patria, y parecían como águilas prontas é impacientes por avalanzarse sobre su presa. Por medio de razones, súplicas y amenazas, consiguió revivir el amortiguado valor de los soldados á disudir de que pensasen en retirarse ahora que habian tocado al téamino que habian suspirado, y que iban á abrirse, para recibirles, las doradas puertas de Moteuczoma. Ayudábanle en estos esfuerzos aquellos bravos hidalgos para quienes el honor valia tanto como las riquezas; hasta que por fin, aun los mas pacatos participaron del entusiasmo de los capitanes y del general, y éste tuvo la satisfaccion de ver á sus columnas vaciadas, un momento antes, emprender de nuevo su

marcha con paso firme al bajar las laderas de la sierra. ¹

Al paso que iban internándose, los bosques iban estando menos poblados, los terrenos cultivados eran mas numerosos y se veían en todos los rincones abrigados, cabañas cuyos habitantes salian al encuentro de las tropas y les hacían un amistoso recibimiento. Por donde quiera se oían quejas de Moteuczoma, principalmente por la manera esapiada con que arrebatava á los jóvenes para alistarlos en sus éjercitos, y á las mancebas para llevarselas á su serrayo. Cortés veía con placer aquellos síntomas de descontento, y le parecia que el monte trono de Moteuczoma, estaba asentado sobre un volcan cuyos elementos de combustion interior estaban en tal actividad que podrian hacer una esplosion en el momento menos espirado. Instó á los naturales que estaban descontentos á que descansasen en su proteccion, y les aseguró que habia venido precisamente para vengar sus agravios. Finalmente, se aprovechó de sus favorables disposiciones, para hacer penetrar entre ellos los débiles rayos de luz espiritual que permitian el tiempo y las predicaciones del Padre Olmedo.

Prosigió su camino haciendo cómodas jornadas,

¹ Torquemada, Monarq. Ind., ubi supra. Herrera, Hist. gale. dc. 2, lib. 7, cap. 3. Gomara, Crónica, cap. 64, Oviedo, Hist. d. as Ind., MS. lib. 33, cap. 5.

aunque algo retardaba su marcha la multitud de curiosos que salía á los caminos reales, y la detención que hacían en los lugares de importancia. Encontróles en el camino otra embajada enviada de la capital. Componíanla varios señores aztecas, cargados como era de costumbre, de ricas dádivas de oro y finas vestiduras de plumas y pieles.

El mensaje del emperador estaba concebido en los mismos términos deprecatorios que antes, insistía todavía en rogar que los españoles se volvieran, ofreciendo cuatro cargas de oro al general, una cada uno de sus capitanes y un tributo anual al monarca español.¹ ¡Tan fuertemente así había sido dominado por la superstición el espíritu altanero y esforzado del monarca indio!

Mas el hombre á quien no acedra el aparato bélico, menos podía ser doblegado por femeniles súplicas. Recibió, pues, á la embajada, como lo tenía de costumbre, con comedimiento, pero insistía en que no podía volver á presentarse ante su soberano sin haber hecho antes una visita al emperador azteca en su corte misma, y que sería mas fácil arreglar los negocios por medio de una entrevista personal, que por medio de negociaciones indirectas añadió que los españoles venían de paz como lo ve-

¹ La carga ordinaria de un *taman* mexicano, era de cosa de 50 libras, ó 800 onzas. Clavijero, Stor. del Messico, tomo III, p. 69, notas.

ría Moteuczoma; pero que si le causaba enojo la presencia de aquellos, fácilmente podría escusárselo.¹

El monarca azteca era entre tanto víctima de los mas terribles temores. Es de advertir que cuando había enviado esta última embajada, todavía los españoles no habían bajado las montañas; así es que cuando supo esto que se había verificado, que sus enemigos venían atravesando el valle y que se encontraban á los umbrales de la capital, se extinguió en su seno hasta la última chispa de esperanza. Semejante á aquel que de improviso se encuentra á orillas de un tenebroso y tremendo abismo, quedó desconcertado de tal suerte, que le fué imposible combinar sus ideas ni aun comprender cuál era su situación: se creía la víctima mas forzosa de un destino tiránico, contra el cual nada valían ni la prevision ni las precauciones: parecía como que sus playas habían sido invadidas por seres sobrenaturales que procedían de un planeta remoto, pues tan estraños así eran aquellos hombres por su aspecto y costumbres, y tan superiores así [aunque solo eran un pañado] á las numerosas tribus de Anáhuac, en valor, peri-

¹ Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 12. Rel. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 73. Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 3. Gomara, Crónica, cap. 61. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 87.

cia y demas elementos de la guerra. Ya estaban en el valle; las enormes montañas con que la naturaleza parece que habia tenido tanto cuidado en defenderlo, habian sido salvadas. La dorada perspectiva de paz y tranquilidad con que se habia regalado por tanto tiempo, el señorío que habia heredado de sus abuelos, sus poderosos dominios, todo iba á desaparecer. ¡Aquello era un ensueño horrible, del cual no debia volver el infeliz, sino para despertar á una realidad aun mas horrible!

En un raptó de desesperacion, determinó encerrarse en su palacio, rehusó tomar ningun alimento, confiando en que las deprecaciones y los sacrificios aplacarían á los dioses; pero los oráculos se mostraron mudos. Entonces recurrió al medio mas sencillo de convocar un consejo compuesto de los principales y mas antiguos nobles. La misma discordia de opiniones que antes habia reinado, volvió á reinar ahora. Cacama, el jóven príncipe de Tetzcoco y sobrino del emperador, era de parecer que se recibiese á los españoles cortesmente, como se acostumbraba hacerlo con los embajadores de todo príncipe extranjero. Cuitlahua, el mas animoso de los hermanos de Moteczoma, persuadia á éste á que levantase todos sus ejércitos y arrojase de la capital á sus invasores, ó á perecer en la contienda. Mas el monarca no se encontraba con el esfuerzo bastante para hacer este último impulso. Con ademan abatido y los ojos ha-

jos, exclamó: "¿De qué servirá esta resistencia si los dioses mismos se han declarado en contra nuestra? ¹ Tiemblo por la suerte de los ancianos y de los enfermos, de las mugeres y de los niños, á quienes no es dado ni huir ni pelear; en cuanto á mí y á los valientes que me rodean, opondremos nuestros pechos á la tempestad y lucharemos con todas nuestras fuerzas." En este adolorido y patético tono. cuentan que espresó el emperador azteca, la amargura de su pesar. Mas glorioso hubiera sido para él, poner la capital en estado de defensa, y resolverse como los últimos Paleólogos, á quedar sepultado bajo sus ruinas. ²

Determinó mandar al punto una última embajada, presidida por su sobrino el príncipe de Tetzcoco, para que condujese á los españoles á México.

Estos entre tanto habian llegado á Mecameca, ciudad bien construida y que contaba algunos miles de habitantes. Recibióles amistosamente el cacique, fueron alojados en cómodas y espaciosas casas de piedra, y les hicieron al partir de allí, un regalo en el que entre otras cosas habia tres mil castellanos

¹ No era esta la resolucion del héroe romano.

"Victrix causa Diis placuid; sed vieta Catoni.

(Lucan, lib. 2, v. 123.

² Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 13. Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 44. Gomara, Crónica, cap. 63.

de oro. ⁴ Detuviéronse en este punto dos días, después de los cuales bajaron por los floridos campos de maíz y plantíos de maguey, los últimos de los cuales pudieran llamarse los viñedos de Anáhuac, que se encuentra hácia el lago de Chalco.

El lugar en donde ellos descansaron aquel día, fué Ajotzingo, ciudad de considerable tamaño, y gran parte de la cual estaba construida sobre estacas clavadas en el agua. Era la primera muestra que veían los españoles, de esta especie de arquitectura marítima. Los canales que atravesaban la ciudad á manera de calles, presentaban una escena muy animada, á causa del gran número de barcos que los atravesaban de arriba abajo, cargados de víveres y otros artículos destinados al consumo de los habitantes. Mas lo que principalmente llamó la atención [de los españoles fué la comodidad de las casas, de ordinario de piedra y de buena arquitectura, y las señales de opulencia y elegancia que se encontraba por todas partes. No obstante que Cortés recibió grandes demostraciones de hospitalidad, no dejó de inspirarle alguna desconfianza el ahinco quo tenían los naturales por acercarse á los españoles. ¹ Nn

¹ El señor de esta provincia y pueblo me dió hasta carenta esclavas y tres mil castellanos; y dos días que allí estuve nos proveyó muy eumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida." Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 74.

² "De todas partes era infinita la gente que de un cabo á otro concurrían á mirar los españoles; é maravillábanse mucho de los ver. Tenían grande espacio y atención en mirar lo

contentos con verles en las calles, algunos indios se introdujeron clandestinamente en los cuarteles, y quince ó veinte de aquellos infelices fueron matados por centinelas que los tomaron por espías. Sin embargo, según lo que se puede juzgar después de tanto tiempo, semejante sospecha no fué fundada. La mal encubierta desconfianza de la corte y las precauciones que los aliados habían aconsejado al general, no solo hicieron á éste estar bajo la debida guardia sino que en el caso presente avivaron mucho sus temores de inminente riesgo. ¹

A la madrugada del día siguiente, estando el ejército preparándose para emprender su marcha, llegó un correo á suplicar al general que la difiriese hasta después de que llegase el rey de Tetzcuco, que venía ya en camino á recibirlos. No pasó mucho sin que éste se presentase, conducido en una especie de litera ricamente adornada con láminas de oro y piedras preciosas, con pilares primorosamente trabajados que soportaban un dosel de plumas verdes,

caballos; decían estos son "Teules," que quiere decir "demonios. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 34, cap. 5.

¹ Cortés habló al emperador de este suceso con toda frialdad. "En aquella noche tuve tal guardia, que así de espías que venían por el agua en canoas, como de otras que por la sierra abajaban á ver si había aparejo para ejecutar su voluntad, amancieron casi quince ó veinte que las nuestras las habían tomado y muerto. Por manera que pocas volvieron á dar su respuesta del aviso que venían á tomar." Rel. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 74.

color favorito de los príncipes aztecas. Acompañá-
bale un numeroso séquito de nobles y de criados.
Al presentarse ante Cortés, se bajó de la litera y
sus sirvientes barrieron el terreno por donde debía
transitar. Era un jóven de cosa de 25 años de edad,
de agradable apostura, erguido y de magestuoso
porte. Saludó á Cortés como se acostumbraba entre
las personas de alta clase, tocando el suelo con la
mano derecha y llevándola en seguida á la cabeza.
Al alzarse del suelo lo abrazó Cortés y el príncipe
le dijo que venia enviado por Moteuczoma para con-
ducirlos á la corte. Regaló al general español tres
perlas de extraordinario tamaño y belleza; y este
en recompensa le puso al cuello un collar de cuen-
tas de vidrio, que siendo en aquella tierra tan raras
como los diamantes, debieron de parecerle tan va-
liosas como estos. Despues de haberse trocado reci-
procamente los mas espresivos cumplimientos, y de
las mas rendidas protestas por parte de Cortés, se
despidió el príncipe indio dejando en los españoles
una idea de la eminencia de su estado y poder, muy
superior á cuanto habian visto hasta entonces. †

† Ibid, ubi supra á Gomara, Crónica, cap. 64. Ixtlilxochilt,
Historia Chich. MS., cap. 85. Oviedo, Hist. de las Ind., MS.,
lib. 33, cap. 5.

Llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de
los mexicanos habiamos visto traer y lo tuvimos por muy
gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel caci-
que traia tanto triunfo, ¿qué haria el gran Moteuczoma? B.
Díaz, Hist. de la Conq., cap. 87.

Continuande su marcha, siguió el ejército la ori-
lla meridional del lago de Chalco, poblado entences
de espesas selvas y cubierto de jardines y huertos
llenos de frutas propias del otoño, que aunque de
nombre desconocidas, tenian los mas vivos y encan-
tadores colores. Mas frecuentemente transitaban
por campos sembrados donde oncéaban las doradas
espigas, y regados por multitud de canales que ve-
nian del lago inmediato: todo atestiguaba una la-
branza económica y esmerada, cual se necesitaba
para el sustento de una crecida poblacion.

Apartándose de la llanura tomaron los españoles
el dique ó calzada que separa por cuatro ó cinco
millas los lagos de Chalco y de Xochicalco, hácia el
O. En los puntos mas angostos era como una lan-
za, y en los mas anchos tenia amplitud bastante pa-
ra que caminasen ocho ginetes de frente, éra de
macisa estructura de cal y canto, atravesaba en-
teramente el lago, y asombró á los españoles por
ser una de las obras mas admirables que habian vis-
to. Al caminar por la calzada, gustaron del ale-
gre espectáculo que ofrecia aquella multitud de rá-
pidas piraguas en que venian los indios á conocer á
los extranjeros, ó en que conducian á las poblacio-
nes inmediatas los productos del país. Sorprndió-
les no menos, la vista de las *chinampas* ó jardines
flotantes, esas verdes islas errantes de que hablare-
mos despues, y que cargadas de flores y de frutsu

se movían como balsas en las aguas. Al rededor de toda la orilla del lago y algunas veces á lo lejos dentro de él, se medio divisaban los pueblillos y aldeas medio ocultos por el follage, y que formando blancos grupos en la ribera, parecían á lo lejos parvadas de cisnes que descansaban blandamente sobre la superficie de las ondas. Un espectáculo tan nuevo y tan maravilloso, llenó de admiración el duro corazón de los soldados: parecían todo aquello cosa de encanto, y no encontraban con qué compararlo, mas que con los encantos mágicos de "Amadis de Gaula."¹ Y en verdad que pocas pinturas, ya de este, ya de otros romances de caballería, podían igualar á lo que realmente estaban presenciando. La vida de los aventureros del Nuevo-Mundo era un romance puesto en acción. ¿Qué tiene, pues, de admirar, que el español de aquellos tiempos cuya imaginación se alimentaba en su patria con encantados ensueños, y fuera de ella con encantadoras realidades, haya desplegado ese entusiasmo quijotesco, esa romancesca exaltación de carácter que

1 "Nos quedamos admirados," dice el candoroso Diaz, y "deziámos que parecia á las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis." (Ibid, loco citato.) Una edición de este célebre romance, con todos los atavíos de la lengua castellana, habia aparecido antes de esta época, pues que en el prólogo de la edición publicada en 1521 ya se habla de otra hecha en tiempo de los reyes católicos. V. Cervantes, Don Quijote, edición de Pellicer, (Madrid 1797) tomo primero, discurso preliminar.)

no pueden comprender las heladas almas de otros países.

En la medianía del lago hizo alto el ejército en la ciudad de Cuitlahuac, lugar de mediano tamaño, pero notable por la belleza de los edificios, que según el dicho de Cortés eran los mas hermosos que hasta entonces habia visto. ¹ Despues de descansar un poco en este punto, prosiguieron su camino por la calzada, la cual aunque era mas ancha en su parte septentrional, ofreció grandes dificultades para ser transitada á causa de la multitud de indios, que no contentos con ver á los españoles desde las canoas, saltaban á las riberas y las llenaban enteramente. El general, temeroso no solo de que se desordenasen sus filas, sino de que aquella familiaridad disipase el saludable miedo que queria le tuviesen los indios, mandó despojar, teniendo que recurrir para conseguirlo, no solo al mandato sino á la amenaza. Al paso que iban adelantando, encontraban muy diversas disposiciones respecto de Moteczuma: solo se hablaba de su pompa y poderio, nada de su opresion. Al contrario de lo que sucede comunmente, el respeto á la corte parece que crecia con la inmediación á ella.

De la calzada pasó el ejército á una estrecha len-

1 "Una ciudad la mas hermosa aunque pequeña que hasta entonces habíamos visto, así de muy bien obradas casas y torres, como de la buena orden que en el fundamento de ella habia por ser armada toda sobre agua." Rel. Seg. de Cortés, en Lo-

gua de tierra que separa la laguna de Tetzoco de las aguas de Chalco; las que en aquellos tiempos ocupaban muchas millas, bien que ahora están muy reducidas.¹

Después de atrevesar aquella península, entraron en la residencia real de Ixtapalápan, lugar que, según Cortés contenía de doce á quince mil casas. Era gobernado por Cuitlahuac, hermano del emperador, cuyo príncipe para honrar más al general, había convidado á los señores de las ciudades comarcanas dependientes como él de la real casa de México, á que asistiesen al recibimiento. Verificóse este con gran ceremonia, y después de los regalos de oro

renzana, pág. 76. Los españoles denominaron á esta ciudad acuática Venezuela ó pequeña Venecia. Toribio, Hist. de las Ind., MS. part. X, cap. 4.

¹ M. Humboldt en su admirable mapa del Valle de México ha designado con puntos, los límites conjeturales del antiguo lago. (Atlas géographique et physique de la Nouvelle-Espagne. (Paris 1511) mapa 3.) Mas no obstante el gran cuidado con que está hecho, no siempre es fácil acordar su topografía con el itinerario de los conquistadores, ni mucho menos cuando el aspecto del país ha variado tanto, por causas naturales y artificiales. Aun menos posible es conciliar dicho itinerario con los mapas de Clavijero, López, Robertson y otros, que ignoraban igualmente la topografía y la historia.

² Muchos escritores hablan de una visita que al ir á la capital hicieron á Tetzoco los españoles, Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 42. Solís, Conquista, lib. 3, cap. 9.—Herrera, Historia general, dec. 2, libro 7, cap. 4.—Clavijero, Storia del Messico, tom. 3, pág. 74.—Este improbable episodio que (de paso sea dicho) ha inducido á estos autores á muchas dudas, por no decir á muchos disparates geográficos, es demasiado interesante para que lo hayan pasado en silencio Bernal Díaz en su minuciosísima relación, y Cortés, ninguno de los cuales habla de semejante cosa.

y telas que era de costumbre, se sirvió á los españoles un banquete en uno de los salones del palacio.¹

La belleza de la arquitectura excitó otra vez la admiración del general, quien en uno de sus arrebatos de entusiasmo, no dudó en asegurar que algunos de aquellos edificios eran iguales á los mejores de España. Eran de piedra, los techos de fragante cedro, y las paredes estaban tapizadas de algodones finísimos, teñidos de los más brillantes colores.

Pero el orgullo de Ixtapalápan, el objeto en que su señor había gastado profusamente su caudal y sus desvelos, eran sus famosos jardines. Ocupaban un inmenso espacio de tierra: formaban cuadrados regulares y los canales que separaban á unos de otros, estaban en sus orillas cubiertos de flores y arbustos que embalsamaban el ambiente con su dulce perfume. Los jardines estaban cercados de árboles frutales traídos de lugares remotos, y en el centro se ostentaba la inmensidad de vistosas flores que forman la Flora mexicana, dispuestas científicamente y creciendo lozanas bajo la influencia del clima templado y uniforme propio de la mesa central. La sequedad natural de la atmósfera estaba remediada por medio de numerosos acueductos y ca-

¹ "E me dieron," dice Cortés, "hasta tres ó cuatro mil castellanos, y algunas esclavas y ropa, y me dieron muy buen acogimiento." Rel. seg. en Lorenzana, p. 76.

² "Tiene el señor dellas unas cosas nuevas que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas." Ibid, ubi supra.

nales que atravesaban el suelo en todas direcciones. En un lugar adecuado habia una pajarera llena de multitud de aves notables en esta region, tanto por la brillantez de su plumage, como por lo sonoro de su canto. Los jardines estaban separados por canales que iban á terminar en el lago de Tetzecoco, y que tenian anchura suficiente para que los transitasen las canoas procedentes de él. Pero la obra mas acabada era un enorme estanque de piedra, donde habia multitud de peces. Tenia 1,600 pasos de circunferencia y estaba cercado de un muro tan grueso, que podian caber en él cuatro personas de frente. El interior estaba primorosamente esculpido, y se bajaba al fondo por una escalera de varias gradas. Esta agua surtia á los acueductos arriba mencionados, ó reunida en fuentes difundia una perpétua y grata frescura.

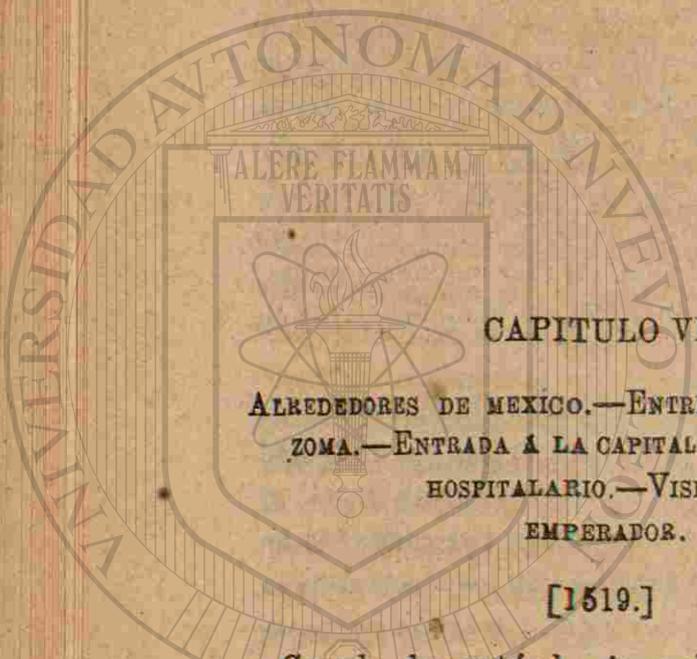
Tal es la descripcion que se nos ha trasmitido de lo que eran aquellos celebrados jardines en una época en que en Europa no se conocian establecimientos de horticultura; ¹ por manera que bien pudiéramos dudar de su existencia en un pais tan inculto, á no ser porque fué notoria y ha quedado atestiguada explícitamente por los invasores. Mas apenas habia trascurrido una generacion despues de la conquista, cuando ya se habia verificado el mas tris-

¹ El primer jardin de plantas que hubo en Europa, se cuenta que fué el de Padua en 1545. Corli, Cartas americanas, to-
1.º, carta 21.

te cambio de aquellos hermosos paisajes. La ciudad misma ha sido abandonada, y en las riberas del lago están amontonadas las ruinas de los edificios que formaron en un tiempo su ornamento y su gloria. ¡A los jardines tocó la misma suerte que á la ciudad: al retirarse las aguas, los dejaron privados de alimento; y convirtieron aquella florida pradara en triste é inmundo pantano, morada de viles reptiles; y el pato acuático construye su nido donde fué en otro tiempo el palacio de los reyes. ⁴

Cortés pernoctó en la ciudad de Ixtapalapam. Ya podemos figurarnos la turba de ideas que se agolpó al espíritu del conquistador, en vísperas de entrar con el puñado de sus compañeros á la capital de un monarca que no solo contaba con los recursos de la civilizaci6n, sino que le veia con aversion y desconfianza. Esta capital, que solo distaba algunas millas, se percidia desde Ixtapalapam: las largas filas de relucientes casas, heridas por los rayos del sol de la tarde, reflejaban su imágen trémula en las azuladas y oscuras aguas del lago, y parecian mas bien una creacion imaginaria, que la obra de manos mortales. En esta ciudad encantada, debia Cortés verificar su entrada á la mañana siguiente.

⁴ Relac. seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 77. Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 7, cap. 44. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, libro 12, cap. 13. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33 cap. 5. Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 37.



CAPITULO VI.

ALREDEDORES DE MEXICO.—ENTREVISTA CON MOTEUC-
ZOMA.—ENTRADA A LA CAPITAL.—RECIBIMIENTO
HOSPITALARIO.—VISITA AL
EMPERADOR.

[1519.]

Cuando despuntó el primer albor de la mañana, el general español ya estaba levantado y revisando sus tropas. Reuniéronse estas bajo sus respectivas banderas, latiendo fuertemente el corazón de los soldados al escuchar al penetrante sonido de la trompeta, que dilatándose por las aguas y las selvas iba, á perderse entre los ecos de las lejanas montañas. Las llamas sagradas de los innumerables templos, brillaban opacamente al través de las pardas nieblas de la mañana, indicando el asiento de la capital; hasta que las torres, las pirámides y los palacios, todo quedó magestuosamente iluminado por el sol,

que alzándose sobre la barrera oriental, inundó con su luz todo aquel hermoso valle. Era el 8 de Noviembre de 1519; día memorable en la historia, por ser el en que por primera vez asentaron su planta los europeos en la capital del mundo occidental.

Cortés y los pocos caballos que llevaba, formaban una especie de avanzada del ejército. Despues venia la infanteria española que en aquella campaña hecha en el rigor del estío, habia adquirido la disciplina y aire marcial propio de veteranos: los bagages ocupaban el centro, y la retaguardia la cubrian las largas filas de los guerreros tlaxcaltecas: el número total del ejército seria de unos siete mil, de los cuales no llegaban á 400 los españoles.¹

Por un poco de tiempo el ejército siguió la estrecha lengua de tierra que separa las aguas del lago de Tetzcoco de las de Chalco; pero en seguida entró en la gran calzada que á escepcion de un ángulo que tiene cerca del principio, conduce en línea enteramente recta, atravesando por las salobres aguas de Tetzcoco, hasta la puerta de la capital; era la misma la calzada, ó por mejor decir, la base de la

1 Tenia cosa de 600 guerreros de Tlaxcalan, y le acompañaron igualmente algunos zempoaltecas y otros aliados indios. Los soldados españoles subian al salir de Veracruz, á 400 infantes y 15 de caballería. En las quejas de los descontentos despues de los sangrientos combates de Tlaxcallan, una de ellas era que desde que se abrió la campaña habian muerto cincuenta españoles.

que actualmente forma la gran calzada meridional de México.¹ Los españoles tuvieron mas de una ocasion de admirar la ciencia mecánica de los aztecas tanto por la exactitud geométrica con que estaban construidas sus obras, como por la solidez de ellas. La calzada de que hablamos estaba hecha de enormes piedras trabadas con argamasa, y tenia toda ella ancho suficiente para que cupieran diez ginetes de frente.

En la travesía encontraron varias ciudades grandes que descansaban en estacas y que estaban en gran parte construidas dentro del agua; género de arquitectura que era muy del gusto de los aztecas, por ser una imitación de la de su metrópoli.²

Aquellas laboriosas poblaciones sacaban su sustento de la fabricacion de la sal que extraian de las aguas del lago. Los derechos impuestos á este artículo de comercio formaban una de las rentas considerables del estado. Por todas partes encontraban los conquistadores las señales de una numerosa y activa poblacion, superior á cuanto habian visto allí. Los templos y edificios principales estaban cubiertos

¹ La calzada de Ixtapalapan está formada sobre este mismo antiguo dique en el cual hizo Cortés prodigios de valor en sus encuentros con los sitiados." Humboldt: Essai politiq. tomo 2, pág. 57.

² Entre estas ciudades las habia de tres, cinco o seis mil habitantes, segun Cortés, cuya bárbara ortografía es incomprendible para mexicanos y españoles. Relac. seg. en Lorenzana, p. 78.

con una especie de estuco duro, blanco y que relucía como esmalte cuando lo herian los rayos del sol matutino, la márgen del lago aun mas cubierta que la del de Chalco, de poblacion y cabañas.¹ La superficie de las aguas estaban oscurecidas por millares de canoas llenas de indios² que saltaban á las riberas para contemplar con curiosidad y admiracion á los recién venidos. Tambien allí habia esas hermosas islas de flores, sembradas á veces por árboles de gran tamaño que se mecian con gran gentileza al blando soplo de las auras. A distancia de media legua de la capital encontró el ejército con una muralla ó cortina de piedra masiza, que atravesaba la calzada de un lado á otro: su altura era de doce piés, las dos estremidades estaban defendidas por dos torreones, y en el centro habia una abertura que dió paso á las tropas: llamabáse el fuerte de Xoloc, y en tiempos posteriores adquirió celebridad por he-

¹ El padre Toribio Benavente no escaseó los panegíricos al hablar de los alrededores de la ciudad que vió en todo su esplendor. "Creó que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos al rededor de sí, y tan bien sentados." Histor. de las Ind., part. 3, cap. 7.

² Es necesario no creer, sin embargo, lo que asegura Horrera, de que 50.000 canoas se empleaban constantemente en abastecer de víveres á la capital. (Hist. gral. dec. 2, lib. 7, cap. 14.) El cronista poeta Saavedra es mas moderado en sus cálculos.

"Dos mil y mas canoas cada dia
Bastecen el gran pueblo mexicano
De la mas y la menos niñería
Que es necesaria al alimento humano."

berlo ocupado Cortés cuando el famoso sitio de México.

Habia allí, además, algunos centenares de gefes aztecas que habian venido al encuentro de los españoles para anunciarles que estaba próximo á llegar Moteumocza á felicitarlos y á conducirlos á la capital. Venian vestidos de gala, y segun el uso del país: traian maxtlatl ó calzon de algodón en torno de la cintura, y una ancha capa de la misma tela ó de plumas, flotando graciosamente sobre las espaldas. En el cuello y los brazos traian collares y brazaletes ¹ de turquesas, á veces mezcladas con plumas; y de las orejas, del lábio inferior y aun de las narices pendian piedras preciosas ó cadenas de oro fino. Como cada cacique hacia al general el saludo de costumbre, esta fastidiosa ceremonia retardó por mas de una hora la marcha del ejército; pero despues de esto no volvió á sufrir detencion hasta no llegar á un puente que estaba ya casi á las puertas de la ciudad. Era de madera, y despues fué reemplazado por uno de piedra y servia para zanjar una cortadura que habia en la calzada, con objeto de que tuviesen las aguas un desagüe cuando las agitasen los vientos ó hubiese una repentina crecida en la es-lacion de las lluvias. Era este puente levadizo;

¹ "Usaban unos brazaletes de mosaicos hechos de turquesas con unas plumas ricas que salian de ellos, y eran mas altas que la cabeza, y bordados con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro que subian con plumas." Sahagun, Histor. de N. E., lib. 8, cap. 9.

lo que hizo conocer á los españoles al tiempo de atravesarlo, ¡cuán cierto era que se habian entregado á la merced de Moteuczoma, quien interrumpiendo las comunicaciones, podia cojerlos prisioneros en su capital! ²

Estando entregados á estas tristes reflexiones, descubrieron la brillante comitiva del emperador que salia por la calle real que entonces como ahora, conducia al centro de la ciudad. ³

Entre la turba de indios nobles precididos por tres oficiales de estado que traian varas de oro, se veia la litera imperial que deslumbraba con sus bruñidas láminas de oro. Llevábanla en hombro los nobles, así como tambien un dosel ó palio de vistosas plumas, salpicado de piedras preciosas y guarnecido de plata: los conductores iban descalzos, caminaban á paso lento y mesurado y no apartaban los ojos de la tierra. Luego que la comitiva hubo llegado á una distancia conveniente, se detuvo y Mo-

¹ Gonzalo de las Casas, Defensa, MS. part. 1^a, cap. 24.—Gomara, Crónica, cap. 65.—Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 38.—Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 39, cap. 5.—Relac. seg. en Lorenzana, pp. 88, 79.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 35.

² El cardenal Lorenzana dice que la calle de que aquí se trata es probablemente la que atraviesa la ciudad desde el hospital de San Antonio. (Relac. seg. pág. 79, nota.) Esto mismo confirma Sahagun, quien dice: y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman Xuluco) que va por cabe las casas de Alvarado, hácia el hospital de la Concepcion, salió Moteuczoma á recibir de paz á D. Hernando Cortés." Hist. de Nueva-España, MS. lib. 12, cap. 16.

teuczoma se bajó de su litera, adelantándose á pié apoyado en los brazos de los señores de Texcuco y de Ixtapalapan, su sobrino y hermano quienes como hemos visto, ya conocian á los españoles.

Al ir el monarca adelantándose bajo el dosel, sus pages cubrian el suelo con alfombras para que el duro suelo no lastimara sus delicadas plantas. Los vasallos de todas clases que formaban una larga procesion, iban con los ojos clavados en el suelo, y algunos plebeyos aun se prosternaban ante el emperador.¹ Estos homenajes tributados al déspota indio, demostraban que que las viles formas del despotismo del Oriente, no eran desconocidas entre los rudos moradores del mundo occidental.

Moteuczoma vestia la gallarda y ancha capa cuadrada llamada *tilmatlí*, de algodón finísimo, con las puntas bordadas y anudadas en el cuello: unas sandalias con zuelas de oro, y con los cordones que las ataban á los tobillos, trenzados con hilo del mismo metal defendian sus piés. Tanto la capa como las sandalias estaban salpicadas de perlas, piedras preciosas y entre las cuales se hacian notables la esmeralda y el *chalchivítl*, una piedra verde, la mas estimada entre los aztecas. Su cabeza no traia mas

¹ "Toda la gente que estaba en las calles se le humillaban y hacian profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos á le mirar, sino que todos estaban hasta que él era pasado, *tan inclinados como frailes en Gloria Patri.*" Toribio, Hist. de las Ind., MS., part. 3. cap. 7.

adorno que un penacho de plumas verdes que flotaban ó pendian hácia atras; insignia mas bien que régia propia de los guerreros.

Entónces era de cosa de cuarenta años, de alta estatura, delgado pero no mal formado: su cabello negro y lúcio era corto, porque llevarlo largo se tenia por indigno de las personas de alta gerarquía; era barbilampifio, y de un color algo mas claro que el que es comun entre aquella raza morena, ó por mejor decir, cobriza. Su fisonomía era grave y seria, pero no tenia ese aspecto melancólico que caracteriza su retrato y que acaso revistió en tiempos posteriores. Su porte era digno, y á no ser por las noticias que se tenian de su carácter, se le habria creido tan templado y benigno cual conviene á un gran príncipe. Tal es el retrato que nos ha quedado de lo que era el monarca indio, cuando su primera entrevistas con los blancos.¹

¹ En cuanto á la antecedente narracion del boato y comitiva de Moteuczoma, se puede consultar á Bernal Diaz, cap. 18. Zuazo, Cartas, MS. Iutlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 85. Gomara, Crónica, cap. 65. Oviedo, ubi supra y 45. Acosta, lib. 7, cap. 22. Sahagún, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16. Toribio, Hist. de las Indias, MS., parte 3, cap. 7.

El noble bardo costellano, ó mejor dicho mexicano, Saavedra, que pertenecia á la generacion subsecuente á la conquista, ha acomodado algunas de estas noticias en su crónica rimada. Sirva de muestra el siguiente trezo.

Iba el gran Moteuczoma ataviado
De manto azul y blanco, con gran falda,
De algodón muy sutil y delicado,
Y el remate una concha de esmeralda

Al acercarse estos, hicieron alto: Cortés se apeó del caballo confiando á un page las riendas, y acompañado de algunos caballeros principales se adelantó hácia aquel. La entrevista no podia menos de ser de alto interes para ambos personajes. Cortés veia en Moteuczoma al dueño y señor de los dilatados reinos que acababa de atravesar, y en la ponderación de cuyo poder y grandeza se ocupaban todas las lenguas. El príncipe azteca veia en el general español al ser sobrenatural cuya historia parecia tener tanta conexión con la suya propia, al ser predicho por sus oráculos, y cuyas hazañas revelaban en él algo de sobrehumano. Mas cualesquiera que fuesen los sentimientos de que estaba poseido el monarca mexicano, los reprimió completamente y no solo recibió á sus huéspedes con cortesía régia, sino que aun les expresó que le causaba satisfecion verles presentes en su córte. ¹ Cortés coarespondió á esto con las demostraciones del mas profundo respeto, y dándole las mas rendidas gracias por los presentes con que su munificencia habia colmado á

En la parte que el rudo tiene atado;
Y una tiara á modo de guirnalda,
Zapatos que de oro son las suelas
Asidos con muy ricas corehuelas.

Peregrino Indiano, canto II.

¹ "Satis vultu laeto," dice Martir, "an stomacho sedatus, et an hospites pervim quis unquam libens suscepit, experti loquantur." De Orbo Novo, dec. 5 cap. 3.

los españoles. Suspendió al cuello de Moteuczoma un collar de cuentas de cristal, é hizo un ademán de querer abrazarle; pero le retuvieron dos señores aztecas, que veian en aquello una profanacion de la sagrada persona del monarca. ¹ Despues de haberse trocado estos cumplimientos por una y otra parte, Moteuczoma previno á su hermano que condujese á los españoles á la capital, y él se entró en su litera y se volvió por entre la prosternada multitud, en la misma forma que habia venido. A muy poco tiempo le siguieron los españoles, quienes verificaron su entrada en el barrio meridional de Tenochtitlan, con banderas desplegadas y tambor batiente. ²

Nuevos motivos tuvieron allí de admiracion al ver la grandeza de la ciudad y el buen gusto de su arquitectura. Las habitaciones de los pobres es cierto que eran de cañas y céspedes; pero la calle principal por donde iban pasando, estaba formada por ambos lados por las casas de los nobles, obligado por el emperador á residir en la córte. El material de que estaban hechas era una especie de piedra porosa y colorada que se encuentra en las canteras de las inmediaciones; y aunque las casas rara vez tenian dos pisos, muy frecuentemente ocupaban una estension grande.

El techo de las casas ó azoteas estaba cercado con

¹ Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 79

² "Entraron en la ciudad de México á punto de guerra, tocando los atambores y con bandeas desplegadas." Sahagun, op. cit. lid. 12, cap. 15.

parapetos de piedra, por manera que cada una de aquellas podía ser reputada por una fortaleza.

Algunas veces estaban estas azoteas tan cubiertas de flores, que parecían jardines; pero lo más común, estos eran espacios terrados que había entre las casas.¹

De trecho en trecho, se encontraba una gran plaza con su pórtico de piedra ó estuco, ó un templo piramidal de dimensiones colosales, coronado de altísimas torres y de altares donde ardía una llama inextinguible.

La calle real que miraba hacia del la calzada Sur era, no como muchas otras, amplia; se extendía en línea casi recta varias millas, é iba terminado en el centro.

Un espectador colocado en uno de los extremos de la calle después de estender su vista por la larga hilera de templos y jardines, podía divisar el otro extremo, y más allá las azuladas montañas, que á causa de la transparencia de la atmósfera, parecían estar contiguas á los edificios de la ciudad.

Más lo que más admiró á los españoles, fué la innumerable multitud que llenaba las calles y los canales que se asomaba á las puertas y ventanas de la calle y que estaba apiñada en los techos de las casas.

¹ "Et giardin alti et bassi, che era cosa maravigliosa da vedere." Relac. d'un gent., op. Ramusio, tom. III, fol. 309.

"Me acuerdo de esto, dice Bernal Díaz, ahora que lo estoy escribiendo, después de tantos años, como si hubiese pasado ayer."¹

¿Cuáles habrán sido las sensaciones de los aztecas al ver aquel portentoso espectáculo, al oír, por la primera vez, el sólido pavimento de las calles bajo las herraduras de los caballos de los animales que el terror había investido de tan sobrenaturales propiedades, al contemplar á los hijos de Oriente que revelan su origen celeste en su hermosa figura; al ver relucir con los rayos del sol las armas y las armaduras de acero, metal que no conocían; al escuchar cómo resonaban en el aire los sonidos de aquella música, no de este mundo, ó que al menos nunca habían remedado sus instrumentos!

Más nada es comparable con el odio profundo que les causaría mirar á sus detestados enemigos los tlaxcaltecas, hollando altaneramente su ciudad, y arrojando por todas partes una mirada de ferocidad y asombro, semejante á la de la bestia feroz que saliendo por acaso de sus guaridas, se ve de súbito en la morada de la civilización.¹

¹ "¿Quién podrá, exclama el veterano, decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles é azoteas y en canoas en aquellas acequias, que nos salieron á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó." Hist. de la conq. cap. 88.

² Ad spectaculum, dice el perspicaz Mártir, tandem Hispanis placidum, quia dui optatum, Tenustiatanis prudentibus forte ali-

Al pasar por aquella espaciosa calle, atravesaron los españoles muchos puentes suspendidos sobre los canales donde transitaban con estraña rapidez las livianas canoas de los indios cargadas de frutas y legumbres para el consumo del mercado de Tenochtitlan. ¹

Por último, hicieron alto cerca de una gran plaza casi en el centro de la ciudad, donde se alzaba la enorme pirámide consagrada al dios de la guerra, solo inferior en tamaño y santidad á la pirámide de Cholula, y que ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa en parte la gran Catedral de México.

Frente á la puerta occidental del átrio que rodea el templo mayor, se estendia una gran hilera de casas bajas, que era el palacio de Axayacatl, padre de Moteuczoma, construido por aquel monarca hacia cosa de cincuenta años. ²

ter quia verentur fore, ut hi hospites quietem suam Elysiam vñ niant peturbaturi; de populo secus, qui nihil sentit aequo delectabile quam res novas ante oculos in presantiarum habere, de futuro, nihil, anxius." De Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.

¹ Hist. del Messico, tom. III, pág. 78.

Ocupada la hue hoy es esquina de la calle del Indio Triste y Tabaca. Humbolt. Vistas de las Cordilleras, pág. 7 y siguiente.

² Eleufónico nombre mexicano *Tenochtitlan* se deriva de dos palabras aztecas que significan *nopal sobre piedra*, cuya aparición como recordará el lector, sirvió para escoger el futuro asiento de la ciudad. (Toribio, Hist. de las Ind. part. 3, cap. 7.) Explicac. de la cotección de Mendoza, en las antig. de México, vol. IV. Se u n otra etimología la palabra *Tenoch* era el nombre de uno de los ndores de la monarquía.

Aquel sitio estaba á proposito para alojar á los españoles.

En el patio de este pelacio los estaba esperando Moteuczoma, el cual al acercarse Cortés, tomó de un vaso de flores que trala uno de sus esclavos, un collar formado de conchas de una especie de cangrejo de rio muy estimado de los indios, engastadas en oro y unidas con gruesos hilos del mismo metal. De aqui pendian ocho adornos tambien de oro que representaban la misma concha y primorosamente trabajados ¹ pues los plateros aztecas todos confiesan que no cedian en habilidad á sus compañeros de Erouapa.

Al colgar Moteuczoma el vistoso collar al cuello del general, le dijo: "este palacio os pertenece, Malinche, (epíteto por el cual lo designaba sicmpre,) igualmente á vuestros camaradas: descansad de uestras fatigas, que bien lo habeis menester, y entro de breve rato volveré visitaros."

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 88. Gonzalo de as Casas, Defonsa, MS. parte I. cap. 24.

² Boturini dice que mayor, segun la confesion de los plateros mismos. "Los plateros de Madrid, vi endo algunas piezas y brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los reyes y capitanes indianos, confesaron que eran innimitables en Europa." (Idem p. 78.) Oviedo hablando de sus joyas, dice: "yo ví algunas piedras jaspes, calcidonias, jacintos, corniolas é plumas de esmeraldas, é de otra otras especie labradas é fechas, cabezas de aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia, quien las supiere hacer con tanta perfeion." Hist. de las Ind. MS. lib. 32.

Diciendo esto se alejó con sus sirvientes, dando en todo muestras de cortesía, que no eran de esperarse en un bárbaro.

El primer cuidado de Cortés fué inspeccionar su nuevo alojamiento: este aunque espacioso era bajo y de un solo piso, excepto en el centro donde tenía dos.

Los aposentos eran amplios, y según el testimonio de los conquistadores eran capaces para el éxito entero. ¹

Los toscos montañeses de Tlaxcalan no debían de ser muy delicados, por manera que fácilmente encontrarían abrigo en la parte del edificio ó bajo portales provisionales en los patios espaciosos.

Los mejores aposentos estaban tapizados de hercuchas de las del algodón, y el suelo cubierto de eseras.

Había además bancos bajos hechos de madera, de una sola pieza y trabajados con esmero, así como también lechos de hojas de palma entretejidos, y cobertores y aun cielos de algodón. Estos colchones eran los usados por todas las clases de la sociedad desde las más altas hasta las más bajas. ²

Después de recorrer aquel inmenso edificio, designó el general á las tropas sus respectivos cuarte-

¹ Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 81. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 80.

² Bernal Díaz, ibid. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 11. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.

les, y dictó tantas medidas de precaución como si estuviese aprestándose mas bien á un sitio que á una entrevista amistosa. Aquel lugar estaba rodeado de una gruesa muralla de piedra, con varios torreones que se prestaban perfectamente la defensas. Situó los cañones en las avenidas: puso centinela en todo el recinto, y en suma, observó en todo la estricta disciplina que había acostumbrado en toda la marcha, conociendo cuán importante era que su pequeño ejército se ganase el afecto de los naturales, y deseando evitar todo motivo de choque entre estos y aquel, prohibió que saliese nadie de los cuarteles, sin previo permiso, so pena de muerte. Después de hechos estos arreglos permitió á los soldados que se repartiesen la comida que se les había preparado.

Ya tenían en el país el tiempo bastante para acostumbrarse aunque no para aficionarse á los manjares propios de él. El apetito de los soldados suele no ser muy descontentadizo, y en la presente ocasión á lo menos, no se mostraron los españoles muy injustos con respecto á la cocina imperial. Durante la mesa les sirvieron numerosos esclavos, impacientes por obsequiar sus deseos. Después que habían concluido el banquete y que habían los españoles dormido *siesta*, cosa para ellos tan importante como la misma comida, se anunció la vuelta de Moteczoma.

Venia éste, acompañado de unos pocos de sus nobles principales: recibióle afablemente Cortés, y después de haber tomado cada uno su asiento respectivo, se sentó entre ellos, mediante la intérprete Marina, una conversacion á la que asistieron respetuosamente los capitanes españoles y los gefes aztecas.

Moteuczoma, hizo muchas preguntas relativas á la patria de los españoles, su soberano, la naturaleza de su gobierno y especialmente sobre los motivos que les habian determinado á venir á Anáhuac. Cortés esplicó estos motivos diciendo, que les habia traído el deseo de conocer á tan alto monarca y de enseñarle la verdadera fé profesada por los cristianos. Contentóse con rara discrecion con dar por el momento aquella ligera tintura, reservándose para después el empapar en ella el espíritu del emperador. Este preguntó si acaso eran compatriotas de Cortés aquellos blancos que el año anterior habian tocado en las playas orientales de su imperio, y se mostró bien informado de cuanto habian hecho los españoles desde su llegada á Tabasco hasta aquel momento, cuyas noticias habia adquirido por medio de la pintura geográfica.

Mostró ademas curiosidad de saber qué rango ocupaban en su pais los blancos que le visitaban, y preguntó que si eran los parientes del monarca; á lo que respondió Cortés, que eran los unos parien-

tes de los otros, y súbditos de un gran monarca, que á todos les tenia en la mas alta estimacion. Antes de despedirse preguntó los nombres de los principales hidalgos españoles y del empleo que desempeñaban en el ejército.

Al terminarse la entrevista, mandó el príncipe azteca á sus sirvientes que trajesen los regalos preparados para sus huéspedes. Consistian aquellos en vestidos de algodón, tantos segun cuentan, que habia los bastantes para proveer de uno á cada soldado, incluso los aliados. ¹

No faltaron tampoco las cadenas de oro y demas adornos, que distribuyó profusamente entre los españoles. En seguida se despidió con la misma ceremonia con que habia entrado, dejando á todos penetrados profundamente de su munificencia y de su afabilidad tan diferentes de lo que ellos pensaron encontrar, que creyeron que lo que veian era invencion de sus enemigos. ²

1 "Muchas y diversas joyas de oro y plata y plumage, y con fasta cinco ó seis mil piezas de ropa de algodón muy ricas, y de diversas maneras teñidas y labradas." Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 80. Aun esto es inferior á la realidad, segun Bernal Díaz. "Tenia apercebido el gran Moteuczoma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras que dió á nuestro capitan, é asi mismo é cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia un gran señor." Hist. de la Conq., cap. 89. "Sex milia vestium, ajunt qui caes videre." Mártir de Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.

2 Ixtlilxochitl, Hist. Chich., cap. 95. Gomara, Crónica, cap. 66. Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 6. Bernal Díaz, ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, Cap. 5.

Aquella noche celebraron los españoles su entrada en la capital del imperio mexicano con una descarga general de artillería. La luz que reverberaba en las paredes de los edificios, la conmoción que sacudía sus cimientos, el olor del vapor azufroso que envolvía en densas nubes sus paredes, todo recordaba á los aztecas las erupciones del gran volcán, y llenaba sus pechos de terror supersticioso; todo les avisaba que en el corazón de su ciudad moraban ahora aquellos seres tremendos, cuyas huellas habían quedado señaladas por la desolación, y que podían invocar en su auxilio los rayos para aniquilar á sus enemigos. Seguramente entró en la política de Cortés, robustecer aquellos sentimientos supersticiosos, y desde el primer instante infundirles una alta idea del poderío de los españoles. ¹

A la mañana siguiente solicitó el general, permiso para pagar al emperador su visita, yendo á su palacio mismo. Concediósele al punto, mandándole además oficiales que le condujesen. Cortés se vistió lo más ricamente, y salió del cuartel acompañado de Alvarado, Sandoval, Velazquez, Ordaz, y cinco ó seis soldados rasos.

La habitación regia no distaba mucho. El lugar

¹ "La noche siguiente jugaron la artillería por la solemnidad de haber llegado sin daño á donde deseaban; pero los indios como no usados á los truenos de artillería, mal hedor de la pólvora, recibieron grande alteración y miedo toda aquella noche." Sahagún, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 17.

que ocupaba está al S. O. de la Catedral, ocupado después en parte por la *Casa del Estado*, el palacio de los duques de Monteleone, descendientes de Cortés. ² Era una reunión vasta é irregular de edificios bajos de piedra, muy parecida á la que ocupaban los españoles. Tan espaciosa era, según nos asegura uno de los mismos conquistadores, que aunque más de una vez la visitó con el objeto espreso de recorrerla toda, ántes que lograrlo enteramente se fatigaba. ³ Estaba construida con esa piedra colorada y porosa llamada *tetzontli*, adornada con mármol; y en la fachada, encima de la puerta principal, estaban esculpidas las armas ó divisas de Moctezuma: una águila con un *ocelotl* en las garras. ³

¹ "Aquí es donde la familia construyó el hermoso edificio en que están los archivos del Estado, y que ha pasado con toda la herencia al duque napolitano de Monteleone." (Humboldt, *Essai politique*, tom. II, pág. 72.) Los habitantes de la moderna México son deudores á este laborioso viajero, del empeño que ha tomado por identificar los lugares memorables de su capital. No es muy común que un tratado filosófico sea también un manual del viajero.

² "Et io entrai piu di quattro volt in una casa del signor non per altro effeto che per vederla, et ogni volta vi camminavon tanto che mi esancavo, et mai la fini di vedere tutta." Relac. d'un gent. en Ramus., tomo III, fol. 309.

³ Gomara, *Crónica*, cap. 71. Herrera, *Hist. gral.*, dec. 2, lib. 7, cap. 9.

Los autores le llaman *tigre*, animal desconocido en América. Yo me he aventurado á subsistir el *celotl*, *tlalocelot* de México; animal natural de allí y que siendo de la misma familia que el *tigre*, fácilmente puede haber sido confundido con él por los españoles.

En los patios por donde pasaron, había muchas fuentes de aguas cristalinas, alimentadas por el copioso depósito del cerro de Chapultepec, y que á su vez bastecian á mas de cien baños que habia en el interior de palacio. Multitud de nobles aztecas transitaban por aquellos patios ó por los salones esterisres, en espera de que llegase la hora de la audiencia. Los aposentos eran muy estensos aunque no muy altos. El arteson era de fragmentos de cedros preciosamente labrados, y el piso estaba tapizado de esteras de hojas de palma. El tapiz de las paredes consistia en telas de algodón ricamente teñidas, pieles de animales ó estofas de plumage, trabajadas imitando pájaros, flores é insectos, con tal primor y perfeccion, que bien pudieran competir con las tapicerías de Flandes. Nubes de incienso se desprendian de los zahumerios y llenaban el aire de embriagantes perfumes. Los españoles debieron mejor haberse creído en el voluptuoso recinto de un serrallo oriental, que no en los salones de un bárbaro é inculto monarca del mundo de Occidente.¹

Al llegar á la sala de audiencia se quitaron los oficiales mexicanos sus sandalias y cubrieron sus ricas vestiduras con una capa de *nequen*, grosera es-

¹ Toribio, Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 7. Herrera, ubi supra. Gomara, ubi supra. Bernal Díaz, Hist. de la Conq., cap. 91. Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 5, 46. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 111, 114.

tota de hilo de maguey, usada únicamente por las clases mas pobres. Este acto de humillacion se exigia de todo el que iba á presentarse ante el monarca, excepto de las personas de su familia.¹ Descalzados, con los ojos bajos y en ademan humilde, obligaron á los españoles a presentarse ante el príncipe.

Encontraron á Moteuczoma sentado en el último rincón de su gran salón, rodeado de algunos de sus favoritos. Recibióles afablemente, y Cortés al punto y sin grandes cumplimientos, comenzó á tratar de lo que dominaba todos sus pensamientos. Lo primero que procuró fué preparar la conversion de monarca, cuyo ejemplo debia ser de mucha trascendencia para lograr la de su pueblo. Desplegó, pues, todos los recursos de su ciencia teológica, valiéndose de todos los sutiles artificios que le sugeria su retórica, y que eran transmitidos por medio del argentino acento de Marina, que en tales ocasiones era tan inseparable de él como su sombra. Esplanó lo mas claramente que pudo las ideas que los cris-

¹ "Para entrar en su palacio que ellos llaman Tecpa, todos se descálzaban y los que entraban á negociar con él, habian de llevar mantas groseras encima de sí, y si eran grandes señores ó tiempo de frio, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas, ponian una manta grosera y pobre, y para hablarle estaban muy humillados y sin levantar los ojos." (Toribio, Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 7. No hay mejor autoridad que este digno misionero por lo que toca al uso de los aztecas, de los que tuvo gran conocimiento personal.

tianos tienen acerca de los sagrados misterios de la Trinidad, la Encarnación y la Pasión. De aquí ascendió hasta el origen de las cosas, la creación del mundo, el primer hombre, el paraíso y el pecado original. Aseguró á Moteuczoma que sus ídolos eran Satanas bajo diferentes formas, dando como una de las principales pruebas, que los saugrientos sacrificios que á ellos se consagraban, formaban un contraste con el puro y sencillo rito de la misa. Díjole también que aquel culto le arrastraría á la perdición eterna, y que volverles á la purísima fé que habían traído los blancos á aquella tierra, era sacar su alma y su pueblo de los llamas de un fuego perdurable. Instóle ardientemente á que no dejase escapar la ocasión que se le presentaba de salvarse abrazando la cruz, que era el gaansigno de la redención humana.

La elocuencia del predicador fué enteramente infructuosa contra el duro corazón del monarca. Seguramente, aquella algo perdería eficacia, á causa de la interpretación imperfecta de un neófito tan reciente como la manceba india; pero los dogmas eran en sí demasiado sublimes para que los pudiese comprender á la primera ojeada el rudo entendimiento del bárbaro; y seguramente Moteuczoma aun le habrá parecido menos monstruoso comerse la carne de una criatura semejante á nosotros que no

la del Criador mismo. ¹ Fuera de esto, desde su cuna había sido empapado en las supersticiones de su país; había sido educado en la ortodoxia de su religión; ántes de ser príncipe había sido ministro de élla; finalmente, ahora era cabeza de ella al mismo tiempo que del estado.

Poco probable, era por tanto, que semejante hombre cediese á la persuasión aun de los lábios más acostumbrados á adquirir estos triunfos, que los del comandante español. ¡Cómo era posible que abjurase aquella fé enlazada con los sentimientos más caros de su corazón y con los elementos todos de su existencia? ¡Cómo era posible que fuese infiel á aquellos dioses que le habían elevado á tal prosperidad y tales honores, y cuyos altares estaban confiados á su especial cuidado?

No obstante escuchó con atento silencio, hasta que el general hubo acabado: en seguida le respondió que iguales discursos había oído siempre proferir á los españoles; que no dudaba de que su Dios sería, como ellos decían, un buen Sér; pero los suyos eran también buenos: que en cuanto á lo que refería su huésped, acerca de la creación del mundo,

¹ El risible efecto, (si es lícito usar de esta palabra tratándose de asunto tan grave) que aun en aquel tiempo producía en la madre patria la creencia literal en el dogma de la Tras-substanciación, se puede ver en Blanco White, Lettres from Spainhs, Lóndres 1822, carta primera.

así lo creían ellos también; ¹ no habiendo necesidad de hablar más sobre aquella materia. Dijo que sus abuelos no eran los propietarios de aquella tierra, sino que habían venido á ella hacia pocos años; conducidos por un gran Sér que después de gobernar los por algún tiempo, había partido á las regiones donde se levanta el sol; declarando al partir que sus descendientes volverían algún día á visitar y gobernar de nuevo aquella tierra: ² que las prodigiosas hazañas, bella figura y procedencia de los españoles, todo probaba que ellos eran los prometidos descendientes: que si había resistido que viniesen á la corte era porque había oído muchas noticias de sus crueldades, que traían en las manos el rayo para consumir á sus pueblos, y que podían desbaratarles bajo las plantas de los feroces animales en que venían: que actualmente estaba convencido de que eran cuentos de que los españoles eran buenos y amables por carácter y de que eran mortales, aunque de otra raza más inteligente y valerosa que los aztecas, y que por esta razón los honraba.

¹ "Y en eso de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos pasados." Bernal Díaz, op. cit. cap. 90. En cuanto á varios puntos de semejanza entre las tradiciones Hebreas y Aztecas, se puede consultar el lib. I, cap. 3 y el apéndice parte primera, de esta historia.

² "E siempre hemos tenido que de los que de él descendiesen los hacen venir á sojuzgar esta tierra y á nosotros como á sus vasallos." Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 81.

"Os habrán dicho" añadió con cierta sonrisa, "que yo soy un dios y que habito en casas de oro y plata. ¹

Pero ya veis que es falso; mis casas aunque amplias son de madera y piedra como las otras, y mi cuerpo." dijo enseñando su desnudo brazo, "es también de carne y hueso como el vuestro.

Verdad es que tengo grandes reinos heredados de mis antepasados, y oro y plata; pero vuestro soberano, el de más allá de los mares, conozco que es el legítimo dueño de todo esto.

Yo gobierno en su nombre, y vos, Malinche, vos que sois su embajador, y vuestros compañeros, participareis conmigo de estas cosas. Descansad ya de vuestras fatigas: estais en vuestra casa: tendreis todo lo que es necesario para vuestra subsistencia: yo haré que vuestros deseos sean tan puntualmente cumplidos como pudieran serlo los míos propios." ²

Al acabar el monarca estas palabras, algunas lágrima

¹ "Y luego el Moteuczoma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: Malinche, bien se que te han dicho esos de Tlaxcalan, con quien tanta amistad habeis tomado, que yo, que soy como dios ó Teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro plata y piedras preciosas. Bernal Díaz, ibid ubi supra.

² El por tanto vos sed ciertos que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no había falta ni engaño alguno; y bien podeis en toda la tierra, digo que la que yo en mi señorío poseo, mandaré á vuestra voluntad porque será obedecido ó fecho; y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer. Relac. seg. de Cortés, ubi supra.

grimas nublaron sus ojos, acaso al pasar por su mente la imagen de su pasada independencia.¹ Cortés al que paso al **entaba** la idea de que su soberano era el gran personaje indicado por Moteuczoma, procuraba tranquilizarle asegurándole que su soberano no deseaba emplear su autoridad sino en provecho de los aztecas, convirtiéndolos al cristianismo.

El príncipe, antes de que se despiéran las visitas desplegó toda su munificencia conforme lo tenia de costumbre, repartiendo ricas estofas y tejidos de oro; por manera [que al pobre soldado de Bernal Diaz, que fué uno de los de la comitiva, tocaron dos collares pesados del metal precioso.

El rudo ecrazon de los españoles quedó conmovido al precenciar la emocion de Moteuczoma y su régia liberalidad. Al pasar los caballeros por delante de él se quitaron los gorros y le hicieron una profunda reverencia, y durante todo el camino, cuando se volvian á su cuartel, no hablaron de otra cosa sino de la buena crianza del monarca y del respeto que se merecia.²

¹ De Orbe Novo, dec. 5, cap. 3. Gomara, Crónica; cap. 66. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Gonzalo de Las-Casas, MS., part. 1, cap. 24. Cortés hablando brevemente de este paso, habla solamente de la entrevista con Moteuczoma en los cuarteles españoles, donde cuenta que pasó el diálogo referido en el texto; Bernal Diaz refiere que donde lo hubo fué en el palacio, en la siguiente entrevista. El punto único de importancia, el diálogo mismo, es cosa en que ambos convienen.

² "Así nos despedimos con grande cortesía dél, y nos fuimos

R. flecciones mucho mas serias ocupaban el espíritu del general que en todo aquello veia las pruebas de una civilizacion, y por consecuencia de un poderío, del cual no habian podido darle idea las exageradas y por lo mismo increíbles noticias de los nativos. En la pompa y circunstanciado ceremonial de la corte, reconoció ese sistema de esacta subordinacion y profundo acatamiento hácia el monarca, que caracteriza á los imperios semi-civilizados de la Asia. En el aspecto de la ciudad, en su sólida y elegante arquitectura, en el lujo, en la actividad del comercio reconocia, las pruebas de adelanto intelectual, de la habilidad mecánica, y de los poderosos elementos de una sociedad antigua y opulenta; al mismo tiempo que la multitud llenaba las calles, atestiguaba una poblacion capaz de desenvolver mas plenamente todos estos recursos.

En el azteca veia un hombre diferente al rudo republicano tlaxcalteca y del afeminado cholulteca; y que reunia á la vez el valor del uno y el refinamiento del otro. Encontrábase en el corazon de una gran ciudad que parecia una dilatada fortificacion, con sus puentes levadizos y sus calzadas, y con casas cada una de las cuales se podia convertir en una fortaleza. Su posicion insular la separaba del continente

á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera y crianza que en todo tenian, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas quitadas, cuando delante dél pasásemos. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 90.

cuyas comunicaciones con la ciudad podían quedar interrumpidas á una señal del soberano, y cuya belicosa y numerosa poblacion se podia precipitar en un solo instante sobre él y el puñado de sus compañeros. ¿De qué podría servir contra semejantes enemigos ni la ciencia mas sublime? ¹

En cuanto á la subversion del imperio de Moteuczoma, ahora debia parecerle la empresa mas difícil que nunca. La confesion que habia hecho el príncipe azteca de su dependencia feudal respecto del español, no se debia tomar muy literalmente. Cualquiera que fuese la señal de sumision que, por ahora y acaso á causa de un engaño pasajero, estuviese dispuesto á tributarle, no era fácil suponer que renunciase á su poder y riqueza, ni tampoco que sus súbditos accediesen á ello; y los vivos temores que manifestó al saber la llegada de los españoles probaban suficientemente el fuerte apego que tenia á su autoridad.

Verdad es que la supersticiosa reverencia que tanto el príncipe como su pueblo profesaban á Cortés, era á éste de grande utilidad para el futuro éxito de sus empresas, y no cabe duda en que estaba en sus

¹ "Y así, dice Toribio de Benavente, estaba tan fuerte esta ciudad que parecia no bastar poder humano para ganarla; porque además de su fuerza y municiones que tenia, era cabeza y señorío de toda la tierra, y el señor della. (Moteuczoma) gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchedumbre de sus vasallos." Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 8.

intereses conservar ileso aquel sentimiento. ¹ Mas antes de trazar un plan de operaciones, era preciso instruirse en la topografía de la ciudad y sus ventajas locales, del carácter de la poblacion y de la verdadera entidad de sus recursos. Con el objeto de adquirir estas noticias, solicitó del emperador el permiso de visitar los principales edificios públicos.

Antonio Herrera ² el celebrado cronista de las Indias, nació de una familia respetable, en Cuella, en España el año de 1549. Despues de hacer allí los cursos académicos de costumbre, vino á Italia, el país de las artes y de las letras, adonde entonces iba a juventud española á completar su educacion. Aquí conoció á Vespaciano Gonzaga, hermano del duque de Mántua, y entró al servicio de éste. Continuó al lado del príncipe aun despues de que este fué virey de Napoles, gozando con él de tanto favor, que en su mismo lecho de muerte le recomendó especialmente á la proteccion de Felipe II.

Este monarca perspicaz, conoció las excelentes prendas de Herrera, y le elevó al cargo de historiógrafo de las Indias, destino que creó Felipe en España. Con un buen sueldo y con todos los recur-

¹ Muchos son de opinion, dice el P. Acosta, que si los españoles hubiesen continuado el camino que habian emprendido, fácilmente hubieran dispuesto de Motenczoma y de su reino, é introducido sin tanta crueldad la ley de Cristo, lib. 7, cap. 25.

esos necesarios para entregarse á sus estudios favoritos, Herrera pasó sus días en las penosas pero pacíficas tareas propias de un literato. Continuó desempeñando el cargo de historiador de las Indias, bajo Felipe II, Felipe III y Felipe IV, hasta que murió en 1625, á la avanzada edad de 76 años, dejando en su patria alta reputacion de moralidad y saber.

Herrera escribió muchas obras, principalmente históricas. La mas importante y en la que descansa su reputacion, es la Historia General de las Indias Occidentales. Comprende desde el año de 1492, en que se descubrió la América, hasta el de 1554, y está dividida en ocho décadas: cuatro de las cuales fueron publicadas en 1601, y las cuatro restantes en 1615, formando todas cinco volúmenes en fólío. La obra fué vuelta á publicar en 1730, y ha sido traducida en la mayor parte de las lenguas europeas. El traductor ingles, Stevens, se ha tomado muchas franquicias, tanto abreviando como omitiendo; pero con todo, su traduccion es superior en general á las mas de las versiones antiguas inglesas, de los cronistas castellanos.

El vasto asunto de Herrera, es nada menos que la historia colonial de España en el Nuevo-Mundo. La obra esta dispuesta en forma de anales, y los variados y multiplicados sucesos de que trata, es en todos sistemados en el orden cronológico, y aun-

que acaecidos en regiones muy distantes, y disím-bolos todos caminan *pari passu*.

A causa de esta mala disposicion se ve obligado el lector á interrumpir á cada instante el hilo de los sucesos y á saltar de una escena á otra muy distinta sin tener tiempo de contemplar ninguna. La paciencia se agota y la atencion se cansa con esas ojeadas parciales y vagas, en vez de satisfacerse al ver desarrollada hábilmente una narracion continua y bien compaginada. Este es el grave defecto inherente á un plan que se funda servilmente en la cronología; defecto que crece mucho mas cuando como en el presente caso, el asunto es muy vasto y comprende multitud de pormenores que tienen poca relacion unos con otros. En una obra semejante luego se deja ver la superioridad de un plan como el que siguió Robertson en su Historia de América, donde cada materia es tratada en su lugar independiente, con toda la estension que merece segun su importancia, produciendo asi en el lector impresiones claras y distintas.

La posicion de Herrera le permitió consultar los documentos oficiales enviados de las colonias, los de la metrópoli, y en general todos los que habia en los archivos públicos. Entre estos materiales habia algunos manuscritos que ya no es fácil encontrar; tal es el memorial de Alonso de Ojeda, uno de los compañeros de Cortés, cuyo manuscrito ha burlad-

todos mis esfuerzos por descubrirlo, ya fuese en España ya en México.

Otros escritos, como el del Padre Sahagun, de grande importancia en la Historia de la Civilizacion India, eran ignorados del historiador. De los demas escritores que cayeron en sus manos, hizo el uso mas libre: de los de Las-Casas, plagió sin miramiento. El obispo habia dejado prevenido que su Historia de las Indias, no se publicase hasta cuarenta años despues de su muerte; mas ántes de que estos trascurriesen, Herrera comenzó sus trabajos y habiendo podido compulsar la obra del obispo, copió en la suya del modo mas impudente, no digo páguinas, sino capítulos enteros; bien que al hacerlo mejoró notoriamente el estilo del original, pues sus ampolludas y oscuras sentencias las tradujo a castellano puro, y omitió sus campanudas declamaciones y desrazonables invectivas. Mas al mismo tiempo omitió los pasajes en que se censuraba crudamente la conducta de sus compatriotas, y aquellos arranque de elocuente indignacion que demuestran en el obispo Las-Casas una sensibilidad moral que le hacen superior á al resto de sus contemporáneos. Por medio de esta especie de metempsícosis, si así se puede llamar, que consistia en trasladar la letra pero no el espíritu de el buen misionero, hizo Herrera casi supérflua la publicacion de las obras de aquel, siendo indudablemente esta una de las cau-

sas que han hecho que las obras de Las-Casas se hayan quedado sin imprimir por tanto tiempo.

Pero aunque confesemos que la obra adolece de los defectos inherentes á la rapidez conque fué escrita y á la adopcion de un sistema rigurosamente cronológico, es preciso convenir en que tiene un mérito extraordinario. Presenta un cuadro completo de las conquistas y de la colonizacion de América por los españoles, durante los primeros sesenta años del descubrimiento del nuevo continente.

Los hechos individuales de esta complicada narracion, aunque agrupados sin discernimiento, se refieren en estilo sencillo y puro, cual convenia á la gravedad del asunto.

Si bien á primera vista parece demasiado empeñado en ensalzar las proezas de los primeros descubridores y en ocultar todos sus excesos, se le debe dispensar, pues que semejante defecto no procede tanto de perversion de los sentimientos morales, cuanto del deseo eminentemente patriótico de hacer desaparecer de las armas de su nacion toda mancha que pudiera oscurecerlas, en aquella época de gloria y de orgullo.

Es muy natural que el español que estudia aquellos tiempos quede absorto por la admiracion de sus gigantescas hazañas, sin curarse de examinar su moralidad ni las causas que las determinaban. Sin embargo, á Herrera no se le puede llamar el apolo-

gista del cámen; y no obstante los defectos que li-
samente le hemos confesado, es digno de la reputa-
cion de que goza como historiador veraz é ínte-
gro.

Es preciso no olvidar que ademas de la narracion
de los primeros descubrimientos de los españoles en
las Indias, Herrera ha dejado una gran copia de no-
ticias relativas á las instituciones y usos de las na-
ciones indias; noticias sacadas de las fuentes mas au-
ténticas. Esto hace que su obra sea mas completa
que todas cuantas hay sobre el mismo asunto. Ella
es, en suma, un alto monumento de sagacidad y eru-
dicion, y el que estudie la historia, pero principal-
mente el que la escriba, no podrá adelantar un solo
paso en la de los primeros establecimientos del Nue-
vo Mundo, sin referirse á las páginas de Herrera.

Otro escritor sobre México, frecuentemente con-
sultado en el curso de la presente Historia, es Tori-
bio de Benavente, ó *Motolinia*, como frecuentemente
se le llama á causa de su apellido indio. Fué uno de
los doce misioneros franciscanos que á peticion de
Cortés fueron enviados á la Nueva España en 1523.
Su humilde porte, la desnudez de sus piés y la po-
breza propia de la órden á que pertenecia, arranca-
ron frecuentemente á los aztecas la exclamacion de
Motolinia, "hombre pobre." Fué el primer nombre
mexicano cuya significacion comprendió el misione-
o, y le complació de tal suerte por espresar su con-

dicion, que desde entonces lo adoptó como su ape-
llido. Toribio se empleó celosamente con sus demas
hermanos, en el desempeño de su gran mision. Atra-
vesó á pié varias regiones de México, Guatemala y
Nicaragua. Adonde quiera que iba se esforzaba por
sacar á los indios de las tinieblas de la idolatría y
por alumbrar su espíritu con la luz de la revelacion.

Demostró tierna solicitud por su bien temporal y
espiritual, y Bernal Diaz que le conoció personal-
mente, asegura que le vió quitarse una vez su ves-
tido para cubrir á un indio desnudo y enfermo. No
obstante, este fraile caritativo, tan dulce y tan esac-
to en el cumplimiento de sus deberes cristianos, fué
uno de los mas encarnizados enemigos de Las Casas,
contra el cual envió á España una representacion
concebida en los términos mas injuriosos y acerbos.
Esto ha sugerido al biógrafo del obispo, la idea de
que la humildad del fraile encubria algo de envidia
y de orgullo: puede que así sea: pero tambien tene-
mos motivos de desconfiar de la discrecion de Las
Casas, quien queria arreglar las cosas con manó tan
áspera que provocó la mas obstinada resistencia de
parte de sus colaboradores espirituales.

Toribio fué nombrado guardian del convento de
Texcoco; asegurando él que durante el tiempo que
desempeñó este encargo, y en sus diversos viages,
administró el sacramento del bautismo á mas de
cuatrocientos mil naturales. Su eficaz piedad queda

atestiguada por varios milagros. Uno de los mas notables acaeció en ocasion que una seca escesiva amenazaba destruir la próxima cosecha, y en que habiendo aconsejado el buen padre que se hiciese una solemne procesion con fervorosas preces y una dura flagelacion, tuvo esto un efecto visible, pues cayeron copiosas lluvias que quitaron todo temor á los indios y que hicieron la cosecha muy rica. El reverso de este prodigio se vió pocos años despues, en que hubo crecidas lluvias, y en que el mal se remedió por un arbitrio semejante. La realizacion de tales milagros, dice el biógrafo, edificó al pueblo y le afirmó en la fé. Es probable que la vida ejemplar y el afable trato de Toribio hayan hecho en pro de la conversion, tanto como sus milagros mismos.

Estando ocupado en las pacíficas y piadosas tareas de un misionero cristiano, fué al fin llamado de su peregrinacion en la tierra, no se sabe en qué año, aunque seria á una edad avanzada, pues sobrevivió á todos los otros misioneros que vinieron con él á Nueva España. Murió en el convento de S. Francisco de México, y su panegírico ha sido hecho por Torquemada, su hermano de orden, en los enfáticos términos siguientes: "Era un hombre verdaderamente apostólico, gran maestro del cristianismo, adornado de todas las virtudes, celoso de la gloria de Dios, amigo de la evangélica pobreza, fiel en la observancia de las reglas monásticas y celoso por conseguir la conversion de los infieles."

El largo trato que Toribio tuvo con los indios, y el conocimiento que aunque á costa de grandes trabajos, logró hacer en su lengua, le permitieron adquirir todas las noticias que existian en tiempo de la conquista, relativas á las instituciones de los mexicanos. El resultado de sus prolijas indagaciones lo reunió en un volúmen en folio, MS., titulado: "Historia de los Indios de Nueva-España," al cual nos hemos referido frecuentemente en el curso de nuestra obra. Divídese la de Toribio en tres partes: la primera que trata de la religion, ritos y sacrificios de los aztecas; la segunda de su conversion al cristianismo y de su manera de celebrar las ceremonias de la Iglesia; y la tercera del carácter é índole de la nacion, de su cronología y astronomía, y algunas noticias sobre las principales ciudades y los artículos mas notables de su riqueza. No obstante la disposicion metódica de las varias partes de la obra, está escrita con esa vaguedad é incoherencia propia de un libro que abraza muchos asuntos, y en que el autor refiere todos á una idea dominante. Nunca se olvida de cuál era su mision especial, y el asunto que tiene actualmente entre manos, lo deja trunco para dirigir su atencion á un suceso ó anécdota que tiene algo que ver con sus labores espirituales. Aun las mas estrañas ocurrencias las refiere con esa grave credulidad tan á propósito para ganarse el favor del vulgo; encontrándose en su obra copia de mila-

gros bastante para suplir á todo lo que falte á la Historia de la infancia de las comunidades religiosas en Nueva España.

Con todo, entre esta masa de fábulas increíbles, hijas de la piedad, se encuentran observaciones curiosas é importantes. El largo é íntimo trato del historiador con los aztecas, lo puso en posesion de todos los tesoros teológicos y científicos de éstos; y como su estilo, aunque algo argumentador, es sencillo y natural, fácilmente se comprenden sus ideas; sin embargo de que las consecuencias en las cuales se refleja la supersticion propia de su siglo y de su sarrera, no deben ser admitidas sin desconfianza. Mas como son incuestionables su integridad y su facilidad de recoger buenos informes, la obra es de primera autoridad tratándose de las antigüedades de México y del estado del pais al tiempo de la conquista.

Como por otra parte, era hombre de educacion literaria, podia estudiar las cosas mas profundamente que los rudos soldados de Cortés, hombres de accion mas bien que de especulacion.

No obstante el mérito de este escrito, nunca se le ha impreso, y ofrece tan poco interes popular, que probablemente no se le imprimirá jamas. Casi todo lo que en él se contiene ha sido publicado despues bajo diversas formas; pero el manuscrito mismo es muy raro.

Segun parece por el catálogo de MSS. publicado con la Historia de América del Dr. Robertson, este poseia una copia, pero no se dice allí el nombre de autor.

A lo que entiendo, no existe copia en la librería de la Academia de Historia de Madrid, y la que yo poseo la debo á la bondad del curioso bibliógrafo Mr. O'Rich, actualmente cónsul de los Estados- Unidos en Menorca.

Pedro Mártir de Angleria ó Peter Martyr, como le llaman los escritores ingleses, pertenecia á una antigua é ilustre familia de Arona, en el norte de Italia. En 1478 fué inducido por el conde de Tendilla, embajador español en Roma, á venir con él á Castilla, donde le acojió favorablemente la reina Isabel, siempre deseosa de reunir extranjeros ilustrados capaces de suavizar á la ruda y belicosa nobleza castellana. La reina confió á Martyr, que habia sido educado para la carrera eclesiástica, la instruccion de los jóvenes nobles de la córte. En este empleo adquirió la amistad íntima que durante todo el resto de su vida le profesaron los hombres mas eminentes de aquella época. Los reyes católicos le confiaron varias comisiones de público interes; le environ á Egipto en una mision importante; y posteriormente le dieron un lugar distinguido en la Catedral de Granada; mas él seguia pasando la mayor parte de su vida en la córte, donde gozó del favor

de Fernando é Isabel y de su sucesor Cárlos V, hasta 1525 que murió á la edad de 70 años.

El carácter de Mártir, reunia cualidades que no es muy comun encontrar juntas: un ardiente amor á las letras y una sagacidad práctica que solo puede resultar de la familiaridad con los hombres y con los negocios. Aunque pasaba sus dias en la bulliciosa y deslumbradora córte, no por eso perdía la sencillez y gravedad de un filósofo. Su correspondencia y sus escritos estudiados si es que alguno lo fué, manifestaban la independencía de su carácter y su ilustracion, aunque no tuvo la bastante para condenar la intolerancia religiosa á su época; porque aunque filósofo, era sobradamente cortesano para mirar con indulgencia los errores de los príncipes.

Aunque estaba profundamente imbuido en el saber clásico, y aunque un verdadero escolástico, no tenía propensiones de recoleto, y tomaba el mas vivo interes en los sucesos que le rodeaban. Sus muchos escritos, pero principalmente su correspondencia, es por estos motivos el mejor espejo de aquella época.

Lo que mas principalmente llamaba su atencion eran los descubrimientos que por entoces se estaban haciendo en el Nuevo-Mundo. Se le permitió asistir á las sesiones del Consejo de Indias donde se trataba de todo lo importante relativo á este punto, y despues fué nombrado miembro de este cuerpo. To-

do lo que tenia que ver con las colonias pasaba por sus manos: leyó la correspondencia de Colon, Cortés y demas descubridores con la córte de Castilla: cuando estos ilustres personajes volvieron á su patria, tuvo ocasion de tratarles personalmente, y segun nos informa en su correspondencia, les convidó á su mesa. Estando en semejante posicion, el testimonio de P. Mártir vale punto ménos que el de esos personajes mismos, siendo bajo un aspecto aun superior á ellos, pues no adolece de la parcialidad y las preocupaciones con que el interes individual nos juzgar hace de nuestros actos propios.

El testimonio de Mártir, es el de un filósofo que por sus conocimientos anteriores, puede estudiar los acontecimientos con mas claridad y esactitud que ninguno de los conquistadores ó de los descubridores. Esto no evita, es cierto, que caiga á veces en errores de credulidad, credulidad no de la fundada en la supersticion, sino de la que procede de la incertidumbre de las cosas y de que fenómenos absolutamente diversos de los que le eran familiares, se le presentaban por primera vez al lado de un nuevo mundo.

Mas justamente se le puede tachar el descuido en sus descripciones, hijas de la precipitacion y de la inadvertencia; pero aun de esto debemos disculparle, porque confiesa sus pecados con tal candor, que desarma á la crítica.

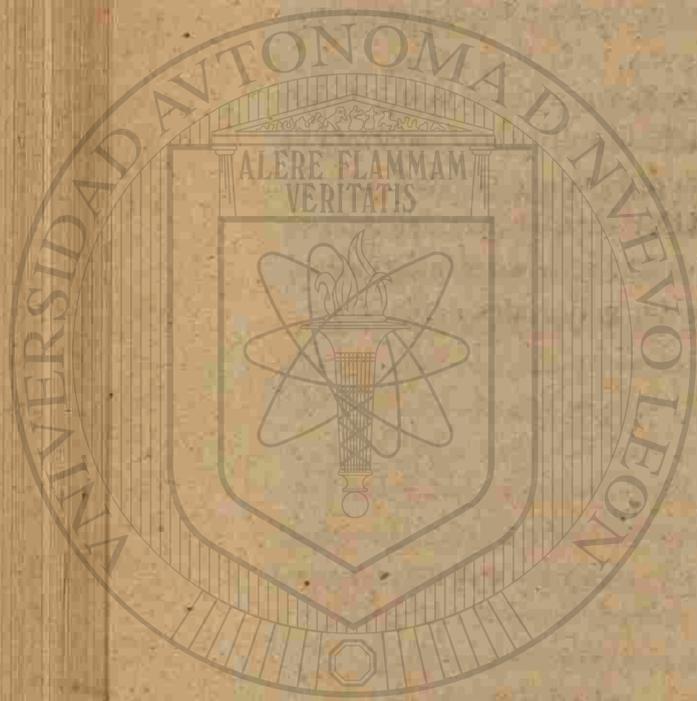
Verdad es que escribía de prisa y bajo la influencia del momento. Se rehusaba á publicar sus escritos cuando le instaban á ello, y sus décadas *Orbe novo*, donde reunió el resultado de sus investigaciones sobre los descubrimientos en América, no fueron enteramente publicadas, hasta despues de su muerte. La mas estimable y completa edicion de esta obra, y á la que me refiero, es la de Hakluyt, publicada en Paris en 1587.

Las obras del Mártir estan en latin y no del mas puro, cosa extraña si se considera su familiaridad con los clásicos de la antigüedad; sin embargo, maneja las lenguas muertas con la misma facilidad que las vivas. Sean cuales fueren los defectos de su estilo, en la eleccion de los asuntos ha mostrado la superioridad de su ingenio. Pasa por alto las pequeñeces que tan frecuentemente ocupan las narraciones de los descubridores españoles, y fija su atencion en los grandes resultados de los descubrimientos, en los productos del pais, la historia é instituciones de la raza, su carácter y progresos en la civilizacion.

Por una cosa son sus escritos de un valor inestimable; porque dá á conocer cuáles eran las ideas dominantes en la córte cuando se se estaban haciendo los descubrimientos. El ofrece el reverso de la medalla; y despues de seguir al conquistador español en su hazañosa carrera por el Nuevo Mundo, es

necesario volvernoshacia las páginas de Mártir para saber la impresion que tales sucesos producian en el ilustrado mundo antiguo: sin esto, el cuadro quedaria incompleto.

El lector que desee tener noticias mas estensas acerca de este estimable literato, las encontrará en la Historia de Fernando é Isabel; (Part. 2, cap 14, Post. scrip., y cap. XIX) para la ilustracion de cuyo reinado ofrece la voluminosa correspondencia de Mártir, grande acopio de materiales auténticos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO III.

RESIDENCIA EN MEXICO.

CAPITULO I.

LAGO DE TEXCOCO.—DESCRIPCION DE LA CAPITAL.—PALACIOS DE MOTEUCZOMA.—SERVIDUMBRE REAL.—MANERA DE VIVIR DE MOTEUCZOMA.

(1519.)

La antigua ciudad de México ocupaba el mismo sitio que la capital moderna. Las grandes calzadas tocaban con la ciudad en los mismos puntos; las calles corrian en la misma direccion, casi de N. á S. y de E. á O.: la Catedral se levanta en el sitio mismo donde se levantaba el templo del Dios de la guerra de los aztecas; y los cuatro barrios principales de la ciudad son conocidos hoy por los indios con el mismo nombre que entonces.

Sin embargo, un azteca de tiempos de Moteuczo-

ma que viese á la metrópoli moderna, salida como el fénix de las cenizas de la antigua no acertaría á reconocer en ella á su nativa Tenochtitlan; porque esta se hallaba circundada por las salobres aguas de Tetzcoco, que corrian en anchos canales atravesando la ciudad por todas partes; mientras que el México de hoy se levanta en un terreno firme, alto y seco, y las aguas de los lagos distan por lo menos una legua de su centro. La causa de este cambio aparente de situacion, depende de la disminucion del lago, la cual á causa de la rapidez de la evaporacion en estas regiones elevadas, era ya perceptible antes de la conquista, pero que despues ha sido considerablemente acelerada por causas artificiales:¹

El nivel del lago de Tetzcoco apenas es hoy cuatro piés mas grande que la plaza de México;² y es considerablemente mas bajo que los otros grandes depósitos de agua que hay en el valle. Con las creces de lluvias abundantes, estos últimos solian desaguar

1 Parece que el lago ya habia disminuido perceptiblemente, desde antes de la conquista, segun el testimonio de Motolinia que vino al pais poco despues de ella. Toribio, Hist. de las Ind. MS., parte 3, cap. 6.

2 Humboldt, Essai politique, tomo II, pág. 95.

Cortés supone que en el lago habia mareas ó flujo y reflujo regulares. Véase á Lorenzana, Relac. seg. pág. 101. Este puso en gran confusion al sábio Mártir. (De Orbe Novo, dec. 2, cap. 3,) así como tambien á mas de un filósofo, en tiempos posteriores, haciéndoles conjeturar que el lago estaba en comunicacion subterránea con el Océano. Lo que el general llamaba mareas, no sería probablemente otra cosa mas que la creciente ocasionada por el predominio de ciertos vientos.

en el de Tetzcoco, el cual crecido en tan enorme volumen de agua, traspasaba los diques é inundaba las calles de la capital, sumergiendo en aquella especie de diluvio los edificios bajos. Este era un mal comparativamente pequeño cuando las casas estaban construidas sobre estacas tan elevadas, que por debajo de ellas podia pasar una canoa, y cuando las calles eran canales que se comunicaban casi siempre por agua; pero los estragos de la inundacion fueron desastrosos luego que esos canales obstruidos por los ripios de la ciudad arruinada, quedaron convertidos en calles de tierra sólida, y cuando los cimientos de la ciudad fueron saliendo de las aguas. Para evitar este alarmante peligro se construyó á enorme costo, á principios del siglo XVII, el famoso canal de Huehuetoca, con el cual México despues de varias inundaciones ha venido á quedar fuera del alcance de las aguas.¹ Mas sucedió en esto lo que en otras cosas, que la utilidad se adquirió á costa de la belleza. Al alejarse las aguas, las aldeas y ciudades vistosas que ellas bañaban, han quedado algunas millas mas al interior, y una árida faja de tierra cubierta de las tristes incrustaciones de sal, ha reemplazado á la brillante vegetacion que entonces es-

1 Humboldt ha dado la descripcion detallada de este acueducto que él asegura ser una de las mas estupendas obras hidráulicas que se conocen, y que no se acabó sino hasta el último tercio del siglo pasado. Essai politique tomo II pág. 105 et sequentes.

maltaba las orillas del lago, y á los oscuros bosques de encinos, cedros y sicomoros que bañaban con su anchurosa sombra la cristalina superficie de las aguas.

Las chinampas, este archipiélago de islas flotantes de que hemos hablado en el capítulo anterior, también ha desaparecido casi enteramente. Esas chinampas debían su origen á masas de tierra desprendidas de las riberas, pero trabadas por las raíces fibrosas de que estaban penetradas. Los paimitivos aztecas obligados por la escasez de tierra, se aprovecharon de la poca que les ofrecía la naturaleza. Por medio de balsas hechas de cañas, juncos y otras materias fibrosas, formaban la base del cimiento que sacaban del fondo de las aguas. Poco á poco se formaron islas de doscientos á trescientos piés de largo y de tres ó cuatro de profundidad, en las que cultivaba el económico indio las legumbres y las flores para el mercado de Tenochtitlan. Algunas de estas chinampas tenían la solidez bastante para soportar algunos arbolillos y la cabafia de su dueño, el cual con el auxilio de su largo remo apoyado en el fondo ó en las riberas del lago superficial, podía al arbitrio de su voluntad trasladar á donde quería su pequeño territorio, el cual al moverse cargado de su rica vegetacion, parecia una isla encantada.¹

¹ Ibid, pág. 87 et sequentes. Clavijero, Hist. del Messico, tom II, pág. 153.

Los antiguos diques eran en número de tres: el de Ixtapalapan por donde entraron los españoles, venia á dar al Sur de la ciudad; el de Tepeyacac, al Norte, que siendo la prolongacion de la calle principal, se podia considerar también como la del anterior; finalmente, el de Tlacopam, que comunicaba hácia el O. á la ciudad insular y al continente. Este último dique, memorable por la desastrosa retirada de los españoles, tenia cosa de dos millas de largo. Todos ellos estaban sólidamente contruidos con cal y piedra, todos defendidos por puentes levadizos, y todos bastante anchos para que caminasen diez ó doce ginetes de frente.¹

Los bárbaros fundadores de Tenochtitlan construyeren sus primeras y endebles chozas, en el grupo de isletas que se encontraba á la parte occidental del lago; pero con el trascurso del tiempo, aquellas fueron sustituidas por otras habitaciones mas sólidas. En las inmediaciones habia una cantera de una espeaie de amigdaloide colorada y porosa llamada tetzontli, piedra ligera y sólida, muy fácil de sacar y de labrar. Con este material, si no propio para la elegancia, sí para la solidez, estaban contruidos los

¹ Toribio, Hist. de las Ind., parte 3, cap. 8.

Cortés habla de cuatro calzadas. (Relac. seg. en Lorenzana, p. 202,) pero acaso tomara por tal un brazo de la del Sur, que conducia á Cojohuacan, ó también, y es muy posible, el gran acueducto de Chapoltepec.

edificios. México, como ya lo hemos dicho, era la residencia de los primeros nobles á quienes el monarca invitaba, ó mejor dicho obligaba por motivos de política obvios de alcanzar, á pasar parte del año en la corte. Era tambien la residencia temporaria de los señores de Tetzcoco y Tlacopam, que á lo menos nominalmente, tenían parte en la soberanía del imperio.¹ Las habitaciones de estos personajes eran prooportunamente magníficas y dignas de su estado. Eran bajas, es cierto; rara vez de mas de un piso; pero ocupaban una estension muy considerable de terreno: eran de forma cuadrangular, con un patio en el centro y rodeadas de hermosos pórticos de pórfido y de jaspe, del cual hay gran copia en las inmediaciones, y finalmente en el centro solian encontrarse cristalinas fuentes que esparcian una dulce frescura.

Las casas de los pobres descansaban tambien en cimiento de piedra de algunos piés de altura, y el resto de cuyas paredes, era de céspedes mezclados algunas veces con cañas.²

Las mas de las calles eran cortas y estrechas; pero algunas por el contrario, anchas y largas. La

¹ Véase antes.

² Mártir da una noticia completa de esta especie de habitaciones, que prueba que aun las clases mas pobres tenían cómodos alojamientos. "Populares vero domus cingulo virili tenus lapiade sunt et ipsae, ob lacunae incrementum per fluxum aut fluviorum in ea abentium alluvies. Super fundamentis illis magnis, lateribus tum

calle principal que atravesaba á la ciudad en línea recta de Norte á Sur, ofrecia una vista hermosísima con sus largas filas de casas bajas con los jardines que la separaban y con toda la pompa de la horticultura azteca.

Las grandes calles cuyos pavimentos eran de una mezcla muy sólida, estaban cortadas por numerosos canales, algunos de ellos costeados por una calle de tierra que servia de vado para los transeuntes y de desembarcadero las canoas. De distancia en distancia habia pequeñas habitaciones destinadas á los empleados que colectaban los derechos causados por los diferentes artículos de comercio. [Los canales estaban atravesados por numerosos puentes, muchos de ellos levadizos; por manera que se podia interrumpir la comunicacion entre las diferentes partes de la ciudad.]¹

La descripcion de la antigua ciudad nos recuerda aquellas del antiguo mundo, que por motivos de economía ó de seguridad han tenido una construc-

tionis, tum aestivo soli sitatis, tum mixtae trahibus reliquam molem construnt; uno suot communes domus contentae tabulato. In solo parum hospitantur propter humiditatem tecti non tegulis sed bitumine quodam terreo vestiunt ad solem captandum commodio est ille modus; breviori tempore consumi debere credendum est." De Orbe Novo, dec. 5, cap. 10.

¹ Toribio, Hist. de las Ind., MS. parte 3, cap. 8. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 108. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 10, 11. Relac. d'un gent huon en Ramusio, tom. III, fol. 309.

cion semejante, sobre todo á Venecia, si es lícito comparar la tosca arquitectura de las tribus, indias con los palacios y templos de mármol (decaídos hoy de su antiguo esplendor) que coronaban á la engreída señora del Adriático.

El ejemplo de la metrópoli fué luego seguido por las ciudades de las inmediaciones. En vez de descansar en tierra firme, se las veía descansar en gran parte en el lago mismo, cuyo fondo solia no tener mas que cuatro piés de profundidad. Así quedaba fácilmente abierta la comunicacion de unas con

1 Mártir percibió la semejanza. "Uti de illustrissima civitati, Venetiorum legitur, ad tumulum in ea sinus Adriatici parti visumi fuisse constructam." De Orbe Novo, dec. 5, cap. 10.

2 Pudiera aplicarse muy naturalmente á la capital azteca el ingenioso soneto de Giovanni Della Casa, en que hace contrastar el origen de Venecia y su gloria meridiana.

Queste Palazzi é questi loge or colte
D'ostro, di marmo é di figure elette,
Fut poche é basse case insieme accolte,
Deserti lidi é povere isolette.
Ma gente ardití d'ogni vizio sciolte
Premeano il mar cor picciola barchette,
Che qui non per domar provincie molte,
Ma fugir servitú seran, ristrette.
Non era ambizion ne petti lore
Mal, mentiri abharrían piu che la morte,
Ne vi regnava ingorda fame d'oro.
Se'l ciel v' ha dato piu beata sorte
Non sien quelle virtù che tanto onore,
Dalle nove ricchezze oppresse emorte.

3 El lago de Tetzaco no tiene ordinariamente arriba de tres ó cinco metros de profundidad, y aun hay lugares en que el fondo está á menos de un metro. Humboldt, Essai politique tom. II, pág. 49.

otras, y la superficie de aquel "mar interno" como la llamaba Cortés, ¹ estaba cubierta de millares de canoas, ocupadas en el tráfico entre estos pueblecillos.

¡Cuán alegre y pintoresco debe haber sido el aspecto de aquella ciudad, con sus relucientes edificios y sus floridas islas ancladas en la tersa superficie de las aguas del lago!

En cuanto á la poblacion de Tenochtitlan en tiempo de la conquista, hay varios cómputos. Ningun escritor la regula en menos de sesenta mil casas, que segun las reglas ordinarias del censo, debian haber contenido trecientas mil almas; ² mas si es cierto

1 "Y cada dia entra gran multitud de indios cargados de bastimento y tributos, así por tierra como por agua en acales ó barcas que en lengua de las islas llaman canoas." Toribio, Hist. de las Ind., MS, parte 3, cap. 6.

2 "Esta la cibdad de México ó Tenutzutan que será de sesenta mil vecinos." (Carta del Lic. Zuazo, MS) "Tenustitanam ipsam inquit sexaginti circiter esse millia domorum." (Mártir de Orbe Novo, dec. 5, cap. 3). "Era México cuando Cortés entró pueblo de sesenta mil casas." (Gomara, Crónica, cap. 78.) Toribio dice vagamente: "Los moradores y gente era innumerable." (Hist. de las Ind. MS, parte 3, cap. 8). La traduccion italiana del "Conquistador anónimo, que solo se conoce en traduccion, dice: "meglio di sesaneta mila habitatori." (Relac. d'un gent. hno. en Ramusio, tom. III, fol. 309). pero este error es debido probablemente á la equivocacion en que se incurrió al traducir la palabra vecino que es la usada en las estadísticas españolas para designar al inquilino de una casa, son á lo que en italiano corresponde *fucchi*, por la palabra *habitatori*. Véase tambien á Clavijero, Hist. del Messico, tom. III, pág. 86, nota. Robertson hace descansar su cálculo, *esclusivamente* en esta traduccion italiana. (Hist. de América, tom. II, pág. 281). Cita tambien, es cierto, otras dos autoridades: la de Cortés que nada habla de la poblacion, y de la

lo que dicen, que algunas de esas casas contenian varias familias, la poblacion debe haber sido mucho mas considerable. ¹ Nada es mas fácil que los cálculos numéricos entre bárbaros, que por una parte viven necesariamente en mayor desorden y confusion que los pueblos cultos, y por otra parte, no tienen un sistema bien arreglado de calcular la poblacion. El testimonio simultáneo de los conquistadores; la estension de la ciudad, que segun se ha dicho, tenia tres leguas de circunferencia; el enorme tamaño de su mercado; las largas hileras de edificios de los que todavia se encuentran ruinas á algunas millas de la ciudad; la fama que esta tenia en todo el Anáhuac, donde no escaseaban otras estensas y populosas; y finalmente, el adelanto de la agricultura, los esfuerzos por sacar la subsistencia hasta de los objetos mas ingratos, mas desagrada-

Herrera que conviene tambien en el cómputo de las sesenta mil casas. (Hist. General dec. 2, lib. 7, cap. 13). El hecho es de alguna importancia.

¹ "En las casas por pequeñas que eran, pocas veces dejaban de morar dos, cuatro y seis vecinos." Herrera, ubi supra.

² "En el camino que conduce de la capital á Tanepantla y á los Ahuehuetes se puede andar mas de una hora entre las ruinas de la antigua ciudad: allí se conoce así como tambien en el camino de Tacuba y de Ixtapalapan, cuanto mas pequeño es el México reedificado por Cortés, de lo que era Tenochtitlan bajo el último de los Moteuczomas. La enorme amplitud del mercado de Tlalotelco, cuyos limites se conocen aun hoy, prueba cuán considerable era la poblacion de la antigua ciudad." Humboldt; Essai politique, tom. II, pág. 43.

bles. ² todo atestigua que la poblacion de México era entonces muy superior á la de los presentes. ³

Una vigilante policia cuidaba de la salubridad y aseo de la ciudad. Segun cuentan, habia mil personas encargadas de regar y barrer las calles. ³ que estaban tan aseadas que para usar la frase de un antiguo escritor español, una gente podia pasearse por la ciudad con tan poco riesgo de ensuciarse los piés como las manos. ⁴

El agua en una ciudad bañada por todas partes de lagos salobres era impotable; pero proporcionaba una gran copia de agua pura, Chapultepec, "el cerro de la Cigarra," que distaba cosa de una legua de la ciudad: el agua venia de allí en un canal de barro, por un acueducto construido á este propósito y que á fin de que no se careciese de un artículo tan esencial, era doble para el caso de que se averiase.

¹ Entre la clase baja era un alimento comun una especie de espuma glutinosa que se encontraba en los lagos, con la cual hacian tortas de un sabor muy semejante al del queso. (Bernal Diaz. Hist. de la Conq. cap. 92).

² Se ratifica uno en esta conjetura, comparando los dos mapas que se encuentran al fin de la obra de Bullock titulada "México." Uno de ellos representa la moderna ciudad, y el otro, tomado del museo de Boturini, que representa la antigua, con sus calles y canales tan bien dispuestas, que parece un tablero.

³ Clavijero, Hist. del Messico, tom. I, pág. 274.

⁴ "Era tan barrido y el suelo tan asentado y lizo, que aunque la planta del pié fuera tan delicada como la de la mano no recibiera el pié detrimento ninguno en andar descalzo." Toribio, Hist. de las Ind. MS., parte 3, cap. 7.

De esta suerte era conducida al centro de la capital, una columna de agua del volúmen del cuerpo de un hombre; y de allí se abastecían las principales fuentes y depósitos. Había aberturas ú orificios en los lugares donde pasaba el acueducto por los puentes, y de allí la tomaban y conducían á todos los puntos de la ciudad las canoas que atravesaban por debajo de aquellos. ¹

Al mismo tiempo que Moteuczoma fomentaba en sus nobles el gusto por la buena arquitectura, él mismo cooperaba al embellecimiento de la ciudad. En sus tiempos se trasportó el famoso calendario de piedra, que en su estado primitivo pesaba cerca de cincuenta toneladas, y que del lugar donde se labró que distaba muchas leguas de la capital, fué traído á esta donde todavía forma uno de los mas curiosos monumentos del saber de los aztecas. ² Ciertamente cuando se reflexiona en las dificultades que presentaría arrancar de su durísimo asiento de basalto aquella estupenda mole, sin el auxilio de instrumentos de hierro, y en las de trasportarla de tanta dis-

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 168. Carta de Lic. Zuazo, MS, Relac. d'un gent. en Ramusio, tom. III, fol. 309!

² Estas inmensas masas (segun Mártir, que obtuvo sus noticias de testigos presenciales) fueron trasportadas por largas filas de hombres que las arrastraban con cordeles, sobre enormes rodillos de madera. (De Orbe Novo, dec. 5, cap. 10.) Era también la manera con que los egipcios movían aquellas enormes moles de granito, segun parece por los numerosos relieves esculpidos en sus monumentos.

tancia, por agua y tierra sin animales de tiro; cuando se reflexiona en esto, digo, no se puede menos de admirar el adelanto en la mecánica y el espíritu emprendedor del pueblo que lo verificó.

No contento Moteuczoma con la espaciosa residencia de sus padres, edificó otra bajo un pié aun mas magnífico. Cubría, como ya lo hemos dicho, el terreno que actualmente ocupan á un lado de la plaza mayor, algunas casas particulares. Este edificio ó para hablar mas correctamente, este conjunto de edificios ocupaba un terreno tan vasto, que segun nos asegura uno de los conquistadores el techo ú azotea tenia la amplitud bastante para que treinta caballeros corriesen sus caballos en un torneo. ³

Ya hemos hablado de su adorno interior, de sus bellos tapices, de sus techumbres de cedro y otras maderas olorosas unidas entre sí, sin arcos ni bóvedas; ² de sus numerosos y espaciosos aposentos, que Cortés en medio de su entusiasmo escesivo, no duda llamar superiores á lo que en su género se conocía en España. ³ Contiguos al edificio principa-

¹ Relac. d'un gent. huon, en Ramusio, tomo III, fol. 309.

² "Ricos edificios," dice el Lic. Zuazo, hablando de los edificios de Anáhuac en general, "excepto que no se halle alguno con bóveda." (Carta MS.) El escritor hizo prolijas observaciones, el año siguiente al de la conquista. Si su asercion se admitiese quedaría resuelta una cuestion muy agitada entre los anticuarios.

³ "Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder de-

había otros destinados á varios usos. Uno era una armería llena de las armas y arneses militares usados por la nación, todos puestos en el mejor orden y en estado de usarse en el instante. El emperador era muy diestro en el manejo del *maquahuitl* ó espada india, y tenía gran complacencia en presenciar los ejercicios atléticos y representaciones de la guerra, de la joven nobleza.

Otros de los edificios eran graneros y almacenes llenos de los comestibles y demas artículos con que las provincias contribuían á la manutención del rey. Los había finalmente, destinados á objetos de otra clase. Uno de estos era una inmensa pajarera donde estaban reunidos los pájaros de plumage espléndido, de todas las partes del imperio: allí estaban el escarlata cardenal, el dorado faisán; el gigantesco pavo real con su cola matizada de los colores del arcoiris (entre los que sobresalía el color régio, e. verde), y este milagro en miniatura, el colibrí, que se d leita en habitar entre los bosques de madre-selva de México. ¹

cir la bondad y grandeza de ellas; mas de que en España no hay una semejable. Relac. seg. en Lorenzana, pág. 111.

¹ La noticia que Herrera nos ha transmitido de estos insectos alados, si así puede llamárseles, muestra los ligeros errores en que aun hombres sábios incurrieron tratándose de las nuevas especies de animales descubiertas en América. "Hay en el país unos pájaros del tamaño de mariposas, de pico largo, de brillante plumage, y muy estimados por las cosas que con ellos se hacen. Al modo de las abejas, viven en las flores y de la miel que en ellas recogen, y

Trescientos criados estaban encargados de su cuidado, de darles el alimento apropiado, que algunas veces era muy costoso, y de recoger las plumas que mudaban; las que servían por sus variados y brillantes colores para las pinturas.

Un edificio por separado estaba destinado á las aves feroces y de rapiña, los voraces buitres y las gigantes cas águilas que habitan en las ateridas soledades de los Andes. No eran menos de ciento los pavos destinados diariamente á satisfacer el voraz apetito de estos tiranos de la raza alada.

Junto á la pajarera había jaulas donde estaban encerrados los animales feroces traídos de las lejanas selvas y pantanos de la tierra caliente. La semejanza de sus diferentes especies con las del antiguo mundo, con las que sin embargo no había ni una sola que fuese idéntica, introdujo la mayor confusión en la nomenclatura de los españoles, y á consecuencia de esto en la de los mejores naturalistas. Acrecentábase aquella colección con el gran número de reptiles y de serpientes ponzoñosas, principalmente de las que los españoles decían que traían cascabeles en la cola, las cuales son el terror de los desiertos de América. ¹

cuando pasa la estación de las lluvias y entra la de secas, se clavan ellas mismas con el pie en los árboles y allí mueren luego; pero al año siguiente en viniendo de nuevo las lluvias, vuelven ellos otra vez á la vida." Historia General, déc. 2, lib. 10, cap. 21.

¹ "Pues mas tenía," dice el honrudo capitán Díaz, en aquella

Las serpientes estaban encerradas en largas cajas cubiertas de plumason, ó en tubos de barro y agua. Las bestias feroces y las aves de rapiña estaban en piezas bastante amplias para dejarlas mover, y aseguradas por un fuerte enrejado por donde les penetraba el aire y la luz.

Todo esto lo cuidaban numerosos sirvientes bien instruidos en las costumbres de los animales, y que tenian á su disposicion todo lo necesario para su aseo y comodidad. ¡Con cuán profundo interes no hubiera visto un naturalista ilustrado de aquellos tiempos, un Oviedo ó un Mártir, reunidas en un solo lugar todas las especies de animales que pertenecian al mundo de Occidente, enteramente desconocidas en Europa! ¡Cuánto no se hubiera deleitado en estudiar las peculiaridades que distinguan estas especies de las del otro hemisferio, y en descubrir así algunas de las leyes generales, segun las cuales procede la naturaleza en todas sus obras. Pero los rudos compañeros de Cortés no se tomaron el trabajo de detenerse en esas profundas reflexiones; contemplaron aquel espectáculo con curiosidad mezclada de miedo; y aun al escuchar los rugidos de las bestias feroces y el penetrante silbo de las serpientes, creyeron estar en las mansiones infernales.¹

casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles: estas son las peores víboras de todas. Hist. de la Cong. [cap. 91.]

¹ "Digamos ahora, las cosas infernales que hacian cuando bra

No debo dejar de hablar aquí de la coleccion de mónstruos, como enanos y otros seres desgraciados en cuya organizacion se ha apartado la naturaleza de sus leyes ordinarias. Estas horrorosas anomalías eran consideradas por los aztecas como un objeto de lujo, y segun dicen, no faltaban padres desnaturalizados que empleaban medios artificiales para procurar á sus hijos una subsistencia segura, dándoles un lugar en el museo real.¹

Al rededor de estos edificios se estendian dilatados jardines llenos de arbustos fragantes, de flores y especialmente de plantas medicinales.² Ningun pais cuenta tantas de estas últimas como la Nueva-España; y sus virtudes eran perfectamente conocidas de los aztecas, quienes puede decirse que estudiaban la botánica como una ciencia. Entre estos bosques floridos y fragantes esparcian su fresco rocío los surtidores de agua cristalina. Diez estanques espaciosos estaban llenos de inmensos peces, cuyos hábitos es-

maban los tigres y leones, y ahullaban los adives y zorros, y silbaban las sierpes, era grima oírlo y parecia inferno. Ibid, ubi supra,

¹ Ibid, ubi supra. Relac. seg. de Cortés en Lorenzana, págs. 111, 113. Carta del Lic. Zuazo, MS. Toribio, Hist. de los Ind., MS, parte 3, cap. 7. Oviedo, Hist. de las Ind., MS, lib. 23, cap. 11, 46.

² Moteuczoma, segun Gomara, no permitia que se plantasen árboles frutales, por considerarlos poco adecuados para un jardin de recreo. Crónica, cap. 75. Toribio dice esto mismo: "Los indios señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos. sino árboles de floresta de donde cogian rosas y adonde se crian aves, así para gozar del canto, como para las tirar con cerbatanas de la cual son grandes tiradores." Hist. de las Ind, parte 3, cap6. 6

taban perfectamente estudiados, y muchos de los tanques eran de agua salada, como la que mas les agradaba frecuentar. Las anchas fuentes tenian terso pavimento de mármol, y les daban sombra ligeros y fantásticos pabellones de plantas aromáticas, debajo de las cuales encontraban refrigerio el monarca y sus queridas, durante las abrasadoras calores del estío. ¹

Pero la residencia real en semejante estacion, era el cerro de Chapoltepec, lugar venerable principalmente por encerrar las cenizas de sus progenitores. Encuéntrase este cerro al poniente de la ciudad, y en aquel tiempo bañaban su base las aguas de Tetz-coco. En su encumbrada cresta de roca porfirítica se levanta hoy el magnífico aunque triste palacio mandado edificar á fines del siglo XVII, por el joven virey Galvez. La vista de que se goza desde sus ventanas, es una de las mas hermosas de las cercanías de México. La llanura no está por allí como por otras partes, desfigurada por incrustaciones blancas que lastiman la vista, sino que ésta por el contrario, se dilata por campos y praderas en que se mecen las doradas mieses de las semillas europeas. Los jardines de Moteuczoma se estienden por algunas millas á lo largo de la base del cerro. Dos estatuas que representaban á este monarca y á su pa-

¹ Idid, loco citato. Relac. seg., ul. supra. Oviedo Hist. de Ind. lib. 33, cap. 14.

dre, esculpidas en bajo relieve en el pórfido, se conservaban hasta mediados de la centuria pasada; ¹ y el terreno está todavía poblado de cipreses gigantes. cos, de mas de 50 piés de circunferencia, que ya tenian siglos de antigüedad cuando se hizo la conquista. Hoy ofrece aquello una confusa mezcla de arbustos silvestres: el mirto mezcla sus oscuras y carnosas hojas con las rojas bayas y delicado follage del pimiento. Seguramente no hay sitio mas á propósito para entregarse á la meditacion sobre lo pasado: ninguno en que pueda el viagero, al asentarse bajo aquellos elevados cipreses cubiertos con las canas de los siglos, abandonarse mas libremente á meditar sobre el triste destino de las razas indias y del monarca que á la sombra de aquellas mismas ramas, se espació en ensueños de ventura!

En la vida doméstica desplegaba este monarca el mismo esplendor que en todo lo que le rodeaba. Podia gloriarse de tener tantas mugeres como cualquiera sultan de Oriente. ² Vivía cada una de ellas en su aposento propio, y gozaba de todas las comodidades que podia desear. Empleaban las horas en ocupaciones femeniles, como tejer y bordar, mayor-

¹ Gama, un crítico bastante competente, que las vió antes de que se las destruyese, alaba su ejecucion. Gama, descripción, parte, 2^a págs. 81, 83.

² No eran menos de mil, si hemos de creer á Gomarae que añade la singular noticia de que hubo vez que tuvo ciento y cienue- a preñadas á un tiempo!"

mente el gracioso [plumage, para el cual ofrecían tantos y tan ricos materiales las pajareras reales. Se conducían con un decoro riguroso, y vivían bajo la inspección de ancianas ó dueñas, del mismo modo que se hacía en las casas anexas á los templos. En el palacio había muchos baños, en los que Moteuczoma daba el ejemplo de frecuentes abluciones: bañábase á lo menos una vez al día, y mudaba de vestido cuatro veces, según cuentan.¹ Jamás se ponía un vestido más que una vez, dejándolo en seguida á sus criados. La reina Isabel, aunque tenía el mismo lujo en vestir, no mostró tanta prodigalidad régia en dejar sus vestiduras; y es que probablemente eran un poco más costosas que las del emperador indio.

Además de sus muchas mugeres, multitud de nobles estaban siempre en las salas y antecámaras esperando á recibir audiencia y sirviendo también en clase de guardias de corps. Había sido costumbre que los plebeyos de mérito desempeñasen ciertos encargos de palacio; pero el soberbio Moteuczoma no consentía en ser servido más que por hombres de noble alcurnia. No era raro que estos fuesen hijos de los grandes gefes, ni que quedasen en rehenes durante la ausencia de sus padres; sirviendo de es-

1 "Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca se las vestía otra vez." Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana pág. 114.

ta suerte al doble intento de la seguridad y el boato.² El emperador comía solo. El pavimento de un gran salón perfectamente tapizado de esteras era cubierto con centenares de platicos. ³ Algunas veces Moteuczoma mismo, pero más de ordinario su mayordomo, designaba los platicos que debían servirle, y los cuales se conservaban calientes en braseros. ⁴ Los manjares consistían en animales domésticos y cazados en los bosques más lejanos, y de pescados que el día antes se movían todavía en el golfo de México. Estaban preparados de varias maneras, porque como ya lo hemos dicho, los artistas aztecas habían penetrado profundamente en el arte

1 Bernal Díaz, Hist. de la Conq., cap. 91. Gomara, Crónica caps. 67, 71, 76. Relac. seg., ubi supra. Toribio, Hist. de los indios MS. parte 3, cap. 7.

"A la puerta de la sala estaba un patio muy grande en que había cien aposentos de veinticinco ó treinta pies de largo cada uno, sobre sí en torno de dicho patio, é allí estaban los señores principales aposentados como guardias del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los cuales á la continua ocupan más de seis cientos hombres que jamás se quitaban de allí, é cada uno de aquellos tenía más de treinta servidores; de manera que nunca faltaban tres mil hombres de guerra en esta guardia cotidiana de palacio." (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 46.) Este autor dá prolija noticia del modo de vivir de Moteuczoma, sacada de los informes que le dieron los españoles que vieron á este monarca en todo su esplendor. Como la historia de Oviedo no corre impresa, he copiado en su original castellano el capítulo que trata de esta materia y puede verse en el Apéndice parte 2, núm. 10.

Bernal Díaz, *Ibid.* loco citato. Relac. seg., ubi supra.

3 "Y porque la tierra es fría traían debajo de cada plato y esendilla de manjar un brasero con brasa porque no se enfriase." Relac. seg., en Lorenzana, pág. 113.

culinario.¹ La mesa era servida por nobles que se resignaban aun al bajo oficio de presentar al monarca las mancebas que por su gracia y belleza eran de su real agrado. Para ocultarle de las miradas del vulgo durante la mesa, lo rodeaban con un biombo de madera ricamente dorado y esculpido. Sentábase en un cojín, y la comida se servía en una mesa baja cubierta con finos manteles de algodón. Los platos ó escudillas eran de barro fino de Cholula, teniendo además una vajilla de oro que solo se usaba en días de fiesta religiosa; y en verdad que ni sus pingües rentas hubieran bastado para servirse siempre con oro, porque la vajilla que había servido una vez, no volvía ya á servir y era regalada á los criados. El salón estaba iluminado con antorchas hechas de una madera resinosa que al quemarse esparcía un suave olor y probablemente no poco humo. Acompañábanle durante la comida cinco ó seis nobles consejeros, que se mantenían á una respetuosa distancia, respondían á sus preguntas, y de vez en cuando gustaban de los platillos con que se dignaba obsequiarles desde su mesa.

A los platillos sólidos seguían los postres y pasteles en cuya confección para la cual contaban con

1 Bernal Díaz trae algunos de los artículos de la lista régia. El primer platillo no debaja de ser algo horroroso, pues era un guisado de carnes de muchachos de poca edad. Sin embargo, él mismo confiesa que esto es algo apócrifo. Ibid. Ubi supra.

os importantes requisitos de la harina de maíz, huevos y azúcar de aloe, eran los cocineros aztecas muy famosos. Dos mancebas se empleaban allá en el rincón mas apartado de la sala, en preparar durante la comida, hermosas tortillas con las que de tiempo en tiempo cubrían la mesa. El emperador no tomaba mas potage que el chocolate sazonado con vainilla y otras especias, y preparado de tal manera que estaba reducido á una especie de espuma de la consistencia de miel, que se disolvía poco á poco en la boca. Este brevage, si así se le puede llamar, era servido en copas de oro con cucharillas del mismo metal ó de concha de tortuga, primorosamente trabajadas. Al emperador le gustaba con pasión, si hemos de juzgar por la cantidad que consumía diariamente, que no bajaba de cincuenta tazas,¹ además de las cuales se preparaban mas de dos mil para los de su servidumbre.²

La disposición de la comida en general, no difiere mucho de la usada por los europeos; pero no hay en Europa príncipe que en cuanto á la esplendidez de los postres se pueda comparar con Motecuzoma, porque este podía reunir las producciones de los

1 "Lo que yo ví," dice Díaz hablando de lo que él observó, "que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebían." Ibid, cap. 91.

2 Ibid, ubi supra. Relac. seg. en Lorenzana, págs. 113. 114. Oviedo, Historia de las Indias. MS., lib. 33, caps. 11, 16. Gomara. Crónica, cap. 67.

mas opuestos climas: los de la templada region en que habitaba, y las sabrosas frutas de los trópicos que arrancadas el dia anterior de los verdes bosques de la tierra caliente, eran mandadas á la capital por medio de correos con la velocidad del vapor. ¡Es como si un cocinero nuestro, sirviese en nuestros banquetes las especias que un dia antes estaban todavía creciendo en una de las cálidas islas del remoto mar de Indias!

Despues de satisfacer el apetito, le lavaban las mugeres en bandejas de plata, de la misma manera que se habia hecho antes de comenzar, porque los aztecas eran mas esactos en la ceremonia de la ablucion que ninguna de las naciones de Oriente.

Traianle en seguida pipas de madera ricamente doradas y labradas, con las cuales respiraba por las narices y algunas veces por la boca, el humo de una yerba embriagante llamada tabaco, mezclada con liquidámbar,¹ Mientras duraba la grata ocupacion de fumar, se divertia el monarca con ver á sus saltimbancos y juglares, de los que habia una compañía perteneciente á palacio. Ningun pueblo ni aun de la China ó el Indostan, aventaja á lo que eran los aztecas en juegos de agilidad y destreza.²

¹ Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro traian liquidámbar, con unas yerbas que se dice tabaco. Bernal Diaz, ubi supra.

² Segun refiere M. Maundeville, los ejercicios de los juglares y vertereros, heran la gran diversion del gran Khan de China

Algunas veces se divertia con su bufon, porque el príncipe indio tenia su bufon, lo mismo que los mas civilizados de sus hermanos de Europa lo tenían en aquel tiempo. Aun solia decir que mayor instruccion se sacaba de él que de los hombres mas cuerdos, porque éstos temen hablar la verdad. Otras veces presenciaba las danzas de sus mugeres ó se deleitaba en oír la música (si tal nombre merecian las descompasadas orquestas de los mexicanos) acompañada de cantos, en que en pausada y grave cadencia se celebraban los hechos heróicos de los guerreros aztecas ó de su real familia.

Despues de haber deleitado sus sentidos en estas diversiones se entregaba al sueño, pues que en esto de dormir la siesta era tan esacto como un español. Luego que despertaba daba audiencia á los embajadores de los príncipes extranjeros, ó á los de sus provincias tributarias, ó á los caciques que tenian quejas que darle. Eran introducidos á la presencia del soberano por jóvenes nobles, y cualquiera que uese su rango, á menos que no perteneciera á la sangre real, tenia que sujetarse á la humillacion de ocultar sus ricos vestidos bajo la grosera capa de nequen, de entrar descalzo y de permanecer en su

(Voyage and Travaille, cap. 22). Los saltimbancos mexicanos tenia al reputacion, que Cortés envió dos de ellos á Roma, para que diertiesen á su Santidad Clemente VII. Clavijero Storia del Messico, tomo II, pág. 186.

presencia sin apartar los ojos de la tierra. El emperador dirigía pocas y breves palabras á los que daba audiencia, respondiéndoles solamente por medio de sus secretarios, y aquellos se retiraban de su presencia con el mismo acatamiento que habían entrado, y teniendo cuidado de conservar siempre la cara vuelta hacia el emperador. ¡Con razón esclama Cortés que ni en la corte del gran Soldan, ni en la de ningún otro señor infiel, se usaban tantas y tan pomposas ceremonias! ¹

Fuera de la multitud de sirvientes de que hemos hecho mencion, la servidumbre real no estaba completa si no había un gremio de artesanos constantemente ocupados en la ereccion y reparacion de los sitios reales, además del gran número de joyeros y de personas hábiles en el trabajo de los metales cuyas manos estaban incesantemente empleadas en hacer fruslerías, para las hermosas ojinegras del harem. El número de los saltimbancos y juglares era también muy considerable, y los danzantes de palacio ocupaban un cuartel especial de la ciudad, exclusivamente destinado para ellos.

El mantenimiento de esta servidumbre compuesta de millares de individuos, ocasionaba grandes gastos y cuentas no solo complicadas, sino embrolladas

¹ "Ninguno de los soldanes, ni otro ningún señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en servicio tengan." Relac. seg. en Lorenzana, pág. 115,

en un pueblo tan inculto. Sin embargo, todo esto se hacia en el orden mas perfecto, y todos los ingresos y salidas se apuntaban por medio de la pintura geroglífica usada en el país. Los caracteres aritméticos estaban mejor arreglados y probaban mas refinamiento que los empleados en la narracion. Había un aposento por separado lleno de mapas geroglíficos que representaban completamente la economía del palacio. El cuidado de todo ello estaba confiado á un tesorero que hacia los oficios de mayordomo de palacio y que entendia en todo lo concerniente á su servicio. Este oficial responsable era, á la sazón de la llegada de los españoles, un digno cacique llamado Tápia. ¹

Esta es la pintara de la vida doméstica de Mo-teuczoma, que nos han dejado los conquistadores y sus inmediatos sucesores, que tenían tantos motivos de conocerla. Quizá habrá en ese cuadro un colorido recargado, ² porque la propension á esagerar es natural en el que por primera vez presencia un espectáculo, que hiere su imaginacion, nuevo é inesperado. Mas yo he pensado que era mas conveniente presentar completos estos pormenores, por tri-

¹ Bernal Diaz, Hist. de la Cong., cap. 91. Carta del Lic. Zuazo, MS. Oviedo ubi supra. Toribio, Hist. de los Indios, MS., parte 3, cap. 7. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 110, 115. Relac. d'un gent. huom., en Ramusio tomo III, fol. 309.

² En descendiendo el historiador otra generacion mas, encontrará materiales competentes para un capítulo tan bueno como cualquiera de Sir John Mandeville, ó de las Noches Arábicas.

viales que hayan parecido al lector, porque ellos presentan el cuadro de unas costumbres muy superiores en refinamiento á las de todas las otras tribus del continente Norte Americano. A lo que se agrega por otra parte, que no son tan triviales estas noticias, si se considera que el conocimiento de las costumbres privadas de un pueblo puede dar una idea mas esacta de su civilizacion, que el de sus costumbres públicas.

Estudiando las de los aztecas, se recuerda justamente la civilizacion de Oriente; no esa alta é intelectual que es propia de los árabes y los persas, sino esa semi-civilizacion que ha distinguido, por ejemplo, á los tártaros, entre los cuales las artes y las ciencias han hecho algunos progresos en su aplicacion á los placeres de los sentidos, pero pocos en lo que toca á los intereses generales de la humanidad y que la ennoblecen. Es característico de tales pueblos, encontrar un placer pueril en un lujo deslumbrador y ostentoso, tomar la sombra por el cuerpo, la vana pompa por el poder; hacinar en torno del trono mismo, el mas inútil y fastidioso aparato para suplir á la verdadera dignidad real.

Aun esto, comparado con las toscas costumbres de los primeros aztecas, es un grado mas de refinamiento; verdad que esto fué debido esclusivamente á la influencia personal de Moteuczoma. En su tier-

na edad habia templado los duros hábitos de la carrera militar con la mansedumbre de la religion, y en sus últimos años se habia apartado aun mucho mas de las ocupaciones embrutecedoras de la guerra y se habia entregado á un género de vida no solamente culto, sino aun pudiera decirse afeminado, que no habian conocido sus belicosos predecesores.

Por otra parte, la situacion de su reino se prestaba á este cambio. La desmembracion del reino de Tetzaco, á resultas de la muerte del gran Netzahualpili, habia dejado á la monarquía azteca sin rival, por manera que esta estendió luego sus brazos formidables hasta los mas remotos confines del Anáhuac. El ambicioso espíritu de Moteuczoma se ensoberbeció con la nueva adquisicion de poder y de riqueza, desplegando para demostrar este orgullo íntimo, un boato insólito. Usó una reserva que no habian acostumbrado sus antecesores; se ocultó á los ojos del pueblo rodeándose de una escogida córte; si salia á la calle era en ocasiones solemnes, en medio del fausto y de la pompa, para ir al templo mayor á tomar parte en las ceremonias religiosas; y al transitar por las calles exigia de sus vasallos que le tributasen homenajes de adulacion, propios de un déspota de Oriente. ¹ Su altivo porte heria el or-

¹ Refere in tanto rege piget superbam mutationem vestis et desideratas humi jacentium adulationes." Livio, Hist., lib. 9, cap. 18

gullo de sus potentes señores, mayormente de aquellos que residiendo á gran distancia, se creían casi independientes de él. Los impuestos que exigía el profuso gasto del palacio, esparcían por todas partes semillas de descontento; así es, que precisamente cuando parecía que el imperio había llegado á la cumbre de la prosperidad y del poder, un cáncer oculto devoraba su corazón.

Las reflexiones que el historiador hace sobre Alejandro [después de contaminado con las costumbres de los persas, son igualmente comedables al emperador aztecas.

CAPITULO II.

MERCADO DE MEXICO.

TEMPLO MAYOR.—SANTUARIOS INTERIORES.

CUARTEL DE LOS ESPAÑOLES.

(1519.)

Cuatro días habían pasado desde que los españoles habían hecho su entrada á México. Aunque su general revolvía mil planes en su imaginación, no creyó conveniente trazar ninguno definitivamente hasta no conocer mejor la capital y sus recursos. Para conseguirlo solicitó de Moteuczoma, como dijimos antes, el permiso de visitar el teocali ó templo mayor y los demás edificios públicos.

El amistoso monarca no tuvo reparo en consentirlo, y aun dispuso él ir en persona al templo espe-á

gullo de sus potentes señores, mayormente de aquellos que residiendo á gran distancia, se creían casi independientes de él. Los impuestos que exigía el profuso gasto del palacio, esparcían por todas partes semillas de descontento; así es, que precisamente cuando parecía que el imperio había llegado á la cumbre de la prosperidad y del poder, un cáncer oculto devoraba su corazón.

Las reflexiones que el historiador hace sobre Alejandro [después de contaminado con las costumbres de los persas, son igualmente comedables al emperador aztecas.

CAPITULO II.

MERCADO DE MEXICO.

TEMPLO MAYOR.—SANTUARIOS INTERIORES.

CUARTEL DE LOS ESPAÑOLES.

(1519.)

Cuatro días habían pasado desde que los españoles habían hecho su entrada á México. Aunque su general revolvía mil planes en su imaginación, no creyó conveniente trazar ninguno definitivamente hasta no conocer mejor la capital y sus recursos. Para conseguirlo solicitó de Moteuczoma, como dijimos antes, el permiso de visitar el teocali ó templo mayor y los demás edificios públicos.

El amistoso monarca no tuvo reparo en consentirlo, y aun dispuso él ir en persona al templo espe-

rar á su huésped, ó quizá tambien á guardar las aras del Dios de cualquiera profanacion; pues que estaba informado del modo de proceder que en semejantes ocasiones acostumbraban los blancos. Cortés, puesto á la cabeza de toda la caballería y de casi todos los infantes, marchó en seguimiento de los caciques que Moteuczoma habia enviado para conducirle: Los guías resolvieron llevarle primeramente al gran mercado de Tlaltelolco, situado al poniente de la ciudad.

En el camino volvió á llamar la atencion de los españoles el aspecto de los habitantes y la superioridad que en el modo de vestir llevaban á los de las ciudades de orden inferior.¹ El tilmatlí ó capa suspendida de los hombros y atada al cuello, hecha de algodón de distinto grado de finura, segun las proporciones de su dueño, y el amplio calzon ceñido á la cintura, estaban á veces adornados con ricas y elegantes figuras y guarnecidos de flecos ó borlas. Como la estacion era ya algo fria, en vez de estas capas usaban algunos, otras de pieles ó de rico plumage; reuniendo estas últimas la belleza á la circunstancia de dar mucho abrigo.² Los mexicanos

1 "La gente de esta ciudad es de mas manera y primor en su vestido y servicio, que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Moteuczoma y todos los señores sus vasallos, ocurrían siempre á la ciudad, habia en ella mas manera, y policia en todas las cosas." Relac. Seg. en Lorenzan, pag. 109.

2 Zuazo, hablando de la belleza y abrigo de esta tela, dice: "y

poseian ademas el arte de formar hilos finos con el pelo del conejo y otros animales, y de tejer con él una tela delicada que tomaba los colores mas firmes.

Las mugeres parecia que aquí, lo mismo que en otras partes del pais, tenian tanta libertad como los hombres. Vestian basquiñas de diferentes tamaños, con flecos muy ricamente adornados, y á veces traian encima una larga túnica que les llegaba hasta los tobillos; en las clases altas estos vestidos eran de algodón, finamente tegidos y hermosamente bordados.¹ No se usaban aquí, como en otras partes de Anáhuac, velos, de hilos de maguey ó de pelo de animales. Las mugeres aztecas tenian la cara descubierta, y sus negras trenzas flotaban libremente sobre sus espaldas, dejando descubierto el rostro, que aunque de un tinte moreno, ó por mejor decir amarillento, solia ser agradable y ofrecia esa expresion seria y aun triste que es característica de la fisonomía nacional.²

Al acercarse al *tianguetz* ó mercado mayor, los es-

muchas mantas de á dos haces, labradas de plumas de papos de aves, tan suaves que, trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era mas que una manta rebellina muy bien adobada; hice pesar una de ellas, no pesó mas de seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno, una abasta para encima de la camisa sin otro cobertor ni mas ropa encima de la cama." Carta, MS.

1 Sono lunge et large laborate de bellissimi et molto gentili labori sparsi peresse co le loro frangie 5 orletti bien laborati che comparsiccono benissimo" Relac. d'un gent. huom, en Ramusio, tom. III, fol. 305.

2 Ibid, fol. 305.

pañoles quedaron asombrados de ver la multitud de gente que se dirigía allí, y al entrar en él, esa admiración subió de punto al ver el gentío que encerraba y el enorme tamaño de la plaza que era tres tantos mayor que la famosa de Salamanca. ¹ Aquí se encontraban reunidos todos los comerciantes de Anáhuac, trayendo cada uno de ellos los productos ó manufacturas de su país; aquí estaban los plateros de Atzacozalco; los alfareros y joyeros de Cholula, los pintores de Tetzaco, los canteros de Tinajocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuiclahuacan, los fruteros de los países cálidos, los vendedores de esteras y fabricantes de sillas de Quauhuitlan y los cultivadores de flores de Xochimilco; todos activamente ocupados en alabar sus mercancías, y en tráfico con los compradores. ²

La plaza del mercado estaba cercada de un gran pórtico, y dentro de ella cada mercancía se vendía en su lugar peculiar. Allí se veía el algodón amontonado en fardos, ó hecho vestidos y artículos de uso doméstico, tales como tapices, cortinas, cobertores y otros semejantes. Las sedas de ricos colo-

¹ Ibid, fol. 309.

² Quivi concorrevano i Pentolai ed i giogellieri di Cholulla, gli Orefici d'Azteapotzalco, i Pittori de Tetzaco, gli Searpellini de Tenajocan, i Cacciatori di Xilotepec, i Pescatori di Cuiclahuac, i frotajuoli di paese callidi, gli artefici di stuoje e di scrane di Quauhuitlan ed i coltivatori de' fiori di Xochimilco." Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pág 165.

res primorosamente fabricadas, recordaron á Cortés la alcaicería ó mercado de sedas de Granada. En el compartimiento destinado á los plateros se encontraban varios artículos de adorno y de uso, hechos de metales preciosos, ó juguetes curiosos, tales como imitaciones de aves y de peces con plumas y escamas de oro y de plata, alternativamente, y cuyas cabezas y cuerpos eran movibles. Estas fruslerías estaban algunas veces guarnecidas de piedras preciosas, y probaban una paciencia y un primor, comparable al de los chinos. ¹ En otro compartimiento contiguo al anterior, habia muestras de loza y alfarería ordinaria y fina: vasos de madera esmeradamente esculpidos, barnizados ó dorados, y de curiosas y graciosas figuras. Tambien habia hachas de cobre ligadas con estaño, liga que reemplazaba, y segun parece no mal, al hierro. El soldado encontraba allí todos los instrumentos de su oficio: cas-

¹ "Oro y plata y piedras de valor con otros plumages ó argenterías maravillosas, y con tanto primor fabricadas, que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas." (Carta del Lic. Zuazo, MS.) En seguida enumera el licenciado algunas de las mas elegantes manufacturas. Cortés no es menos enfático al expresar su admiración. "Contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, tan al natural de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de piedras que no baste juicio á comprender con qué instrumento se hiciese tan perfecto, y lo de plumas, que ni de cera, ni en ningun broslado se podria hacer tan maravillosamente." (Relac. Seg. en Lorenzana, pág 110). Pedro Mártir crítico menos preocupado que Cortés, y que tuvo ocasion de verlas y examinarlas, tambien atestigua lo esquisito de la hechura, que excedia con mucho en valor al del material mismo. De Orbe Novo. dec. 5, cap. 10.

cos imitando la cabeza de algun animal feroz, con sus espantosas hileras de dientes y un crestón reluciente, teñido con el rico escaarlata de la cochinilla; ¹ el *escaupil* ó peto acolchado de algodón; la rica cota de plumage; y toda especie de armas, como lanzas y flechas con cabos de cobre, y el ancho *maquahuitl* ó espada mexicana, con sus filosas láminas de *iztli*. Encontrábanse tambien navajas y espejos de este mismo mineral duro y pulimentado, que servia á los aztecas para muchos de los usos del acero. ² Habia barberías, usando para este oficio de navajas de la clase que acabamos de decir, porque es de saberse que los aztecas, contra la errónea y acreditada opinion que se tiene acerca de los aborígenas del Nuevo Mundo, tenían barbas, aunque pocas. Otras tiendas estaban ocupadas por boticarios que vendían toda especie de drogas, raices y preparaciones medicinales. En otras partes, finalmente, se veían libros blancos ó mapas para pinturas geroglíficas doblados á manera de abanico y hechos de algodón

¹ Herrera emite la infundada asercion, despues de repetida por Solís, de que los indios no supieron hacer uso de la grana hasta que no se las enseñaron los españoles. (Hist. General, dec. 4, lib. 8, cap. 11.) Por el contrario, los naturales tenían el mayor esmero en conservar el insecto en los plantíos de, *cactus* formando la cochinilla uno de los principales tributos que ciertas provincias pagaban á la corona. Véanse los mapas de tributos, en Lorenzana, anap. 23, 24. Hernandez, Hist. Plantarum, lib. 6, cap. 116. Clavijero, Stor. de Mess., tom. I. pág. 114, nota.

² Véase esto antes.

de pieles, y lo mas comunmente, de fibras de maguey, el *papyrus* de los aztecas.

Bajo algunos de los portales vieron pieles sin curtir y curtidas, y varios artículos de uso personal ó doméstico, de cuero. Allí se encontraban de venta animales, tanto brutos como domesticados, y acaso junto á ellos una turba de esclavos con collares al cuello que indicaban que estaban destinados tambien á la venta; espectáculo que desgraciadamente no era peculiar de México, bien que aquí la triste condicion del esclavo era agravada por la ciencia cierta que tenia de que aquella vida de degradacion terminaria en el momento menos esperado con la terrible muerte del sacrificio.

Los materiales para construir, tales como la piedra, la cal y la madera, por ocupar mucho espacio no se vendian en la plaza, sino que estaban depositados en las calles, á orillas de los canales. Seria muy fastidioso enumerar todos los artículos, tanto de lujo como de diario consumo, que habia en aquel famoso bazar; sin embargo, no debo dejar de hablar de los comestibles, una de las cosas que mas llama la atencion en el *tianguetz*. Consistian estos en manjares de todos géneros, pollos y gallinas domésticos, caza de los montes inmediatos, pescados de los lagos y de los riachuelos, frutas en toda la abundancia que es propia de aquellas regiones templadas, legumbres, y sobre todo, el maíz que nunca faltab

Tambien habia multitud de platillos guisados, cuyo olor incitaba el apetito del descuidado pasajero; pasteles, pan de semillas del pais, tortas y [otros guisados. ¹ Junto á estas cosas se encontraban los licorres atemperantes ó estimulantes; el espumoso chocolate con especias y con su delicado aroma de vainilla, y el pulque ó zumo fermentado del maguey. Todos estos objetos y todas las tiendas y pórticos estaban adornados, ó mejor dicho cubiertos de flores por las que habia entonces tanta aficion como hoy. Las flores parece que son el don espontáneo de aquel suelo fértil que en vez de producir yerbas venenosas como el de otras regiones, parece que está siempre pronto á cubrir lo que dejó inculto y abandonado la mano del hombre, con la rica y diversificada pompa de la naturaleza. ²

No cansaré al lector refiriendo todas las pequeñeces que cuentan los crédulos españoles, no obs-

¹ Zuazo, que parece inteligente en estas materias, concluye su párrafo delicioso con el siguiente elogio de la cocina azteca: "Verduras, huevos asados, crudos, en tortilla, é diversidad de guisados que se suelen guisar, con otras cazuelas y pasteles que en el mal cocinado de Medina ni en otros lugares de Flamencos dicen que hay ni se pueden hallar tales trujamanes." Carta, MS.

² Menudas noticias, acaso mas estensas de lo que creo que se ebieran dar, se encontrarán sobre el mercado de Tlaltelolco en todos los escritos antiguos de los españoles que conocieron á la capital. Entre otros véanse á Cortés, Relac. Seg. en Lorenzana, agos. 103, 105. Toribio, Hist. de los Ind., MS. parte 3, cap. 7, parta del Lic. Zuazo, MS. Relac. d'un gent. huom., en Ramusio, Cm. III, fol. 309. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap 92.

tante que ofrecen interés, porque la habilidad mecánica y las necesidades de aquel pueblo, mas bien parecian convenir á una sociedad culta y aun refinada, que no á una nacion de salvages. Pero todo aquello no era mas que la civilizacion material, que no pertenece ni á la una ni á la otra. Los aztecas habian llegado á esa altura media, tan superior á la de las rudas tribus del Nuevo Mundo, como inferior á la de las cultas sociedades del Viejo.

En cuanto al número de los que concurrían al mercado, hay la divergencia de opiniones que es corriente. Los españoles visitaron el lugar varias veces y no hay ninguno que lo regule en menos de cuarenta mill algunos aun lo hacen subir á mas. ¹ Bien que no se puede descansar en la aritmética de los conquistadores; es cierto que á estas ferias que acaecian cada cinco dias, concurrían multitud de forasteros, no solo de las cercanías, sino de muchas

¹ Zuazo la hace subir á 180,000 (Carta MS.) Cortés á 60,000. (Relac. seg., ubi supra), el cómputo mas moderado es el del Conquistador Anónimo, que dice que de 40,000 á 50,000. "Et il giorno del mercato che si fa de cinque en cinque giorni visono de quaranta á cinquanta mila persone." (Relac. d'un gent. huom., en Ramusio, tom. III, fol. 309.) Nueva confirmacion de que el cómputo de la poblacion de la capital, que se encuentra en la traduccion italiana, ha sido una equivocacion. (Véase el capítulo precedente, nota 13.) Esto habria sido acumular dentro del mercado, casi e total de la poblacion de la ciudad. †

† Por una equivocacion se ha usado en la nota 13 del capítulo anterior la voz inquilino: debe leerse: padre de familia ó amo de casa.—N. del T.

leguas á la redonda. Las calzadas estaban llenas de pasajeros, y los canales cubiertos de canoas en que acudían los comerciantes al gran *tianguetz*. Aseméjase aquello á las ferias de Europa, no á las que hay hoy, sino á las de la edad media, cuando siendo difíciles las comunicaciones, servían como de punto central para el comercio y ejercían la mas importante y saludable influencia en la sociedad. Los tratos se efectuaban por trueques, pero mas de ordinario, por medio de la moneda que consistía en pedacitos de estaño estampados con una figurita semejante á una T, sacos de cacao, cuyo valor se estimaba segun el tamaño, y finalmente, plumas llenas de polvo de oro. Segun parece, el oro era materia que servía de moneda en ambos hemisferios. Es muy singular que en sus tratos no hayan hecho uso de pesos, sino que regulaban la cantidad por medidas y por número. ¹

En aquella numerosa concurrencia reinaba el orden mas perfecto. La plaza estaba recorrida por oficiales cuyo objeto era guardar la paz, recoger los derechos impuestos sobre las diferentes mercancías, cuidar de que no se usase de medidas falsas ni de ningun otro fraude, y presentar á los culpables ante la justicia. En cierta parte del mercado habia un tribunal de doce jueces, vestidos de esos amplios

¹ Véase esto antes.

poderes que en los países despóticos se suelen conferir aun á tribunales muy subalternos. La suma severidad con que en mas de una ocasion ejercieron tales poderes, prueba que no eran esos poderes una vana concesion. ¹

El *tianguetz* de México era naturalmente para los españoles objeto de interés y al mismo tiempo de asombro. Allí veían reunidos como en un foco todos los rayos de la civilizacion que habían encontrado esparcidos por todo el país: allí encontraban varias pruebas de habilidad mecánica, de la industria nacional y de los multiplicados recursos que en todas líneas poseían los naturales. Todo esto no podia dejar de infundirles ideas elevadas de la magnitud de tales recursos, de la actividad mercantil y de la subordinacion social que tan estrechamente unía á aquel pueblo; y su admiracion está plenamente atestiguada por la minuciosidad y energía de sus descripciones. ²

De esta escena bulliciosa se encaminaron los españoles hácia el templo mayor que estaba cerca de sus cuarteles. Cubría, incluso sus edificios adya-

¹ Toribio, Hist. de los Ind., MS., Part. 3, cap. 7. Relac. segun Lorenzana, pág. 104. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33 cap. 10. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., loco citato.

² "Entre nosotros, dice este último escritor, hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo y en Constantinople, y en toda la Italia, y Roma, y dijeron: que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño, y llena de tanta gente, no la habían visto." Ibid, ubi supra.

centes, la gran porcion de terreno que hoy ocupan la Catedral, el mercado y algunas de las calles contiguas;¹ el mismo sitio que probablemente desde la fundacion de la ciudad habia sido destinado á este objeto sagrado. Sin embargo, el actual teocalli no era de construccion muy antigua, pues lo habia erigido Ahuizotl, el cual celebró en 1486 su consagracion, con esa espantosa hecatombe de víctimas humanas, de que tan espantosas é increíbles descripciones se encuentran en las crónicas.²

Levantábase el templo en medio de una vasta área, cercada por una pared de cal y canto, de ocho piés de altura, y adornada exteriormente por serpientes realzadas; por cuya razon la dominaron *coatepantli*, ó pared de las serpientes. Tal emblema era tan comun en la escultura sagrada de los aztecas, como en la de los egipcios. Este recinto que era cuadrangular, tenía cuatro enormes puertas que miraban hácia las cuatro calles principales de la ciudad. Sobre cada una de las puertas habia una especie de arsenal lleno de armas y aprestos de guerra; y si hemos de creer á los conquistadores, cerca del templo habia cuarteles guarnecidos por diez mil hombres que servían de policía militar de la ciudad y

1 Clavijero, Stor. del Messico, tom. pág. 27.

2 Véase esto antes.

que ofrecian al emperador un pronto y fuerte recurso en caso de sedicion ó de alboroto.¹

El teocalli mismo era una sólida pirámide, de tierra y guijarros, cubierta exteriormente con una capa de piedra que acaso serian de esas ligeras y porosas que se empleaban en la construccion de las casas.² Probablemente era cuadrada y sus caras miraban hácia los cuatro puntos cardinales.³ Estaba dividida en cinco cuerpos ó pisos, cada uno de ellos de menores dimensiones que el que estaba inmediatamente debajo. Tal era la forma ordinaria de los teocallis aztecas que ofrecian la mas clara semejanza con las pirámides del Antiguo Mundo.⁴ El ascenso

1 "Et de piu n'havea una guarnigioni di dieci mille huomini de guerra, tutti elletti per huomini valenti, at questi accompagnavano et guardavano la sua persona, et quando se face acualche rumore ó ribellione nelle citá ó nel paese circunvicino andavano questi 30 parti d'essi per Capitane. Relac. d'un gent. huom., en Ramusio, om. II, fól. 309.

2 Humboldt, Essai politique, tom. II, pág. 40.

Al empedrar la plaza no ha muchos años, todavía se encontraron grandes pedazos de piedra labrada, enterrados á treinta ó cuarenta piés de profundidad. Ibid, loco citato.

3 Clavijero lo llama oblongo fundándose en la autoridad del Conquistador anónimo. (Stor. de Mess., tom. II, pág. 27, nota.) Pero este último no habla ni palabra de la figura, y su grabado en madera está tan enteramente desnudo de proporciones, que por él nada puede inferirse. (Relac. d'un gent. huom., en Ramusio, tom. III, fól. 307.) Torquemada y Gomara convienen en que era cuadrado. (Monarqu. Ind., lib. 8, cap. 11. Crónica, cap. 80); y Toribio hablando en general de la forma que tenían los templos mexicanos, dice que era cuadrada. (Hist. de los Ind., MS., Parte I, cap. 12.)

4 Véase el apéndice, parte 1.

se verificaba por una escalera hecha por fuera, y que conducia á la parte superior del primer tramo ó base del segundo, dando la vuelta al rededor de él: en este segundo habia otra escalera semejante que conducia al tercero, y así sucesivamente. El ancho de esta escalera era precisamente el espacio que quedaba escedente de un tramo á otro; por manera que para subir á la cumbre era necesario dar vuelta cuatro veces al rededor del edificio. Esta disposicion producía un grande efecto en las ceremonias religiosas, tales como las solemnes procesiones de sacerdotes que al son de su bronca música, subian dando la vuelta de aquellas enormes pirámides hasta llegar á su cumbre, en la que estaban fijas las miradas de a multitud asombrada.

No es posible asignar con alguna certidumbre las dimensiones del templo, pues los conquistadores se contentaban con juzgar á ojo y no se tomaban nunca el trabajo de una medicion ó cosa que se le pareciese; pero probablemente no tenia menos de trescientos piés cuadrados en la base,¹ y como los es-

¹ Clavijero al llamarlo oblongo ha seguido á Torquemada, por lo tocante al largo; no á Sahagun, que no lo vió ni trae ninguna medicion del edificio; y en cuanto al ancho, á Gomara, quien sin embargo dice que no era tan considerable. (Stor del Messico, tom. II, pág. 28, nota.) Como ambas autoridades dicen que era cuadrado, ha sido enteramente caprichoso citarlas al caso. Toribio, que midió un Teccalli de la figura comun, en la ciudad de Tonayaca, dice que tenia cuarenta brazas, ó doscientos cuarenta piés cuadrados. (Hist. de los Ind., Part. 1, cap. 12.) El templo mayor de México era indudablemente mas amplio, y á falta de mejore

pañoles han contado ciento catorce escalones, la altura no puede haber bajado de cien piés.¹

Cuando Cortés llegó al templo encontró allí á dos sacerdotes y á varios caciques comisionados por el monarca para conducir á aquel en hombros, como lo habian hecho con éste, y ahorrarle la fatiga de subir; pero el general se rehusó á tal cumplimiento y prefirió subir á la cabeza de sus soldados. Cuando llegaron á la cima vieron que esta era una vasta superficie cuyo piso era de anchas losas. El primer objeto con que tropezaron sus miradas fué un enorme pedazo de mármol, cuya figura estaba demostrando que su objeto era estender sobre él á las desventuradas víctimas destinadas al sacrificio. La forma convexa de su superficie tenia por objeto elevar el pecho y facilitar al sacerdote su diabólica tarea de arrancar de allí el corazón. En el otro ángulo de la cumbre estaban dos torres ó santuarios compuesto

da tos podemos conformarnos con los de Torquemada que dice que tenia trescientos sesenta piés de Toledo. (Monarqu. Ind., lib. 8, cap. 11.) ¿Cómo es que Humboldt habla de la multitud de testimonios que concuerdan en cuanto á las dimensiones del templo? (Essai politique, tom. II, pág. 41.) No hay dos autores que concuerden.

¹ Bernal Diaz dice que él contó 114 escalones (cap. 92). Toribio dice que varias personas que los contaron le dijeron ser mas de 100. (Hist. de los Ind., MS., Part. I, cap. 12.) Los escalones apenas habrán podido tener menos de ocho á diez pulgadas de altura. Clavijero afirma que tenian un pié de altura y que por lo mismo el edificio todo, tenia ciento catorce piés exactamente. Stor. del Mess., tom. II, págs. 28, 29. En historia raras veces es seguro usar de algo mas que un *probablemente*.

de tres pisos, el inferior de piedra ó estuco, y los dos superiores de madera pulidamente labrada. La division inferior encerraba la imágen de las deidades; y las superiores, los instrumentos y utensilios para las ceremonias religiosas, ó las cenizas de algunos príncipes aztecas que habian elejido aquel túmulo aéreo. Delante de cada una de estas torres habia un altar donde ardia aquel fuego perenne cuya estincion habria sido considerada tan funesta para el imperio, como la del fuego vestal lo habria sido en la antigua Roma. Allí estaba tambien el enorme tambor cilíndrico hecho de pieles de serpientes, tañido tan solo en ocasiones solemnes, en que difundia un melancólico sonido que se oia á leguas; sonido de daño y de perdicion para los españoles, en tiempos posteriores.

Moteuczoma acompañado del Sumo Sacerdote, se adelantó á recibir á Cortés, cuando éste iba llegando á la cumbre. "Malinche," le dijo, "os habreis fatigado de subir nuestro gran templo;" á lo que replicó Cortés con estudiada jactancia: "los españoles no se cansan jamas." Entonces, tomándole el monarca por la mano, le señaló los principales lugares de los alrededores. Como el templo era mas elevado que todos los demas edificios, era tambien el mejor y mas central punto de vista. Inmediatamente debajo se desenvolvía á sus ojos como si fuese un mapa, la ciudad con sus largas calles y canales,

cortados en ángulos rectos, y sus techos ó azoteas tan floridos como jardines. Parece que no habia cosa que no estuviese animada por el trabajo y el tráfigo: las canoas atravesaban de arriba abajo los canales; las calles estaban llenas de gentes rica y vistosamente vestidas; y del gran mercado de donde acababan de venir se levantaba en el aire un murmullo sordo y confuso. ¹ Desde allí se podia trazar el plano simétrico de la capital, con sus cuatro grandes calles que salian de las cuatro puertas del *coatepantli*, y que iban á juntarse con las calzadas por donde se entraba á la capital. Esta disposicion regular y hermosa, estaba imitada en las pequeñas ciudades del interior, cuyas calles convergian todas hácia el templo mayor que servia como de foco ó centro. ² Desde allí se conocia la posicion insular de la capital bañada por todas partes por las aguas saladas de Tetzoco, y mas á lo lejos por las de Chalco; mas allá todavía, se descubria una ancha perspectiva de campos y de bosques, sobre cuyos

1 "Tomamos á ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua." Bernal Díaz, cap. 92.

2 "Y por honrar mas sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas, que era cosa harto de ver, desde lo Alto del principal templo cómo venian de todos los pueblos menores y barrios, salian los caminos muy derechos y iban á dar al patio de los teocallis." Toribio, Hist. de los Ind., MS. Part. 1, cap. 12.

árboles sobresalían los bruñidos muros de los teocallis, que coronaban igualmente la cumbre de los lejanos cerros. ¹ La vista se podía espaciar sin obstáculo por toda la base de aquel cinturón de montañas cuyos nevados picos relumbraba: á los rayos del sol matutino; mientras que las elevadas y oscuras columnas de vapor que salían de la cabeza cana del Popocatepetl, estaban anunciando que el elemento destructor vivía en toda su actividad en el seno del hermoso valle.

Cortés estaba arrobado al contemplar tan grandioso y magnífico espectáculo, espresando sus sentimientos en el tono mas animado al emperador que poseía el señorío de aquellos florecientes dominios. Mas sus ideas tomaron luego otro rumbo, y volviéndose al padre Olmedo que estaba á su lado, le indicó cuán á propósito era aquel lugar para plantear la Cruz de Cristo, siempre que Moteuczoma lo permitiese; pero el discreto eclesiástico, con ese buen sentido que tanta falta hacia al comandante en ocasiones como la presente, le hizo ver que semejante

² "No se contentaba el Demonio con los (Teucalis) ya dichos, sino, que en cada pueblo, en cada barrio y á cuarto de legua, tenían otros patios pequeños adonde habia tres ó cuatro teocallis, y en algunos mas, en otras partes uno solo, y en cada mogote ó cerrejon uno ó dos, y por los caminos y entre los maizales habia otros muchos pequeños y todos estaban blancos y encalados, que parecian y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecia que todo estaba lleno de casas, en especial los patios del Demonio que eran muy de ver." Toribio, ubi supra.

propuesta era hoy en extremo importuna, pues que el monarca habia mostrado disposiciones muy desfavorables al cristianismo. ³

Cortés suplicó entonces á Moteuczoma que le permitiera entrar á los santuarios, á ver las aras de los dioses: éste, despues de una breve conferencia con los sacerdotes, accedió é ello y condujo á Cortés al lugar que deseaba. Encontráronse en un espacioso edificio, cuyas paredes estaban estucadas y tenían esculpidas mil figuras que representaban el calendario ó acaso las ceremonias del ritual. En un extremo del salon habia un nicho cuya techumbre estaba ricamente esculpida y dorada. En el altar estaba la colosal imágen de *Huitzilopotchtli*, dios de la guerra de los aztecas. Su contorno estaba lleno de símbolos de mística significacion. En la mano derecha tenia un arco, y en la izquierda una haz de flechas doradas, que una leyenda mitológica habia consagrado como el símbolo de las victorias de su pueblo. Al rededor de su cintura estaba enroscada una serpiente enorme de piedras y perlas, de las que estaba salpicado todo el resto de la imágen. En el pié izquierdo se veian las hermosas y delicadas plumas del hermoso colibrí, que cosa rara! dió su nombre á tan horrenda deidad. ² El adorno mas

¹ Bernal Diaz, ubi supra.

² Véase lo anterior.

notable era una cadena de corazones de oro y plata, suspendida al cuello y emblemática de los sacrificios en que tanto se gozaba. Otro testimonio mas evidente de estos eran tres corazones humeantes y casi palpitantes, como si los acabasen de arrancar á las víctimas, que estaban encima del altar de la deidad.

El santuario adyacente estaba consagrado á una deidad mas dulce, á Tetzcatlipoca, casi tan honrado como el Ser invisible, el Dios supremo que no tenia imagen ni templo. Tetzcatlipoca era el Criador del mundo y velaba sobre él con ojo providente. Se le representaba jóven, y su imagen de piedra negra bruñida, estaba ricamente adornada con oro y plata. Entre sus ornamentos era el principal un escudo tan pulimentado como un espejo, emblema de que todas las cosas creadas se reflejaban en él; mas el culto que se le tributaba no era mas dulce ni mas manso que el de su compañero, pues que en su altar se veian tambien cinco corazones palpitantes.

Las paredes de estas capillas estaban manchadas de sangre humana; "¡hedor mas intolerable, esclama Bernal Diaz, que el de los mataderos de Castilla!" Las horrendas figuras de los sátrapas, que vagaban por todas partes, con sus negras vestiduras

empapadas en sangre, parecieron á los españoles las de los ministros mismos de Satanás. †

De esta inmunda mansion salieron los españoles al aire libre, y Cortés dijo á Moteuczoma con cierta sonrisa: "no comprendo cómo un príncipe tan sábio pueda tener fé en espíritus tan malignos como estos ídolos, verdaderas imágenes del demonio. Si nos permitís que erijamos la Santa Cruz, y la imagen de la Santísima Virgen y su Divino Hijo en vuestros santuarios, ya vereis cuál caen ante ellas las de vuestros falsos dioses."

Atónito quedó el monarca al escuchar tan sacrílega propuesta. "Estos son," replicó, "los dioses que han conducido siempre á la victoria á los aztecas desde que forman una nacion: ellos los que mandan la abundancia y las mieses. Si yo hubiese creido que les inferias semejante ultraje, nunca hubiera consentido en que os presentáseis ante ellos."

Cortés, despues de algunas expresiones en que se escusaba de haber herido de tal suerte el corazon del emperador, se despidió de él y este se quedó solo, diciendo que debia espiar el crimen que habia

† "Y tenia en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor." Bernal Diaz, ubi supra. Relac. seg., en Lorenzana, pág. 106. Carta del Lic. Zuazo, MS. Véase tambien para lo relativo á estas deidades; Sahagun, lib. 1, cap. 3 y siguientes. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 6, caps. 20, 21. Acosta, lib. 5, cap. 9.

cometido exponiendo las aras de sus deidades á la profanacion de aquellos extranjeros.¹

Cuando bajaron al átrio, pudieron inspeccionar á su gusto los otros edificios contenidos dentro de él. El suelo tenia su pavimento de piedra tan pulimentada, que costaba trabajo que los caballos afirmasen sus piés. Encontrábanse allí otros muchos teocalis contruidos segun el modelo del principal; pero de mucho menor tamaño, consagrados á diferentes deidades.² En su cima habia altares donde ardía una llama perpétua, por manera que el conjunto de las de todos los templos de la capital, bastaba para iluminar en noches oscuras sus prolongadas calles.³

Entre los templos que encerraba aquel recinto, habia uno dedicado á Quetzalcoatl: era de forma circular y se entraba á él por una abertura que imitaba la boca de un dragon, que enseñaba los filosos colmillos, y estaba manchada de sangre. Al echar

1 Bernal Diaz, ubi supra.

Quien quiera que examine la gran carta de Cortés á Carlos V, quedará sorprendido de ver que allí se cuenta que sin noticia de Moteuczoma se derrocó á sus ídolos y se erigió la Cruz. (Rel. Seg. en Lorenzana, pág. 106.) Este fué un suceso muy posterior. El conquistador escribia sus cartas con demasiada precipitacion y concision, para que haya guardado siempre la exactitud en cuanto al tiempo y las circunstancias; mas en cambio todo esto lo encontramos en la prolija, parlera é inestimable crónica de Bernal Diaz.

2 "Cuarenta torres muy altas y bien obradas." Rel. seg. en Lorenzana, p. 105.

3 "Delante de todos estos altares habia braseros que toda la noche ardian, y en las salas tambien tenian sus fuegos." Toribio Hist., de los Ind., MS., part. I, cap. 12.

los españoles una ojeada furtiva sobre la boca de aquel horrible mónstruo, vieron reunidos allí los instrumentos del sacrificio y otros objetos horribles. Sus atrevidos corazones se estremecieron á tal espectáculo, y designaron, no sin razon, aquel sitio con el nombre de "Infierno."¹

Otro edificio es digno de mencionarse para dar una idea del carácter brutal de la religion azteca: un túmulo piramidal que remataba en su parte superior en una ancha armazon de palo. Allí estaban amontonados los cráneos de todas las víctimas humanas, las mas de ellas prisioneros de guerra que habian perecido en la abominable piedra de los sacrificios. Uno de los soldados tuvo la paciencia de contar estos espantosos trofeos y asegura que los cráneos llegaban á ciento treinta y seis mill.² Aun cuando supongamos abultado este cómputo, siempre es verdad que el antiguo mundo no puede competir en esto dignamente con el nuevo, á pesar de los

1 Bernal Diaz, ubi supra.

Toribio tambien aplica á este templo el mismo amable epíteto. "La boca ancha como de infierno, y en ella pintada la boca de una temerosa sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunos de estos los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponía gran temor y grima, en especial el infierno que estaba en México, que parecia trasladado del verdadero infierno." Hist. de los Ind., MS., part. I, cap. 4.

2 Bernal Diaz, ubi supra.

"Andres de Tapia que me lo dijo y Gonzalo de Umbria, las contaron un dia, y hallaron ciento y treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas." Gomara, Crónica, cap. 82.

piramidales Golgotas que recuerdan los tiempos de Tamerlan.¹

En el recinto del templo mayor habia edificios destinados á la habitacion de los sacerdotes ó á otros objetos religiosos; dicen que su número total ascendia á varios miles. Allí estaban tambien los seminarios en donde se instruia á la juventud de ambos sexos, principalmente á la de las clases mas elevadas é ínfimas de la sociedad.

Las niñas eran instruidas por mugeres ancianas que hacian los oficios de sacerdotisas, como en el antiguo Egipto. Los españoles convienen en que se guardaban en esos establecimientos la moral mas severa y el mas inmaculado decoro. La mayor parte del tiempo lo empleaban los alumnos en instruirse en el complicado ceremonial de su religion. A los niños se les enseñaban todos los elementos de las ciencias que poseian sus maestros; y á las niñas se les enseñaba á bordar y á tejer habilidades que empleaban en el adorno de los templos. Luego que llegaban á una edad conveniente, salian de allí para entregarse al género de vida que mejor convenia á su condicion; bien que algunos de los alum-

¹ En Gibbon se da noticia de tres de estas respetables colecciones que juntas contenian 230,000 cráneos. (Decline and Fall, edic. of Milman, vol. 1, pág. 52, vol. xij, pág. 45.) Un literato europeo recomienda "la piedad del conquistador, su moderacion y su justicia." Rowe's Dedication of Tamerlane.

nos se dedicaban para siempre al servicio de la religion.¹

En aquel sitio habia ademas edificios de un género enteramente diverso: graneros donde estaban guardados los ricos productos de las tierras de la iglesia, y las primicias y demas ofrendas de los fieles; una espaciosa mansion estaba destinada á los forasteros que venian en romería al templo mayor; no faltaban jardines en los que esparcian su sombra grandes y antiguos árboles, ni fuentes abastecidas por los ricos acueductos de Chapoltepec; en suma, allí habia todo lo que se necesitaba para la manutencion y comodidad de los que habitaban dentro del templo y para el mejor servicio de éste.²

Aquello era un verdadero microcosmo, una ciudad dentro de otra ciudad, y segun la asercion de Cortés ocupaba terreno capaz para quinientas casas.³ En su breve recinto presentaba los extremos de la barbarie azteca, encubierta con cierta civilizacion peculiar tambien de la nacion. Los rudos conquis-

¹ Véase lo anterior.

El deseo de presentar al lector un cuadro completo de lo que era la capital en tiempo de la conquista, me ha inducido á repetir en el capítulo anterior y en este, algunas de las cosas que dije en la introduccion á esta Historia.

² Toribio, Hist. de los Ind., MS., part. I, cap. 12. Gomara, Crónica, cap. 80. Rel. de un gent. en Ramus, tom. III, fol. 309.

³ "Es tan grande que dentro del círculo della que es todo cercado de muro muy alto, se podia muy bien facer una Villa de quinientos vecinos." Relac. seg., en Lorenzana, pág. 105.

tadores solo descubrian la primera: en los caprichosos y simbólicos rasgos de los ídolos, creían ver los rasgos de Satanás mismo: en los ritos y ceremonias religiosos, el código infernal dictado por el mismo demonio; y en el modesto porte y esmerada educación de los alumnos de los seminarios, los artificios de que se valía para seducir á sus alucinadas víctimas.¹ Pero antes de que trascurriese un siglo, los descendientes de estos mismos españoles debían discernir en los misterios de la religion azteca los rasgos oscuros y borrados de la revelacion judía y de la cristiana.² Tales son las consecuencias opuestas á que llegan el soldado ignorante y el ilustrado literato; y un filósofo eciento de supersticiones, bien puede dudar justamente cuál de los dos es mas extravagante.

El espectáculo de la supersticion de los indios parece que avivó en los blancos el entusiasmo por su religion materna, pues al dia siguiente solicitaron de Moteuczoma permiso para convertir en capilla una de las salas del cuartel, y celebrar en ellu el sacrificio de la misa. El monarca, cuyo resentimiento se habia olvidado muy en breve, consintió en ello y

1 "Todas estas mugeres," dice el P. Toribio, "estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses; las unas porque el demonio las hiciese modestas," etc. Hist. de los Ind., parte I, cap. 9.

2 Véase el apéndice, parte I.

aun les envió algunos de sus artesanos para que les ayudasen en la obra.

Al emprenderla descubrieron los españoles una puerta que parecia estar recientemente tapada. Era rumor general que Moteuczoma habia ocultado los tesoros de su padre el rey Axayacatl, en su antiguo palacio. Los españoles, sabedores de esta noticia no tuvieron reparo en satisfacer su curiosidad, abriendo la puerta tapada; encontrándose al abrirla con que tal rumor no era falso. Viéronse de repente en un salon lleno de ricas y hermosas telas, de manufacturas curiosísimas, de oro y plata en tejidos y en granos, y de muchas joyas de gran valía: era el tesoro privado de Moteuczoma, las contribuciones de las provincias tributarias, y en un tiempo la riqueza de su padre. "Yo era entonces mancebo," dice Diaz, "y al ver aquello me pareció que todas las riquezas del mundo estaban en aquella sala."¹ Los españoles, no obstante la alegría que les causó semejante descubrimiento, tuvieron algunos escrúpulos en apropiarse este tesoro, á lo menos por lo pronto; y Cortés mandó que se cerrase la pared de modo que quedase como estaba antes, y prohibió severamente

1 "Y luego lo supimos entre todos los demas capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo, é no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas." Hist. de la Conq., cap. 93.

que se hablase del asunto, temeroso de que llegase á oídos de Motueczoma que sus huápedes sabian de la existencia del tesoro.

Tres dias bastaron para que quedase acabada la capilla, y los españoles tuvieron la satisfaccion de verse dueños de un templo donde adorar á su Dios á su manera, y bajo la proteccion de la Cruz y de la Virgen Bendita. Dfjose una misa solemne por los padres Olmedo y Diaz, en presencia del ejército entero; dando todos muestras de fervorosa y ejemplar devocion; los unos, dice el historiador arriba citado, porque así acostumbraban hacerlo, y los otros por edificar á los infieles.

1 Ibid, loco citato.

CAPITULO III.

ANSIEDAD DE CORTES.—PRISION DE MOTEUCZOMA.

—TRATO QUE RECIBE DE LOS ESPAÑOLES.—

EJECUCION DE SUS OFICIALES.—MOTEU-

ZOMA PUESTO EN CADENAS.—

REFLECCIONES.

(1519.)

Ya tenian los españoles una semana de residir en México; durante cuyo tiempo habian recibido del emperador el mas amistoso acogimiento; pero el ánimo de Cortés estaba muy distante de estar tranquilo: él ignoraba cuánto tiempo duraria aquella amistad que podian hacer cambiar una multitud de circunstancias: conocia que el mantenimiento de un ejército tan considerable como el suyo, debia ser oneroso al erario del emperador: el pueblo de la capital no debia estar contento teniendo dentro de

que se hablase del asunto, temeroso de que llegase á oídos de Motueczoma que sus huápedes sabian de la existencia del tesoro.

Tres dias bastaron para que quedase acabada la capilla, y los españoles tuvieron la satisfaccion de verse dueños de un templo donde adorar á su Dios á su manera, y bajo la proteccion de la Cruz y de la Virgen Bendita. Dfjose una misa solemne por los padres Olmedo y Diaz, en presencia del ejército entero; dando todos muestras de fervorosa y ejemplar devocion; los unos, dice el historiador arriba citado, porque así acostumbraban hacerlo, y los otros por edificar á los infieles.

1 Ibid, loco citato.

CAPITULO III.

ANSIEDAD DE CORTES.—PRISION DE MOTEUCZOMA.

—TRATO QUE RECIBE DE LOS ESPAÑOLES.—

EJECUCION DE SUS OFICIALES.—MOTEU-

ZOMA PUESTO EN CADENAS.—

REFLECCIONES.

(1519.)

Ya tenian los españoles una semana de residir en México; durante cuyo tiempo habian recibido del emperador el mas amistoso acogimiento; pero el ánimo de Cortés estaba muy distante de estar tranquilo: él ignoraba cuánto tiempo duraria aquella amistad que podian hacer cambiar una multitud de circunstancias: conocia que el mantenimiento de un ejército tan considerable como el suyo, debia ser oneroso al erario del emperador: el pueblo de la capital no debia estar contento teniendo dentro de

los muros de la ciudad una fuerza armada y numerosa; debiendo originarse de aquí mil disgustos entre los moradores de la ciudad y los soldados; pues que en efecto era casi imposible que una soldadesca ignorante y licenciosa permaneciese por mucho tiempo sin cometer desmanes; si no se la empleaba activamente. ¹ Aun mayor era el peligro con los tlaxcaltecas, raza inflamable y hoy puesta en contacto con el pueblo, objeto de su odio y de su detestacion. Ya habian empezado á correr entre los aliados, algunos rumores, fundados ó no, de que los mexicanos murmuraban y aun amenazaban con romper los puentes. ²

Ademas, aun cuando pudiesen permanecer seguros los españoles en sus cuarteles, esto no les haria progresar en el objeto de su espedicion. Cortés no habia adelantado poco en apoderarse de la capital que era tan esencial para subyugar á todo el país;

1 "Los españoles," dice francamente Cortés hablando de sus compatriotas, "somos algo inoportunos ó importunos." Reluc. seg., en Lorenzana, pág. 84.

2 Gomara, Crónica, cap. 83.

Hay fundadas razones para dudar de la verdad de estas historias. Según una cita original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva-España, en donde escriben á la magestad del emperador nuestro señor, (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Moteuczoma y á los mexicanos de esto y de lo demás que se les argulló, que lo cierto era que fué invencion de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles que no veian la hora de salirse de miedo de la ciudad y poner en cobro innumerables riquezas que habian venido á sus manos." Ixtlilxochitl Hist. Chich. MS., cap. 85.

pero el día menos esperado podian llegar nuevas de la córte, ó lo que él temia mas, del gobernador de Cuba, y un ejército superior al suyo que le arrebatase una conquista apenas comenzada. Agitado por estas reflexiones, resolvió salir del conflicto dando un golpe atrevido. Pero ántes determinó semeter el negocio á un consejo de oficiales, de los en que mayor confianza tenia, deseando por una parte dividir con ellos la responsabilidad del acto que premeditaba, y por otra interesarlos mas fuertemente en su ejecucion; haciendo que fuese hasta cierto punto resultado de su determinacion simultánea.

Luego que el general espuso el aprieto en que se encontraban, el consejo se dividió en dictámenes. Todos convenian en la necesidad de obrar prontamente; pero los unos opinaban por salir secretamente de la ciudad y situarse fuera de las calzadas antes de que se les cortase la retirada interrumpiéndolas: los otros eran de parecer que esto se hiciese públicamente, con el conocimiento del emperador, de cuyas buenas disposiciones teinan tantas pruebas. Pero de cualquiera manera que se hiciese la retirada, era impolítica: en aquellas circunstancias y con tanta precipitacion, tendria el aire de una fuga, infundiria desconfianza entre ellos mismos, y nada tanto como una demostracion de miedo, les acarrearía mas seguramente el ataque de los mexicanos y

el descontento de los aliados, que debían sin duda alguna participar de la opinión general.

En cuanto á Moteuczoma ¿qué confianza se podía tener en un príncipe que hace poco era su enemigo encarnizado; y cuya conducta vacilante dependía de sus temores y no de su favorable disposición hácia los blancos?

Aun cuando consiguiesen llegar á la costa, su situación no mejoraría gran cosa: eso habría sido proclamar al mundo, después de tantas vanaglorias, que eran inferiores á tamaña empresa. Sus esperanzas de alcanzar el favor del soberano y el perdón por los desmanes que habían cometido, estribaban únicamente en el buen éxito. Hasta hoy no habían hecho más que el descubrimiento de México: retirarse habría sido entregar á otro los frutos de su conquista. En suma, retirarse ó quedarse, todo era igualmente desastroso.

En medio de tanta incertidumbre, propuso Cortés un recurso que solo el hombre más audaz y en el último extremo de la desesperación podía concebir, y era ir al palacio de Moteuczoma y traérselo á los cuarteles españoles: por medios suaves si era posible, ó por la fuerza si no se podía de otra suerte; pero de cualquiera manera hacerse de su persona. ¹ Con estos rehenes quedarían salvos los españo-

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 84. Ixtlixoehitl,

les de un asalto de los indios á quienes sin duda rendiría el temor de las violencias que aquellos podrían cometer con el monarca; y si venía por su voluntad no tendrían aquellos excusa en atacarles. Mientras que el emperador permaneciera en su poder, ellos podían gobernar á nombre de él, con solo dejarle ciertas apariencias de soberanía y preparar las cosas del modo que mejor conviniese á la seguridad de los españoles y al buen éxito de la empresa. La idea de emplear á un soberano como instrumento para dominar á su pueblo, nueva en tiempo de Cortés, no lo es en los nuestros.

ubi supra. Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 3. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

Bernal Díaz refiere este suceso de muy distinta manera. Según él, algunos oficiales y soldados [de los que él era uno] sugirieron á Cortés el plan de aprisionar á Moteuczoma, cuyo plan adoptó aquel sin vacilar. (Hist. de la Conq., cap. 93.) Pero esto es contrario al carácter de Cortés que en ocasiones tales era hombre que conducía, no que se dejaba conducir: es contrario al testimonio general de los historiadores; bien que debemos confesar que principalmente se han fundado en el dicho del mismo Cortés: es contrario á la probabilidad, porque el proyecto es tan desesperado, que apenas se concibe cómo pudo caber en la cabeza de uno; ¿cuánto más inverosímil no es que lo hayan concebido muchos? finalmente, es contrario á la positiva aserción de Cortés estampada en sus cartas al emperador, conocida de todo el mundo, circulada por todas partes y confirmada por el capellan Gomara; todo esto en tiempo que los sucesos estaban frescos y que vivían todavía las personas interesadas en contradecirla. No podemos menos de creer que el capitán, en esto como en lo del incendio de las naves toma para sí y sus compañeros mayor parte de la que les pertenece, olvidados y errores que tienen disculpa en el trascurso de cincuenta años, sin decir nada del manifiesto empeño que muestra por ensalzar la fama de aquellos últimos.

Una circunstancia de que el conquistador tuvo noticia en Cholula, ¹ ofrecia un pretexto plausible con que cohonestar la prision del hospitalario monarca; porque es preciso ocultar aun la accion mas procax con cierto velo de decencia. Hemos dicho que un oficial fiel, Juan de Escalante, habia quedado en Veracruz con ciento y cincuenta hombres que la guarnecian. Poco despues de haber partido para la capital, recibió Cortés una comunicacion de Escalante en que le participaba que un magnate azteca, llamado Quauhpopoca, gobernador de una provincia que quedaba al Norte del destacamento español, le habia declarado el deseo de ir personalmente á Veracruz á jurar fidelidad á las autoridades de esta ciudad, y le pidió cuatro blancos que le protegiesen contra ciertas tribus enemigas por donde tenia que transitar al venir. Como era una peticion frecuente, no escitó sospecha ninguna en Escalante: envió, pues, á los cuatro soldados, dos de los cuales fueron asesinados luego que llegaron á manos del pérfido cacique, y los otros dos lograron escapar y se volvieron al campo. ²

1 Aun Gomara tiene el candor de llamarlo un pretexto, *acha que*. Cap. 83.

2 Bernal Diaz cuenta esto tambien de diversa manera. Segun él, el gobernador azteca queria obligar por la fuerza á los totonacas al pago de un impuesto, cuando vino Escalante en ayuda de sus aliados, que ya eran vasallos españoles, y fué muerto en un combate. (Cap. 93.) Cortés tenia mas motivo de saber las cosas, o y escribió cuando estaban pasando: no tiene empacho en confesar

El comandante marchó al punto con cincuenta soldados y algunos miles de indios aliados, á vengarse del cacique. Siguióse una reñida batalla: los aliados huyeron de los temidos mexicanos; pero los pocos españoles permanecieron firmes, y ayudados de sus armas de fuego y de la Santísima Vírgen á quien claramente vieron aparecer en las filas de la vanguardia, quedaron dueños del campo; costándoles caro, es cierto, pues siete ú ocho españoles fueron muertos, entre ellos el valeroso Escalante, que murió á resultas de sus heridas, pocos dias despues de su regreso al campo. Los indios cogidos prisioneros en la batalla, dijeron que todo habia sido hecho por instigaciones de Moteuczoma. ³

Uno de los españoles cayó en poder de los enemigos, pero luego murió de sus heridas: cortáronle la cabeza y la enviaron al emperador azteca. Era extraordinariamente grande y cabelluda, y en las feroces facciones, que la muerte volvia aun mas horribles, creyó leer Moteuczoma los siniestros caracté-

la severidad de que usaba con los naturales; y por todas estas razones he creído que debía atenerme á su dicho.

3 Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Relac. seg en Lorenzana, páginas 83, 84

La aparicion de la Vírgen la vieron solamente los aztecas, quienes ponderaron á Moteuczoma lo mas que pudieron el suceso, para encubrir su derrota; circunstancia muy sospechosa, pero en que sin embargo no pararon la atencion los españoles. "Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído y así es la verdad, que la misericordia divina, y nuestra Señora la Vírgen Maria siempre era con nosotros." Bernal Diaz, cap. 91.

res con que estaba escrita la destrucción de su reinado: al verla apartó la vista con horror y mandó que se la llevasen de la ciudad y que no la ofreciesen ante las aras de ningún dios.

Aunque Cortés había sabido esta noticia estando en Cholula, la había ocultado dentro de su pecho, ó había confiadola á unos cuantos oficiales enteramente dignos de su confianza; temiendo el mal resultado que ella produciría en el vulgo de los soldados.

Los caballeros á quienes Cortés reunió en el consejo eran hombres del mismo temple que él: su ánimo esforzado y caballeresco veía el peligro como su patrimonio; y si uno ó dos se asustaron al oír la propuesta del comandante, quedaron luego envueltos por los demás, que sin duda consideraban que á desesperados males se debían oponer desesperados remedios.

En aquella noche se vió á Cortés paseándose por su aposento de aquí para allá, como si le oprimiese alguna idea ó le agitase alguna fuerte emoción. Seguramente estaba repasando en su mente la peligrosa escena del día siguiente.¹ En la mañana oyeron misa como de costumbre, dicha por el padre Olmedo que imploró la ayuda del cielo en tan aventurada empresa. En cualquier peligro en que se

1 "Paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aun á él mismo le parecía temerario, pero necesario para su intento, audando." Gomara, Crónica, cap. 53.

entrarse el español, siempre le alentaba la idea de que estaban á su lado los santos.¹

Habiendo pedido á Moteuczoma una audiencia que concedió fácilmente, comenzaron los españoles á hacer los preparativos necesarios para la empresa. La parte principal de la fuerza fué puesta sobre las armas en el pátio del cuartel, y en las avenidas del palacio se situaron destacamentos que impidiesen al populacho cualquier tentativa para rescatar al monarca: ordenóse que 25 ó 30 de los soldados se encaminasen al palacio en grupos de tres ó cuatro, y se reuniesen allí como por accidente al tiempo que se verificaba la entrevista: para que le acompañasen escogió el general á cinco caballeros que por su valor y serenidad le inspiraban confianza, y fueron: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velazquez de Leon y Alonso Avila; nombres todos que figuran brillantemente en la Historia de la conquista. Iban cubiertos todos ellos y los soldados rasos de armaduras completas; cosa que frecuentemente hacían, y que por lo tanto no despertaba sospechas.

La pequeña comitiva fué amablemente recibida por el emperador, que mediante los intérpretes se

1 Díaz dice que estuvieron en oración toda la noche: "Toda la noche estuvimos en oración con el padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio." Bernal Díaz, cap. 55.

interesó en una animada conversacion con los españoles y desplegó su natural manificencia regalándoles oro y joyas, é hizo al general el cumplimiento de ofrecerle por mujer á una de sus hijas; honor que aquel rehusó respetuosamente alegando que era casado en Cuba, y que su religion prohibia tener varias mujeres.

Luego que conoció que ya se habia reunido el número suficiente de soldados, cambió bruscamente su tono afable, y en breves términos instruyó al emperador de las traiciones cometidas en la tierra caliente, y de que á él le designaban por su autor. Moteuczoma escuchó aquel cargo con sorpresa, negó que tuviese participacion en aquel acto, y dijo que solo sus enemigos podian imputarle semejante cosa. Cortés replicó que creia en lo que acaba de oír, pero que para probar que fuera cierto, era preciso mandar traer á Quauhpopoca y sus cómplices, para juzgarlos y tratarlos segun sus merecimientos. Moteuczoma no puso obstáculo en ello. Tomando de su brazalete, al que estaba pegada una piedra preciosa que era el sello real, y que tenia esculpida la imagen del dios de la guerra, ¹ la entregó á uno de sus nobles con órdenes de presentarla al cacique y de requerirle que se presentase al punto en la córte,

¹ Segun Ixtlilxochitl era su mismo retrato: "Se quitó del brazo una rica piedra donde está esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real.)" Historia Chichimeca. MS., cap. 85.

acompañado de todos los que le hubiesen ayudado al asesinato de los españoles.

Así que hubo partido el mensagero, aseguró Cortés al monarca que la deferencia que habia mostrado á su súplica le convenia de que era inocente; pero que era necesario que su soberano quedase tambien convencido, y que de ninguna suerte se conseguiria aquello mejor que trasladando Moteuczoma su residencia á los cuarteles españoles, donde permaneceria hasta que, viniendo Quauhpopoca se aclarasen enteramente los hechos: jete acto de condescendencia seria la mayor muestra de consideracion á los españoles, seria incompatible con el bajo proceder que le imputaban, y le absolveria plenamente de todo cargo! ²

Moteuczoma escuchó aquella propuesta y el pérfido razonamiento en que se le hacia descansar, con miradas de profunda sorpresa; púsose pálido como un cadáver; pero en el instante su semblante se animó con el resentimiento y con el orgullo de su ultrajada dignidad, y exclamó: "¡Cuándo se ha oido que un príncipe como yo, abandone su palacio para rendirse prisionero en manos de extranjeros!"

Replicóle Cortés que no iba en calidad de prisionero y que los españoles le tratarian respetuo-

Relae. seg. en Lorenzana, pág. 86.

samente: que seguiría asistido por su misma servidumbre, y que no se interrumpirían sus relaciones con sus vasallos: en suma, que no haría mas que mudar su residencia de un palacio á otro; cosa que acostumbraba hacer.—“Es en vano,” contestó: “aunque yo consintiese en semejante degradacion, mis súbditos no consentirían en ella.”¹

Por último, habiéndole urgido mucho, prometió dar á los españoles á uno de sus hijos y á una de sus hijas para que le retuviesen en rehenes, con tal de que á él se les escimiese de tamaña desgracia.

Dos horas habian pasado en discusiones intructuosas, hasta que un esforzado caballero, Velazquez de Leon, impaciente de la tardanza, y conociendo que intentarlo y no hacerlo era arruinarse, exclamó: “¿para qué estamos perdiendo nuestras palabras con este bárbaro? ya hemos andado demasiado para retroceder: dejadnos aprisionarle, y si se resiste traspasarle el pecho con nuestros aceros.”² El tono amenazador y gestos imponentes de que fueron acompañadas estas palabras, intimicaron al monarca, que preguntó á Marina que era lo que decia el irritado español. La intérprete se

¹ “Quando yo lo consintiera, los míos no pasarían por ello.” Ixtlilxochitl, *ubi supra*.

² “¿Qué hace v. m., ya con tantas palabras? O le llevamos preso ó le damos de estocadas, por no tornarle á decir que si da voces ó hace alboroto que le matareis, porque mas vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas, ó las perdamos.” Bernal Diaz, cap 95.

lo esplicó en los términos mas dulces que pudo y le rogó que acompañase á los blancos á sus cuarteles donde seria tratado con todo respeto y miramiento; mientras que rehusándose se esponia á la violencia y acaso á la muerte. Marina hablaba á su soberano lo que sentia, y nadie tenia mas oportunidad que ella de conocer que tal era la verdad.

Esta última instancia hizo vacilar la resolucion del monarca: en vano buscaba por todas partes amparo ó simpatías: al echar una mirada sobre los rostros severos y formas robustas de los españoles, conoció que habia llegado su última hora, y en voz apenas inteligible, á causa de la emecion consintió “en acompañar á los blancos y en abandonar un palacio adonde no debia volver jamas.” Si hubiese tenido el ánimo del primer Moteuczoma habria llamado en su ayuda á sus guardias y dejado la vida en los umbrales de palacio antes que haberse dejado arrastar por ellos como un cautivo deshonrado; pero el valor del último Moteuczoma sucumbió al peso de las circunstancias: ¡él conoció que era el instrumento de un hado irresistible!¹

¹ Oviedo duda si la conducta de Moteuczoma se debe tener por pusilánime ó por prudente. “Al cronista le parece segun lo que se puede colegir de esta materia, que Moteuczoma era ó muy falto de ánimo ó pusilánime, ó muy prudente, aunque en muchas casas los que lo vieron lo loan de muy señor y muy liberal, y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio.” Sin embargo se inclina á

Al instante mismo que recabaron los españoles el consentimiento del monarca, se dieron órdenes para que le trajesen su litera. Los nobles que le llevaban y acompañaban apenas podían creer lo que les contaba su señor, pero el orgullo vino en ayuda de Moteuczoma, y puesto que aquello debía hacerse, prefirió aparentar que lo hacía libremente. Al pasar por las calles la comitiva con los ojos bajos y el ademán abatido, y escoltada por los españoles, comenzó á reunirse el pueblo en grupos y á difundirse el rumor de que el monarca era conducido por la fuerza á los cuarteles de los blancos; y habria originándose un tumulto á no ser por Moteuczoma mismo que echó al pueblo á que se dispersase, asegurándoles que iba por voluntad propia á visitar á sus amigos: de esta suerte selló su ignominia, declarando una cosa que privaba á sus súbditos del único pretexto para resistir á aquel acto. Al llegar á los cuarteles españoles despidió á sus nobles y tranquilizó á la plebe con las mismas razones, ordenándoles de nuevo que se retirasen á sus hogares. ¹

creer que era pusilánime. "Un príncipe grande como Moteuczoma no se habia de dejar incurrir en tales términos, ni consentir ser detenido de tan poco número de españoles, ni de otra generacion alguna, mas como Dios tiene ordenado lo que ha de ser, ninguno puede huir de su juicio." Hist. de las Ind., MS., lib. 34, cap. 6.

¹ La relacion pormenorizada de la prision de Moteuczoma, se encontrará, (aunque con las divergencias que son corrientes en cuanto á las circunstancias,) en Cortés. Relac. seg., págs. 84, 86. Bernal Diaz, cap. 25. Ixtlilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 85.

Recibiónle los españoles con ostentoso respeto, y le dejaron que escogiese los aposentos que mejor le acomodasen; los tales aposentos estaban bien provistos de tapices de algodón y de plumage, y de todos los elegantes objetos que formaban la tapicería india: quedó rodeado de aquellas personas de su servidumbre que eligió, de sus mugeres y de sus pages; y su mesa era servida con la pompa y abundancia que de costumbre. Daba audiencia como si estuviese en palacio, á sus súbditos que nunca eran admitidos á su presencia sino en corto número, á pretexto de guardar mejor orden y mayor decoro. De los españoles recibió señales de acatamiento: ninguno de ellos, ni aun el general mismo se acercaba á él sin quitarse su casco y sin hacerle todos los honores debidos á su clase; y nadie se sentaba en su presencia sin que él se lo hubiese permitido. ¹

No obstante tantas ceremonias y tantas demostraciones, habia una circunstancia que claramente indicaba al pueblo que su soberano estaba prisionero: frente á palacio y á la espalda de él habia

Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6. Gomara, Crónica, cap. 83. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 8, caps. 2, 3. Martir de Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.

¹ "Siempre que ante él pasábamos y aunque fuese Cortés, le quitábamos los benetes de armas ó cascos, que siempre estábamos armados y, él nos hacia gran mesura y honra á todos.... Digo que no se sentaban Cortés ni ningun capitán hasta que el Moteuczoma les mandaba dar sus asentaderos ricos, y les mandaba asentar." Bernal Diaz, Hist. de la Conq., caps. 95, 100.

guardias le á sesenta hombres cada una. Veinte hombres de la una y la otra montaban guardias á la vez y velaban sobre el palacio de día y de noche.¹ Otra guardia bajo las órdenes de Velazquez de Leon estaba situada en la antecámara. Cortés castigaba en los centinelas el mas ligero abandono de sus puestos ó el menor descuido, con el mas escesivo rigor: y conoció lo que todo español hubiera, conocido, que la fuga del emperador les arruinaba. El trabajo de aquella vigilancia incesante multiplicaba mucho las fatigas de los soldados: "mejor fuera," gritaba un día uno de ellos, "que se muriera este perro de rey, y no que nos haga sufrir la vida que tenemos." Moteuczoma oyó estas palabras y comprendió algo de lo que significaban; por lo que el que las profirió fué severamente castigado. y Tales muestras de falta de respeto eran muy raras, y aun se pudiera añadir que el noble porte del monarca, que parecia complacerse en tratar con sus carceleros y que jamas permitia que ningun favor ó atencion del mas oscuro soldado quedase sin recompensa, le granjearon todo el afecto que los españoles podian profesar á un bárbaro.

En tal estado se hallaban las cosas cuando se su-

1 Herrera, Historia General, déc. lib. 8, cap. 3.

2 Una ocasion que tres centinelas abandonaron su puesto sin permiso, fueron sentenciados á una carrera de baquetas; castigo poco diferente de la muerte. Ibid. ubi supra.

3 Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 97.

po que habia llegado de la costa Quahpopoca, acompañado de su hijo y de quince magnates aztecas. Habia hecho todo el camino en litera; como convenia á su alta clase: al presentarse ante Moteuczoma cubrió sus vestidos con la tosca túnica de nequen, é hizo todas las demas acciones humillantes que eran de costumbre. Aquel aparato de ceremonias cortesanas formaba un contraste con la verdadera situacion actual del uno y del otro.

El gobernador azteca fué friamente recibido por su amo que sometió el negocio [ni podia hacer otra cosa) al exámen de Cortés. La averiguacion fué hecha sumarísimamente. A la pregunta que hizo el general al cacique diciéndole que si era súbdito de Moteuczoma, replicó aquel: "¿ai á qué otro señor podia servir?" queriendo dar á entender que este era el soberano universal.⁴ No negó la participacion que habia tenido en el asunto ni intentó escurdarse bajo la autoridad del rey; y hasta que no les notificaron la sentencia de muerte á él y á sus compañeros, no se desataron en quejas contra Moteuczoma. Fueron condenados á ser quemados vivos

1 "Y despues que confesaron haber muerto á los españoles, les hice interrogar si ellos eran vasallos de Moteuczoma; y el dicho Quahpopoca respondió que si habia otro señor de quien pudiese serlo? casi diciendo que no habia otro y que sí eran." Relac. seg. en Lorenzana, pág. 87.

2 "E así mismo les pregunté si lo que allí se habia hecho que si habia sido por su mandado? Y dijeron que no, aunque despues

en la plaza que estaba frente del palacio. Las fúnebres hogueras se levantaron con flechas, javelinas y otras armas sacadas con permiso de Moteuczoma del armario que había junto al templo mayor, donde estaban acumuladas en gran número para poder defenderse en el caso de sedición ó de alboroto. Con este paso hábilmente calculado, quiso Cortés privar de aquel recurso á los ciudadanos en el caso de resistencia?

Para poner el colmo á tantos hechos extraordinarios, entró Cortés al aposento de Moteuczoma, mientras se completaban los preparativos para la ejecución, acompañado de un soldado que llevaba en las manos unos grillos. En tono muy severo imputó al monarca que era el principal promotor de la infamia cometida con los españoles, según resultaba de las declaraciones de los que había elegido por instrumentos: díjole que semejante crimen que en un vasallo sería pagado con la muerte, ni aun en un soberano podía quedar impune. Diciendo esto previno al soldado que pusiese los grillos al monarca en los tobillos: se aguardó friamente hasta que esto se había ejecutado, y en seguida volviendo la espalda al emperador se salió de su aposento.

al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados todos é una voz dijeron que era verdad que el dicho Motenczoma se lo había enviado á mandar y que por su mandado lo habían hecho." Ibid, loco citato.

Moteuczoma quedó mudo al recibir este último ultraje: parece que le oprimía un gran peso que le privaba de todas sus facultades; no hizo ninguna resistencia; y aunque no profirió ni una palabra, los sollozos mal reprimidos que se le escapaban furtivamente de tiempo en tiempo, indicaban la angustia de su alma. Sus sirvientes bañados en lágrimas se esforzaban por consolarle: tomaban tiernamente entre sus brazos los pies del monarca y procuraban aliviarlos de la compresion del hierro, interponiendo entre ellos y los grillos sus capas y sus pañuelos; mas no era posible arrancar el dardo que había traspasado su alma: ¡conocía que ya no era rey!

Entre tanto, se ejecutaba la sentencia de muerte en el atrio del palacio. Todo el ejército español estaba sobre las armas para estorbar cualquiera intentona que los mexicanos hiciesen por interrumpirla: el populacho contemplaba con asombro aquel espectáculo que creía ordenado por el emperador; bien que la ejecución misma no le causó gran sorpresa, pues estaba familiarizado con tales escenas y otras: aun mas horribles que constituían sus diabólicos sacrificios. El cacique azteca atado de pies y manos contra la fúnebre hoguera, sufrió se terrible destino sin arrojar un grito ni una queja. La fortaleza pasiva es la virtud del guerrero indio; y era la gloria del azteca, lo mismo que del indio de las demás razas norte-americanas, mostrar que el

ánimo de un valiente sabe triunfar de las torturas y agonías de la muerte

Luego que aquella espantosa tragedia hubo terminado, volvió á entrar Cortés en el aposento de Moteuczoma. Arrodillándose, quitó con su propia mano los grillos al monarca y le espresó cuánto sentimiento y desagrado le habia causado tener que someterle á tan duro castigo. El último ultrage habia abatido enteramente el espíritu del monarca; así es que él, jél que una semana antes habria hecho con su acento temblar aun á las mas remotas naciones de Anáhuac, estaba humillado hasta el punto de dar las gracias á su libertador, por tan inmerecida bondad. ¹

Poco despues, conociendo el general español que su real cautivo ya estaba suficientemente humillado, le manifestó que si era de su agrado podia volverse á su palacio. Moteuczoma lo rehusó alegando, segun cuentan, que sus nobles le habian instado varias veces para que vengase sus agravios tomando las armas contra los españoles, y que estando en medio de ellos seria difícil evitarlo ó impedir que la

¹ Gomara, Crónica, cap. 80. Oviedo, Hist. de las Indias, MS. lib. 33, cap. 6. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 95.

Es dudoso lo que predomina en Martyr al referir este suceso, si la compasion ó el desprecio. "Infeliz tunc Moteuczoma re adeo nova percussus, formidini repletur, decidit animo neque, jam exigere caput audet, aut suorum auxilia implorare. Illi vero poenam se meruisse fassus est ubi agnus mitis. Aequo animo pati videtur has editio civium et procerum oriatur." De Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.

capital quedase envuelta en los horrores de una matanza y de la anarquía. ¹

El motivo habria hecho honor á su corazon, si este fuese quien lo dictaba; pero lo mas probable es que no haya querido fiar su seguridad á aquellos altaneros magnates que habian presenciado su degradacion y que despreciaban una cobardía de que no habia dado ejemplo ningun monarca aztec. Cuéntase tambien que al mismo tiempo que Marina le anunciaba el permiso de Cortés, el otro intérprete, Aguilar, le hizo entender que los oficiales españoles jamas consentirian en que se aprovechase de la licencia del general. ²

Sea cual fuere el motivo, es el caso que la rehusó y el general con gran entusiasmo real ó fingido, le abaazó diciendole: "que le amaba como á un hermano y que todos los españoles estaban interesados por su suerte, desde que él lo estaba en la de ellos." "Melifluas palabras," dice el rígido cronista que las oyó, "pero que Moteuczoma conoció bien lo que valian."

Los sucesos referidos en este capítulo son ciertamente de los mas extraordinarios de que hay mencion en la historia. Que un puñado de hombres haya entrado en el palacio de un príncipe poderoso, se

¹ Relac. seg. en Lorenzana, pág. 88.

² Bernal Diaz, *ubi supra*.

haya apoderado de su persona en medio de sus vasallos, se lo haya llevado cautivo á sus cuarteles, haya inferido en su presencia muerte ignominiosa á sus primeros magistrados (probablemente en cumplimiento de sus propias órdenes,) haya puesto el colmo á todo, cargándole de cadenas como á un malhechor; que todo esto se haya hecho no á un imbécil, á un impotente, en la decadencia de su fortuna, sino á un monarca altivo, en la plenitud de su poder, estando en el centro de su córte, rodeado de millares de millares que temblaban al ver su ceño y que habrían derramado su sangre por defenderle; que todo esto lo haya hecho un puñado de aventureros, es cosa tan extraordinaria, tan increíble, que parece pertenecer á las páginas de una novela. ¡Y sin embargo, es literalmente verdadero! Pero no participaremos de la admiración de los contemporáneos de tales sucesos, no encontraremos títulos para justificar la ignominia inferida á un príncipe amigo, por aquellos mismos que actualmente disfrutaban de todos sus favores.

Para ver las cosas de otra suerte debemos colocarnos en el lugar de los conquistadores y convenir con ellos en la legitimidad del derecho de conquista. Si la conquista era legítima, todo lo que se necesitaba para efectuarla era también legítimo; y no se puede negar que la prisión del monarca era in-

dispensable si los españoles querían conservar su dominio sobre el país. †

La ejecución del cacique azteca sugiere reflexiones de otro órden. Si era realmente culpable de la perfidia de que le acusaba Cortés y si el monarca no la habia autorizado, el cacique merecia la muerte, y el general podia aplicársela segun el derecho de la guerra. * Pero no es de ningun modo claro, que estuviese autorizado para envolver á tantos en aquella sentencia, mayormente cuando casi todos ó acaso todos habrian obrado por su mandato. El cruel género de muerte á que fueron condenados no espantará á nadie que conozca la severidad de los códigos penales en el siglo XVI.

Pero si el gobernador era culpable ¿por qué ultrajar la persona del monarca? Si éste era culpable, el otro ciertamente no lo era. Si el cacique solo habia cumplido los mandatos del príncipe, la responsabilidad era toda de éste; mas no podian ser ambos á la vez culpables.

1 El arzobispo Lorenzana, nada menos que á fines de la centuria pasada todavía encontraba en las Santas Escrituras, razones con qué justificar la conducta de Cortés. "Fue grande prudencia y arte militar haber asegurado al emperador, porque si no quedaban expuestos Hernan Cortés y sus soldados á perecer á traicion, y teniendo seguro al emperador se aseguraba á sí mismo, pues los españoles no se confían ligeramente: Jonatas fué muerto y sorprendido por haberse confiado de Trifon. Relac. seg., pág. 84, nota.

2 Véase: Puffendorf, De Jure Naturae et Gentium, lib. 8, cap. 6, sec. 10. Wattel, Law of Nations, book 3, chap. 8, secc. 11

Pero es en vano discutir mas sobre esta materia, fundándose en principios abstractos acerca de lo justo y de lo injusto y sin atender á que los conquistadores no se tomaban el trabajo de pararse en las sutilezas del casuismo: su norma de lo justo y de lo injusto en lo tocante á los indios era muy sencilla: mirábanles como á raza proscripta, sin Dios ni ley, y participando de las creencias de su época, juzgaron que su mision (para hablar el lenguaje de moda) era conquistar y convertir. Las medidas que acababan de tomar, facilitaban ciertamente la grande obra de la conquista, pues la ejecucion de los caciques llenaba de terror no solo á la capital, sino á todo el país, y probaba que no se podia tocar impunemente ni á un pelo de un español. Haciendo á Moteuczoma despreciable á los ojos de su pueblo, se le privaba de la ayuda que podia esperar de él, y se le obligaba á buscar el arrimo de un extranjero. Era sin duda una gran medida política, pero de la que habrian sido capaces muy pocos de los que conservasen en su corazon un solo rasgo de humanidad.

Un excelente criterio para juzgar de la moralidad de los actores de aquellas escenas, es Bernal Diaz que escribió sus reflexiones unos cincuenta años despues de acaecidas, cuando el fuego de la juventud ya se habia estinguido, y la vista al recorrer lo pasado medio siglo antes, podia contemplar los sucesos sin la niebla de las pasiones y de las preocu-

paciones, á cuyo través suelen verse los acontecimientos presentes. "Ahora que soy viejo me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes: y digo que nuestros hechos no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios.... Porque hay mucho que ponderar en ello." ¹

Y en verdad que no falta asunto para una meditacion no desagradable, al reflexionar en les adelantos que, á lo menos especulativamente, se han hecho en el siglo XIX por lo tocante á la moralidad. Xero ¿no debe esto por otra parte, enseñarnos tambien á ser tolerantes? No nos debe hacer desconfiados al aplicar á las acciones pasadas la misma regla con que mediriamos las presentes?

1 "Osar quemar sus capitanes delante de sus palacios y challe grillos entre tanto que se hacia la Justicia que muchas veces ahora que soy viejo me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes: Y digo que nuestros hechos, que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios.... Porque hay mucho que ponderar en ello." Hist. de la Conq., cap. 95.

CAPITULO IV.

CONDUCTA DE MOTEUCZOMA.—SU VIDA EN LOS CUARTELES DE LOS ESPAÑOLES.—PROYECTADA INSURRECCION.—PRISION DEL SR. DE TETZCOCO.—PROVIDENCIAS POSTERIORES DE CORTES.

(1520.)

El establecimiento de Villa Rica de Veracruz era de la mayor importancia para los españoles por ser el puerto por donde se comunicaban con España, por ser un punto fuerte á donde podian retirarse en el caso de un descalabro, por amenazar á los enemigos y proteger á los aliados; finalmente, porque era el *punto de apoyo* de todas las operaciones militares que se hiciesen en el país. Por tanto, era importantísimo confiarlo á manos hábiles.

Un hidalgo nombrado Alonso de Grado, habia

sido enviado por Cortés á ocupar el puesto que quedó vacante á causa de la muerte de Escalante. Era aquel, persona de mas fama civil que militar, y por esta razon pareció ser mas é propósito para mantener con los naturales relaciones pacíficas, que no otro español de carácter belicoso. Sin embargo, Cortés tuvo (cosa rara en él) mala eleccion. Comenzó á recibir tales informes de los disturbios originados en Veracruz por las vejaciones y negligencia del gobernador, que resolvió separarle de este puesto.

Dió el mando á Gonzalo de Sandoval, jóyen hidalgo que en el curso de la campaña habia mostrado mucha intrepidez, sagacidad y discrecion; circunstancias que unidas al buen humor que conservaba en medio de las mayores privaciones y á su trato afable, le habian grangeado la estimacion de todos, oficiales y soldados. Sandoval partió, pues, del campo español para la costa; no habiendo en esta vez engañádose Cortés en su eleccion.

No obstante la posesion en que estaba el general de su real cautivo, le inquietaba pensar que los indios podian, á la hora que quisieran, cortarle toda comunicacion con el resto del país, y dejarle encerrado dentro de la capital. Propuso, por lo tanto, que se construyesen dos barcos de tamaño suficiente para trasportar sus fuerzas al traves de los lagos, sin necesitar de las calzadas. A Moteuczoma com-

plació en extremo la idea de ver aquellas casas del agua, de que tan maravillosas ponderaciones le habian hecho, y accedió sin dificultad aun á que se cortase de los bosques reales la madera necesaria para el intento. La construccion de los buques se encargó á Martin López, esperto en este género de construcciones: ordenóse tambien á Sandoval que enviase la jarcia, velámen, clavazon y demas materiales que se habia cuidado de preservar cuando la destruccion de la flota.¹

El monarca español pasaba el tiempo viviendo en los cuarteles de los españoles, de una manera no muy diferente de la que acostumbraba en su propio palacio. Sus carceleros conocian perfectamente cuánto les convenia tenerle asido, y hacian todo lo posible para hacerle llevadero su cantiverio y darle á entender que no estaba en tal estado, mas la cadena es siempre pesada aun cuando esté cubierta de rosas. Despues del desayuno de Moteuczoma, que consistia en unas pocas de frutas ó legumbres, venia Cortés ó alguno de sus oficiales á pedirle órdenes. Entonces dedicaba algun tiempo á los negocios: daba audiencia á aquellos sus vasallos que tenian peticiones que hacerle ó quejas que darle: el alegato de las partes se asentaba en mapas geroglíficos que eran sometidos al exámen de jueces ó con-

¹ Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 96.

sejeros que ayudaban al monarca en estos casos. Los embajadores de los estados estrángeros ó de las provincias y ciudades remotas, eran tambien admitidos á la presencia del emperador; cuidando los españoles de que se guardase con su real manequí toda la etiqueta que si estuviera en la plenitud de su libertad.

Despues del despacho de los negocios, se divertia Moteuczoma en ver los ejercicios militares de los castellanos: al fin habia sido soldado, y en sus dias de gloria habia conducido al campo de batalla á los aztecas; era, pues, natural que llamasen fuertemente su atencion la táctica y la disciplina europea. Otras veces invitaba á Cortés ó á sus oficiales á jugar algun juego nacional: uno de sus favoritos era el llamado *totoloque*, que se jugaba con bolas de oro con que se apuntaba á un blanco del mismo metal. Por lo comun apostaba alguna cosa de valor, piedras preciosas ó tejos de oro; y cuando perdía no se ponía de mal humor, porque en efecto, le era indiferente ganar ó perder, puesto que la ganancia la daba á sus servidores.¹ En todo mostraba munificencia régia, y aunque sus enemigos le acusaban de avaricia, si deseaba adquirir seria para tener que prodigar.

Cada español tenia varios mexicanos, varones y

¹ Ibid, 97.

hembras, encargados de guisarle y de asistirle en todo lo demas. Cortés, considerando que tantos sirvientes era demasiado gravámen para el real reino, ordenó que se les despidiese y que cada castellano tuviese un solo criado. Al saberlo Moteuczoma echó en cara al general en tono de chanza su nímia economía, que no era propia de un palacio, y dió contraórden, mejorando la condicion de los sirvientes y mandando que se les diese paga doble.

Una ocasion que un soldado español estrajo algunas cosillas de oro del tesoro guardado en la sala, que desde qua habia llegado Moteuczoma habia sido vuelta á abrir, quiso Cortés castigar al soldado pero se interpuso Moteuczoma diciéndole: "vuestros compatriotas pueden disponer del oro y de todo lo demas; con solo que no toquen lo perteneciente á los dioses." Algunos de los soldados abusando del permiso, se sacaron y llevaron á sus cuarteles muchos tercios de algodón. Cuando se lo contaron á Moteuczoma, replicó simplemente: "yo no quito jamas lo que una vez he dado,"¹

Pero aunque enteramente indiferente á su tesoro le heria vivamente el mas ligero insulto ó agravio personal. Una vez que un simple soldado le habló ásperamente, sus ojos se nublaron de lágrimas, por-

¹ Gomara, Crónica, cap. 34. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 8, cap. 4.

que a quello le hizo conocer su impotencia y abyecta condicion. Cortés al saberlo se irritó de tal suerte, que mandó que ahorcasen al soldado; pero por intercesion de Moteuczoma, fué conmutada aquella pena en la de azotes.¹ El general no queria que nadie [fuera de él mismo] tuviese el derecho de tratar indignamente á su prisionero. Moteuczoma habria querido aun mitigar mas el castigo; pero desistió despues, alegando que si el Malinche hubiese recibido un insulto semejante de parte de uno de sus vasallos, él lo habria castigado de la misma manera.

Tales ejemplos de desacato eran rarísimos: los modales suaves y amables de Moteuczoma, y sobre todo, su liberalidad que con el vulgo es la mas popular de las virtudes, hicieron que fuese generalmente amado de los españoles. La arrogancia que le habia caracterizado en sus dias de prosperidad, le abandonó en la adversa fortuna. Su carácter parece que sufrió con el cautiverio un cambio algo parecido al que experimentan los animales feroces de los bosques cuando se ven entre las rejas de una jaula.

El monarca indio conocia el nombre y calidad de

¹ Ibid, dec. 2, lib. 8, cap. 5.

² "En esto era tambien mirado que todos lo queriamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le viamos hacer." Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 100.

todos y cada uno de los españoles, ¹ y á algunos les mostró singular afecto: consiguió del general que le sirviera de page uno llamado Orteguilla, que á fuerza de estar cerca de Moteuczoma llegó á aprender la lengua mexicana lo bastante para servir útilmente á sus compatriotas. Moteuczoma se complacia en tratar con Velazquez de Leon, capitan de su guardia, y con Pedro de Alvaro, *Tonatihu* ó el sol, como le llamaban los aztecas á causa de su rubia cabellera y de su brillante armadural ¡La claridad del dia suele ser á veces el preludio de una horrible tempestad!

No obstante el empeño que se tenia en divertir el tedio de su cautiverio, el real prisionero no podia menos de echar desde las paredes de su residencia una mirada de envidia sobre la antigua morada de sus placeres y de su poder. Manifestó el deseo de ir al templo mayor á tributar el culto que antes acostumbraba rendir á sus dioses incesantemente. La idea sorprendió á Cortés: pero era demasiado justa la peticion para oponerse á ella sin dejar traslucir algo de lo que tanto convenia tener oculto; mas para asegurar su vuelta le dejó escoltado de ciento y cincuenta hombres, al mando de los resueltos hidalgos que habian concurrido á

¹ "Y él bien conocia á todos y sabia nuestros nombres y aun calidades, y era tan bueno que á todos nos daba joyas, á otras tantas é indias hermosas." Ibid, cap. 97.

la prision; diciéndole ademas que toda tentativa para huirse la pagaria con la vida. Custodiado de esta suerte, visitó el príncipe indio el *teocalli*, donde fué recibido con la acostumbrada pompa, y despues de cumplir con sus devociones se volvió á los cuarteles de los españoles. ²

Ya se puede suponer que estos no desperdiciaron la coyuntura que les ofrecia la residencia del emperador entre ellos, para inspirarle algunas ideas de la religion cristiana. Los padres Diaz y Olmedo esforzaron todos los recursos de su lógica para hacer vacilar la fé del indio en sus ídolos; pero todo fué en vano: siempre les prestaba una atencion edificante y que parecia ser la precursora de un triunfo; pero la conferencia terminaba con la frase de costumbre: "El Dios de los cristianos es bueno; pero para mí son tambien buenos y verdaderos los Dioses de mi patria. ³ Cuentan sin embargo, que recabaron de él la promesa de que no volveria á tomar parte en los sacrificios humanos; pero con todo, diariamente se celebraban en los templos principales de la capital, y el pueblo profesaba aquel sanguina-

¹ Ibid, cap. 98.

² Segun Solís, el demonio cerraba sus corazones contra aquellos buenos hombres; aunque en opinion del historiador no hay prueba alguna de que el maligno consejero haya vuelto á aparecer y á conversar con Moteuczoma, despues de planteada la bandera de la Cruz por los españoles. Conq. lib. 3, cap 20.

rio culto con tanta ceguedad, que los españoles no habrían podido oponerse abiertamente á él, á lo menos por entonces, sin correr grandes riesgos.

Moteuczoma manifestó el deseo de entregarse á los placeres de la caza, de la que en otro tiempo había sido apasionado: los bosques reales estaban del otro lado del lago, por manera que Cortés propuso llevarle á ellos, embarcado con toda su comitiva en los bergantines que ya se habían acabado de construir. Eran estos de gran tamaño y de muy fuerte construcción: el mayor de ellos montaba cuatro falconetes ó cañoncitos: sobre la cubierta había un toldo vistosamente pintado y en el mástil flotaba una magestuosa bandera de Castilla. A bordo de este aunque tuvo Moteuczoma ocasión de admirar la habilidad náutica de los blancos. Embarcóse el monarca con un gran acompañamiento de magnates aztecas y una guardia numerosa de españoles. La fresca brisa soplaba blandamente sobre las ondas, y el velero bergantín en breves momentos dejó tras sí la nube de leves piraguas que oscurecía la superficie del lago. Parecióles á los naturales que era aquella nave un ser viviente que desdeñando toda ayuda humana, era conducido por sus blancas velas como en alas del viento; al mismo tiempo que los truenos que salían de sus costados y que por la primera vez interrumpían el silencio de aquel ma-

interno, anunciaban que aquel bello fantasma iba armado del terror. ¹

Había en los bosques reales gran copia de animales, algunos de los cuales cazaba el monarca por medio de flechas, y otros caían en las redes ó trampas que les tendían los servidores de Moteuczoma: En aquellos ejercicios venatorios; mientras estaba en sus selváticos dominios, parecía que gozaba éste de todas las dulzuras de la libertad; pero no era mas que una sombra de libertad, porque en sus bosques, en sus cuarteles, en su hogar, fuera de él, en todas partes, no tenía mas que una sombra de soberanía, en todas partes le perseguía tenazmente la mirada del español.

Mas en tanto que él se entregaba sin resistencia á este hado ignominioso, otros contemplaban las cosas de muy distinta manera. Entre estos estaba Cacama, señor de Tetzcoco, jóven que apenas tenía veinticinco años; pero que era muy respetado por sus prendas personales y mayormente por su intrepidez. Era el mismo príncipe á quien Moteuczoma había enviado á recibir á los españoles cuando entraban en el valle mexicano. Cuando por la primera

¹ Bernal Diaz, cap. 99. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 88.

² Algunas veces cazaba con un tubo ó especie de escopeta de viento con la que arrojaba municiones á los conejos y pájaros. "La caza á que Moteuczoma iba por la laguna era á tirar á pájaros y á conejos con cerbatana de la cual era diestro." Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 8, cap. 84.

vez se debatió en el consejo la manera con que debía recibírseles, fué de dictámen que se les oyese como á diputados de un príncipe extranjero y que si pretendían otra cosa que lo que aparentaban, se hiciese oportunamente armas contra ellos. El pensó que era llegado el momento de verificarlo.

En la primera parte de esta obra ha visto el lector la historia antigua de la monarquía *acollhua* ó *tetzcocana*, engreida rival de la azteca en poderío y superior á ella en civilizaci6n. ¹ Bajo el último reinado, el de Netzahualpilli, su territorio habia sido gravemente menoscabado á causa de las arterías de Motenczoma que insidiosamente fomentaba los disturbios y grerras intestinas. A la muerte del príncipe tetzcocano trabóse una sangrienta guerra de sucesi6n entre el hijo mayor Cacama y su ambicioso hermano Ixtlilxochitl. Originóse de ella la partici6n del territorio, tocando al último las montañosas regiones del norte, y el resto á Cacama. Aunque cercenada en gran parte de sus dominios hereditarios, la ciudad de Tetzcoco era de por sí tan importante, que el señor de ella ocupaba un lugar distinguido entre los reyezuelos del Valle mexicano. La capital contenia en tiempo de la conquista, segun asegura Cortés, ciento y cincuenta mil habitantes. ²

¹ Véase antes el libro 1° cap. 6°

² "E llámase esta ciudad Tetzcoco, y será de hasta treinta mil vecinos." (Rel. seg., en Loreozana, pag. 94.) Segun el licencia. op el número de los habitantes era doble: *sesenta mil vecinos*

la hermoreaban grandes edificios, rivales de los de México, y cuyas ruinas que aun se encuentran en su antiguo sitio, atestiguan que sirvieron de morada a grandes príncipes. ¹

El jóven señor de Tetzcoco miró con indignacion y no sin desprecio, la conducta cobarde de su tio: procuró animarle á tomar una resoluci6n varonil; pero fué en vano. Entonces formó una liga con varios caciques convecinos para rescatar á su rey y sacudir el yugo de los extrangeros. Convocó al señor de Iztapalapam, hermano de Motenczoma, al de Tlacopan y á algunos otros de los mas poderosos, y les encontró dispuestos á entrar en

Carta, MS.) Esto apenas es creible, pues México no tenia mas Toribio dice que la ciudad ocupaba una legua de largo y seis de ancho. (Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 7.) Esto supondria una estension muy considerable; pero debe advertirse que el lenguaje de los antiguos cronistas no es de lo mas exacto

¹ Un testigo ocular nos ha dejado la descripci6n de la capital en sus tiempos de mayor gloria. "Esta ciudad era de la segunda cosa principal de la tierra, y así, habia en Tetzcoco muy grandes edificios de templos del Demonio, y muy gentiles casas y aposentos de señores, entre los cuales fué muy cosa de ver la casa del señor principal, así la vieja con su huerta cerrada de mas de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy día están los mas en pié, aunque la casa está asolada: otra casa tenia en que se podia aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque que por debajo de tierra solian entrar á él con barcas." (Hist. de las Ind., parte 3, cap. 7.) Los últimos rescos de la ciudad se emplearon en hacer fortificaciones, cuando la guerra de insurrecci6n de 1810. (Ixtlilxochitl, *venida de los Esp.* pág. 78, nota.) Tetzcoco es hoy un insignificante lugarejo con una poblaci6n de algunos miles. Los restos de su antigua arquitectura parece que hicieron en el ánimo de Mr. Bullock mas impresi6n que en los demas viajeros. (Seis meses en México, cap. 87.)

la alianza. Instó igualmente á la nobleza azte pero ella se rehusó á dar ningun paso que no fuera previamente autorizado por el emperador. ¹ Ella profesaba sin duda alguna un respeto profundo á su señor; pero es probable que los celos y las rivalidades con Cacama hayan tenido parte en la resolución; mas sean cuales fueren los motivos, lo cierto es que con su negativa dejó que se perdiese la mejor oportunidad que podia presentársele de recobrar la libertad de su soberano y de afianzar su propia independencia. ²

Estas intrigas no fueron tan secretas que no lle-

1 "Cacama reprendió ásperamente á la Nobleza Mexicana, porque consentia hacer semejantes desacatos á cuatro extrangeros y que no les mataban, se excusaban con decirles que les iban á la mano y no les consentian tomar las armas para libertarlo y tomar á una tan gran deshonra como era la que los extrangeros les habian hecho en prender á su señor y quemar á Quauhpopoca, los demas sus hijos y deudos sin culpa, con las armas y municion que tenían para la guarda y defensa de la ciudad, y de su autoridad tomar para sí los tesoros del rey y de los Dioses, y otras libertades y desvergüenzas que todos los dias pasaban y aunque todo esto veian lo disimulaban por no enojar á Moteuczoma que tan amigo y casado estaba con ellos." Ixtlixochitl, Hist. Chief. MS., cap. 86.

2 Tal es el lenguaje de Cortés. "Y este señor se rebeló así contra el servicio de V. A. á quien se habia ofrecido, como contra el dicho Moteuczoma." Rel. seg. en Lorenzana, pag. 15. Voltaire con esa facilidad que tiene para encontrar en todas partes el ridiculo, habla de esta arrogancia en su tragedia de Alzira:

Tu vois de ces tyrans la fureur despotique
Il pensent que pour eux le Ciel fit l'Amérique,
Qu'ils en sont nés les rois, et Zamore á leurs yeux,
Tout souverain qu'il fut, n'était qu'un séditieux."

Alzira, Act. 4, sec. 3.

gasen al conocimiento de quien con su prontitud acostumbrada habria ido al punto á Tetzcoco y estinguido la chispa de la insurreccion antes de que hubiese producido un incendio; mas disuadió Moteuczoma haciéndole presente que Cacama era hombre resuelto y disponia de numerosas tropas, de manera que para vencerle se necesitaria una pugna sangrienta. El comandante consintió, pues, en negociar y envió un embajador al cacique cuya respuesta fué altanera. Cortés insistió en las negociaciones, sosteniendo la supremacia de su soberano el emperador de Castilla: á esto replicó Cacama, "que no obedecia semejante autoridad: que no conocia ni al monarca español ni á su pueblo, ni queria conocer nada de ellos." ¹ Moteuczoma, viendo que no lograba que el cacique viniese á México, le permitió que arreglase sus querellas con los españoles, entre los cuales le aseguró que estaba residiendo como amigo. Mas el jóven señor de Tetzcoco no era tan imbécil que no conociese la verdadera situacion de su tío, y dijo en contestacion: "que cuando fuese á la capital seria para rescatarla y al emperador y á los dioses, de la esclavitud en que estaban: que iria con la mano no en el pecho; sino en el puño de la espada para arrojarla

1 Gomara, Crónica, cap. 91.

á los extranjeros que habian hecho tanta mengua y afrenta á la nacion de Colhua." ¹

Cortés, irritado de aquel tono de amenaza, habria procedido inmediatamente á refrenarlo; pero Moteuczoma volvió á interponerse con maña. Dijo que tenia cerca de Cacama á muchos señores tetzcoanos á quienes pagaba su salario. ² y que mediante ellos seria fácil apoderarse de la persona de Cacama y romper la alianza sin necesidad de derramamiento de sangre. El mantenimiento de un cuerpo de asalariados en la corte de los príncipes vecinos, era una invencion sutil que prueba que los bárbaros de Occidente conocian la ciencia de las intrigas políticas tanto como algunos de los príncipes de mas allá de los mares.

Instigado por estos infieles nobles, consintió Cacama en tener una conferencia relativa á la proyectada invasion, en una villa que estaba á orillas del lago de Tetzcoco, no lejos de la capital del mismo reino. La tal villa, como las mas de su género, estaba construida de suerte que podian entrar las canoas por debajo de los principales edificios; así es

¹ "Y que para reparar la religion y restituir los dioses, guardar el reino y cobrar la fama y libertad á él y á México, iria muy buena gana, mas no las manos en el seno, sino en la espada para matar á los españoles que tanta mengua y afrenta habian hecho á la nacion colhua. Ibid. cap. 91.

² "Pero que él tenia en la su tierra del dicho Cacamatzin muchas personas principales que vivian con él y les daba su salario, Rel. seg. en Lorenzana, pág. 95.

que, estando en la mitad de la conferencia, se hicieron los conspiradores dueños de Cacama, le sumieron en una de aquellas canoas dispuestas al intento, y le condujeron á México. Llevado á la presencia de Moteuczoma, no se abatió en nada el altivo porte del bien templado magnate. Echó en cara al monarca su perfidia y su cobardía, indignas de su antiguo carácter y del lustre y honra de la familia de que descendia. Contóle esto el emperador á Cortés, quien, teniendo muy en poco la dignidad régia de un príncipe indio, le puso con grillos.

A la sazón estaba en México un hermano de Cacama mucho mas jóven que él: á instigaciones de Cortés, Moteuczoma, alegando que su sobrino habia perdido por su última *rebelion* los derechos al trono, le declaró depuesto y nombró en su lugar á *Cuicuitzca*; ¹ porque es de saberse que el emperador azteca siempre habia ejercido una autoridad suprema en las cuestiones relativas á la sucesion. Bien que este era un ilegítimo ejercicio de ellos, los tetzcoanos accedieron con blanda docilidad; probando así que ó la fidelidad valia poco para ellos, ó lo que es mas probable, que tenian gran miedo á

¹ Ibid, págs. 95, 96. ² Oviedo, Hist. de las Ind, lib. 23, cap. 8. Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. MS., cap. 86.

Este último escritor escusa la prision de Cacama con la oportuna reflexion de que "esto sacó á los españoles de grandes aprietos y facilitó la propagacion de la fé católica."

los españoles. Pero lo cierto es que el nuevo príncipe fué recibido en la capital con aclamaciones.¹

Faltaba á Cortés tener en sus manos á los otros señores que habian entrado en la alianza; lo que no era difícil de conseguir, pues la autoridad de Moteuczoma era absoluta en todas partes, excepto en su mismo palacio. Por mandato suyo fueron hechos prisioneros todos los caciques, puestos en cadenas y traídos á México, donde Cortés los puso en severa incomunicacion con su caudillo.²

Ya habia triunfado de todos sus enemigos: habia asentado la planta sobre el cuello de los príncipes, y habia hecho servir al emperador azteca de dócil instrumento de sus miras. El primer uso que hizo del poder fué cerciorarse de los recursos de la monarquía: envió á muchos españoles guiados por los naturales, á explorar las diferentes regiones del país en que hubiese oro, el cual se en-

1 Cortés llama á este príncipe *Cucuzca* (Rel seg., pág. 96). En la ortografía de los nombres aztecas se dejaba llevar el general de su oído; y se equivocaba de diez veces, nueve. Bustamante en su catálogo de príncipes tetzcocanos le omite enteramente, acaso juzgando que fué un intruso que no merece ser contado entre los legítimos soberanos de aquella tierra. [Galería de antiguos príncipes, Puebla, 1821.] Sahagun tambien ha esluído su nombre de la genealogía real de Tetzcoco.

2 Si hemos de creer á Solís, la excesiva lenidad que mostró Cortés en esta ocasión, escitó general admiracion en todo el imperio. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Moteuczoma semeiante moderacion. Conquista, lib. 4, cap. 2.

contró en mayor abundancia en el lecho de rios que distaban muchas millas de la capital.

Otro de sus primeros cuidados fué averiguar si habia algun puerto donde gurrecerse en la costa del Atlántico, porque la rada de Veracruz no daba abrigo contra las tempestades que en ciertas estaciones arrasan aquellas playas. Moteuczoma le enseñó un mapa donde estaban trazadas las costas del golfo con regular exactitud.¹ Cortés, despues de examinarlo con cuidado, envió una espedicion compuesta de diez españoles, muchos de ellos pilotos y de algunos aztecas, para que bajase á Veracruz y explorase la costa hasta cerca de sesenta leguas al sur de esta ciudad; hasta el gran rio Coatzacoalco, que parecia ofrecer y ofrecia en efecto, las mejores comodidades para un buen puerto. Se escogió un sitio propio para una fortificacion y se envió un destacamento de ciento cincuenta hombres á las órdenes de Velazquez de Leon, para que fundasen allí una colonia.

El general obtuvo ademas la gracia de un vasto terreno en la fértil provincia de Oajaca, donde propuso hacer un plantío en beneficio de la corona. Reunió allí todos los animales domesticados peculiares del país, y todas las semillas y plantas indígenas que podian dar buenos productos de esporta-

1 Relac. seg. en Lorenzana, pág. 91.

cion. En breve tiempo puso aquel terreno en tan buen estado por su cultivo, que aseguró á su dueño el emperador Carlos V, que valia veinte mil onzas de oro.¹

¹ "Damas quae dant," dice brevemente Mártir, hablando de esta valuación. (De Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.) Cortés trae las noticias que le dieron sus gentes de los bellos y amplios edificios de Oajaca. (Relac. seg., pág. 89.) Todavía se encuentran dignas muestras de la arquitectura india, en las ruinas de Mitla.

CAPITULO V.

MOTEUCZOMA JURA VASALLAGE Á ESPAÑA.

TESOROS REALES.—SU REPARTICION...

CULTO CRISTIANO EN EL TEOCALLI.

—DISGUSTO DE LOS AZTECAS.

(1520.)

Cortés conoció que su autoridad ya estaba sólidamente asentada para poder exigir á Moteuczoma que reconociese la soberanía del emperador español, cosa á que el azteca se habia mostrado dispuesto desde su primera entrevista con los blancos. Por consiguiente no tuvo obstáculo en convocar á todos sus caciques con este objeto. Ya que estaban reunidos, les dirigió una breve alocucion en que les esponia el objeto de su congregacion. Díjoles que todos ellos sabian la antigua tradicion de que el gran señor que en otro tiempo habia go-

cion. En breve tiempo puso aquel terreno en tan buen estado por su cultivo, que aseguró á su dueño el emperador Carlos V, que valia veinte mil onzas de oro.¹

¹ "Damas quae dant," dice brevemente Mártir, hablando de esta valuación. (De Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.) Cortés trae las noticias que le dieron sus gentes de los bellos y amplios edificios de Oajaca. (Relac. seg., pág. 89.) Todavía se encuentran dignas muestras de la arquitectura india, en las ruinas de Mitla.

CAPITULO V.

MOTEUZOMA JURA VASALLAGE Á ESPAÑA.

TESOROS REALES.—SU REPARTICION...

CULTO CRISTIANO EN EL TEOCALLI.

—DISGUSTO DE LOS AZTECAS.

(1520.)

Cortés conoció que su autoridad ya estaba sólidamente asentada para poder exigir á Moteuczoma que reconociese la soberanía del emperador español, cosa á que el azteca se habia mostrado dispuesto desde su primera entrevista con los blancos. Por consiguiente no tuvo obstáculo en convocar á todos sus caciques con este objeto. Ya que estaban reunidos, les dirigió una breve alocucion en que les esponia el objeto de su congregacion. Díjoles que todos ellos sabian la antigua tradicion de que el gran señor que en otro tiempo habia go-

bernado aquella tierra, ofreció volver un día y reasumir su imperio; que este día había llegado: que los blancos venían de las regiones donde sale el sol mas allá de las aguas, del lugar á donde se había retirado el buen Quetzalcoatl; que eran enviados por su señor, á reclamar la obediencia que le debían sus antiguos súbditos: que en cuanto á sí mismo, estaba pronto á reconocer su autoridad. "Durante muchos años," continuó, "que he gobernado en el trono de mis abuelos, habeis sido mis fieles vasallos; yo espero que me presteis este último acto de obediencia reconociendo por vuestro señor al gran rey que impera mas allá de los mares, y que le pagareis tributo, del mismo modo que á mí me lo habeis pagado." ¹ Al acabar de decir estas palabras, su voz quedó casi ahogada por la emoción, y las lágrimas bañaron sus mejillas.

Los nobles, muchos de los cuales por residir muy lejos de la corte, no estaban al tanto de los cambios acaecidos en ella, quedaron atónitos al escuchar tales palabras y al ver el abajamiento voluntario de su señor, á quien hasta entonces habían acatado co-

¹ "Y mucho os ruego, pues á todos es notorio todo esto que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitán: y todos los tributos y mercedes que hasta aquí á mí me haciades, los haced y dad á él, porque yo á sí mismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare." Rel. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 97.

mo al señor omnipotente del Anáhuac; y lo que mas les podia era ver su abatimiento. ¹ Replicáronle que siempre habían tenido por ley la voluntad de su emperador: que así sería ahora, y que si él creía que el rey de aquellos extrangeros era el antiguo soberano de esta tierra, estaban prontos á reconocerle como á tal. En seguida prestaron el juramento de vasallage con todas las solemnidades acostumbradas, en presencia de los españoles, tomando razon el notario real de todo lo acaecido, para enviar la relacion á España. ² Tenia quien sabe qué de interesante aquella ceremonia, en que un monarca absoluto é independiente, cediendo mas bien á los preceptos de la conciencia que á los del miedo, abdicaba sus derechos hereditarios en favor de un desconocido y misterioso monarca. Aquel espectáculo conmovió aun á los hombres de hierro que tan

¹ "Lo cual todo les dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podia manifestar; asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo, lloraban tanto que en gran rato no le pudieron responder." Ibid, loco citato.

² Solís considera que esta ceremonia como que suplió la falta de legitimidad que antes de ella tenían los españoles: estas consideraciones son curiosas hasta en un casuista consumado. "Y siendo una como insinuación misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas, sobre justa provocación, como lo veremos en su lugar: circunstancia particular que ocurrió en la Conquista de México, para mayor justificación de aquel dominio, sobre las demas consideraciones que no solo hicieron lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable siempre que se puso en término de medio necesario para la introducción del Evangelio." Conquista, lib. 4, cap. 3.

sin escrúpulo estaban abusando de la credulidad de los indios; por manera que aunque aquello "estaba en el orden regular," como dice un antiguo cronista, "sin embargo, no hubo un español que viera con ojos juntos semejante espectáculo."¹

La noticia de tan estraños sucesos se propagó al punto por la capital y el imperio. Todos veían en aquello el dedo de la Providencia: la antigua y vulgar tradición sobre Quetzalcoatl revivió en la memoria de todos, hasta con sus mas pequeñas circunstancias; decían que era también parte de esta tradición que la línea azteca se extinguiría en Moteuczoma, cuyo nombre, que significaba literalmente

1 Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 101. Solís, Conquista, loco citato. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 9, cap. 4. Ixtlil-xochitl, Hist. Chich., cap. 87.

Oviedo vé en las lágrimas y pena de Moteuczoma, una prueba suficiente de que aquel vasallage, lejos de ser voluntario era exigido por la fuerza. Este historiador parece que vió la trama de los sucesos mas claramente que muchos de los que en ellos figuraron como actores. "Y en verdad, si como Cortés lo dice ó escribió, pasó en efecto, muy gran cosa me parece la conciencia y liberalidad de Moteuczoma en esta su restitucion y obediencia al rey de Castilla, por la simple y cautelosa informacion de Cortés que le podia ser para ello. Mas aquellas lágrimas con que dice que Moteuczoma hizo su osacion é amonestamiento, despejándose de su señorío, y las de aquellos con que les respondieron aceptando lo que les mandaba y exhortaba; y á su parecer su llanto queria decir ó enseñar otra cosa de lo que él y ellos dijeron; porque las obediencias que se suelen dar á los príncipes con cámaras y con risas, é diversidad de música é leticia en señales de placer se suele hacer: é no con lucto ni lágrimas y sollozos ni estando preso quien obedece; porque como dice Marco Varron: lo que por fuerza se da no es servicio, sino robo." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 9.

señor triste ó desgraciado, se tenía por un agujero de su funesto destino.¹

Luego que Cortés hubo asegurado la corona de Castilla, este gran feudo trató de persuadir á los magnates aztecas que seria conveniente que cada uno de ellos mandara al monarca español un presente con que ganarse su favor y probarle la lealtad de sus nuevos vasallos.² Moteuczoma consintió en que sus colectores recorriesen las provincias y ciudades acompañados de algunos españoles, para recoger el tributo acostumbrado, en nombre del monarca castellano. Dentro de pocas semanas ya estaban de vuelta los mas de ellos, cargados de oro, plata, ricas telas y demas artículos de comodidad en que ordinariamente se pagaban los impuestos.

A esto añadió Moteuczoma por su propia cuenta, el tesoro del rey su padre, Axayacatl, de cuyo tesoro ya hemos dado noticia, y una parte del cual habia sido ya repartido á los españoles. Aquel tesoro era el fruto de una acumulacion lenta y dilatada, acaso de desapiadadas estorsiones cometidas por un príncipe muy ageno de imaginarse cuál seria el destino de tantas riquezas. Cuando las transportaron á los cuarteles, se vió que solo el oro bas-

1 Gomara, Crónica, cap. 92. Clavigero, Stor. del Mess. tom. II, pág. 256.

2 "Pareceria que ellos comenzaban á servir, y V. A. tendria mas concepto de las voluntades que á su servicio mostraban." Rel. Seg. en Lorenzana, pág. 98.

taba para hacer tres grandes montones: parte de él estaba en granos brutos, parte fundido en barras, y el resto que era la porción mas considerable, en utensilios, adornos y juguetes curiosos é imitaciones de aves, insectos y flores, ejecutadas con rara fidelidad y primor. Había además gran número de collares, brazaletes, varas, abanicos y otras curiosidades, en que el oro y el rico plumage estaban salpicados de perlas y piedras preciosas, siendo muchos de estos objetos mas admirables por su manufactura que por el valor de los materiales; ¹ tales, en fin, que (refiriéndonos á lo que dice Cortés y á lo que confirma otro testigo ocular no fácil de alucinarse) ningún monarca de Europa podia vanagloriarse de tener nada que pudiese competir con aquello! ²

No obstante la magnificencia del regalo, Moteuczoma mostró sentimiento de que no fuese mas considerable; aunque lo disminuía, según dijo, la consi-

¹ Pedro Martir, creyendo que era algo estravagante el juicio de Cortés, lo confirmó con testimonios. "Referunt non credenda: credenda tamen quando vir talis ad Caesarem et nostri collegii Indici senatores audeat escribere. Adde insuper se multa, praetermittere, ne tanto," recenseno sit molestus. *Idem affirmant qui ad nos inde regreduntur.* De Orbe Novo., dec. cap. 3.

² "Las cuales demas de su valor eran tales y tan maravillosas que consideradas por su novedad y estrañeza no tenían precio, ni es de creer qua alguno de los príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales y de tal calidad." Rel. Seg. pág. 99. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 9. Bernal Diaz, ap. 104.

deracion de los presentes que antes habia hecho á los blancos. "Tened esto, Malinche," añadió, "y recordad en vuestros anales que Moteuczoma se lo envia á vuestro príncipe. ¹

Los españoles veian con ojos codiciosos la ostentacion de tantas riquezas, ² hoy suyas, superiores á todas las que habian visto en el Nuevo-Mundo y aun á las que habian imaginado en sus sueños dorados. Puede ser que algo les haya mortificado el contraste entre su avaricia y liberalidad del príncipe; así se deja coleccionar, á lo menos, de los respetuosos y humildes homenajes que le tributaron al darle las gracias por aquellos dones. ³ Sin embargo, no fueron tan delicados que se rehusasen á tomar el donativo, una pequeña parte del cual, fué la que únicamente entró en las arcas reales. Reclamaron con instancia que se hiciese la reparticion del tesoro, la cual el general queria dejar para despues que se recibiesen los tributos de las provincias mas apartadas. Se mandó traer á los plateros de Aztecapo-

¹ "Decille en vuestros anales y cartas: esto os envia vuestro buen vasallo Moteuczoma." Bernal Diaz, ubi supra.

² "Fluctibus auri. Expleri callor ille nequit."

Claud. in Ruf, lib. I.

³ "Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Moteuczoma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas y le dimos que se lo teniamos en merced y con palabras de mucho jmor." Oviedo, Bernal Diaz, ubi supra.

zalco para que redujesen á pedazos los objetos de oro, menos aquellos que estaban muy curiosamente trabajados: tres días se necesitaron para esta operación, despues de la cual quedó todo el oro reducido á tejos con las armas reales grabadas.

Algunas dificultades se encontraron para hacer la repartición, á causa de la falta de pesos, cosa que (por estraña que parezca en un pueblo tan adelantado en la civilización) era desconocida de los aztecas. Sin embargo, esta falta se suplió por medio de medidas y pesos que hicieron los españoles mismos y probablemente no serian muy exactos. Así pudieron sacar el real quinto que se encontró ascender á treinta y dos mil cuatrocientos pesos de oro,¹ y segun dice Diaz, al cuádruplo de esta suma. ² Pero si se atiende á que los españoles tenían interes en no defraudar nada al erario para grangearse el favor del rey, y á que siendo Cortés el responsable de la suma de que se hablaba en la carta, no podia

1 Rel. Seg. de Cortés, pág. 99.

Esta regulación se encuentra confirmada (con diferencia de 400 onzas) por los testigos que á solicitud de Cortés, fueron citados para que vieran el monto del quinto del rey. Entre los testigos se encuentran los hombres mas respetables del ejército: Oviedo, Ordez, Avila, y los padres Olmedo y Diaz, el último de los cuales es de saberse que no era muy amigo de Cortés. El instrumento, aunque sin fecha, se encuentra en la colección de Vargas Ponce. Probanza fecha á pedimento de Juan de Lexalde, MS.

2 "Eran tres montones de oro, pesado hubo en ellos sobre seis-cientos mil pesos como adelante diré, sin plata é otras muchas riquezas." Bernal Diaz; cap. 104.

disminuirla, se verá que la cantidad que él dice es la que se puede tener por verdadera.

Por lo tanto, el valor de todo el tesoro eran ciento sesenta y dos mil pesos de oro, sin contar las joyas y adornos, cuyo valor reguló Cortés en quinientos mil ducados: fuera de esto habia quinientos marcos de plata en láminas, vasos y otros artículos de lujo. La poca cantidad de plata comparada con la de oro, forma un contraste con las proporciones relativas de los dos metales, despues de la conquista. ¹ El valor total del tesoro reducido á nuestra moneda comun y teniendo en cuenta el cambio sobrevenido en el valor del oro, desde principios del siglo XVI; el valor total del tesoro, repito, era de seis millones trescientos mil pesos ó un millon cuatrocientas diez y siete mil libras esterlinas; suma suficiente para desvanecer las inesactas y vulgares ideas que se tiénen acerca de las pocas ó ningunas riquezas que se encontraron en México: ²

1 La cantidad de plata sacada de las minas de América, excede á la de oro, en la razon de 46: 1 (Humboldt, tom. III, pág. 401.) El valor del último de estos metales, que segun Clemencia, en tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo era siete veces mayor que el de la plata, hoy es 16 veces mayor. (Memoria de la Real Acad. de Hist., tom. VI., ilustrac. 20.) Esta valuacion no difiere materialmente de la que hizo Smith despues de mediados del siglo pasado. (Riqueza de las Naciones, lib. I, cap. 11.) La diferencia habria sido mucho mas considerable, á no ser por el gran consumo que se hacia de plata para objetos de adorno y de uso.

2 Robertson, prefiriendo la autoridad de Bernal Diaz, (segun parece,) dice que el valor del tesoro subia á 600,000 pesos, (Hist. TOMO II. 21.

eran pocas, sin embargo, comparadas con las que sacaron los conquistadores del Perú; pero con todo, pocos monarcas europeos podrian hoy preciarse de tener tantas en su cofre. ¹

La repartición del tesoro era cosa no poco difícil: si se hubiese hecho con entera igualdad entre todos los conquistadores habrian tocado á cada uno mas de quince mil pesos, ¡magnífico botín! pero un quinto era de la corona; otro perteneciente al general segun el tenor de las instrucciones; una gran suma debia partirse entre él y el gobernador de Cuba para indemnizarse de los gastos de la expedición y de la pérdida de la flota: tambien debia deducirse la par-

of Amer. vol. II, págs. 296, 298.) El valor del peso, (*dollar*) es una onza de plata; mas atendiendo al demérito que ha tenido este metal, debe haber representado en tiempo de Cortés, un valor cuádruplo del que hoy representa, pero el *peso de oro* valia tres tantos de esta suma, ó lo que es lo mismo, doce pesos, sesenta y siete centavos. (Véase antes lo anterior.) Robertson rebaja algo de lo que dice el autor que siguió por texto, fundándose en la duda de que haya existido en el pais una cantidad tan considerable de uno y otro metal. La necesidad de recurrir á esta escasez para fundar tal argumento, le ha inducido el error de asegurar que el oro no era uno de los objetos de que se servian los mexicanos para regular el valor de los otros. (Véase antes el lugar citado.)

¹ Muchos de ellos de poco ó ningun oro podian hacer ostentación en sus cofres. Maximiliano de Alemania y aun el mas prudente Fernando rey de España, apenas dejaron el dinero bastante para costear sus funerales; y aun á principios del siglo pasado vemos á Enrique IV de Francia abrazar con entusiasmo á su ministro Sully, por haberle dicho éste que á fuerza de grandes economías habia en el tesoro real 36 mil libras ó 1.500,000 libras esterlinas, que valen cosa de 4.600,000 pesos mexicanos. Véanse las memorias del duque de Sully, tom. III, lib. 27.

te correspondiente á la guarnición de Veracruz: á los hidalgos principales les tocaba una liberal compensación; á los ginetes, ballesteros y arcabuceros se les dió paga doble; por manera que cuando llegó el turno de los soldados tocaron á cada uno de ellos cien pesos de oro, suma tan insignificante, comparada con lo que esperaban, que algunos se rehusaron á recibirla. ¹

Comenzaron luego las hablillas y las murmuraciones. —“¿Para esto,” decian, “hemos abandonado nuestros hogares y familias?” “Hemos arriesgado nuestras vidas, hemos padecido trabajos y escaseces, para recibir tan miserable recompensa! Mejor nos hubiera estado permanecer en Cuba y contentarnos con las ganancias seguras y fáciles de nuestro comercio. Cuando en Veracruz renunciamos á la parte del oro que nos tocaba, lo hicimos con la confianza de que en México nos seria superabundantemente pagado: es verdad que hemos encontrado aqu muchas riquezas; pero apenas las hemos visto cuando nos las han arrebatado aquellos á quienes nos fiamos.” Los descontentos llegaron aun á decir que los gefes principales se habian apropiado antes de que se partiese el tesoro, las ricas joyas; rumor que tomó algun crédito por una disputa habida entre Mexia, el tesorero de la corona, y Velazquez de

¹ “Por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir.” Bernal Diaz: cap. 105.

Leon, pariente del gobernador y favorito de Cortés. El tesorero acusaba á este hidalgo de haber ccultado algunos pedazos de oro antos de que fuesen sellados: de las palabras pasaron los contrincantes á los hechos: uno y otro eran buenos espadachines, y el negocio hubiera terminado fatalmente, á no ser por la intervencion de Cortés que á ambos impuso arresto.

Este procuró despues emplear toda su actividad é insinuante elocuencia en calmar las pasiones agitadas de sus soldados. Díjoles que le causaba gran pena ver á leales caballeros y soldados de la Cruz, disputarse el botin como lo harian los salteadores de caminos. Aseguróles que la particion habia sido hecha con perfecta igualdad y justicia: que en cuanto á lo parte que á él le habia tocado, no era mas que la que le tocaba segun su comision; pero que si sin embargo les parecia demasiada, estaba pronto á repartirla entre los soldados mas pobres, porque no era el oro, aunque codiciable, el principal objeto de su ambicion: que si era el de la de ellos, debian reflexionar que el adquirido hasta entonces era poca cosa comparado con el que encontrarian despues, puesto que eran dueños de toda aquella tierra y de sus ricas minas: que lo que se necesitaba era no dar cabida al enemigo para que aprovechándose del desorden los envolvese y destruyese. Con estas melifluas palabras de que tenia gran caudal y que sabia

emplear oportunamente, como dice un soldado viejo en cuyo provecho redundaban, ¹ consiguió aplacar por lo pronto la tempestad; tomando en lo privado las prudentes medidas de dulcificar el descontento de los pertinaces por medio de regalos; y aunque hubo algunos rencorosos que guardaron su resentimiento para otro dia, el vulgo de los soldados volvió luego á su acostumbrada subordinacion. Este fué uno de esos lances críticos en que se necesitaba de toda la habilidad y firmeza de Cortés: jamas le faltaban estas dos cualidades, pero menos en semejantes ocasiones. En Veracruz habia persuadido á los soldados á que renunciassen á lo que no era mas que la muestra de sus futuras ganancias: ahora les persuadia á que renunciassen á estas ganancias: arrancaba la presa de las garras mismas del leon ¿por qué este no se volvía á él y le devoraba?

A muchos de los soldados les era indiferente que el botin fuese mucho ó poco, porque el juego es una pasion profundamente arraigada en los españoles, y la adquisicion repentina de las riquezas presta á un mismo tiempo los medios y el motivo de entregarse á ese vicio. Sobre el pergamino viejo de los tambores se jugaba á los naipes, y en pocos dias la mayor parte del botin habia mudado de dueños; habiendo

¹ "Palabras muy melifluas.... razones muy bien dichas, y que las sabia bien proponer. Ibid, ubi supra.

soldados tan poco previsivos que acabaron la campaña tan pobres como la habian comenzado; si bien hubo otros mas prudentes que siguiendo el ejemplo de sus oficiales, por medio de los joyeros del rey, convirtieron el oro en cadenas, vajillas y otros objetos portátiles de adorno y utilidad.¹

Parecia que Cortés habia ya llenado los grandes objetos de su expedicion: El monarca indio se habia declarado espontáneamente feudario del de España: su autoridad, sus rentas, todo estaba á la disposicion de Cortés: parecia que la conquista de México se habia consumado sin necesidad de un solo golpe; pero faltaba mucho para que esto fuese cierto: aun quebaba por dar un paso de la mayor importancia, y los españoles no habian adelantado gran cosa para lograrlo: la conversion de los indios. No obstante las tentativas del padre Olmedo ayudado del talento argumentador del general:² ni Moteuczoma ni sus vasallos daban traza de querer abjurar la religion de sus mayores;³ por el contrario, los sacrificios cruen-

¹ Ibid, caps. 105, 106. Gomara, Crónica, cap. 93. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 8, cap. 5.

² Ex jure consulto. Cortesius theologus effectus. (Martir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 4.)

³ Moteuczoma llegó á adelantar tanto en la vía de la conversion, que aprendió de memoria el CREDO y el AVE MARIA; pero el bautismo se habia dejado para despues, y murió antes de recibirlo. (Ixtlilxochilt.) Es absolutamente improbable que haya consentido nunca en recibirlo. A continuacion copio las palabras literales con que el historiador pinta las infructuosas fatigas que emprendió el general para catequizar á los indios. "Cortés co-

tos eran celebrados con la mayor pompa y solemnidad, á presencia de los españoles,

Cansados de sufrir estos abominables ritos, se dirigió al monarca Cortés acompañado de algunos caballeros y dijo que los españoles no podian consentir por mas tiempo en que las ceremonias de su religion se celebrasen en el estrecho recinto de las paredes del cuartel: que deseaba propagar á lo lejos la luz de la fé y derramar sobre todo aquel pueblo los frutos de bendicion del cristianismo; á cuyo intento solicitaban que les fuese entregado el templo mayor, por ser el lugar mas adecuado para que las ceremonias cristianas se celebrasen en presencia de toda la ciudad.

Moteuczoma escuchó esta proposicion visiblemente consternado. En medio de todas sus desgracias habia encontrado apoyo en su fé, tanto que por obedecerla habia mostrado tantas deferencias á los españoles, creyéndoles los misteriosos mensageros predichos por sus oráculos. "¿Por qué, dijo, por qué, Malinche, llevais estas cosas hasta un estremo tal

menzó á dar orden de la conversion de los naturales, diciéndoles, que pues eran vasallos del rey de España, que se tornasen cristianos como él lo era, y así se comenzaron á bautizar algunos aunque fueron muy pocos; y Moteuczoma aunque pidió el bautismo y sabia algunas de las oraciones como eran el Ave María y el Credo, se dilató por la Pascua siguiente que era la de Resurreccion, y fué tan desdichado que nunca alcanzó tanto bien, y los nuestros con la dilacion y aprieto en que se vieron, se descuidaron, de que pesó á todos mucho de que muriese sin bautismo." Hist. Chich., MS., cap. 87.

que provocais indefectiblemente la venganza de nuestros dioses y la insurreccion de mi pueblo que jamas consentirá que sus templos sean profanados de tal suerte?"¹

Cortés al ver al emperador cuán conmovido estaba, hizo seña á los que le acompañaron de que se retirasen: cuando estuvo solo con aquel y los intérpretes, le aseguró que se prevaldria de toda la influencia que tenia entre sus compañeros para que moderasen su celo y se contentasen con uno de los santuarios del teocalli; pero que si esto no se le concedia se verian obligados á tomarlo por la fuerza y derribarian las imágenes de los falsos dioses, en presencia de la ciudad entera. "No tememos por nuestras vidas," añadió, "porque aunque pocos en número, el brazo de Dios es con nosotros." Moteuczoma lleno de agitacion le contestó que lo discutiría con los sacerdotes.

El resultado de la conferencia fué favorable á los españoles, á quienes se concedió que tomasen uno de los santuarios para celebrar el culto católico. Aquella nueva esparció el gozo por todo el campamento cristiano, pues que ya podian ir á la mitad del dia á publicar su religion á la ciudad reunida:

¹ "O Malinche, y como nos quereis echar á perder toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun nuestras vidas no sé en qué pararán." Bernal Diaz, etap. 107

No perdieron un instante en aprovecharse del permiso: asearon el santuario de sus asquerosas manchas; se erigió un altar en que fué colocada la Cruz y la imagen de la Virgen: en vez de oro y pedrerías que adornaban las aras del santuario pagano: el suyo estaba engalanado con guirnaldas de frescas flores; y un veterano estaba guardando la entrada de la capilla.

Luego que estuvieron completos estos preparativos, subió el ejército en procesion solemne dd la tortuosa escalera de la pirámide. Entraron en la capilla y colocados bajo sus pórticos, oyeron severamente la misa celebrada por los padres Olmedo y Diaz; y al entonar el hermoso *Te-Deum*, se arrodillaron Cortés y sus soldanos, y con las lágrimas en los ojos dieron gracias al Altísimo por este triunfo de la Cruz.¹

¡Sorprendente espectáculo el que ofrecian aquellos rudos guerreros elevando sus oraciones en la

¹ Sobre este punto hay entre los historiadores mas discrepancia de la que es corriente. Cortés asegura al emperador que ocupó el templo y derribó los falsos dioses, por viva fuerza y menospreciando las amenazas de Moteuczoma. (Relac. seg., pág. 106.) La inverosimilitud de semejante hazafia quijotesca la prueba Oviedo, que hace mencion de ella. (Hist. de las Ind., MS., lib. 23, cap. 10.) Parece que el general tenia grandísimo empeño en ponderar su vivísimo celo apostólico á los ojos de su soberano. El dicho de Diaz y de otros historiadores que están acordes en lo referido en el texto, me ha parecido mucho mas probable. Diaz, Hist. de la Conq., ubi supra. Herrera, Hist. General. dec. 2, lib. 8, cap. 6. Argensola, Anales, lib. 1, cap. 88.

cumbre del templo mayor del imperio mismo de la gentilidad, y en el sitio mismo destinado á sus detestables misterios! Uno al lado del otro, estaban arrodillados haciendo preces; el español y el azteca; y el dulce acento del himno de amor y de gracia del cristiano, se confundía con el áspero canto que entonaba el sacerdote indio en honor del dios de la guerra de Anáhuac! ¡Semejante union no era natural ni podia durar largo tiempo!

Una nacion soporta cualquiera ultrage mejor que el de su religion; porque este hiere á la vez sus preocupaciones y sus principios: choca con las ideas en que ha sido imbuida desde la infancia, que han crecido conforme ella ha ido creciendo, y que por último ha llegado á formar parte de su existencia misma; porque esta religion, en fin, abraza los intereses mas importantes de esta vida y los mas terribles de la otra. Los ataques á la religion ofenden á todos igualmente: al anciano y al jóven, al rico y al pobre, al noble y al plebeyo; pero sobre todo, ofenden al sacerdocio cuya influencia descansa enteramente en el acatamiento á la religion, y el sacerdocio en las sociedades semi-civilizadas ejerce un influjo ilimitado. Así sucedia con los brahmas en la India, los magos en Persia, los clérigos católicos en la edad media, y finalmente, con los sacerdotes del Egipto antiguo y de México.

El pueblo habia sobrellevado con paciencia todos

los agravios y afrenta que hasta entonces le habian inferido los españoles: habia visto á su soberano arastrado como cautiva de su palacio: á sus ministros quemados en su presencia: apoderarse y repartirse el tesoro real, y al emperador destituirle de su suprema autoridad: todo esto habia visto sin hacer conatos para impedirlo; pero la profanacion de los templos heria vivamente sus sentimientos que el sacerdocio supo poner en juego y aprovechar.¹

La primera señal de este cambio de disposiciones hácia los españoles, la dió Motecuzoma que en vez de su afabilidad ordinaria se mostró grave y recóndito, y que en vez de buscar como lo habia acostumbrado, la sociedad de los españoles, parecia huirla. Súpose tambien que conferenciaba mas frecuentemente con sus nobles y mayormente con los sacerdotes. El pagecillo Orteguilla que ya habia adquirido regulares conocimientos en la lengua azteca, era excluido, contra lo acostumbrado por Motecuzoma, de aquellas conferencias. Todas estas

¹ "Para mí le tengo por maravilla é grande la mucha paciencia de Motecuzoma y de los indios principales que así vieron tratar sus templos é ídolos. Mas su disimulacion adelante se mostró ser otra cosa viendo que una gente extranjera y de tan poco número les prendió su señor é porqué formos les hacia tributarios, é se castigaban y quemaban los principales, é se aniquilaban y disipaban sus templos, é hasta en aquellos que sus antecesores estaban. Recia cosa me parece sopertarla con tanta quietud; pero adelante como lo dirá la Historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estas cosas oculto en todos los indios generalmente." Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 10.

circunstancias no pudieron menos de despertar las sospechas de los españoles.

No pasaron muchos días sin que recibiese Cortés una invitación, ó mejor dicho, una orden del emperador para que se presentase en su aposento. El general tuvo al ir cierta ansiedad y desconfianza, y tomó para que le acompañasen á Olid, capitán de la guardia, y á otros dos ó tres hidalgos dignos de confianza. Recibiéndoles Moteuczoma con tibia urbanidad, y dirigiéndose al general le dijo que todas sus predicciones habian salido fallidas: que sus dioses habian quedado ofendidos de la profanación de sus altares: que habian amenazado á los sacerdotvs con destruir la ciudad, si no eran arrojados de ella los extrangeros sacrílegos, ó mejor dicho, si no eran sacrificados en los altares en expiación de sus crímenes. ¹ El emperador aseguró á los cristianos que aquello se lo decía por su bien, y concluyó diciéndoles: "que si en algo estimaban sus vidas, abando-

² Segun Herrera, el Diabolo mismo es quien aconsejaba todo esto á Moteuczoma, y aun refiere la sustancia del diálogo habido entre éste y el espíritu infernal. (Historia General, dec. 2, lib. 9, cap. 6.) La aparición de Satanás en forma corpórea es cosa que sostiene los mas escritores de aquella época. Oviedo, uno de los mas ilustrados en otras materias, sobre esto no muestra serlo mucho, "Porque la misa y evangelio que predicaban y decian los cristianos, le [al Diabolo] daban gran tormento; y débese pensar si verdad es, que esas gentes tienen tanta conversacion y comunicacion con nuestro adversario, como se dice por cierto en estas Indias, que no le podia á nuestro enemigo placer con los misterios y sacramentos de la sagrada religion cristiana." Hist. de las Ind. lib. MS. 33, cap. 47.

nasen sin tardanza la ciudad, pues solo con alzar un dedo, no habrá en la tierra azteca uno que no tomase las armas en contra de ellos." No habia razon para dudar de la sinceridad de aquellas palabras, porque cualesquiera que sean los daños que los blancos imputen á Moteuczoma, siempre los reverenció como á hombres de una raza mas privilegiada que la suya, y aun á muchos de ellos les cobró un afecto singular, resultado seguramente de las deferencias que le guardaban ó de las bellas prendas personales que les adornaban.

Cortés sabia reprimir demasiado sus sensaciones, para dejar traslucir toda la sorpresa que le causaba aquella intimación. Replicó con admirable frialdad que sentia mucho tener que salir de la capital tan precipitadamente y sin tener naves en qué embarcarse para dejar el país; mas que si no fuera por esto, saldria al punto; sintiendo tambien sobremas, si se iba en aquellas circunstancias, tener que llevarse consigo al emperador.

Esta última indicación turbó evidentemente á Moteuczoma. Preguntó cuánto tiempo se tardarian en construir las naos, y propuso llevar á la costa suficiente número de operarios para ayudar á los españoles en la construcción de ellas; ofreciendo que procuraria reprimir la impaciencia de su pueblo, al cual tranquilizaria ofreciéndole que los blancos dejarían la tierra tan luego como tuviesen proporción

de hacerlo. Cumplió su palabra: despachó gran número de artesanos aztecas en compañía de los mas espertos carpinteros españoles; y luego que bajaron á Veracruz comenzaron á cortar la madera suficiente para construir los buques en que debian trasladarse los blancos á su país. La construccion de las naves caminaba en apariencia con gran celeridad; pero segun dicen, los encargados de dirigirla recibieron instrucciones secretas en que les prevenia el general que usasen de todas las demoras posibles, para dar tiempo á que llegasen de Europa los refuerzos necesarios para mantenerse en el país.¹

El aspecto de los negocios habia cambiado enteramente en los cuarteles españoles: en vez del reposo y la confianza á que se habian abandonado; experimentaban los mas funestos temores, no menos opresores por ser invisibles; á la manera que la ligera mancha que ve encima del horizonte el que viaja

¹ "E Cortés proveyó de maestros y personas que entendiesen en la labor de los navios, é dijo despues á los españoles desta manera: Señores y hermanos, este señor Moteuczoma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan Navios. Id con estos indios é córtese la madera; é entro tanto Dios proveerá de gente é socorro; por tanto poned tal dilacion que parezca que hacéis algo, y se haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escribid y avisad qué tales estais en la Montaña. é que no sientan los indios nuestra disimulacion. E así se puso por obra." (Oviedo, ubi supra.) Gomara, Crónica, cap 95.) Diaz niega que hubiese dado Cortés tales órdenes secretas, alegando que Martín López, el principal constructor, le aseguró que se dieran toda la prisa posible por echar al agua tres naves. Hist. de la Conq., cap. 108.

por los trópicos, es para el inesperto observador una leve nubecilla del otoño; pero para el marino experimentado es el presagio de un huracan. Tomáronse cuantas precauciones dictaba la prudencia. Los soldados al entregarse al reposo sobre las esteras, se ponian sus armaduras: comian; bebian. dormian al lado de sus armas: los caballos estaban siempre listos, con el freno pendiente de la silla: los cañones estaban situados en las avenidas del cuartel y prontos á dar fuego: habia centinelas dobles; y todo el mundo, fuera cual fuese su calidad y gerarquía, montaba guardia. El cuartel estaba en estado de sitio. ¹ Tal era la peligrosa situacion del ejército, cuando en Marzo de 1520, seis meses despues de la llegada de los españoles á la capital, se recibieron de la córte nuevas que alarmaron mas á Cortés que la inminente insurreccion de los aztecas.

¹ "Puedo decir sin jactancia," dice el esforzado cronista Bernal Diaz, "que estoy tan acostumbrado á este género de vida, que desde que se hizo la conquista, jamas he podido dormir vestido ó en mi cama; y sin embargo duermo tan profundamente como si estuviese en el mas mullido lecho. Aun cuando voy á rondar á mi encomienda, nunca llevo cama, ni sé que vaya yo en compañía de otros caballeros, que entonces la llevo para que no lo atribuyan á ruindad; pero aun entonces me acuesto vestido. Y otra cosa debo añadir, y es, que no puedo dormir mucho tiempo en la noche sin levantarme un rato á ver el cielo y las estrellas, y recibir el aire libre, y esto sin gorra ni nada que me cubra la cabeza; y todo esto, gracias á Dios, no me hace ningun daño. Y de todo ello hablo para que el mundo sepa de qué estofa éramos nos otros los verdaderos conquistadores, y qué bien acostumbrados estábamos á las armas y á las vigiliás." Hist. de la Conq., cap. 108.

CAPITULO VI.

PARADERO DE LOS EMISARIOS DE CORTES.—SUCESOS
QUE PASAN EN CASTILLA.—PREPARATIVOS DE
VELAZQUEZ.—NARVAEZ LLEGA A ME-
XICO.—HABIL POLITICA DE COR-
TES.—DEJA LA CAPITAL.

(1520.)

ANTES de explicar qué clase de noticias fueron las que anunciamos en el capítulo anterior, será necesario echar una ojeada sobre los sucesos que la precedieron. Ya recordará el lector que la nao en que iban Montejo y Portocarrero llevando pliegos de Veracruz, tocó (contra la prevención expresa que se les había hecho) en la costa septentrional de Cuba, y después de dar en la isla la noticia de los descubrimientos que se acababan de hacer, prosiguió sin interrupción su viaje á España, á donde llegó á principios de Octubre de 1519, al puertecillo de San

Lúcar. Grande fué la sensación que produjeron la llegada de la nao y las noticias que trajo; sensación casi igual á la que causó el primer descubrimiento de Cuba, pues á todos pareció que las magníficas esperanzas que se tenían del Nuevo Mundo iban ya á ser realizadas.

Desgraciadamente estaba en Sevilla á aquella sazón un tal Benito Martín, capellán de Velazquez el gobernador de Cuba. Apenas supo la llegada de los enviados y las nuevas que referían, cuando dirigió una queja á la Casa de contratación ó Real Casa de Indias, acusando á los recién llegados de motin y rebelión contra las autoridades de Cuba y de traición á la corona de Castilla.¹ Por consecuencia de esta acusación fué confiscado el buque y se prohibió sacar ninguno de los efectos que iban en él. Los enviados todavía no sacaban los fondos con que debían cubrir los gastos del viaje, ni una suma considerable que Cortés enviaba á su hermano D. Martín. En tal supuesto no les quedaba otro partido que tomar, mas que presentarse luego al emperador, entregarle las cartas que traían de la colonia y pedir la

1 En la colección de MSS. del Sr. Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia de Historia, hay un memorial que presenta este Benito Martín al emperador, en que pondera los servicios de Velazquez y la ingratitud y la rebelión de Cortés y sus compañeros. El documento no tiene fecha; está escrito después de la llegada de los enviados, es decir, probablemente á fines del año de 1519, ó á principios del siguiente.

reparacion de los agravios que acababan de recibir.¹ Se dirigieron inmediatamente á D. Martin Cortés residente en Medellin, y acompañados de él se encaminaron á la córte.

Cárlos V estaba á la sazón en España, visitándola por la primera vez desde su advenimiento al trono; visita que no fué muy larga por cierto, pero sí lo bastante para disgustar á sus vasallos y enagenarse su afecto. Acababa tambien de recibir la noticia de su eleccion para la corona imperial de Alemania, hácia donde se dirigieron desde aquel momento todas sus miradas. Su permanencia en España dependia únicamente de que no se habian completado los preparativos para aparecer con magnífico esplendor en el gran teatro de Europa. Todos sus hechos probaban claramente que la diadema de sus antepasados le importaba poco, en comparacion de aquellas fruslerias que nada valian para sus compatriotas ni para su posteridad y que le ocupaban enteramente.

En contra de lo establecido por la costumbre, convocó las córtes para Compostela, remota ciudad al Norte de la Península y que no tenia mas ventaja que la de estar cerca del lugar donde el monarca se proponia embarcarse.¹ En el tránsito para

¹ Sandoval da una razon singular, la de que queria estar cerca de la costa para que Xiévres y les otros flamencos sanguijuelas pudiesen embarcar luego, en caso necesario, los tesoros que tan

dicha ciudad, se detuvo algun tiempo en Tordesillas, residencia de su desgraciada madre Juana la Loca. En este lugar fué donde se le presentaron los diputados de Veracruz, en Marzo de 1520. Casi al mismo tiempo llegaron los tesoros que traian á la córte donde escitaron grande admiracion.¹ Hasta entonces lo que habia venido del Nuevo-Mundo eran vegetales, que aunque las fuentes mas seguras de riquezas son tambien las mas escasas: en cuanto al oro solo habia venido en corta cantidad y en sustancia ó trabajado toscamente: los cortesanos, pues, no pudieron menos de ver con admiracion las grandes masas del metal precioso y la primorosa hechura de varios artículos, principalmente del bellissimo plumage; y al oír las noticias tanto orales como escritas de lo que era el gran imperio azteca, no dudaron de que las naves españolas habian por fin llegado á las Indias doradas, que hasta entonces parecian haber burlado siempre sus esfuerzos por hallarlas.

Con tan favorables auspicios es seguro que el monarca habria otorgado las demandas de los enviados y confirmado los hechos irregulares de los conquistadores, á no ser por la oposicion del presi-

malamente habian adquirido en el pais. Hist. de Cárlos V, tom. I, pág. 203. Edición de Pamplona, 1634.

¹ Véase la carta que escribió Pedro Mártir á su amigo y pupilo el marqués de Mondéjar, dos meses despues de la llegada del buque de Veracruz. Opus epistolarum. epist. 650.

dente del consejo de Indias, D. Juan Rodriguez de Fonseca, antiguo dean de la catedral de Sevilla y actualmente obispo de Búrgos. Era hombre de noble alcurnia y que desde que se descubrió el Nuevo-Mundo estaba encargado de la direccion de los negocios concernientes á las colonias. Cuando Fernando é Isabel crearon el Real Consejo de Indias, le nombraron su presidente, cuyo empleo desempeñaba desde entonces. Su larga permanencia en un puesto tan difícil é importante, es una prueba de su capacidad para desempeñarlo: en aquella época no era raro encontrar eclesiásticos llenando los mas altos destinos civiles y aun militares. Fonseca parece que era una persona activa y enérgica; con vocacion mas bien secular que eclesiástica; poco tenia de religioso su carácter: era tan fácil de ofenderse, como tardío para perdonar: sus resentimientos se arraigaban en él tan profundamente, que llegaban á formar parte de su naturaleza. Desgraciadamente su posicion le ofrecia un vasto teatro donde desplegar contra los mas ilustres hombres de su época, su carácter vengativo y rencoroso. Por pique de cierta ofensa, real ó fingida que le habia hecho Colon, habia contrariado constantemente los planes del gran navegante: la misma animadversion habia mostrado hácia D. Diego, el hijo del almirante y heredero de sus honores; é iguales malas disposiciones mostró desde el principio y siguió mos-

trando siempre al conquistador de México; siendo la causa inmediata de esto último, sus íntimas relaciones con Velazquez, que estaba casado con una parienta próxima del presidente del consejo. †

A causa de las representaciones del prelado, Cárlos en vez de dar á los enviados una respuesta favorable difirió la resolucion del negocio para cuando llegase á la Coruña, el lugar de su embarco. ‡ Pero allí le ocupaban enteramente los disturbios que habia ocasionado su conducta impolítica, y los preparativos de su viage; por lo que el despacho de los negocios de las colonias se dejó para la última semana que estuviese en España; mas los asuntos del jóven almirante le ocuparon entonces de tal suerte, que no tuvo tiempo para arreglar los de Cortés; escepto que dió orden en Sevilla para que pusiesen á disposicion de los enviados de aquel, la suma empleada en costear el viage. El 16 de Mayo de 1520 se despidió el impaciente monarca de su desgraciado reino, sin hacer ninguna tentativa para areglar las disputas de sus vasallos en el Nuevo-Mundo; sin hacer ni un solo esfuerzo por proteger aquella magnífica

1 Zúñiga. Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla. (Madrid, 1677) fol. 414. Herrera, Hist. Gral., dec. 2. lib. 5, cap. 14 lib. 9, cap. 17, et alibi.

2 Segun parece, Velazquez habia mandado á la metrópoli una noticia de los hechos de Cortés y del buque que habia tocado en Cuba llevando los tesoros, desde Octubre de 1519. Carta de Velazquez al Lic. Figueras, MS. Nov. 17, 1519.

emprisa que debía asegurarle la posesion de un imperio: ¡qué contraste entre esta conducta y la seguida por sus ilustres prodecesores, Fernando é Isabell! ¹

Entre tanto el gobernador de Cuba sin aguardar la ayuda de la corte, tomaba providencias para hacerse justicia por mano propia. En uno de los capítulos precedentes hemos visto qué mal le sonaron los informes que recibió de la conducta de Cortés y de los tesoros que éste mandaba á España. La cólera, la vergüenza, la avaricia burlada, todo despedazaba su alma: no podia perdonarse á sí mismo el haber confiado la empresa á tales manos. En la semana misma en que Cortés se habia separado de él, para ir á tomar el mando de la flota, firmó Carlos V. una *capitulacion* en que nombraba á Velazquez *adelantado*, con grandes ampliaciones en sus facultades. ² El gobernador resolvió mandar sin pérdida de tiempo á las costas aztecas una expedicion que hiciese respetar allí su nueva autoridad y que tomase la debida vengza de un oficial rebela-

¹ "Con gran música," dice amargamente Sandoval, "de todos los ministriles y clarines, recogiendo las áncoras dieron vela al viento con gran regocijo, dejando á la triste España cargada de duelos y desventuras." Hist. de Carlos V, tom. I, pág. 219.

² El documento está fechado en Barcelona á 13 de Nov. de 1518. Cortés salió de Santiago el 18 del mismo mes. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 3, cap. 11.

do. ¹ Comenzó á hacer los preparativos en Octubre y al principio se propuso tomar el mando en persona; mas su excesiva obesidad que le incapacitaba para las fatigas de semejante expedicion, ó segun él dice, su amor á los indios que por entonces estaban devorados por una epidemia, le indujeron á confiar el mando á otra persona. ²

La que escogió era un hidalgo castellano nombrado Pánfilo de Narvaez. Habia acompañado á Velazquez en la conquista de Cuba, donde habia aquel dado pruebas de una crueldad no rara en los primeros aventureros españoles. Desde entonces habia seguido desempeñando destinos de importancia y siendo el decidido favorito de Velazquez. Era hombre de alguna capacidad militar, aunque desidioso y poco cuidadoso de la disciplina: era incuestionablemente valiente, pero arrogante y presuntuoso, lo que le hacia sordo á los consejos de otros mas hábiles que él: le faltaba la prudencia y previ-

¹ Gomara, (Crónica, cap. 96), y Robertson, (History of Amer. vol. II, págs. 304, 466) consideran que la nueva dignidad de adelantado estimuló al gobernador á esta empresa. De una carta de Velazquez escrita de su puño, que hay en la coleccion de Muñoz, resulta que habia empezado los preparativos algunos meses antes de recibir su nuevo nombramiento. Carta de Velazquez al señor, de Xéves, Isla Fernandina, MS., Octubre 12 de 1519.)

² Carta de Velazquez al Lic. Figueroa, MS., Nov. 17 ep 5119.

sion calculadora que era indispensable en el que tuviese por antagonista á un hombre como Cortés.¹

El gobernador y su teniente eran infatigables en sus esfuerzos por reunir un ejército: recorrieron todas las ciudades importantes de la isla para fletar buques, acopiar víveres y municiones y alistar voluntarios haciéndoles alucinadoras ofertas, de las que la mas eficaz era el oro que les aguardaba en las ricas regiones de México. Tanta confianza se tenia en aquellas, que los hombres de todas clases y condiciones se alentaban unos á otros para entrar en la expedicion, por manera que parecia que toda la poblacion blanca iba á salir de la isla y á abandonarla á sus primitivos moradores.²

La noticia de estos sucesos se difundió en poco tiempo por todas las islas y llegó á oídos de la Real Audiencia de Santo Domingo. Esta corporacion gozaba entonces no solo de la suprema autoridad judicial, sino aun de la jurisdiccion civil; lo que segun manifestó el Almirante, menoscababa los derechos que á él le competian. El tribunal miró con sobresalto la expedicion de Velazquez, que cualquiera

¹ Diaz hace la siguiente estravagante descripcion de la persona de Narvaez: "Era alto, fornido, de cabeza grande y barba roja, de agradable presencia y con una voz grave y sonora como si saliese de una cueva." Cap. 205.

² En un *memorandum* del Lic. Ayllon se insiste en los peligros de semejante suceso. Carta al emperador, Guaniguanico, Marzo 4 de 1520, MS.

que fuese el éxito que tuviese con respecto á los dos contendientes, no podia dejar de comprometer los intereses de la corona. Por consiguiente nombró á uno de sus miembros, el licenciado Ayllon, hombre prudente y enérgico, para que fuese á Cuba con instrucciones de interponer su autoridad y estorbar, si era posible, que se llevasen adelante los proyectos de Velazquez.¹

Cuando llegó á la isla encontró al gobernador en la parte occidental de ella, activamente ocupado en aprestar la flota para que se hiciese á la vela. El licenciado le esplicó el objeto de su visita y el juicio que se habia formado la Audiencia de la proyectada expedicion. Hízole presente que la conquista de un pais tan poderoso como México, exigia el esfuerzo simultáneo de todos los españoles, y que si una mitad de ellos se ocupaba en pugnar con la otra mitad, lo que resultaria de aquí seria la ruina de todos: que era del deber del gobernador, como buen vasallo que era, olvidar todas las animosidades privadas y ayudar á los que habian emprendido la grande obra de la conquista, enviándoles todos los recursos posibles: que podia sostener su autoridad y exigir que fuese obedecida; pero que si se rehusaban á hacer esto, debia dejar el arreglo de la disputa á los tribunales establecidos y ocuparse é.

¹ Proceso y pesquisa hecha por la Real Audiencia de la Española, Santo Domingo, Diciembre 24 de 1519, MS.

en hacer nuevos descubrimientos, en vez de trabar una contienda con su rival.

Estos consejos, aunque saludables é inteligibles, no eran muy del gusto del gobernador. Aseguró, es cierto, que no tenia intenciones de pelear con Cortés, sino simplemente de sostener su legítima jurisdicción sobre las tierras descubiertas bajo sus auspicios; negando al mismo tiempo que Ayllon ni la Audiencia tuviesen facultades para intervenir en el negocio. Narvaez era aun mas refractario, y como la flota ya estaba lista, manifestó abiertamente su resolución de hacerse á la vela dentro de pocas horas. En tal estado de cosas, viendo el licenciado que su primer designio que era impedir la expedición, se habia frustrado, determinó ir en persona en ella para ver si evitaba con su presencia un rompimiento entre los dos contendientes. ¹

La flota constaba de diez y ocho buques de todos tamaños: llevaba novecientos hombres, de los que ochenta eran de caballería, otros ochenta arcabuceros, y ciento y cincuenta ballesteros; con gran número de cañones y buen acopio de municiones y pertrechos militares. Además de esto iban mil indios isleños, probablemente para el servicio de los

¹ Parecer del Lic. Ayllon al adelantado Diego Velazquez, Isla Fernandina, 1520, MS.

blancos. ¹ Armada tan brillante nunca, menos una vez, ² habia surcado los mares de las Indias; y ninguna comparable con ella habia llegado hasta entonces á las playas del Nuevo Mundo.

Despues de dejar á Cuba en principios de Marzo de 1520, siguió Narvaez casi el mismo camino que Cortés y despues de costear lo que entonces se llamaba *la isla de Yucatan*, ³ y de haber sufrido una terrible tormenta en la que se fueron á pique algunos de los buques pequeños, ancló en San Juan de Ulúa el 23 de Abril. En el mismo sitio donde Cortés desembarcó, desembarcó Navaez; esto es, en el desierto arenal que actualmente ocupa la ciudad de Veracruz.

Allí encontró el comandante á uno de los españoles que Cortés habia despachado de México para que explorase el país y principalmente sus productos minerales. Por este hombre que vino á bordo de la flota supieron los recién venidos todo lo ocurrido desde que habian partido los diputados de Veracruz; supieron la marcha por el interior de la tier-

¹ Relacion del Lic. Ayllon, Santo Domingo 30 de 1520, MS. Proceso y pesquisa por la Real Audiencia, MS.

Segun Diaz, la batería se componia de 20 cañones. Cap. 109.

² La gran flota que al mando de Ovando salió para el Nuevo Mundo, y en que quiso embarcarse Cortés. Herrera, Hist. General, dec. 1, lib. 4, cap. 11.

³ "De allí seguimos el viage por toda la costa de la Isla de Yucatan." Relacion del Lic. Ayllon, MS.

ra, las crudas batallas con los tlaxcaltecas, la ocupacion de México y el tesoro que allí se habian encontrado; y finalmente, la prision del monarca, "con cuya prision," concluyó el soldado, "gobierna aquella tierra como si fuese su soberano, por manera que un español puede atravesar inerte de un cabo al otro de ella, sin temor de que le insulten ó dañen." ¹ El auditorio escuchaba aquella maravillosa narracion lleno de muda admiracion, y la indignacion del leal Narvaez subia cada vez mas y mas, al saber la valía del tesoro que se habia defraudado al que le enviaba.

Manifestó paladinamente su intencion de marchar sobre Cortés y de castigarle por su rebelion; diciendo aquellas amenazas en términos tan duros, que los indios que habian acudido en tropel al campamento español formado al instante en las playas, creyeron que los recién llegados no eran compañeros, sino enemigos declarados de los primeros blancos. Narvaez determinó tambien, contra el espreso consejo del español que alegaba el ejemplo de Cor-

¹ "La cual tierra sabe y ha visto este testigo que al dicho Hernando Cortés tiene pacífica y le sirven ó obedecen todos los indios; é que cree este testigo que lo hacen por cabsa que el dicho Hernando Cortés tiene preso á un cacique que dicen Moteuczoma, que es señor de lo mas de la tierra, é lo que este testigo alcanza, al cual los indios obedecen é hacen lo que les manda, é los cristianos andan por toda esta tierra seguros, é un solo cristiano la ha atravesado toda sin temor." Proceso y Pesquisa de la Real Audiencia, MS.

tés, fundar un establecimiento en aquel sitio estéril, y dió las disposiciones conducentes á organizar un ayuntamiento. El español le informó igualmente de que allí cerca estaba la colonia de Villa Rica mandada por Sandoval y Compuesta de unos pocos inválidos que estaba seguro de que se rendirian á la primera intimacion. Narvaez en vez de marchar directamente contra la plaza, dispuso enviar una embajada pacífica que hiciese saber su autoridad y exigiese la sumision de la guarnicion. ¹

Todos estos pasos desagradaron mucho al Lic. Ayllon que conocia que acarrearían inevitablemente un choque entre Narvaez y Cortés; mas era inútil tratar de que se quejase ante la córte: Narvaez, irritado por la continua oposicion y desaprobacion áspera del licenciado, determinó deshacerse de uno que mas bien que compañero parecia ser un espía de sus movimientos: mandóle, pues, prender y le envió á Cuba; pero el licenciado tuvo maña para ganarse al capitán del buque y hacer que en vez de llevarle á esta isla le llevase á Santo Domingo, donde luego que llegó estendió la Real Audiencia un informe completo de la desleal conducta del gobernador y su teniente, y lo mandó á España. ²

¹ Relae. del Lic. Ayllon, MS. Demanda de Ceballos en nombre de Narvaez, MS.

² Este informe se encuentra entre los MSS. de Vargas Ponce,

Sandoval entre tanto no descuidaba los movimientos de Narvaez: desde que se avistó la flota desconfió de su objeto el vigilante oficial, y apenas supo el desembarco de los españoles, cuando puso á sus pocos inválidos en lugar seguro, repuso las fortificaciones y se preparó á mantenerse en la plaza hasta la última estremidad. Los soldados le ofrecieron no abandonarle; y para mejor corroborar la resolución de aquellos que se viesen tentados de vacilar, mandó levantar una horca en un lugar público. Pero la constancia de sus soldados no fué puesta á prueba.

Los únicos invasores de la plaza fueron un sacerdote, un notario y otros cuatro españoles escogidos por Narvaez á aquel intento. El eclesiástico se llamaba Guevara; al presentarse ante Sandoval le dirigió una arenga muy formal en que ponderaba estremadamente los derechos y servicios de Velazquez, y acusaba á Cortés y sus compañeros de rebeldes; exigiendo á Sandoval que reconociese sumisamente á Narvaez por autoridad legítima.

El comandante de Villa Rica se irritó de tal suerte al ver la manera inconsiderada con que se trataba á sus compañeros, que aseguró al reverendo

en los archivos de la Academia de Historia. Abraza ciento diez Páginas en folio, y se titula: "El proceso y pesquisa hecha por la Real Audiencia de la Española y tierra nuevamente descubierta para el Consejo de S. M."

embajador aue solo su hábito podía preservarle del castigo que merecia. Guevara se sostuvo á su vez, y llamó al escribano para que diese fé de lo que acababa de proferir Sandoval; pero éste lo estorbó intimidando al notario que si tal hacia sin presentar antes autorizacion espresa de la corona, haria que fuera cruelmente azotado, Guevara no pudo reportarse por mas tiempo é insistió en repetir sus órdenes en tono mas amenazador que antes. Sandoval era hombre de pocas palabras: hizo notar simplemente que el instrumento público debia de ser leído al general en México mismo, y ordenó al mismo tiempo que viniesen algunos tamanes ó cargadores sobre cuya espalda fueron atados el eclesiástico y sus pobres compañeros, como si fuesen tercios de algodón: se les puso bajo la custodia de veinte españoles y se les envió al punto á la capital. Viajaban de día y de noche sin tomar mas descanso que el tiempo preciso para que se remudasen los cargadores; por manera que al pasar por tantas ciudades populosas, campos sembrados, bosques y praderas, y conducidos de una manera tan nueva, dudaron de si iban soñando ó despiertos. De esta suerte llegaron al c arto dia á orillas del lago tetzcocano, en rente de la capital azteca. ¹

1 "E iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos rantes que les traian de comer y unos los dejaban y otros los to-

Sus habitantes ya sabían la llegada de los blancos á la costa: se había dado á Moteuczoma noticia de su desembarco y cuentan que el monarca (cosa que no es probable) la ocultó por algunos días á Cortés; ¹ pero que por último le invitó á una entrevista y le dijo que ya no había obstáculo para que saliera del país, pues había llegado una flota de que podía disponer. A las preguntas del atónito general, contestó Moteuczoma señalándole un mapa geroglífico que de la costa acababan de mandarle, y en el que estaban exactamente delineados los buques, los españoles y todo su tren. Cortés disimuló todas sus impresiones menos la del placer, y exclamó: "¡bendito sea el Redentor por tales mercedes!" Al volverse á los cuarteles fué recibida la nueva con exclamaciones, cañonazos y otras demostraciones de alegría. Los soldados creían que aquel era un refuerzo que venía de España; pero no así su general quien desde el principio sospechó que eran enviados por su enemigo el gobernador de Cuba. Comunicó sus sospechas á los oficiales y de allí se propagaron hasta los soldados; de modo que aquel rayo de alegría se extinguió instantáneamente. Siguiéronse mil alarmas sobre la probabilidad de aquella

maban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era enantamiento ó sueño." Bernal Diaz, cap. 111. Demanda de Ceballos, MS,

¹ "Ya había tres días que la sabía el Moteuczoma, y Cortés on sabía cosa ninguna." Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 110.

conjetura y sobre la fuerza de los invasores; mas no obstante, no les abandonó la constancia: se resolvieron á permanecer fieles á su causa y á su general, sucediera lo que sucediese; siendo esta una de las ocasiones en que se probó la influencia que ejercía Cortés sobre sus aventureros. La llegada de los prisioneros de Villa Rica dispuso luego todas las dudas.

Uno de los que los custodiaban dejó á la escmitiva en los suburbios, entró en la ciudad y entregó al general una carta en que Sandoval le informaba de todos los pormenores. Cortés ordenó al instante que fuesen desatados los prisioneros y que les llevasen caballos para que hicieran su entrada á la capital, que era un medio de conduccion menos vergonzoso que la espalda de los tamanes. Cuando llegaron los recibió con notable cortesía, vituperó la conducta áspera de sus oficiales, y procuró por medio de las mas árdidas atenciones, mitigar la irritacion de sus ánimos; llevando la buena voluntad hasta el extremo de dar regalos á Guevara y sus asociados, de suerte que en poco tiempo efectuó en aquellos hombres un cambio completo y de enemigos que eran los convirtió en sus partidarios; obteniendo de ellos muchas é importantes noticias, no solo acerca de las intenciones que traía el general, sino de la disposicion en que se encontraba el ejército. Dijéronle que los soldados en general, lejos

de querer un choque con Cortés, cooperarian con él á la conquista, si no fuese por el comandante: que no tenian odio ni venganza y que sus intenciones eran rectas: que la influencia personal de Narvaez no era muy considerable, y lejos de eso su arrogancia y presuncion le habian enagenado el afecto de sus compañeros. El general no desperdió estos informes.

Dirigió á su rival una carta en los términos mas conciliatorios. Suplicábale que no manifestase públicamente su animosidad y encendiendo en los indios la insubordinacion pusiese en riesgo lo que tan bien asegurado estaba: que un choque entre ellos seria perjudicial aun al vencedor y fatal para ámbos: que solo en la union les quedaba esperanza de triunfo: que estaba pronto á recibir á Narvaez en sus brazos como á su hermano y á partir con él los frutos de la conquista, y finalmente que si traia órdenes del rey, estaba dispuesto á obedecerlas. Cortés sabia muy bien que tales órdenes no traia Narvaez. ¹

Poco despues de la partida de Guevara y sus compañeros, determinó enviar él por su parte un embajador. ² El escogido para este cargo delicado

¹ Oyiedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 32, cap. 47. Rel. Seg en Lorenzana, pp. 117 y 120.

² "Nuestro comandante les dijo tan buenas cosas, y les untó tambien con oro la mano, que aunque venian como leones hambrientos los puso como á unos corderitos." (cap. 11.)

fué el padre Olmedo, persona que durante la campaña habia mostrado ese buen juicio y tacto para los negocios, que es raro de encontrar en los que se dedican á la carrera de la Iglesia. Llevaba una carta para Narvaez concebida en los mismos términos que la anterior. Cortés escribió tambien al Lic. Ayllon, cuya partida igaoraba y á Andres Duero, antiguo secretario de Velazquez é íntimo amigo del conquistador, y que habia venido en la nueva flota. Olmedo llevaba instruccion de conversar en lo privado con estas personas y con los principales oficiales y soldados para prepararles á un avenimiento amistoso. Para añadir nuevo peso á sus razones llevaba una buena cantidad de oro.

Durante este tiempo abandonó Narvaez su desig- nio de fundar su colonia en la playa, y se internó hasta Zempoalla donde hizo sus cuarteles y donde le encontraron Guevara y sus compañeros que llevaban la carta de Cortés. Narvaez la miró al principio con desden que se trocó luego en áspero desagrado cuando sus enviados empezaron á ponderarle los recursos formidables de su rival y á aconsejarle que de cualquiera manera aceptase las ofertas amistosas que le hacian. Muy diverso efecto produjeron en los soldados que prestaban oidos codiciosos á las noticias sobre Cortés y su trato franco y liberal, que tan duro contraste formaba con el de su comandante; sobre la abundancia que

reinaba en el campo, donde aun el mas pobre podia apostar en el juego su cadena ó tejo de oro, donde todos vivian en la abundancia y donde la vida del soldado parecia un largo dia de fiesta. Guevara solo habia pintado la parte brillante del cuadro.

La presencia del padre Olmedo renovó estas impresiones. El eclesiástico entregó á Narvaez las misivas que traia. El comandante desfogó su ira en amargas invectivas contra su rival, habiendo llegado uno de sus capitanes llamado Salvatierra, á decir públicamente que él cortaria las orejas al perro y las freiria para almorzárselas.¹

Estos sarcasmos impotentes no alarmaron al animoso fraile, quien luego entró en comunicacion con los principales oficiales y soldados, á los cuales encontró muy dispuestos á un arreglo. Su insinuante elocuencia ayudada de sus larguezas, le fueron ganando los corazones, y á presencia de Narvaez mismo se formó un partido en favor de su rival. Estas intrigas no pudieron quedar tan secretas que no llegasen á oídos de Narvaez que inmediatamente habria arrestado á Olmedo y le habria puesto preso, si no [hubiese sido por la interposicion de Duero. Contuvo todas las maquinaciones del padre, haciendo que regresara á donde estaba Cortés; pero ya estaba introducido el veneno.

¹ Ibid, cap. 112.

Narvaez volvió á echar la bravata de que iria contra Cortés y le prenderia como á un traidor. Los zempoaltecas quedaron asombrados al ver que sus nuevos huéspedes, aunque compatriotas, eran enemigos de los primeros. Narvaez proclamaba tambien su intencion de quebrantar el cautiverio de Moteuczoma y de restituirle al trono. Dícese que recibió un rico regalo del emperador, con quien entabló correspondencia.¹ Que Moteuczoma haya tratado á Narvaez suponiéndole amigo de Cortés, con su munificencia acostumbrada, es muy probable mas que haya entrado en negociaciones secretas contrarias á los intereses del general, es demasiado repugnante para creerlo ligeramente.

Estos sucesos no escaparon al ojo vigilante de Sandoval, quien obtuvo nuevas noticias, provenientes unas, de los desertores que se presentaron en Villa Rica, y otras de sus propios agentes que, disfrazados de indios, se introdujeron en el campo de Narvaez. Envió á Cortés relacion circunstanciada de todo lo que sabia, le instruyó de la defeccion cre-

¹ Ibid, cap. 111.

Oviedo dice que Moteuczoma convocó su consejo de nobles, en el cual se decidió dejar entrar á las tropas de Cortés en la capital, y despues envolverlas á ellas y á las de Narvaez de un solo golpe. (Ubi supra.) Pero considerando el gran miedo que los mexicanos tenian á este último, se ve que cuento mas improbable no se puede haber imaginado. Pero nada es improbable en la Historia, aunque segun la máxima de Boileau, pudiera serlo en la fábula.

ciente de los indios, y le instó para que tomase las mas prontas medidas para defender á Villa Rica, á menos que no la quisiese verlo caer en manos de su enemigo. El general conoció que era llegado el tiempo de obrar.

Sin embargo, era sumamente difícil la eleccion del camino que se debia seguir. Quedarse en México y aguardar allí el ataque de su rival, habria sido darle tiempo para que reuniese todas las fuerzas del imperio, incluso las de la capital misma, pues que no habia duda en que todos querrian servir bajo las banderas de cualquiera gefe que les ofreciese libertar á su rey. Los enemigos eran demasiado formidables para aventurarse á ningun paso imprudente.

Marchar al encuentro de Narvaez era abandonar á la capital y al emperador, era perder todos los trabajos y triunfos; no pudiendo tampoco dejar en la ciudad una parte de la guarnicion para que le pusiese miedo, pues era demasiado débil el ejército para dividirlo. Sin embargo, este último partido es el que abrazó. Seguramente confiaba mas que en un encuentro de armas, en su influencia personal y en sus intrigas para provocar un avenimiento. No obstante, se preparó para aqui y para este.

En el capítulo anterior hemos visto que Velazquez de Leon habia sido enviado con ciento y cincuenta hombres á fundar una colonia en uno de los grandes rios que desembocan en el golfo de Méxi-

co. Cortés luego que supo la llegada de Narvaez, le envió un correo para instruirle de aqual suceso y prevenirle que no continuase su marcha. Mas Velazquez lo sabia ya por el mismo Narvaez que en una carta escrita á poco de haber desembarcado le conjuraba á nombre del gobernador de Cuba, pariente del primero, á que se alistase bajo las banderas de éste y abandosé las de Cortés. Velazquez habia mucho tiempo antes olvidado sus antiguos resentimientos con el general, al cual era hoy enteramente adicto y que en toda la campaña le habia honrado con singulares favores. Cortés habia conocido desde luego cuánto le importaba ganarse á tal oficial. Este, sin aguardar órdenes de la capital, emprendió inmediatamente su contramarcha hácia ella; habiendo recibido en Cholula la orden que le daba Cortés de verificarlo.

El general envió tambien á la provincia distante de Chinantla, situada al S. O. de Cholula, por un refuerzo de dos mil indios. Eran estos belicosos, enemigos de México, y habian ofrecido á Cortés sus servicios desde que residia en la metrópoli. Usaban para combatir de una lanza mas larga que la de la infantería española y alemana. Cortés mandó hacer tres mil lanzas de dos cabos, los que en vez de ser de itztlí eran de cobre: con esta arma formidable determinaba contener la caballería de su enemigo

El mando de la guarnición lo confió durante su ausencia á Pedro de Alvarado, el Tonatiuh de los mexicanos, hombre de grandes prendas, intrépido, aunque un tanto arrogante, é íntimo amigo del conquistador. Al irse le recomendó que tuviera moderación y tolerancia: le previno que vigilase atentamente sobre Moteuczoma, pues que de ser dueño de él dependía enteramente que conservasen su dominio sobre aquel país: encargó que se le guardasen al monarca todas las consideraciones debidas á su alta gerarquía y que la política prescribía: que guardase el mayor respeto á los usos y preocupaciones del pueblo, porque si bien la pequeña fuerza que quedaba era suficiente para dominarle en tiempos tranquilos, en el caso de un levantamiento seria arrastrada y despedazada como la paja por el aquilon.

A Moteuczoma le exigió la promesa de que se mostraria tan amigo de su teniente como lo habia sido de él mismo. Díjole Cortés que aquel era el mejor modo de complacer al monarca de España, y que por otra parte, si el azteca procedia de otra suerte ó si habia cualquiera rebelion, él seria la primera víctima.

Aseguró el emperador que así lo haria, bien que los últimos sucesos le hacian vacilar acerca de quiénes eran los legítimos representantes del soberano ep España, si los españoles que estaban en la corte

ó los que acababan de desembarcar? Cortés, que hasta entonces habia guardado secreto sobre el asunto, le dijo que los últimos eran compatriotas suyos, pero traidores á su rey: que por lo tanto le era preciso cumplir con el penoso deber de ir sobre ellos y de castigar su rebelion: hecho lo cual, volveria triunfante á la capital antes de irse del país. Moteuczoma le ofreció ayudarle con cinco mil guerreiros aztecas; pero el general lo rehusó no queriendo hacerse mala obra con un cuerpo de auxiliares sospechosos, si no es que declaradamente enemigos.

Dejó de guarnición á las órdenes de Alvarado á ciento cuarenta hombres, que eran las dos terceras partes de su fuerza total.¹ Dejó tambien la artillería, la poca caballería y los mas arcabuceros. Escogió solamente setenta soldados, aunque lo mas selecto del ejército, y los mas adictos á su persona. Estaban armados á la ligera y llevaban los menores

1 En la edicion mexicana de las cartas de Cortés se dice que 500 (Rel. Seg. en Lorenzana, pág. 122); pero esto era mas que el total de la fuerza española. En la traduccion de la misma carta, que se encuentra en Ramusio, impresa desde 1565, se encuentra el número adoptado en el texto. (Navigation et viaggi, fol. 244.) En un instrumento sin fecha, que contiene las declaraciones juramentadas de algunos testigos presenciales del modo con que administró Cortés el real quinto, se dice que ciento y cincuenta soldados quedaron en la capital á las órdenes de Alvarado. (Probanza, fecha en la Nueva-España del Mar Océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde en nombre de Hernando Cortés, MS.) Lo que se dice en la edición mexicana notoriamente es un error.

bagages posibles, pues todo dependia de la celeridad de los movimientos.

Moteczuma, en su real litera llevada en hombros de sus nobles y escoltado por la infantería española, fué á dejar á Cortés hasta la calzada. Allí se abrazaron de la manera mas cordial y partieron con todas las señales exteriores de mútuo miramiento. Esto pasaba á mediados de Mayo de 1520, cerca de seis meses despues de la entrada de los españoles en México. Durante todo aquel tiempo se habian enseñoreado del pais con absoluto dominio. Ahora abandonaban la capital para ir á combatir no á un enemigo indio, sino á sus mismos compatriotas. Aquel era el principio de la larga carrera de calamidades (compensadas, es cierto, por algunos triunfos) que debian pasar antes de que la conquista estuviese consumada.¹

¹ Carta de Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta que no tiene fecha, probablemente fué escrita en 1520. Véase tambien para lo concerniente á las páginas anteriores, la Probanza fecha á pedimento de Juan de Ochoa, MS. Herrera, Historia General, dec. 2, lib. 9, caps. 1, 21. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pags. 119, 120. Bernal Diaz, Hist. de la Gong., cap. 112, 115. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 32, cap. 47.

CAPITULO VII.

CORTES BAJA LA MESA CENTRAL.—NEGOCIACIONES
CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—
CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ATACADO
DE NOCHE.—ES DERROTADO.

(1520.)

DESPUES de atravesar la calzada meridional por donde habian entrado, se encontraron aquellos pocos españoles en el hermoso Valle. Doblaron las montañas de que tan inútilmente lo ha cercado la naturaleza, pasaron por entre los enormes volcanes que, semejantes á dos infieles perros que no vigilan en su puesto, habian quedado hace mucho tiempo hundidos en el silencio, atravesaron los estrechos desfiladeros en que antes habian sufrido tan rigurosas é incómodas intemperies, y al salir de ellos bajaron safalda occidental que viene á perderse en las estensas y feraces campiñas de Oholula. Hicieron poco

bagages posibles, pues todo dependia de la celeridad de los movimientos.

Moteczuma, en su real litera llevada en hombros de sus nobles y escoltado por la infantería española, fué á dejar á Cortés hasta la calzada. Allí se abrazaron de la manera mas cordial y partieron con todas las señales exteriores de mútuo miramiento. Esto pasaba á mediados de Mayo de 1520, cerca de seis meses despues de la entrada de los españoles en México. Durante todo aquel tiempo se habian enseñoreado del pais con absoluto dominio. Ahora abandonaban la capital para ir á combatir no á un enemigo indio, sino á sus mismos compatriotas. Aquel era el principio de la larga carrera de calamidades (compensadas, es cierto, por algunos triunfos) que debian pasar antes de que la conquista estuviese consumada.¹

¹ Carta de Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta que no tiene fecha, probablemente fué escrita en 1520. Véase tambien para lo concerniente á las páginas anteriores, la Probanza fecha á pedimento de Juan de Ochoa, MS. Herrera, Historia General, dec. 2, lib. 9, caps. 1, 21. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pags. 119, 120. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., caps. 112, 115. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 32, cap. 47.

CAPITULO VII.

CORTES BAJA LA MESA CENTRAL.—NEGOCIACIONES
CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—
CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ATACADO
DE NOCHE.—ES DERROTADO.

(1520.)

DESPUES de atravesar la calzada meridional por donde habian entrado, se encontraron aquellos pocos españoles en el hermoso Valle. Doblaron las montañas de que tan inútilmente lo ha cercado la naturaleza, pasaron por entre los enormes volcanes que, semejantes á dos infieles perros que no vigilan en su puesto, habian quedado hace mucho tiempo hundidos en el silencio, atravesaron los estrechos desfiladeros en que antes habian sufrido tan rigurosas é incómodas intemperies, y al salir de ellos bajaron safalda occidental que viene á perderse en las estensas y feraces campiñas de Oholula. Hicieron poco

caso de lo que veían en su tránsito, y ni aun se cuidaban de si hacia calor ó frio; porque sus ánimos estaban en tal ansiedad que eran indiferentes á las impresiones exteriores. Afortunadamente nada tenían que temer de parte de los indios; porque el nombre de español tenía tal prestigio, que les defendía mejor que sus yelmos y adargas.

En Cholula tuvo Cortés la inexplicable satisfacción de encontrar á Velazquez de Leon con los ciento veinte hombres que le había confiado para que formase una colonia. Este oficial fiel, había quedándose algun tiempo en Cholula, en espera de que se acercase el general. Si él hubiera hecho traición, la empresa de Cortés habría terminado allí ¹. La idea de resistir con aquel puñado de hombres, era una quimera. De la otra manera su fuerza se triplicaba y adquiría cada vez mayor confianza.

Después de abrazarse cordialmente y unidas hoy mas que nunca por el sentimiento de un grande y comun peligro, atravesaron las tropas reunidas, las calles de la ciudad santa, cuyos montones de ruinas recordaban la desastrosa visita que le habían hecho el otoño anterior. Tomaron el camino real de Tlax-

¹ Así lo dice Oviedo, y con razón: "si aquel capitán Juan Velazquez de Leon no estuviera mal con su pariente Diego Velazquez y se pasara con los 150 hombres que había llevado á Gozacualco, á la parte de Pánfilo de Narvaez su cuñado, acabado oviera Cortés su oficio." Hist. de las Ind. MS. lib. 23, cap. 12.

cala y á pocas leguas de la capital encontraron al padre Olmedo y á sus compañeros que venían de vuelta del campo de Narvaez adonde habían sido enviados de embajadores. El eclesiástico traía una carta del comandante en que intimaba á Cortés y á sus compañeros que reconociesen su autoridad de capitán general de aquella tierra, amenazándoles con el castigo merecido en el caso de que se rehusasen ó se tardasen en hacerlo. Olmedo dió algunas noticias curiosas acerca del campo cristiano. Pintó á Narvaez henchido de orgullo y engreído con su poder, y descuidado de toda precaucion contra un enemigo á quien veía con menosprecio. Estaba rodeado de falaces y numerosos aduladores que lisonjeaban su vanidad y cuyas bravatas altaneras remedó el buen padre que tenía gran facilidad para el ridículo, con no poca diversion de Cortés y sus compañeros. Dijo que gran parte de los soldados estaban descontentos con su comandante y no muy dispuestos á un encuentro con sus compatriotas; estado de cosas que era el resultado de las noticias que habían tenido acerca de Cortés, de los argumentos y promesas que él (el padre) les había hecho, y de la distribución del oro que había llevado. Además de esto dió á Cortés importantes informes sobre la posición que guardaba el enemigo y el plan de operaciones que se proponía seguir.

En Tlaxcala fueron recibidos los españoles con

franca y cordial hospitalidad: no se dice si acompañaron á los españoles algunos aliados tlaxcaltecas de los que estaban en México; pero si acaso lo hicieron, no pasaron adelante de su ciudad natal. Cortés pidió un refuerzo de seiscientos hombres de refresco para que le acompañasen en su expedición: se le concedieron fácilmente; pero apenas habían caminado algunas leguas cuando comenzaron á desertarse uno tras otro. En el caso presente no tenía ninguna venganza que saciar como sucedía en la guerra con México, y puede ser también que aunque bastante intrépidos para pelear con las más valerosas razas indias, tuviesen tales pruebas de la bravura de los blancos, que no se arriesgaban á medir su espada con ellos. Fuera lo que fuese, Cortés despidió á los que quedaban, diciéndoles con mucho buen humor que más valía que le dejaran entonces que no á la hora del peligro.

Las tropas entraron á esa región árida que está cerca de Perote, cubierta de productos volcánicos que forman un contraste con la hermosura del paisaje. No anduvieron mucho sin encontrar á Sandoval y cosa de sesenta soldados de la guarnición de Veracruz, incluso algunos desertores de Narvaez. Era este un refuerzo importantísimo, no tanto por el número de soldados, como por el mérito del comandante que era bajo todos aspectos uno de los mejores oficiales del ejército. Habíase visto obliga-

do á dar un rodeo para evitar un encuentro con el enemigo y había forzado las marchas atrevesando espesos bosques y ásperas montañas, hasta que afortunadamente llegó sin accidente al lugar designado para la reunión y volvió á ponerse bajo la bandera de su caudillo. ¹

En aquel mismo lugar alcanzó á Cortés un Español llamado Tobillos á quien había embiado á Chinantla á traer las lanzas. Estas estaban perfectamente hechas conforme á la muestra que se había dado: eran de dos cabos, las puntas eran de cobre, y todas ellas de gran tamaño. Tobillos adiestró á los indios en el manejo de esta arma cuya utilidad, principalmente para contener á la caballería, ha sido plenamente demostrada á fines del siglo pasado por los batallones suizos, en sus encuentros con la caballería de Borgoña, la mejor de Europa. ²

Cortés pasó revista á su ejército, si tal merecía llamarse aquel puñado de soldados, y encontró que eran doscientos sesenta y seis, de los que solamente cinco estaban montados. Tenían pocos mosque-

¹ Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, págs. 123 y 124. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 1.115 y 117. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 12.

² Pero la pica larga aunque irresistible contra la caballería, se vió que no podía competir con la espada corta y la adarga de los españoles, en la gran batalla de Revenum dada algunos años antes, en 1512. Maquiavelo hace algunas reflexiones excelentes acerca del mérito comparativo de estas dos armas. Arte de la guerra, lib. 2, apend. Opera, tom. IV, pág. 67.

tes y ballestas y carecian enteramente de armas defensivas. La mayor parte de ellos estaban provistos de la cota usada en el pais, llamada *escaupil*, acolchada de algodón y excelente por su poco peso, pero que aunque bastante para resistir á las saetas de los indios, no servia contra una bala de mosquete. Muchas de estas mallas de algodón estaban enteramente inservibles, demostrando en sus grandes desgarrones su largo uso. Algunos en este lance habrian dado cualquiera cosa, las mejores cadenas de oro con que venian ridículamente ataviados sobre sus raides vestidos, por un casco de acero ó una coraza con que suplir su aboyada y estropeada armadura. †

Bajo aquellos toscos petos latian, sin embargo, los corazones mas esforzados y animosos que jamas han latido en humano pecho: aquellos eran los héroes invictos de cien reñidos combates, en que habian pugnado con incontable número de enemigos. Tenian gran conocimiento del pais y de sus moradores: conocian tambien al caudillo bajo cuya bandera militaban, y sabian obedecer hasta el mas ligero movimiento de sus ojos. Todo el ejército equivalia á una sola persona, por lo que respectaba á la unidad de designios y de accion. Esto aumentaba

† Bernal Díaz, cap. 118. "Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto, ó capacete, ó casco, ó habera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habiamos ganado."

increiblemente su fuerza, y lo que mas importaba, hasta el último soldado conocia que así era.

Las tropas emprendieron de nuevo su marcha por la mesa hasta que, llegando á la falda oriental de la cordillera, empezaron á sentir descanso al bajar hácia las anchas llanuras de la tierra caliente que se estendian á la vista como un campo ilimitado de verdor. A cosa de quince leguas de Zempoalla, que es donde, como hemos dicho, habia establecido Narvaez sus cuarteles, encontraron otra embajada de este oficial. Formábanla el padre Guevara, Andrés Duero y otros dos ó tres. Duero, el antiguo amigo de Cortés, era la persona que mas parte habia tenido en que Velazquez nombrase á aquel para el mando de la expedicion. Se dieron el uno y el otro un estrecho abrazo, y despues de una larga conversacion privada, espuso el secretario el objeto de su embajada.

Traia una carta de Narvaez redactada en términos algo diferentes que las anteriores. Requeria nuevamente que fuese reconocida su suprema autoridad sobre aquella tierra, pero ofrecia sus navíos para trasportar á todos los que quisiesen hacerlo, con todas sus riquezas, y sin hacer averiguacion ni inferirles molestias de ningun género. Las concesiones hechas en esta carta eran debidas indudablemente á la influencia de Duero. El secretario instaba urgentemente á Cortés para que aceptase aque-

llas condiciones como las únicas capaces de salvarle en tan desesperada condicion. "Porque por muy valientes que sean vuestros soldados," añadió, "¿qué pueden hacer contra un ejército tan fuerte por su número y pertrechos, como lo es el que van á combatir?" Pero Cortés habia resuelto jugar su fortuna y no era hombre que se arrepintiese. "Si Narvaez trae comision del rey," replicó, "me someteré á él al instante; pero no ha presentado ningusa autorizacion: es enviado por mi rival Velazquez. Yo soy el servidor del rey; para él he conquistado esta tierra, y para él la defenderemos yo y mis compañeros hasta derramar la última gota de nuestra sangre. Si perecemos, gloria nuestra será sucumbir en defensa de nuestros deberes."¹

Su amigo no acertaba á comprender en qué consistia la diferencia de autoridad entre Cortés y Narvaez, pues que los dos eran enviados del gobernador de Cuba, quien podia á su arbitrio nombrarles

1 "Yo le respondia que no via provision de V. A. por donde le debia entregar la tierra, é que si alguna traia que la presentase ante mí y ante el cabildo de la Veracruz, segun orden y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer y cumplir; y entre tanto por ningun interés ni partido haria lo que él decia, antes yo y los que conmigo estaban, moririamos en defensa de la tierra, pues la habiamos ganado y teniamos por V. M. pacífica y segura, y por no ser traidores ni desleales á nuestro Rey..... Consideraado que morir en servicio de mi Rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, á mí y á los de mi compañía se nos seguia prez y gloria." Rel. Seg. en Lorenzana, págs. 125, 127.

y removerles.¹ Pero Cortés apeló al arbitrio de la ficcion legal, si así se puede llamar, de decir, que su comision habia sido trasferida á la municipalidad de Veracruz, la cual ejercia su autoridad á nombre de la corona. Aquel subterfugio era de tal naturaleza, que no podia engañar mas que á los que tuviesen gana de ser engañados. La mayor parte del ejército estaba en este caso: parece que aquella respuesta le dió nueva confianza de la misma manera que un espantajo de parapeto puesto en lugar de un verdadero parapeto de piedra ha solido no solo imponer respeto al enemigo, sino inspirar cierta especie de valor artificial á los que están ocultos dentro de él.²

Duero se habia convenido en Cuba con su amigo cuando tomó éste el mando de la espedicion, en que le tocara á aquel una gran parte de los productos: dícese que este convenio fué ratificado ahora y que

1 Tales son las reflexiones que hacia Oviedo discurriendo sobre la materia algunos años despues. "E tambien que me parece donaire é no bastante la excusa que Cortés dá para fundar y justificar su negocio, que es decir que el Narvaez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés oviera ido á aquella tierra por mandado de S. M., ó con mas ni tanta autoridad como llevaba Narvaez, pues que es claro ó notorio que el adelantado Diego Velazquez que envió á Hernando Cortés era parte, en derecho, para le enviar á remover y el Cortés obligado á le obedecer. No quiero decir mas en esto por no ser odioso á ninguna de las partes." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

2 Mariana menciona mas de una arteria de este género, en su historia de España, aunque no recuerdo los lugares precisos en que lo dice.

solo hizo aparentar que permanecía adicto á los intereses de Narvaez, porque importaba mucho que siguiesen creyéndolo así los demás. ¹ Por Duero supo Cortés muchas noticias acerca de los planes de Narvaez que el padre Olmedo no habia podido penetrar. Al irse los enviados de Narvaez le mandó con ellos una carta en contestacion de la que habia recibido. Esta apariencia de negociaciones indicaba un deseo por parte de Cortés de retardar, ya que no de evitar las hostilidades, lo cual debia inspirar á Narvaez cierta confianza imprudente. En la carta prevenia á éste y á sus compañeros que se le presentasen sin tardanza y le reconociesen como á legítimo representante de su soberano; en la inteligencia de que si procedian de otra suerte, les trataria como rebeldes á la corona. ² Con esta carta, cuyo tono arrogante tanto convenia á sus soldados como á los enemigos, despidió á los enviados. Estos regresaron á su campo ponderando la admiracion que les habian causado el general y sus compañeros,

¹ Bernal Diaz, cap. 119.

² "E así mismo mandaba y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban que no tovisen ni obediencia al dicho Narvaez por tal capitan, ni justicia; antes dentro de cierto término que el dicho mandamiento señala, pareciesen ante mí para que yo les dijese lo que debian hacer eo servicio de V. A., con protestacion que lo contrario hacienda procederia contra ellos como contra traidores alevos y malos vasallos que se rebelan contra su rey y quieren usurpar sus tierras y señoríos." Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 127.

hablando de su ilimitada liberalidad de que ellos mismos habian sacado grandes frutos, y ponderando la riqueza de los soldados que sobre su despedazado vestido traian adornos, collares y cadenas de oro macizo, que les daban la vuelta varias veces al redor del cuello y del cuerpo; todo lo cual era de los despojos del tesoro de Moteuczoma.

En seguida emprendió el ejército su marcha por las llanuras de la *tierra caliente*, donde la naturaleza ha agotado todos los primores de la creacion. Estaba entonces mas cubierta que ahora de altos bosques en que el elevado árbol del algodón, obra de siglos, estaba al lado del ligero bambú ó del plátano, producto de una estacion, atestiguando el uno y el otro la maravillosa fecundidad del suelo: innumerables flores trepadoras cubrian sus ramas gigantes y ondeaban en ligeros festones sobre su copa llenando el ambiente de perfumes deliciosos. Pero los sentidos de los españoles no estaban abiertos á las deliciosas influencias de la naturaleza. Sus almas estaban ocupadas en una sola idea.

Al llegar á una llanura descubierta se encontraron detenidos por un rio, ó mejor dicho, un riachuelo llamado el *Rio de las Canoas*, que en tiempo de secas no llevaba mucha agua; pero que en la estacion de las lluvias crecia considerablemente. Aquel dia habia llovido recio, aunque en algunos ratos el

sol habia brillado con intenso calor, ofreciendo una de esas alternativas de calor y humedad que hacen tan activa la vegetacion en los trópicos, donde parece que la feracidad siempre va en aumento.

El rio distaba cosa de una legua del campo de Narvaez. Antes de buscar un vado por donde pasarlo, permitió Cortés á sus soldados que se recobrasen de su fatiga, acostándose en la tierra. Las sombras de la noche estaban próximas á envolverlos, y la luna levante que salia por entre oscuras nubes, esparcia una luz incierta é interrumpida: todavía no se desataba la tempestad;¹ la que no pesó al general que meditaba un ataque en aquella misma noche y conocia que la oscuridad y el ruido de aquella servirian de ocultar sus movimientos.

Antes de descubrir su designio á las tropas les dirigió una de esas arengas entusiastas y verdaderamente marciales, á que acudia en tales ocasiones como para sondear los corazones de sus soldados y alentar á los que estuviesen decaidos de ánimo. Recordóles brevemente los principales sucesos de la campaña; los peligros que habian arrojado; los triunfos alcanzados sobre tan espantosos enemigos; y los ricos despojos que habian ganado. Díjoles que todo aquello se les queria arrebatár, no por hom-

¹ "Y aun llovía de rato en rato y entorces salía la luna quando allí llegamos hacia muy oscura y llovía, y tambien la oscuridad ayudó." Bernal Diaz, cap. 122.

bres autorizados por su rey, sino por aventureros que no tenían otro título mas que la superioridad de la fuerza: que ellos merecian la gratitud de su patria y de su rey, y que tambien este timbre se les queria robar presentándoles como á infames traidores; mas que habia llegado el momento de la venganza, y que Dios no abandonaria á los soldados de la Cruz; que no permitiria que aquellos que hasta entonces habian salido victoriosos de tantos peligros secumbiesen ahora; y por último, que era preferible morir con honor en el campo de batalla, á perder fama y fortuna y perecer ignominiosamente como esclavos en una horca. Insistió fuertemente en este último argumento, conociendo que entre sus oyentes no habria ninguno tan sordo que no quisiese oirlo.

¶ Todos respondieron con vivas aclamaciones, y Velazquez de Leon y Lugo le aseguraron en nombre de los demas que si no triunfaban no seria culpa mas que del general que podia llevarles adonde le placiese. Este quedó plenamente satisfecho del entusiasmo de sus soldados, pues conoció que no estaba la dificultad en despertarlo, sino en encaminarlo rectamente. Una cosa hay notable y es, que na habló palabra de la defeccion que minaba el campamento enemigo, seguramente porque en aquel último lance quiso que sus soldados lo fiasen todo á sus propios esfuerzos.

Descubrióles su intento de dar un ataque en aquella noche misma, cuando el enemigo estuviese entregado al sueño y la propicia oscuridad de la noche encubriese los movimientos y no permitiese ver la cortedad de su número. A esto se prestaron gustosísimas las tropas aunque estenuadas por el cansancio y en parte también por el hambre. En aquella situación la tardanza era el mayor de los peligros. Se comenzó á dar órdenes á los capitanes. A Gonzalo de Sandoval le fué confiada la importante comision de coger á Narvaez: llevaba instrucciones en clase de *alguacil mayor* de aprehenderle por rebelde á su rey, y en caso de resistencia, de matarle en el acto. ¹ Dióle sesenta hombres con picas para que ayudasen y le acompañaron algunos de los mejores capitanes, como dos de los Alvarados, Avila y Ordaz. La mayor parte de la fuerza fué puesta á las órdenes de Cristóbal de Olid, ó segun otros, de Pizarro, uno de la familia que tanta fama ganó despues en el Perú. Tocábale apoderarse de la artillería y proteger el asalto de Sandoval, deteniendo á los

¹ El procurador de Narvaez en la demanda que hizo ante la corona se queja amargamente de la barbaridad de tan diabólicas instrucciones.

"El dicho Hernando Cortés como traidor alevoso, sin apereibir é dicho mi parte con un diabólico pensamiento é infernal osadía en contemplo é menosprecio de V. M. ó de sus provisiones reales; no mirando ni acatando la lealtad que debia á V. M., el dicho Cortés dió un mandamiento al dicho Gonzalo de Sandoval, para que prendiese al dicho Pánfilo de Narvaez é si se defendiese que lo matase." Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS.

que quisiesen estorbarlo. Cortés se reservó para sí veinte hombres con los que se proponia acudir adonde fuera necesario. El santo en aquella noche era, *Espíritu Santo*, por ser víspera del dia de Pentecostés. Hechos estos preparativos, comenzaron á pasar el rio. ¹

El tiempo que Cortés empleaba de esta suerte, Narvaez lo gastaba en Zempoalla en frívolos pasatiempos. Sacóle de su inaccion el aviso del anciano cacique de la ciudad, quien le dijo: ¿por qué estais tan descuidado? ¿pensais que el Malinche está así? él sabe lo que haceis y donde estais, y cuando menos lo penseis lo tendreis sobre vosotros. ²

Alarmado por estos consejos y los de sus amigos, se puso por fin Narvaez á la cabeza de sus tropas. y el mismo dia que Cortés atravesó el Rio de Canoas, él se puso en marcha para salirle al encuentro. Pero cuando llegó á la ribera ya no encontró ni rastro de enemigo. La lluvia que caia á torrentes empapó á los soldados que acostumbrados á la vida muelle y poltrona de Zempoalla, comenzaron á murmurar de su incómoda situacion. ¿De qué sirve, decian, quedarse aquí, combatiendo con los ele-

¹ Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 12, 47. Bernal Diaz, cap. 122. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 1.

² "¿Qué haceis que estais muy descuidado? ¿pensais que Malinche y los Teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuidado no os cataredes, será aquí y os matará." Bernal Diaz, cap. 121.

mentos! No hay señales de enemigo ni razon para temer que venga con tan mal temporal. Lo mejor seria volverse á Zempoalla y en la mañana ya estaremos prontos para el combate, si se presenta Cortés.

Narvaez accedió á este dictámen que era tambien el de su gusto. Antes de retroceder apostó dos centinelas no lejos del rio, para que le avisasen si se acercaba Cortés y evitar una sorpresa. Destacó una partida de cuarenta ginetes con lo que creyó que estorbaria que Cortés llegase á Zempoalla, y despues de tomar estas medidas se replegó á sus cuarteles antes de que entrase la noche.

Ocupó el templo mayor de la ciudad: era aquel una pirámide de piedra, á la cual se subia por una escalera que habia en una de sus caras. En el santuario en que remataba el templo, se alojó con una fuerte partida de arcabuceros y ballesteros. Otros dos templos que habia dentro del mismo atrio, quedaron custodiados por destacamentos de infantería. Situó su artillería que consistia en diez y ocho cañones pequeños al pié del teocalli y la caballería quedó encargada de protegerla. Despues de distribuir sus fuerzas de esta suerte, se retiró á su aposento y se entregó al descanso con tanta confianza como si su rival hubiese estado mas allá del Atlántico, en vez de estar en un riachuelo inmediato.

Este riachuelo estaba ahora convertido á causa

de las lluvias en un torrente impetuoso: difícil era vadearlo: el pié á cada momento vacilaba en las piedras resbaladizas en que se asentaba, y la dificultad del paso del rio aumentaba por la oscuridad y la lluvia. Por último, ayudados de sus largas lanzas consiguieron atravesarlo todos, escepto dos que fueron arrebatados por la fuerza de la corriente. Despues que llegaron á la orilla opuesta encontraron nuevas dificultades, pues el camino que nunca era bueno, ahora era doblemente difícil á causa del cieno y de la maleza.

Encontraron una cruz que ellos habian erigido al internarse en el pais: tuviéronla por buen agüero y Cortés arrodillándose delante del signo bendito, confesó sus pecados y protestó que el objeto que le llevaba era el triunfo de la fé católica. Todo el ejército siguió su ejemplo y recibió la absolucion del padre Olmedo, que invocó la bendicion del cielo sobre aquellos guerreros que habian consagrado sus aceros á la defensa de la Cruz. Despues de esto se alzaron del suelo, se abrazaron cordialmente como compañeros y cobraron nuevo vigor. El incidente es curioso y dá á conocer perfectamente el carácter de aquella época en que la religion, la guerra y la rapina se hermanaban tan estrechamente. Junto al camino habia un bajo monte, donde se apearon Cortés y los pocos ginetes que llevaba y ataron á los rboles los caballos para que se guareciesen un po-

co de la tempestad. Allí dejaron los bagages y todo cuanto podia estorbar los movimientos, y les dirigió el general las últimas prevenciones. "Todo depende de la obediencia," les dijo; "que nadie por el deseo de señalarse se salga de sus filas: del silencio, de la prontitud y eficacia con que obedezcais á vuestros oficiales depende todo el buen écsito de la empresa."

Caminaban silenciosa y cautamente, sin toque de tambor ni de corneta, cuando de súbito tropezaron con los dos centinelas que habia apostado Narvaez para que le avisasen de la llegada de su enemigo; pero se habia hecho esto con tanto descuido que los dos fueron sorprendidos en su puesto, y uno solo logró escaparse, aunque con gran dificultad. El otro fué traído á la presencia de Cortés: todos los esfuerzos que se hicieron por saber algo sobre la situacion de Narvaez fueron inútiles, pues el soldado permanecia obstinadamente en silencio, y aunque se le amenazó con la horca y se le llegó á poner una soga en el cuello, quedó indómito su heroísmo espartano. Afortunadamente no se habia verificado ningun cambio en la posicion de Narvaez, despues de las noticias de Duero.

El otro centinela llevó al campo de Narvaez el aviso de que se acercaba Cortés; pero no quisieron creerle sus camaradas cuyo sueño habia venido á interrumpir. Este, decian, ha visto visiones con el miedo; el ruido de la tempestad y de las hojas le ha

parecido que era el de un enemigo. Cortés y los suyos están al otro lado del rio, y algo tendrian que tardarse para pasarlo en semejante noche. Narvaez participó de esta duda ciega y el no creído centinela se retiró á su cuartel, amenazándoles inútilmente con las consecuencias de aquella incredulidad.¹

Cortés, figurándose que el aviso del centinela habria alarmado al campamento enemigo, aceleró el paso. Al acercarse percibió una luz en una de las torres mas elevadas de la ciudad. "Allí está Narvaez," dijo á Sandoval, "y aquella luz nos va á servir de guía." Cuando entraron en la ciudad quedaron sorprendidos los de Cortés de no encontrar quien los sintiese, y ni un solo síntoma de alarma. No se oia ningun ruido fuera del de sus pisadas acompasadas, medio encubierto por el rumor de la tempestad. Con todo, no pudieron moverse tan silenciosamente que nadie los oyese al desfilarse por las calles de la populosa ciudad: las noticias llegaron al cuartel, donde en un momento todo se volvió confusion y barullo. Las trompetas tocaron alarma: los dragones acudieron á sus caballos y los artilleros á sus cañones. Narvaez se puso luego su armadura, se rodeó de su guardia é hizo que bajasen al atrio

¹ Relac. seg. en Lorenzana, pág. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Herrera, Hist. General., dec. 2, lib. 10, caps. 2, 3.

los que estaban en los otros dos teocallis. Dió todas aquellas órdenes con frialdad, porque aunque faltó de prudencia, no lo era de serenidad y valor.

Todo esto fué obra de pocos minutos que bastaron á los españoles para llegar á la calle que conducía directamente al campamento. Cortés mandó á los soldados que se arrimasen á las dos aceras de ella para que las balas de cañon pasasen sin hacer daño.¹ No bien se presentaron á la boca-calle cuando la artillería de Narvaez rompió un fuego general; afortunadamente las punterías eran muy altas y las balas pasaron sobre las cabezas de los soldados, y solo tres de ellos cayeron heridos. No dieron tiempo al enemigo para rehacerse: Cortés pronunció la palabra convenida: "¡Espíritu Santo, Espíritu Santo, á ellos!" y en un momento Olid y su division se arrojaron sobre los artilleros á quienes traspasaron ó derribaron con las picas, y se apoderaron de los cañones. Otra division trabó un combate con la caballería, y la entretuvo mientras Sandoval con su puñado de valientes subia la escalera principal del templo. Recibiéronles con una descarga de proyectiles como saetas y balas de mosquete, pero como la puntería era incierta y la noche os-

¹ "Ya que se acercaba al aposento de Narvaez, Cortés, que andaba reconociendo y ordenando á todas partes, dijo á las tropas de Sandoval: Señores, arrimaos á las dos aceras de la calle para que las balas de la artillería pasen por medio sin hacer daño." bid, ubi supra.

cura, no les hicieron daño considerable. En un minuto los que atacaban se encontraron en la plataforma del templo luchando brazo á brazo con sus defensores. Narvaez peleaba valientemente y animaba á los suyos: su porta-bandera cayó junto á él con el pecho atravesado; y él mismo recibió muchas heridas, porque su espada corta no bastaba contra las largas picas de sus adversarios. Por último, recibió un lanzazo en el ojo izquierdo, y dijo el desgraciado: "¡Santa María!" Los de Cortés al oír aquel grito, exclamaron: ¡Victoria!

Inutilizado y medio loco á resultas de su herida, lo llevaron al santuario. Los que atacaban intentaron forzar una de las entradas, que fué vigorosamente defendida; pero al fin, tomó un soldado una tea encendida y puso fuego al techo de paja, que comenzó á incendiarse en pocos momentos. Los que estaban dentro se vieron precisados á salir para que no los ahogase el humo y el calor. Un soldado nombrado Farfan cojió al herido comandante y le sacó fácilmente á la plataforma: le arrastraron violentamente por la escalera y le pusieron grillos. Los suyos al ver la dura suerte de su gefe, cesaron en su resistencia.¹

Durante este tiempo, Cortés y Olid habian trabado una refriega con la caballería y la habian der-

¹ Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS. Oviedo. Hist. de las Ind., MS., lib. 23, cap. 49.

rotado, despues de que ella habia hecho varios esfuerzos por abrirse paso por entre la densa turba de picas con las que muchos quedaron desmontados y algunos muertos. El general dispuso entonces el ataque de los otros *teocallis*, intimando antes á las guarniciones que se rindiesen. Viendo que se rehusaban, mandó traer la artillería para descargarla sobre sus propios dueños, acompañando todas estas amenazas de las ofertas mas ámplias de olvidar lo pasado y de darles parte en todas las ventajas que se sacaran de la conquista. Una de aquellas guarniciones estaba á las órdenes de Salvatierra, el mismo oficial que habia hablado de cortar las orejas á Cortés. Al momento que supo la suerte de su general, le dió una enfermedad tan violenta, que le inhabilitó para pelear. Apenas recibió la guarnición una descarga de la batería, cuando se rindió. Cuentan que en esta ocasion recibió Cortés un auxilio inesperado: el aire estaba poblado de *cocuyos*, insectos que emiten una luz fosfórica bastante intensa y suficiente para leer con ella. Aquellas luces errantes parecieron á los angustiados sitiados, en medio de la oscuridad de la noche, un ejército con arcabuces cuyas mechas estaban ardiendo: ¡tal es lo que cuentan los testigos del hecho.¹ Pero la

¹ "Como hacia tan oscuro, habia muchos *cocuyos* (asi los llaman en Cuba) que relumbraban de noche, y los de Narvaez creeron que eran muchas de las escopetas." Bernal Diaz, capxxp, 122

facilidad con que se rindieron debe atribuirse igualmente á la cobardía del comandante y al disgusto de los soldados, los cuales deseaban militar bajo las banderas de Cortés.

El cuerpo de caballería, que como recordará el lector habia apostado Narvaez en uno de los caminos de Zempoalla, para impedir los movimientos de su rival, sabiendo lo que habia pasado no tardó en rendirse. Todos los soldados del ejército derrotado se vieron obligados en señal de obediencia á rendir las armas en manos de los alguaciles y á jurar que reconocian á Cortés por Justicia Mayor y Capitan General de la colonia.

No se sabe á punto fijo cuál fué el número de los muertos; mas parece probable que del lado de los vencidos murieron doce y la mitad de este número del lado de los vencedores: esto se esplica fácilmente atendiendo al poco tiempo que duró la refriega y á lo erradas que debian ser las punterias en medio de la oscuridad de la noche. El número de heridos fué mucho mas considerable.²

¹ Narvaez, ó mejor dicho, su procurador, hace subir el número de los muertos por parte de éste, á un número mucho mas considerable. Pero estaba en sus intereses exagerar el daño ocasionado por Cortés: la confrontacion de lo que dicen éste, sus compañeros y sus enemigos, ofrece el medio mas seguro de saber aproximativamente la verdad. "E allí le mataron quince hombres que murieron de las heridas que les dieron, é les quemaron seis hombres del dicho incendio, que despues parecieron las cabezas dellos squemadas, é pusieron á sacomanó todo cuanto traian los que ve-

Cortés había quedado dueño absoluto del campo: pocas horas habían bastado para trocar la condición de aquel; de la de un proscrito errante y cabecilla de un puñado de desnudos aventureros, de la de un rebelde á cuya cabeza se había puesto precio, en la de un jefe independiente que podía disponer de un ejército bastante para afianzar sus presentes conquistas, y aun para realizar sus encumbrados proyectos de ambición. Mientras los soldados llenaban el aire con aclamaciones de triunfo, el general victorioso tomando el aire que convenia á su cambio de fortuna, se sentó en una magnífica silla, y vestido de un rico manto que pendía de sus hombros, fué recibiendo uno por uno á todos los oficiales y soldados que venían á felicitarle. A los últimos permitió que le besasen la mano; á los oficiales dirigió palabras de cortesía, y cumplimiento, y á Bermudez el tesoro del ejército vencido y á algunos otros sus amigos antiguos, los abrazó cordialmente. ¹

nian con el dicho mi parte, como si fueran moros, y al dicho mi parte robaron y saquearon todos sus bienes, oro é plata, é joyas.' Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS.

¹ 'Entre ellos venían Andrés de Duero y Agustín Bermudez y muchos amigos de nuestro capitán, y así como venían iban á besar las manos á Cortés que estaba sentado en una silla de caederas con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía, era cosa de ver que alegre estaba: y tenía mucha razón de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano, se fueron cada uno á su posada.' Bernal Díaz, cap. 122

A Narvaez, á Salvatierra y á algunos otros capitanes que le eran enemigos, se los trajeron cargados de cadenas: aquel acto de profunda humillación debe haber causado al primero mayor angustia de espíritu que la que le causaba la agonía de sus heridas. "Razon tendreis, Sr. Cortés," le dijo, "para agradecer á la fortuna que tan fácilmente habeis tomado mi persona."—"Mucho tengo que agradecerle," replicó; "lo menos que yo he hecho en esta tierra en que estoy, es haberos prendido." ⁴ En seguida mandó que se les asistiese con mucha eficacia de sus heridas, y los envió á Veracruz á buen recaudo.

No obstante la altiva humildad de Cortés, no pudo él dejar de conocer que su triunfo sobre Narvaez, era una de las mas brillantes hazañas de su carrera militar. Con unas cuantas veintenas de compañeros mal vestidos, peor calzados, cansados por marchas forzadas, con todas las desventajas personales posibles, faltos de armaduras y aprestos militares, había atacado en sus propios cuarteles á un enemigo triple en número, lo había derrotado, lo había hecho

¹ Ibid, loco citato. "Dijose que como Narvaez vido á Cortés estando así preso le dijo: Señor Cortés, tened en mucho la ventura que habeis tenido, é lo mucho que habeis hecho en tener mi persona ó en tomar mi persona. E que Cortés le respondió é dijo: lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido; é luego le hizo poner á buen recaudo é le tuvo mucho tiempo preso." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 32, cap. 47.

prisionero, no obstante que tenia éste caballería y artillería, que estaba perfectamente equipado y provisto de toda especie de municiones de guerra. El monto total de las tropas empeñadas en esta refriega, no era en verdad muy considerable; mas no por eso dejaban de ser desproporcionadas las del uno con respecto á las del otro; por manera que este triunfo siempre debe tenerse por notable en los fastos de la guerra.

Verdad es, sin embargo que hubo algunas circunstancias absolutamente casuales de que dependió en parte la victoria; tal es, por ejemplo, que Velazquez de Leon no haya sido infiel; en cuyo caso la expedicion se habria malogrado. ¹ Si el tiempo hubiera sido bueno la noche del ataque, el enemigo habria tenido noticia segura de que él se acercaba y se habria preparado á recibirle. Pero esta especie de contin-

¹ Oviedo dice que los militares discutian sobre si Velazquez de Leon debia de seguir el partido de Cortés mas bien que el de su pariente el gobernador de Cuba; y se decidian á favor del primero fundándose en que de éste habia recibido inmediatamente su comision. "Visto he platicar sobre esto á caballeros y personas militares sobre si este Juan Velazquez de Leon hizo lo que debia en acudir ó no á Diego Velazquez ó á el Pánfilo en su nombre, é convienen los veteranos milites é á mi parece determinan bien la cuestion, en que si Juan Velazquez tuvo conducta de capitán para que con aquella gente que él le dió, ó toviese en aquella tierra como capitán particular, le acudiese á él ó á quien le mandase, Juan Velazquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narvaez siendo requerido de Diego Velazquez; mas si le hizo capitán Hernando Cortés é le dió él la gente, á él debia acudir, como acudrió, excepto si viera carta ó mandamiento espreso del Rey en contrario." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

gencias entran en todo género de empresas. La habilidad del general lo que sabe es sacar partido de ellas, aprovechar la sonrisa de la fortuna y hacer que le ayuden hasta los mismos elementos.

Si Velazquez de Leon era en efecto, lo que despues se vió, un oficial digno de que le confiase el mando el general, la sagacidad de éste lo descubrió: su astucia la que convirtió á un poderoso adversario en amigo, y amigo tan adicto que prefirió seguir la incierta fortuna de Cortés á la del gobernador de Cuba, su prócsimo pariente y antiguo protector. Su habilidad es tambien la que le grangeó tal ascendiente sobre los soldados, que aun en los momentos mas terribles le permanecieron fieles y ni uno solo le abandonó. ¹ Si el buen écsito del asalto dependió en la mayor parte de la oscuridad de la noche y el ruido de la tempestad, tambien es debido á Cortés que supo arreglar las cosas de manera que pudiese aprovechar estas circunstancias propicias. Entre la concepcion y la ejecucion de sus planes medió el menor tiempo posible: en poquísimos dias bajó de la capital hasta la playa, como un torrente baja de las

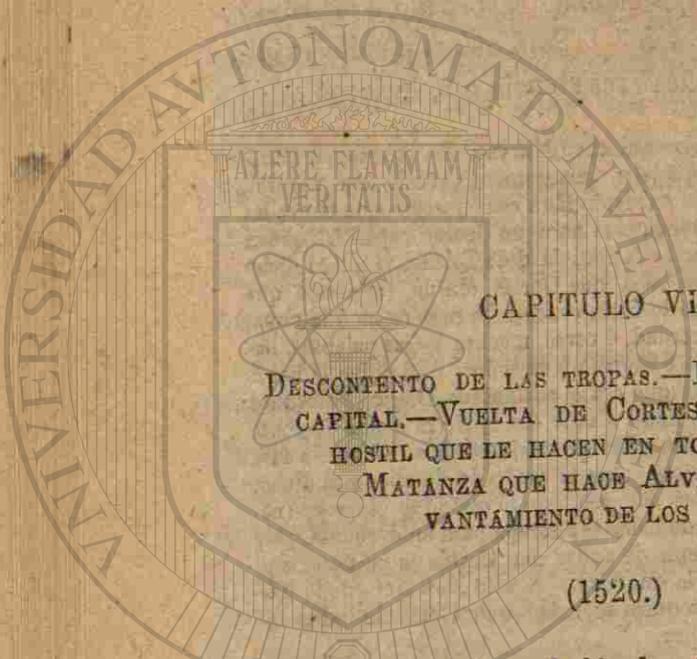
¹ El reflexivo Oviedo atribuye este influjo á su trato abierto liberal y franco que tan fuerte contraste formaba con el del gobernador de Cuba. "En lo demas, valerosa persona ha seido é para mucho; y este deseo de mandar juntamente con que fué muy bien partido é gratificador de los que le vieron, fué mucha causa juntamente con ser malquistado Diego Velazquez, para que Cortés se saliera con lo que empreodió é se quedase en el oficio é gobernaçion." Ibid, ubi supra.

montañas, arrasando con cuanto encuentra antes de que se pueda oponerle una barrera que lo contenga. Esta celeridad de movimientos, efecto de un entendimiento claro y de una voluntad poderosa, ha formado siempre uno de los primeros recursos estratégicos de los grandes capitanes, y ha sido el rasgo prominente de sus más famosas hazañas. En el caso presente no se puede dudar que contribuyó en gran parte al triunfo.

Pero sería ver las cosas muy mezquinamente considerar que la batalla en que fué derrotado Narvaez, se dió toda ella en Zempoalla; no, que había empezado en México. Con ese influjo irresistible que ejercía Cortés sobre todo cuanto le rodeaba, convirtió en sus amigos y agentes á los emisarios de Narvaez. Los informes de Guevara y sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo y el oro del general, todo fué diligentemente empleado para hacer vacilar la lealtad de los soldados; de suerte que la batalla ya estaba medio ganada aun desde antes de dar un solo golpe: puede decirse que se ganó tanto con el oro como con el acero. Cortés previó todo tan exactamente, que su principal mira fué hacerse de la persona de Narvaez; seguro de que en este caso, la indiferencia con que veían á este los soldados y el afecto que le tenían á él, los atraería después á todos bajo sus banderas. No se engañó: Narvaez dijo con bastante verdad algunos años después-

que "á él le habían vencido sus propias tropas, no las de su rival, y que habían sobornado á los suyos para que le vendiesen." ¹ Solo así se puede explicar la breve é ineficaz resistencia que hicieron.

¹ En una conversacion que tuvo Narvaez en Toledo, en 1525 con Oviedo mismo, se quejaba amargamente, como era natural, del modo de proceder de su rival. Esta conversacion que nunca ha sido impresa, puede tener interés para un lector español: "que el año 1525, estando César en la festividad de Toledo, vi allí al dicho Narvaez é públicamente decia que Cortés era un traidor é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas é feas palabras, llamándole alevoso é tirano é ingrato á su señor, é á quien le había enviado á Nueva-España que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le había alzado con la tierra é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez (como yo se lo dije), no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que la que hizo. A esto decia él que lo habían vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le había sobornado." Ibid, ubi supra.



CAPITULO VIII.

DESCONTEÑO DE LAS TROPAS.—INSURRECCION DE LA CAPITAL.—VUELTA DE CORTES.—RECIBIMIENTO HOSTIL QUE LE HACEN EN TODAS PARTES.—MATANZA QUE HACE ALVARADO.—LEVANTAMIENTO DE LOS AZTECAS.

(1520.)

LA tempestad que habia desatádose con tanta furia durante la noche, se disipó al salir el sol que aquel día alumbró brillante y sereno el campo de batalla. Ya que era enteramente de día, se vió claramente la desproporcion entre las dos fuerzas combatientes. Los de Narvaez no podian disimular su pesar, ni pudieron reprimir las murmuraciones al ver cuán superiores eran en número y recursos al puñado de sus vencedores, cuya cara estaba tostada por el sol y los vestidos raídos por el uso. Cortés tuvo tambien la satisfaccion de ver llegar al campamento los dos mil aliados de Chinantla, los cua-

les eran hombres atléticos y bien formados, que marchaban en cierto desórden ordenado, por hablar así; traian desplegadas sus bellas banderas de plumage y alzadas sus largas picas con las puntas de itzli ó de cobre que relumbraban á la luz del sol de la mañana, y parecia que guardaban cierta disciplina militar. Llegaban despues de buena hora, es cierto; pero á Cortés no pesó de dar á sus contrarios aquella nueva prueba de los recursos con que contaba; y como que no les necesitaba, despues de un afable acogimiento y de hacerles algunos regalos, les mandó á sus casas. †

Desde luego procuró con el mayor empeño disipar el descontento de las tropas. Les habló en el tono mas suave é insinuante, y no fué parco en las promesas; ‡ acompañando las obras á las palabras. Pocos soldados de Narvaez no habian perdido en la refriega su equipaje ó caballo, principalmente, esto último, pues los vencedores que estaban cansados de andar á pié se habian dado prisa á hacerse de un medio de trasporte mas cómodo y mas decente. Pero el general ordenó que fuesen devueltos á sus dueños, alegando que pues que defendian la misma

1 Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 6. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Bernal Díaz, cap. 23.

2 Díaz que le oyó muchas veces, dice, hablando de la elocuencia de Cortés: "Comenzó su parlamento por tan lindo estilo y plática, tambien dichas ciertas otras palabras mas sabrosas y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir." Cap. 122.

causa, debían partírsele todo igualmente;¹ y no contento con esto, repartió entre los de Narvaez algun oro y otros objetos valiosos que le habían regalado las tribus de allí cerca, ó que había sacado de los cofres de su rival mismo.²

Esta conducta, aunque muy del gusto de los nuevos compañeros, no lo era del de los antiguos. "Nuestro general," decían, "ha despojado á sus amigos para favorecer á sus enemigos: le acompañamos á la hora del peligro y recibimos golpes y estocadas, y reparte el botín á nuestros enemigos!" La indignada soldadesca comisionó al padre Olmedo y á Alonso de Avila, para que hiciesen presente á Cortés estas quejas. Los comisionados le hablaron sin miramiento, comparando la conducta de Cortés en aquella ocasión á la ingratitud de Alejandro, quien después de una victoria acostumbraba hacer mas regalos á los vencidos que á los que le habían ayudado á alcanzarla. Cortés se vió en durísimo aprieto: su suerte era, ya estuviera victorioso ó derrotado, andar un camino sembrado de espinas.

1 Al capitan Diaz tocaron por despojos de aquellos filisteos un excelente caballo con todos sus arneses, un puño de espada, tres puñales y un escudo; magníficos atavíos para una campaña; ya se verá que la orden del general no ha de haber sido muy del gusto del soldado. Ibid. 124.

2 Narvaez se quejaba de que Cortés le había hecho un robo que valía 100,000 castellanos de oro! (Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS.) Si en efecto fué así, con lo que robó al general tenía para ser liberal con los soldados.

Para calmar la irritacion de sus soldados, procuró justificar la necesidad de aquella medida. "Nuestros enemigos son tan formidables por su gran número, que aun ahora, mejor se puede decir que estamos en su poder que no ellos en el nuestro: nuestra seguridad depende de hacerles no solo nuestros aliados, sino nuestros amigos. Si les damos cualquiera motivo de disgusto, tendremos que combatirlos otra vez, y si acaso se unen, será con mayores desventajas que antes. He cuidado de vuestros intereses como de los míos propios: cuanto tengo os pertenece; pero ¿por qué tener descontento por este motivo cuando todo el país está á nuestra disposición? ¿El aumento de nuestra fuerza no debe darnos seguridad de afianzarnos en su posesion?"

Pero Cortés no fiaba la conservacion de la tranquilidad á los argumentos únicamente; conoció que era necesario combinarles con las obras. Lo primero de que trató fué de dividir sus fuerzas y de mandarlas á lugares distantes, conociendo que lo mas importante era tenerlas activamente ocupadas. Envió un destacamento de doscientos hombres á las órdenes de Diego de Ordaz, á fundar la proyectada colonia de Guatzacoalco. Otro de igual número, mandado por Velazquez de Leon, á pacificar la provincia del Pánuco, que estaba algunos grados mas hácia el Norte, bañada por el golfo mexicano. En

cada uno de estos destacamentos habia veinte de los antiguos soldados.

A Veracruz mandó otros doscientos con orden de sacar á tierra el velámen, clavazon y demás útiles portátiles de las naves de Narvaez, hasta dejarlas enteramente desmanteladas. Nombró á un tal Caballero superintendente de marina y le previno que si en lo sucesivo entraban otros buques en el puerto os desmantelase igualmente y aprehendiese á la tripulacion.¹

Pero cuando mas ocupado estaba en sus planes de nuevos descubrimientos y conquistas, recibió de México noticias tan alarmantes que le obligaron á concentrar en este punto todos sus pensamientos y todas sus fuerzas. La ciudad se habia sublevado. Al punto que se habia decidido la contienda con su rival habia despachado Cortés un correo que lo participase á Alvarado, cuyo correo en menos de quince dias estaba de vuelta con la respuesta de éste, quien informaba á Cortés de que los mexicanos se habian levantado y atacado los cuarteles de los es-

¹ Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 124. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Rel. Seg. en Lorenzana, págs. 130. Camargo, Hist. en Tlaxcala, MS.

La visita de Narvaez dejó tristes huellas que harán que los indios no le olviden en mucho tiempo. Un negro que venia con él trajo la viruela, cuya enfermedad se propagó rápidamente por aquellas regiones é hizo gran número de víctimas entre la poblacion indígena. Herrera, Hist. General, dec. 2. lib. 10, cap. 6.

pañoles, habiendo incendiado los bergantines que se habian mando hacer para tener espedita la retirada aun en el caso de que los puentes de las calzadas fuesen destruidos: habian intentado forzar las entradas de los cuarteles y en parte los habian destruido; finalmente, habian agobiado á la guarnicion con una lluvia de armas arrojadas que habian matado á varios y herido á muchos. La carta acababa con suplicar al general que acudiese al punto, si queria salvarles á ellos y no perder la capital.

Aquel golpe fué terrible para el general, y mas terrible por las circunstancias en que lo recibió; precisamente en la hora de la victoria, cuando creía tener á sus plantas á todos sus enemigos. No cabia lugar á la duda: perder su dominio sobre la capital, la ciudad mas importante y la cabeza de todo el imperio, era perder el dominio sobre éste.¹ Hizo conocer francamente el aprieto en que estaba á todos sus soldados y los escitó para que acudiesen en ayuda de sus compatriotas. Todos mostraron buena disposicion para hacerlo, y se dieron una priesa que no hubieran tenido, dice Bernal Diaz, si hubiesen podido preveer lo que les aguardaba.

Cortés hizo los preparativos para su urgentísimo

¹ "Se perdía la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevo mente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la capital de todo, y á quien todos obedecian. Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 131.

viage: dió á Ordaz y á Velazquez de Leon, órden de contramarchar y de reunirse en Tlaxcalan: llamó á las tropas de Veracruz dejando allí solamente cien hombres á las órdenes de un tal Rodrigo Rangre, no queriendo carecer en aquel aprieto de los importantes servicios de Sandoval. Dejó en Zempoalla á sus heridos é inútiles bajo la custodia de un pequeño destacamento, con órdenes de seguirle luego que pudiesen ponerse en marcha. Tomadas estas disposiciones salió de Zampoalla, cuyo cacique le abasteció de víveres y le acompañó algunas leguas: porque parece que el gefe totonaca tenia admirable docilidad para plegarse á la autoridad del fuerte.

Nada notable ocurrió durante la primera parte del camino: el ejército encontraba en todas partes un amistoso recibimiento que le proporcionaba lo necesario para satisfacer las necesidades de la vida. Un poco antes de llegar á Tlaxcalan pasaba el camino por un pais poco poblado, donde los españoles sufrieron grande escasez de alimento y mayormente de agua. Sus penalidades aumentaban considerablemente porque con el deseo de acelerar su marcha, caminaban en el medio dia con un sol que abrasaba sus cabezas. Algunos, agobiados por el cansancio se tiraban en la mitad del camino, sin aliento para moverse y casi indiferentes aun á lo que pudiera ser de su vida.

En tal aprieto mandó Cortés un pequeño desta-

camento de caballería á Tlaxcalan y se dirigió en seguida él mismo en persona á este punto donde encontró gran acopio de víveres que le tenían preparados los hospitalarios indios. Los envió al punto al ejército: hizo que recogiesen uno por uno todos los dispersos y que se les diese algun refrigerio, y despues de recuperadas las fuerzas y el aliento, verificó el ejército su entrada en la capital de la república.

Pocas noticias nuevas tuvieron allí cerca de los sucesos de México, que un rumor general atribuia á las maquinaciones secretas de Moteuczoma. Cortés fué cómodamente alojado en la casa de Maxicca, uno de los cuatro señores de la república. Le proporcionaron ademas dos mil indios á los que no faltaba valor tratándose de pelear con su antigua enemiga la raza azteca.¹

Al pasar revista el general á su ejército despues de reunidos los dos capitanes, encontró que subia á cosa de mil infantes, cien ginetes y los aliados tlaxcaltecas.² Entre los primeros habia cien archauce-

¹ Ibid. ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 13, 14. Bernal Diaz, caps. 124, 125. Pedro Martir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 5. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.

² Gomara, Crónica, cap. 103. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 7.

Bernal Diaz hace subir la fuerza del ejército á 1300 peones y 90 ginetes. (Ibid., cap. 125) Cortés la reduce á menos de la mitad. (Relac. Seg., ubi supra.) El número adoptado en el texto es el que resulta de los documentos oficiales en que consta cuál era la fuerza de cada uno de los dos ejércitos antes de juntarse.

ros y otros tantos ballesteros; estando los soldados pertenecientes á la expedicion de Narvaez perfectamente equipados; sin embargo de que eran inferiores á los antiguos veteranos de Cortés, en eso que vale mas que los arreos exteriores, en disciplina militar y en el conocimiento del modo de hacer aquella campaña.

Dejaron sus hospitalarios cuarteles y prosiguieron su marcha por un camino mas al Norte que el que antes habian tomado al internarse en el valle, por ser aquel menos largo: era el camino de Tetzcoco. Sin embargo, volvieron á verse precisados á subir las ásperas cordilleras de montañas, cuyos puntos mas elevados son los dos enormes volcanes por cuya base tuvieron que pasar antes. Las faldas de la sierra estaban cubiertas de bosques de encinos, cipreses, pinos y cedros; ¹ por entre cuyos claros se veian los encantados prados y valles que, dilatándose cuanto alcanzaba á descubrir la vista, estaban cubiertos de la mas esplendente vegetacion selvática. Desde la cumbre de las montañas se dominaba la anchurosa llanura que acababan de pasar y que se confundía con los verdes campos de Cholula. Al

¹ "Las sierras altas de Tetzcoco á que le mostrasen desde la mas alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tetzcoco, que con las sierras de Tlallocan, altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto y puedo decir que son bastantes para cubrir el un hemisferio y el otro, porque son los mayores puertos y mas altos de esta Nueva-España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedros, cipreses y pinos." Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.

poniente tenian el valle de México desde un punto de vista diferente, pero no menos bello que el de la otra vez: veian la superficie trémula de sus lagos, las vistosas ciudades que se alzaban del fondo de ellos, los bruñidos teocallis resplandecientes con la luz del sol, las cultivadas llanuras y umbrías colinas de pórvido, que, formando una prolongada perspectiva, iban á perderse en el horizonte. A sus plantas se estendia la ciudad de Tetzcoco, que, modestamente oculta entre sus bosques de cipreses, formaba contraste con su ambiciosa rival, la cual se alzaba del otro lado del lago, haciendo alarde y ostentacion de sus encantos, como si fuera la Señora del Valle.

Cuando descendieron á las llanuras, les hicieron un recibimiento muy diverso del que antes habian tenido: ya no salian grupos de rústicos á contemplarlos con curiosidad y asombro y á ofrecerles su sencilla y cordial hospitalidad: lo que necesitaba el ejército no le era rehusado, pero se le concedia con cierto aire de frialdad, que indicaba que aquella dádiva no era de buena voluntad. Este aire de reserva fué aun mas notable al entrar á los suburbios de la antigua capital de las acolhuas. Nadie salió á recibirlos y la poblacion parecia haber disminuido visiblemente; tanto así era el número de los que esta-

ban empleados en la guerra encendida en México. † Este frío acogimiento mortificaba á los antiguos veteranos de Cortés que tantas ponderaciones habian hecho á sus nuevos camaradas, sobre la favorable impresion que su sola presencia despertaba en los indios. Aun el cacique de la ciudad, que como ya se recordará, habia sido nombrado por el influjo de Cortés, estaba ausente. El general tuvo todo aquello por de muy mal agüero, y aun llegó á tener fundados temores de que hubiese sucedido alguna desgracia á la guarnicion que habia dejado en México. †

Sus dudas quedaron desvanecidas con la llegada de un correo que, burlando la vigilancia del enemigo, ó acaso con su connivencia, habia logrado llegar en una canoa y traia pliegos de Alvarado en que comunicaba á Cortés que, durante los últimos quince dias, habian cesado las hostilidades de los mexicanos, quienes se habian reducido únicamente á un sitio. Decia que la guarnicion habia padecido mucho, pero que estaba cierto de que el sitio quedaria roto y la tranquilidad restablecida luego que se acer-

1 El historiador da en parte la razon de esto: "En la misma ciudad de Tetzoco habia algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro Alvarado y los suyos en México." Ixtlilzochitl, Hist. Chich., MS., cap. 88.

2 "En todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Moteuczoma, como antes lo solian hacer; y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada, de que concebí mala sospecha creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado eran muertos." Relac. Seg., en Lorenzanr, pág. 132

case Cortés con los suyos. Moteuczoma envió tambien un mensajero avisando esto mismo y protestando no haber tenido participacion alguna en las últimas hostilidades que habian sido rotas no solo sin su consentimiento, sino contra sus órdenes expresas.

El general español, que ya habia dejado descansar á sus tropas el tiempo bastante, prosiguió su marcha costeando la márgen meridional del lago, la que conducia á la calzada por donde hizo su primera entrada en la capital. Verificóse esta segunda el dia de San Juan Bautista, 24 de Junio de 1520; pero ¡cuán diferente fué de la primera! † No habia tropeles de pasajeros en las orillas del camino, ni oscurecian el lago millares de canoas llenas de admirados espectadores. Una que otra piragua se veia cruzar por el lago allá á lo lejos, como si fuera espía vigilante encargado de perseguir sus movimientos y de avisar de ellos inmediatamente. Un silencio sepulcral envolvía tan horrible escena: aquella muda calma era mas elocuente que las estrepitosas aclamaciones de la multitud.

Cortés caminaba tristemente á la cabeza de sus

1 "Y como asomé á la vista de la ciudad de México, parecióle que estaba tan yerma y que no parecía persona por todos los caminos ni casas, ni plazas, ni nadie lo salió á recibir, ni de los suyos ni de sus enemigos; y fué esto señal de indignacion y enemistad por lo que habia pasado." Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 19.

bataillones, encontrando en aquel cambio, materia bastante para la meditacion, la duda y la inquietud. Como si hubiese querido interrumpir sus tetricas reflexiones, mandó tocar todos los clarines cuyas notas claras y penetrantes que se propagaron por medio de las ondas del lago, fueron á anunciar á los prisioneros de la afligida fortaleza, que sus amigos estaban ya á las puertas de ella. Saludóles una descarga de artillería, que parece que causó un placer momentáneo á las tropas, las cuales redoblaron el paso, atravesaron los puentes y en pocos momentos estuvieron dentro de la ciudad imperial.

El aspecto de esta no era para disipar sus temores. En algunas partes veian los puentecillos levantados, lo cual les denotaba claramente cuán fácil seria que les cortasen la retirada.¹ La ciudad parecia aun mas desierta que Tetzcoco; su crecida y activa poblacion se habia disipado misteriosamente: al desfilarse por las yermas calles de la ciudad, en cuyo pavimento resonaban las pisadas de los caballos, solo se escuchaba el sorco y melancólico eco que las reproducia, contristando el ánimo de los soldados. Llenos de pena llegaron á las puertas del palacio de Axayacatl, que les fueron abiertas y cuyos defensores abrazaron estrechamente á sus ca-

¹ "Pontes ligneos qui tractum lapideos intersecant sublato, ad vias aggeribus munitas reperit." P. Martir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 5.

maradas, olvidando todos los peligros presentes al hacer el relato de los pasados.¹

Lo primero de que se informó el general fué del origen del tumulto. Diversas fueron las noticias: los unos lo atribuian al deseo que tenian los mexicanos de quebrantar el cautiverio de su soberano; los otros al proyecto de rendir á la guarnicion mientras Cortés estaba ausente; pero todos convenian en imputarlo á la violencia de Alvarado. Era costumbre de los aztecas celebrar el mes de Mayo una fiesta en honor del dios de la guerra: llamábase la adoracion de Huitzilopochtli, y se solemnizaba con sacrificios, cantos y danzas, á que concurrían los principales nobles, por ser una de las fiestas en que se ostentaba toda la pompa y esplendor de la religion azteca. Como el lugar donde se tenia era el átrio del templo mayor cerca del cual estaban los cuarteles españoles, y dentro del cual habia una capilla cristiana, los caciques solicitaron de Alvarado el permiso de celebrar allí la fiesta, y pidieron igualmente, segun cuentan, que se le concediese á Moteuczoma asistir á

¹ Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS. Relac. Seg., pág. 133.

"Esto causó gran admiracion en todos los que venian, pero no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los españoles acorralados. Venian todos muy cansados y fatigados y con mucho deseo de llegar á donde estaban sus hermanos; los de dentro cuando los vieron recibieron singular consolacion y esfuerzo, y recibieronlos con la artillería que tenian, saludándolos y dándoles el parabien de su venida." Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 22.

ella. Como esto último era contra las prevenciones de Cortés, lo negó Alvarado; pero concedió lo primero, bajo las condiciones de que no se celebrarían sacrificios humanos y de que nadie llevaría armas. En consecuencia, se reunieron los nobles el día señalado, en número de seiscientos por lo menos.¹ Vistiéronse magníficamente con sus hermosas capas de plumage salpicadas de piedras preciosas, y con collares y brazaletes de oro; porque ellos gustaban del esplendor y de la ostentación como gustan todos los pueblos semi-civilizados, y en ocasiones como aquella desplegaban profusamente todo su lujo y riqueza.

Alvarado y los suyos concurren en clase de espectadores, quedándose unos en las puertas como por casualidad, y mezclándose otros con la multitud: todos iban armados, cosa que como era corriente no llamó la atención. Los indios se entregaron en sus danzas y cantos acompañados de su ingrata y discordante orquesta; pero en el momento menos esperado se precipitaron sobre ellos

1 "E así los indios, todos señores mas de 600 desnudos é con muchas joyas de oro é hermosos penachos é muchas piedras preciosas é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar é sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban y cantaban y hacian su arreito é fiesta segun su costumbre." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 54. Algunos escritores hacen subir á 800 ó 1000 el número de las víctimas. Las-Casas con mayor moderación que la que tiene de costumbre lo hace subir apenas á 2000. *Brevísima Relación*, pág. 48.

con las espadas desnudas los españoles. Como los indios no llevaban armas de ningún género é iban enteramente desnudos, sucumbieron sin resistencia á la embestida de los blancos que no dieron señales en aquella terrible matanza, de abrigar ni un solo rasgo de piedad.¹ Algunos intentaron escaparse por las puertas, pero fueron recibidos por las largas picas de los que las custodiaba; otros que intentaron escalar el *coatepanthli* ó pared de las serpientes de que estaba circundado el templo, tuvieron la misma suerte, ó fueron despedazados ó heridos por la bárbara soldadesca. El derramamiento de sangre fué tal que corría por el suelo como agua cuando llueve mucho.² Ni un solo azteca sobrevivió á aquella catástrofe: se repitió la horrorosa escena de Cholula pero con la nueva circunstancia de que los españoles no contentos con asesinar á sus víctimas les robaron los preciosos adornos de que venían ataviadas. En este aciago día pereció la flor de la nobleza azteca: ni una sola familia dejó de perder dentro de aquel recinto algún objeto querido. Aun mucho tiempo despues de la conquista cantaban los indios

1 "Sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató." Gomara, *Crónica*, capítulo 104.

2 "Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrían arroyos de ella por el patio, como agua cuando mucho llueve." Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 20.

algunas endechas doloridas que recordaba esta tragedia.¹

Varias esplicaciones se han dado de este hecho atroz; pero pocos historiadores han admitido la que dá Alvarado mismo. Segun este, le habian informado sus espías (algunos de ellos mexicanos) que intentaban un levantamiento los indios, habiendo señalado para efectuarlo el dia de esta fiesta en que estando congregados todos los caciques, fácilmente podian escitar al pueblo á la rebelion: que él (Alvarado), sabedor de esto les habia prohibido que llevasen armas, y que los indios aparentando obedecer esta órden, habian reunido gran número de ellas en los arsenales inmediatos, de donde fácilmente podian sacarlas á la hora necesaria. Pero que el golpe que les dió anticipadamente habia desconcertado sus proyectos y les haria renunciar en lo futuro á toda tentativa del mismo género. π

Tal es la relacion que Alvarado hizo de aquel su-

1 "Y de aquí á que se acaba el mundo ó ella del todo se acabe, no dejarán de lamentar y cantar en sus areytos y bailes, como en romances que acá decimos, aquella calamidad y pérdida de la sucesion de toda su nobleza de que se preciaban de tantos años atrás." Las-Casas, Brevisima Relatione, pág. 49.

2 Véase en Bernal Diaz, (cap. 125) la respuesta de Alvarado á las preguntas de Cortés; y con algunas adiciones mas en Torquemada, (Monarq. Ind., lib. 4, cap. 66), Solís, (Conq., lib. 4, cap. 12) y Herrera, (Hist. General, dce. 2, lib. 10, cap. 8) que se contentan con reproducir lo que alegaba Alvarado. Fuera de estos escritores no he encontrado ninguno otro de peso, que juzgue del hecho tan caritativamente.

ceso, pero si ella es cierta, ¿por qué no la comprobó enseñando las armas que decia que estaban acumuladas en los arsenales? ¿por qué para vindicar su conducta no publicó la traicion de la nobleza azteca, como Cortés lo habia hecho en Cholula? Todo prueba que esa rebelion ha sido forjada despues del hecho para encubrir su atrocidad.

Algunos contemporáneos la atribuyen á la codicia de los conquistadores y alegan como prueba el robo de las joyas de las víctimas.¹ Bernal Diaz que, aunque no estuvo presente, conversó con muchos de los que asistieron á aquella matanza, vindica á los españoles de tan fea nota: segun él, el objeto que se propuso Alvarado fué intimidar á los aztecas para apartarlos de toda idea de insurreccion;² pero el cronista no nos dice si el Alcaide tuvo razones para temerla, ó si siquiera aparentó tenerlas.

Reflexionando sobre un hecho tan negro y de tan

1 Oviedo refiere la conversacion que tuvo algunos años despues de esta tragedia, con un noble español, D. Thoan Cano, que iba en el ejército de Narvaez y que asistió á las operaciones militares subsecuentes. Casó con una hija de Motenczoma y se radicó en México despues de hecha la conquista. Oviedo lo pinta como hombre de seso y de buena fé, y dicen que cuando le preguntó sobre la causa del levantamiento de los aztecas, le respondió que Alvarado habia cometido brutalmente aquella carnicería puramente por satisfacer la codicia, y que los aztecas irritados por tan inmerecida y no provocada atrocidad, se alzaron para vengarla. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 54.) Véase el diálogo original en el Apéndice, parte II, núm. 11.

2 "Verdaderamente dió en ellos por metelles temor." Bernal Diaz, cap. 125.

peligrosas consecuencias para los españoles, no se puede creer que les haya impulsado á cometerlo el mero deseo de apropiarse los ricos despojos de los indios, y es mas verisímil que este deseo se haya despertado en la soldadesca al ver el rico botín que tenían ante los ojos. Tampoco es improbable que haya tenido Alvarado noticias de una conspiracion entre los nobles; pero cuyas noticias provendrian acaso de los tlaxcaltecas, inveterados enemigos de los mexicanos, y por lo tanto, poco dignos de crédito.¹

Seguramente se propuso desbaratar aquella trama, remedando el ejemplo de lo que hizo Cortés en Cholula; pero omitió imitar tambien á su comandan-

1 Tal es por lo menos el juicio que forma Ixtlilxochitl, sacado segun él dice de los analistas tetzcocanos. Segun ellos, los tlaxcaltecas movidos de su odio contra los mexicanos y sedientos de botín, persuadieron á Alvarado á que los nobles premeditaban un alzamiento que debia verificarse con ocasion de aquella fiesta. La autoridad es de peso, y copio aquí sus palabras literales: "Fue que ciertos tlaxcaltecas (segun las historias de Tetzcoco que son las que yo sigo y las cartas que otras veces he referido), por envidia lo uno acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solian sacrificar gran número de cautivos de los de la nacion tlaxcalteca; lo otro que era la mejor ocasion que ellos podian tener para poder henchir las manos de despojos y hartar su codicia y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habian tenido lugar, ni Cortés se le diera ni admitiera dichos porque siempre hacia las cosas con mucho acuerdo), fueron con esta invencion al capitán Pedro de Alvarado que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mucho para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenia como ellos, y mas viendo que allí en aquella fiesta habian acudido todos los Señores y Cabezas del Imperio, y que muertos no tenian mucho trabajo en sojuzgarles." Hist. Chich., MS., cap. 87.

te en las precauciones tomadas para evitar un levantamiento; y ademas se equivocó groseramente al confundir á los osados y belicosos aztecas con los cholultecas afeminados.

Apenas se habia acabado de hacer aquella horrible carnicería cuando se propagó la noticia por toda la ciudad con la rapidez del relámpago. Las gentes no querian creer lo que estaban viendo: cuanto habian padecido, la profanacion de sus templos, el cautiverio de su rey, los insultos que le habian inferido, todo, todo lo olvidaron en aquel instante. † Toda su enemistad y rencor por largo tiempo reprimidos estalló en un grito de ¡venganza! Su antiguo miedo, hijo de la supersticion, fué superado por el odio: ya no se necesitaba de las exhortaciones de los ministros de la religion (bien que éstos no se descuidaban) para inflamar sus pasiones. La ciudad se levantó con las armas en la mano tan simultáneamente como si fuese un solo hombre, y los españoles fueron atacados con furor implacable aun antes de que se hubiesen retirado á sus cuarteles. Algunos

1 Mártir recapitula todos los agravios que habian recibido y que de tales calificaban aun los españoles mismos, á lo menos los que no habian tenido participacion en los sucesos. "Emore statuerunt malle quam diulus ferre tales hospites qui regem suum sub tutoris vitæ specie detineant, civitatem occupent, antiquos hoste tlaxcaltecanos et alios pretere in contumelliam ante illorum oculos ipsorum impensa conservent..... qui demum simulachra deorum confregerint et ritus veteres ac ceremonias antiquas illis abstulerint." De Orbe Novo, dec. 5, cap. 5.

de los que embestian lograron escalar sus muros: otros minaban y ponian fuego á los techos. Es dudoso cuál habria sido el écsito de la refriga, si el poblacho hubiese insistido en apoderarse de la plaza; pero á súplicas de la guarnicion salió Moteuczoma á la azotea y procuró aplacar la furia del pueblo, haciéndole ver el riesgo en que estaba su propia vida. Los mexicanos respetaban tanto á su monarca, que desistieron de toda nueva tentativa para forzar el cuartel, pero determinaron ponerle sitio. Hicieron fortificaciones al rededor de aquel para impedir la salida de los españoles; suspendieron el tianguex ó mercado para que no pudiesen los sitiados procurarse víveres; y se pusieron tranquilamente en acecho del momento en que sus enemigos urgidos por el hambre cayesen en sus manos y en que pudiesen saciar en ellos su rabiosa desesperacion.

La condicion de los sitiados era verdaderamente desastrosa: el acopio de sus provisiones no estaba exhuasto, es cierto, pero padecian mucho por la falta de agua, pues la que habia en los pozos de dentro del cuartel era sumamente desagradable por estar saturada de sal. En tal aprieto encostraron un pozo de agua potable; y aunque en otros varios puntos de la ciudad habia pozos de la misma clase, aquello se tuvo nada menos que por un milagro. Fuera de esto habian tenido grandes pérdidas en los encuentros pasados: habian muerto siete españoles y mu-

chos tlaxcaltecas; y casi no habia uno de aquellos y estos, que no hubiese recibido muchas heridas. En semejante situacion, lejos de sus compatriotas y sin esperanza de recibir auxilio de fuera, parecia que su suerte era la triste alternativa de perecer lentamente de hambre, ó de morir espantosamente en la piedra de los sacrificios. La llegada de Cortés les sacó de tan deplorable estado. ¹

Cortés escuchó tranquilamente la esplicacion que le dió Alvarado; pero antes de que este la hubiese concluido debió de conocer aquel para sí, que se habia equivocado en su eleccion para un puesto tan importante; aunque fuese equivocacion natural pues era Alvarado un hidalgo de ilustre familia, valiente y caballero y amigo íntimo del conquistador: tenia actividad, firmeza é intrepidez, y sus modales francos y abiertos le habian hecho el favorito especial de los mexicanos que le llamaban Tonatiuh. Pero bajo aquel aspecto apacible y suaave, ocultaba el futuro conquistador de Guatemala, un corazon duro, rapaz y cruel; ademas le faltaba la moderacion, que era prueba tan esencial en el delicado puesto que desempeñaba.

Luego que Alvarado hubo acabado de responder á las preguntas de Cortés, le dijo este con torbo entrecejo: 'habeis hecho mal: habeis faltado á la

¹ Hist. de Tlaxcalan, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS, b. 33, caps. 13, 47. Gomara, Crónica, cap. 105.

confianza que hice de vos, y os habeis conducido como un loco." Diciendo esto le volvió bruscamente la espalda y se alejó de Alvarado que no pudo ocultar el disgusto que le causaba aquella reconvencion.

Con todo, no estaba el tiempo para romper con un capitán tan popular y bajo varios respectos tan importante como este, ni mucho menos para imponerle el castigo que merecía. Los españoles estaban como marineros que luchan con una deshecha tormenta y cuya nave no se puede salvar del naufragio sin la habilidad del piloto y la cooperacion activa de la tripulacion. Cualquiera motivo de disension hubiera sido fatal en aquellas circunstancias, pues aunque es cierto que Cortés podía disponer de mas de 1,250 españoles y ocho mil guerreros indios, mayormente tlaxcaltecas; ¹ aquel aumento de tropas, si por una parte le hacia capaz de resistir mejor, le ponía tambien en mayores aprietos para mantenerlas. Así, descontento consigo mismo, disgustado con su subalterno y afligido por las desastrosas consecuencias que debía acarrear la violencia de éste, el carácter de Cortés se volvió irritable y extraordinariamente acre; cosa muy rara, pues

¹ Dejó de guarnicion al partir para México 140 españoles, 6,800 tlaxcaltecas y algunos guerreros zempoaltecas. Suponiendo que 800 hubiesen perecido en la batalla: ó de otra suerte (lo cual es mucho suponer) quedará siempre un número tal que con el nuevo refuerzo, subirá al que se ha dicho en el texto.

aunque era hombre de pasiones violentas, poseía el arte de reprimirlas. ¹

El día de la llegada de Cortés vino Muteuczoma á recibirlo; pero como aquel desconfiaba [aunque á lo que parece, sin razon] de la buena fé del monarca, le recibió tan friamente que éste se retiró á su aposento, disgustado y abatido. El pueblo no daba señales de sumision ni abastecía al ejército de lo necesario, por lo que la mala disposicion del general contra Moteuczoma llegó hasta el punto de que habiéndole enviado éste varios nobles para solicitar una entrevista, se volvió Cortés á sus oficiales y dijo en voz alta, "¿qué tengo yo que hacer con este perro de rey que permite que muramos de hambre delante de él?"

Los capitanes, entre los que estaban Olid, Avila Velazquez de Leon, procuraron mitigar su enojo, recordándole en términos muy respetuosos, que si no hubiera sido por la mediacion del monarca, la guarnicion hubiera sucumbido agobiada por sus enemigos; pero esta observacion no hizo mas que acabar de irritarle. "¿No nos vendió el perro, dijo repitiendo siempre el epíteto ultrajante, no nos vendió entrando en correspondencia con Narvaez? ¿Y ahora no

¹ "Y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de España que traía, y muy triste y mohino." Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 136.

permite que cierren los mercados para que muramos de hambre?" Despues se volvió á los enviados mexicanos y les dijo: id á decir á vuestro rey que mande abrir los mercados, ó que de lo contrario nosotros iremos á abrirlos á su costa. Los magnates, bien fuese por el tono y gesto de aquellas amenazas, bien porque entendieron algunas palabras, se retiraron de allí llenos de resentimiento, y al comunicar su mensaje cuidaron de que produjese en el monarca todo su efecto. ¹

Poco tiempo despues soltó Cortés, segun dicen á instigaciones de Moteuczoma, á Cuitlahua, hermano suyo y señor de Iztapalapan, el cual habia sido hecho prisionero, como recordará el lector, por haber sido cómplice en la proyectada insurreccion del señor de Tetzoco. Se creyó que podria aplacar el tumulto y disponer favorablemente al populacho; pero ya no volvió á la fortaleza. ² Era audaz y orgulloso, y los ultrajes que le habian inferido los españoles estaban guardados en el fondo de su pecho; además, era el heredero presunto de la corona, pues segun la ley de sucesion de los aztecas, esta se efectuaba mas bien en linea colateral que en línea recta. El pueblo le recibió como á representante de Moteuczoma

¹ Esta escena la refiere Bernal Diaz que estaba presente. (Ibid.) Véase tambien la crónica del capellan de Cortés (cap. 106). Tambien la confirmó D. Thon Cano, testigo presencial, en su conversacion con Oviedo. (Véase el Apéndice, parte II, número 11.)

² Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 8.

y le eligió para reemplazarle durante el tiempo que permaneciese aquel prisionero. Cuitlahua aceptó de muy buena gana tan honorífico y peligroso puesto, y como era un guerrero esperto, se dedicó á ordenar las levadas desarregladas que se estaban haciendo y á trazar un plan bien concentrado de operaciones. El efecto de estas medidas se palpó al instante.

Cortés tenia tal confianza de que reprimiria la insurreccion, que así lo escribió al comandante de Villa Rica, en el mismo pliego en que le avisaba de su feliz arribo á la corte; pero no haria media hora que habia partido el correo, cuando volvió lleno de terror y cubierto de heridas. "La ciudad," dijo, "está armada toda: los puentes están levantados y dentro de poco se nos va atacar." Hablaba la verdad: pocos instantes despues se oyó un rumor sordo y terrible como el bramido de las olas embravecidas: crecia mas y mas, hasta que por fin desde el parapeto que circundaba la fortaleza y que dominaba las calles principales por donde se venia á ella, se descubrieron gruesas masas de guerreros que se dirigian en confuso tropel hácia los cuarteles. Al mismo tiempo se cubrieron las azoteas de gente que arrojaba una lluvia de armas arrojadizas. Aquello fué tan repentino que parecia cosa de encantamiento, ¹ y tan espantoso que se estremecieron hasta los

¹ "El cual mensajero volvió dende á media hora todo desca-brado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad

mas animosos. Pero la deshecha tormenta en que los españoles fueron envueltos y que duró y creció todo el tiempo de su residencia en la capital, forma el asunto del libro subsecuente.

Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdez, nació en 1478, de una antigua familia de Asturias, aunque no hay familia en aquel último retiro de los intrépidos godos que no pretenda ser antigua. Al principio estuvo empleado en la corte, donde fué page del príncipe Juan el hijo único de los reyes católicos, y en el que cifraban justamente todas las esperanzas de sus padres y de la nación. Oviedo le acompañó en las últimas guerras con los moros y concurrió al memorable sitio de Granada. Ultimamente, despues de la muerte de su señor en 1496, pasó á Italia donde entró al servicio del rey Federico de Nápoles. A la muerte de este príncipe se volvió á su patria, y á principios del siglo XVI fue encargado de guardar las joyas de la corona. En 1503 fué nombrado por Fernando el católico veedor é inspector de las fundiciones de oro de las colonias americanas; por consecuencia de esto partió Oviedo pa-

venian de guerra, y que tenian todas las puentes alzadas; é junto tras él dá sobre nosotros la multitud de gentes por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecian con gente; la cual venia con los mayores alaridos y grita mas espantable que en el mundo se puede pensar." Relac. Seg., en Lorenzana, pág. 134. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

ra la América donde recibió una comision que le confió Pedrarias, gobernador de Panamá, y participó de la suerte desastrosa de esta colonia. Octavo de la corona algunos privilegios importantes: levantó una fortaleza en la Tierra Firme y entró en comercio con los indios: debiendo presumir que en esto fué afortunado, pues á poco se estableció con su familia en la Española ó Fernandina, como entonces se la llamaba. Aunque habitualmente residia en el Nuevo-Mundo, de vez en cuando hacia sus viages á España; y en 1526 publicó en Madrid un *Sumario*. Esta obra dedicada al emperador Carlos V, contiene una noticia de la geografía, climas, razas y productos tanto animales como vegetales de las Indias Occidentales. El asunto ofrecia grande interes para los hombres pensadores de Europa, y además era casi nuevo hasta entonces. En 1535, en otro viage que hizo Oviedo á España, publicó el primer tomo de la grande obra que tantos años habia empleado en trabajar: la "Historia de las Indias Occidentales." En aquel mismo año le nombró Carlos V, Alcaide de la fortaleza de la Española. En esta isla continuó viviendo activamente ocupado en sus indagaciones históricas y despues se volvió por la última vez á su patria. El antiguo literato fué favorablemente acogido en la corte y nombrado Cronista de las Indias. Ocupó este honroso destino

hasta que murió, lo que acaeció en 1557, en Valladolid á los 79 años de su edad, y precisamente cuando estaba preparando para la prensa el resto de la Historia de las Indias.

Es cosa notable que habiendo tenido un trato tan íntimo con los primeros personajes de aquel tiempo se sepa tan poco acerca de la vida privada y carácter personal de Oviedo. Nicolás Antonio dice de él, 'que era hombre de mucha experiencia, de modales cortesanos y de gran probidad.' Su larga y activa vida es una prueba bastante de su larga experiencia, y no se puede dudar de su buen trato, al saber la alta sociedad en que vivió. Dejó gran acopio de manuscritos relativos á la historia civil y natural; pero el mas importante de todos es su Historia General de las Indias. Está dividida en tres partes y en cincuenta libros: La primera parte que abraza diez y nueve, es la que hemos dicho que fué publicada durante su vida. Trata minuciosamente de las materias que brevemente estaban compiladas en el *Sumario*, y además de una noticia de los descubrimientos y conquistas hechas en las Islas.

El sabio Ramusio con quien Oviedo estaba en correspondencia hizo la traduccion de esta parte de la obra, y la publicó en el tercer volumen de su apreciable coleccion. Las dos últimas partes tratan de la conquista de México, el Perú y algunas otras partes de la América del Sur. Esta porcion de su

obra es la que yo he consultado para formar la mia. El manuscrito fué depositado despues de la muerte de Oviedo en la *Casa de Contratacion de Sevilla* y despues vino á dar á un Monasterio de Dominicos en Monserrate: con el trascurso del tiempo se sacaron varias copias trunecas para algunas librerías privadas; y por fin en 1775, D. Francisco Cerda y Rico, empleado en el Consejo de Indias, logró averiguar el paradero del original, y llevado de su zelo literario alcanzó del gobierno el permiso de publicarlo. La obra quedó lista para imprimirse, revisada por el citado literato; y el biógrafo de Oviedo, Alvarez y Baena, nos asegura que iba á publicarse una edicion completa dispuesta con el mayor esmero (Hijos de Madrid. Madrid 1790; tom. II, págs. 354, 363.); pero todavía permanece manuscrita.

Ningun pais ha sido tan fecundo en historiadores como España. Aun las crónicas mismas datan de los siglos XII y XIII. Cada ciudad, cada lugarejo, cada familia por pequeña que sea, puede gloriarse de haber tenido un cronista. Los mas de estos son monjes que en la reclusion del claustro tenían tiempo para dedicarse á labores literarias; y tambien eran no pocas veces hombres que habian tenido parte en los sucesos que describian y mas diestros en el manejo de la espada que en el de la pluma. Los escritos de los de esta última clase están por lo comun en el estilo incorrecto y desaliñado, que prue-

ba que el escritor, imbuido enteramente en los hechos, se cuidaba poco de la forma en que los relataba; mientras que por el contrario las crónicas de los monjes están en un estilo pedantesco y henchidas de una rebuscada erudición que á veces forma el contraste mas ridículo con la pobreza del asunto de la obra. Pero tanto las unas como las otras tienen el mérito de ser animadas y pintorescas, y prueban que el asunto es interesante y que el escritor se poseía de él ardientemente.

Muchos de los defectos de que acabo de hablar se pueden imputar á Oviedo, cuyas obras no están vaciadas en un molde clásico, por lo tocante al estilo: los pensamientos mismos revisten la forma de interminables y fastidiosas sentencias que desesperan al lector; y el hilo de la narracion es frecuentemente interrumpido por episodios impertinentes que á nada conducen. Parece que no era hombre muy literato, lo cual se echa de ver en las importunas citas en latin de que están llenas sus páginas, y que usa siempre que puede; á la manera que un hombre poco galante agota el escaso caudal de sus cumplimientos. Segun parece por el prefacio de su *Sumario*, pretende imitar á Plinio el anciano; pero dista infinito del modelo de erudicion y elocuencia que se propuso seguir.

Con todo y estos defectos, Oviedo tiene ilustrada curiosidad y agudo espíritu de crítica; que le hacen

muy superior al vulgo de los cronistas: aun pudiera decirse que tiene cierta filosofía, bien que algo fria é inmoral siempre que se trata de los derechos de los aborígenas. Era infatigable en acumular materiales para su obra y por esta razon entró en correspondencia y trato con los hombres mas eminentes de la época que habian tomado participacion en los grandes acontecimientos. Llegó tambien á beber aun en impuras fuentes, las tradiciones del vulgo y las noticias de los simples soldados. Esta es la razon por qué su obra ofrece un tejido de pormenores incomprendibles y contradictorios, que dejan el ánimo perplejo y que despues de tanto tiempo hacen muy difícil la averiguacion de la verdad. Acaso por esta razon hizo Las-Casas al autor el cumplimiento de decir que su obra era un fárrago indigesto en que habia tantas mentiras como páginas; pero debe explicarse este juicio excesivamente severo atendiendo al carácter de las dos personas. Oviedo participaba de las ideas inmorales de los conquistadores españoles, y tan solícito y ardiente era en preconizar las hazañas y proezas de sus compatriotas, como remiso y tibio para hacer valer las quejas y pintar los agravios de los indios: era incapaz de experimentar la generosa filantropía de Las-Casas, filantropía que aquel caso calificaria de entusiasmo ridículo, propio de un visionario, de un fanático. Las-Casas por su parte habia alzado su voz cons

tantemente en defensa de los indios y tenia grande horror á los principios profesados por Oviedo; lo que es natural que le haya hecho aborrecer tambien al que los profesaba. Seguramente no seria fácil encontrar dos hombres mas incapaces de juzgarse mutuamente el uno al otro, que Oviedo y Las-Casas.

Oviedo tuvo el mismo empeño en recoger datos materiales para la historia natural que para la civil: en su jardin hizo una coleccion de las plantas indígenas de las Islas y domesticó á muchos animales naturales de ellas, educando tambien á algunos otros para poder estudiar por sí mismo sus hábitos y propensiones. De esta suerte consiguió, ya que no ser el riva de un Plinio ó de un Hernandez, sí á lo menos reunir muchos hechos del mayor interés é importancia.

Fuera de sus escritos históricos dejó otro al cual dió el extravagante título de *Quincuagenas*; que era una coleccion de supuestos diálogos entre los primeros personajes de España, acerca de su historia personal y la de sus familias, y de su genealogia. Es obra de grande importancia para la Historia de los reinados de Fernando é Isabel, y de Carlos V; pero llamó poco la atencion en España, donde aun permanece manuscrita. Una copia de la Historia de las Indias existe en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid, que se sabe está dis-

poniendo actualmente la impresion de aquella. Bien pudieran omitirse las partes de la obra que son literalmente copiadas, como por ejemplo las Cartas de Cortés, que Oviedo trascibió sin escrúpulo ninguno, ya enteras ya truncas á sus páginas, aunque remozadas y desfiguradas por observaciones críticas; pero el resto de la obra ofrece gran copia de noticias variadas que contribuirian mucho á ilustrar la Historia colonial de España.

Una autoridad frecuentemente citada por mí es D. Diego Muñoz de Camargo, noble *mestizo* tlaxcalteca que vivió en la segunda mitad del siglo XVI. Fué educado en la fé católica é instruido desde sus primeros años en la lengua castellana en la que escribió su *Historia de Tlaxcalan*. En esta obra informa al lector de las varias razas de la gran familia Nahuatlaca que ocuparon sucesivamente la mesa central de México. Nacido y criado entre los indios cuando el paganismo todavía no habia sido enteramente desterrado, se encontraba en la mejor posicion para conocer la condicion de los antiguos pobladores y para darnos las mas curiosas y auténticas noticias acerca de lo que eran las instituciones civiles y religiosas de aquellos pueblos, cuando se hizo la conquista. Su patriotismo se inflama siempre que habla de la antigua enemistad entre sus compatriotas y los aztecas; y es curioso observar cómo sobrevivió el odio entre las dos naciones ri-

vales, aun después de sujetas ambas á un yugo común.

La obra de Camargo a'raza tambien una narracion de la conquista y de los primeros fundamentos del régimen colonial. Siendo indio debería uno pensar que su crónica adolecía de todas las preocupaciones ó á lo menos de toda la parcialidad propia de un indio; pero no es así, pues convertido al cristianismo muestra tan vivas simpatías hácia los conquistadores como hácia sus compatriotas. El deseo de ensalzar las hazañas de estos últimos y de hacer la debida justicia á las proezas de los blancos, ocasiona á veces los mas raros contrastes y hace que la obra sea muy inconsecuente. En cuanto á la ejecucion literaria, tiene poco mérito; demasiado grande sin embargo, si se atiende á la imperfeccion con que un indio debe haber poseido la lengua castellana en cuyos rudimentos le instruyeron los misioneros. Con todo, en punto á estilo bien pudiera competir su escrito con los de los misioneros mismos.

El manuscrito original se conservó por mucho tiempo en el convento de *San Felipe Neri* en México, donde lo consultó varias veces Torquemada, segun resulta de varias referencias que hace á la Historia de Camargo. Habia escapado á la atencion de los demas historiadores; hasta que Muñoz lo incluyó en su magnífica coleccion y lo depositó en los archivos de la Real Academia de Historia de Ma-

drid, de donde he sacado la copia que tengo. Lleva el título de *Pedazo de Historia verdadera*; no tiene nombre de autor ni está dividida en libres ó capítulos.

CAPITULO VIII.

LOS INDIOS ATACAN CON FUROR LOS CUARTELES DE
LOS BLANCOS.—SALIDA DE ESTOS.—MOTECU-
ZOMA ARENGA AL PUEBLO.—QUEDA
GRAVEMENTE HERIDO.

(1520.)

El palacio de Axayacatl era como recordará el lector una reunion vasta é irregular de edificios de un solo piso, escepto en el centro donde habia do ofrecieddo la parte superior del segundo varios aposentos que eran como otros tantos torreones que dominaban todo. Estaba circundado de un ancho patio cercado de una pared. Esta tenia de trecho en trecho baluartes que daban á todo el edificio, si no la fuerza propia de una fortaleza europea, sí la bastante para resistir á los ataques de los indios. En la pared se habian hecho aberturas ó troneras po

donde podia jugar la artillería que consistia en trece cañones; habiéndolas tambien en gran número y mas pequeñas para los arcabuces. Los españoles estaban cómodamente alojados, porque el edificio era suficientemente amplio para ellos; pero los aliados tlaxcaltecas vivian bajo tejados ó portales hechos al improviso en el espacioso pátio, y aun es probable que muchos vivieran al raso, pues estaban acostumbrados á un clima mucho mas riguroso que aquel. Las tropas españolas, concentradas de esta suerte dentro de un recinto estrecho y limitado, podian reunirse en un solo momento, y como por otra parte el general observaba la mas prudente vigilancia y estrecha disciplina, era casi imposible recibir una sorpresa. Así es que no bien se habia dado la señal de alarma cuando todo el mundo estaba ya en su puesto: la caballería montada, los artilleros junto á los cañones y los arcabuceros y archeros situados de manera que pudiesen recibir al enemigo cumplidamente.

Venia éste formado en escuadrones ó masas irregulares, que avanzaban en gruesas columnas, sobre las cuales se veian ondear los estandartes magestuosos y brillar los cascos, las saetas y lanzas, todo en confuso desorden. Al aproximarse al castillo arrojaron el espantoso grito ó por mejor decir chillido penetrante que usaban en el combate las naciones de Anáhuac y ofuscaba los sonidos de sus atabales

y demás instrumentos belicosos. Despidieron una lluvia de piedras, dardos y flechas, mientras las gentes que estaban en las azoteas inmediatas descargaban otra no menor del mismo género.¹

Los españoles aguardaron á que las columnas estuviesen á corta distancia para no desperdiciar sus tiros, y luego que esto se verificó hicieron una descarga general con su artillería y arcabuces, que barió las filas de los sitiadores y los hizo caer á centenares. Los mexicanos estaban acostumbrados al aspecto formidable de aquellas máquinas que habían visto disparar en algunas festividades religiosas; pero como jamás habían probado sus mortíferos efectos, por un momento permanecieron inmóviles contemplando con asombro y espanto los es-

1 "Eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía; é las flechas é tiraderas eran tantas que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas. (Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 134.) Nada tendría de maravilloso que las saetas no les hayan dejado andar, si acaso es cierto que los sitiados quemaron el día siguiente *cuarenta carretadas*. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 9.

2 "Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos en gran copia, puestos á punto de guerra, que no parecía sino que habían salido debajo de tierra todos juntos y comenzaron á pelear, y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habían traído y con toda la gente que de nuevo había venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios con la artillería, arcabuces y ballestas y todos los otros artificios de pelear." Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12 cap. 22.) El buen padre se vuelve elocuente cuando describe batallas.

tragos de la artillería;¹ mas á poco volvieron á recobrar nuevo ímpetu y llenos de audacia siguieron avanzando por sobre los cadáveres de sus camaradas. Otra y otra vez fueron contenidos en su carrera y puestos en desórden para la artillería, pero ellos continuaban avanzando con obstinacion y arrojando nubes de saetas, mientras que las tropas situadas en las azoteas, apuntaban certeramente contra los españoles que peleaban en el átrio. Los mexicanos eran singularmente diestros en el uso de la honda,² de suerte que las piedras que arrojaban desde las alturas causaban mayor daño que las saetas. Unas y otras rebotaban contra las mallas y armaduras de que estaban cubiertos los españoles defendidos tambien por el peto de algodón ó *escaupil*; pero los veteranos de Cortés y los aliados no estaban bien provistos de este resguardo y recibían gran daño de aquella lluvia de piedras.

Los aztecas entre tanto habían acercádose hasta ponerse bajo las paredes de la fortaleza, bien que sus filas estaban rotas y desordenadas, y el incesante fuego de los blancos les ocasionaba espantosos estragos. Llegaron sin embargo á tocar las bocas de

1 El enemigo presentaba un blanco tan considerable, dice Gomara, que los artilleros "sin asestar jugaban con los tiros." Crónica, cap. 106.

2 "Hondas que era la mas fuerte arma de pelear que los mexicanos tenían." Camargo, Hist. de Tlaxcalan; MS.

los cañones, é intentaron escalar el parapeto, lo que no era difícil pues no tenía una altura muy considerable; pero en el momento en que sacaban la cabeza eran atravesados por las ballestas de los que estaban dentro del patio, ó derribados por el *maguahuitl* de un tlaxcalteca. Sin arredrarse por esto, otros venían á ocupar el lugar de sus malogrados camaradas, valiéndose para conseguirlo de sus cadáveres mismos ó de las lanzas que fijaban en las hendeduras de la pared para que se les facilitase la subida; pero todas las tentativas eran inútiles.

Viendo que nada conseguían de esta suerte, intentaron abrir una brecha, arrojando sobre la pared pedazos pesados de madera. La fortaleza no estaba dispuesta como lo están las de nuestros tiempos, con arreglo á principios científicos, por manera que una parte de ella dominase y protejiese á la otra; así es que los sitiadores pudieron ejecutar á su placer sus maniobras, pues ni la artillería podía ofenderlos, ni los defensores de la plaza sacar el cuerpo sobre las murallas, porque esto los habria expuesto á recibir los proyectiles de todo el ejército enemigo. No obstante, el parapeto resistió á los esfuerzos de los indios. Llenos entonces de desesperacion, intentaron incendiar el edificio, á cuyo efecto arrojaron dardos encendidos y procuraron acercarse al parapeto lo bastante para poder echar teas encendidas por las troneras. El edificio principal era de

piedra, pero los alojamientos de los tlaxcaltecas y otras obras exteriores, de madera; así es que muchas de estas se incendiaron y el fuego cundió á pocos instantes á todos aquellos materiales ligeros y fácilmente inflamables. Para este desastre no estaban preparados los sitiados. Tenian muy poca agua, apenas la bastante para beber; por tanto, procuraron aplacar el incendio, cubriendo con tierra las llamas; pero no lo consiguieron. Afortunadamente el edificio central era de materiales incombustibles; pero las llamas se cebaron con tal furor en las obras exteriores, que fué preciso derribar algunas partes de la muralla, aun cuando fuese dejando abierta una brecha formidable. Esta fué cubierta al instante, de órden del general, con una batería de gruesos cañones protegida por una fila de arcabuceros que descargaban sin cesar una lluvia de balas sobre los que intentaban penetrar por aquel claro. ¹

El combate se habia encarnizado con furor por ambas partes. Las murallas de la fortaleza despedían sin cesar torrentes de llamas y de humo. Los queji los de los moribundos se perdian en medio de los alaridos de los indios, el estallido de la artillería.

1 "En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte de ella sin la poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derroando un pedazo que mató el fuego, la que si no fuera por la mucha guardia que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entraran á escala vista sin lo poder existir" Relac. Seg. de Cortes, ubi supra.

ría, el agudo silbo de las balas y el sordo zumbido de las saetas y piedras. Aquel era el choque entre el europeo y el americano, entre el culto y el bárbaro, entre la pericia del uno y las armas y el poder guerrero del otro. Al estallar el cañon en los antiguos muros de Tenochtitlan, anunció que el blanco, el devastador, habia sentado su planta dentro del recinto de la gran ciudad.¹

Llegó la noche y tendió su manto de paz sobre ambos combatientes. Los aztecas rara vez peleaban de noche; pero ansiosos de que llegase la hora del nuevo asalto, dejaron en poca quietud á los españoles, los cuales harto tuvieron que ocuparse con solo reparar las brechas abiertas y reponer las estropeadas armaduras. La derrotada hueste estuvo sobre las armas toda aquella noche, recordando á los sitiados que allí estaba, con despedir de vez en cuando una saeta ó piedra por sobre las almenas, ó con un grito de provocacion que algun guerrero mas atrevido que sus camaradas venia á lanzar al pié de las murallas. Por lo demás, el silencio de la noche solo era interrumpido por ese murmullo vago y sordo que siempre llena el aire á las inmediaciones de una reunion muy populosa.

¹ Ibid, ubi supra. Gomara, cap. 106: Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 2, cap. 23. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS. parte 1^a, cap. 26. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 129.

La ferocidad de los mexicanos era cosa de que Cortés no tenia idea. Su pasada experiencia, su no interrumpida série de victorias alcanzadas á poca costa y con un puñado de soldados, le habian inducido á menospreciar la capacidad militar, ya que no el valor de los indios; y fuera de esto, la mansedumbre aparente con que los mexicanos habian sobrellevado los ultrages inferidos á su monarca, le hacian tener en muy poco el valor de esta raza. El no creyó que aquel ataque fuese otra cosa mas que la efervescencia del populacho, que por sí sola se aplacaría en poco rato; así es que se proponia hacer al dia siguiente una salida para dar á los indios una dura leccion y recordarles que él era el señor en aquella capital.

Al primer albor de la mañana se pusieron los españoles sobre las armas, aunque madrugaron mas que ellos los indios, que á aquella hora ya les habian enviado algunas descargas de proyectiles. Cuando aclaró el dia vieron los de la fortaleza que sus sitiadores en vez de disminuir habian aumentado considerablemente en número con respecto á lo que eran el dia anterior, pues llenaban la plaza inmediata y sus grandes avenidas. En vez de estar hacinados formando una masa confusa, estaban distribuidos en trozos á manera de batallones, cada uno con sus banderas en que se veian las armas de las principales provincias y distritos del valle. Sobre toda aque-

lla sobresalía el estandarte imperial de México, cuyas armas eran una águila que tenia asida entre sus garras un tigre (ocelot), blasonadas sobre un rico manto de plumage. Vefanse vagar por todas partes sacerdotes que se mezclaban entre la soldadesca y con diabólicos gestos la animaban á vengar á sus ultrajadas deidades.

La mayor parte de los enemigos estaban casi desnudos, sin más que un *maxtlatl* ó calzon que les cubria la cintura. Sus armas eran de varias clases: unos traian largas picas con puntas de itztli ó cobre, ó simplemente aguzadas; otros venian armados de hondas, y algunos con dardos de dos ó tres puntas, atados al extremo de una correa con la cual podian sacarlos del cuerpo de la víctima y recobrarlos: esta última arma era muy temida de los españoles. Los oficiales portaban la terrible espada india ó *maquahutil*, con sus numerosas y afiladas láminas de obsidiana. Entre la abigarrada multitud de guerreros se distinguian algunos por su rico vestido y aire de autoridad que denotaban ser personas de calidad en el ejército: resguardaba su pecho una lámina de metal sobre la cual caia el peto de plumage: vestian cascos ó yelmos cuya figura remedaba la cabeza de un animal feroz, y de donde pendian trenzas de cabellos ó sobre los cuales ondeaban penachos de brillantísimas plumas. Unos cuantos venian condecorados con un cordoncillo rojo que ataba los cabellos

en madejas cuyo número denotaba el de las victorias alcanzadas por su dueño, ó el puesto que tenia en el ejército. Aquella multitud mixta, indicaba que el sacerdote, el guerrero y el simple ciudadano, todos habian tomado parte en el tumulto.

Antes que el sol hubiese herido con sus rayos los cuarteles castellanos, el enemigo ya estaba en movimiento amenazando renovar el terrible asalto de la víspera; pero el general determinó impedirlo mandando hacer una salida para la que estaba dispuesto de antemano. Una descarga general de artillería y mosquetería esparció la muerte y abrió anchos claros en las filas de los aztecas; y antes de que pudiesen éstos recobrarse de la confusion y volver á ordenarse, fueron abiertas de repente las puertas de la fortaleza y Cortés con la caballería; ayudado por la infantería y algunos millares de tlaxcaltecas, se precipitó á todo correr sobre los indios. Sorprendidos tan de súbito, apenas pudieron hacer resistencia, morian pisoteados por los caballos, despedazados con las anchas espadas toledanas ó atravesados con las picas de los ginetes; la infantería vino á completar la obra, y en breves momentos fué general la derrota.

Pero los aztecas huyeron solo para refugiarse en una gran trinchera de madera y de tierra que habian levantado en la calle principal por donde venian persiguiéndoles. Recobrados de su turbacion

se detuvieron valientemente detrás de la trinchera, descargaron una nube de saetas y piedras sobre sus perseguidores, y entonces éstos, así por aquel obstáculo como por el daño que les causaban desde las azoteas, se vieron precisados á contener su carrera y aun quedaron algo desordenados.¹

Cortés para superar aquel obstáculo, mandó traer algunos gruesos cañones que en poco tiempo dejaron expedito el tránsito. Pero los españoles habian perdido todo el impulso del primer movimiento y habian dado al enemigo, tiempo para rehacerse y hacerles frente con iguales ventajas. Viéronse de repente flanqueados por batallones de refresco que habian llegado por las calles y plazas laterales. Los canales estaban cubiertos de canoas llenas de guerreros que con sus formidables dardos ó javelinas, buscaban las juntas y partes flacas de las sólidas armaduras y hacian horrible estrago en los desnudos tlaxcaltecas. Despues de repetidas é impetuosas embestidas, lograron por fin los españoles rechazar á los aztecas, bien que algunos de estos con una desesperacion que probaba su ávida venganza, procuraban estorbar los movimientos de los caballos asiéndose de sus patas, y desmontar á los ginetes, lo que lograban mas facilmente. ¡Infeliz del que tenia esta suerte! Moria agobiado por el bárbaro ma-

1 Carta del ejército, MS.

quahuil, ó era enviado en una canoa á la espantable piedra de los sacrificios!

Pero lo que causó mas estrago á los españoles fueron las descargas que recibian de las azoteas, de donde les arrojaban piedras tan enormes y con tanta fuerza que derribaban de la silla al mas vigoroso ginete. Hostigados por aquel daño de que no eran parte á preservarles ni aun los escudos, mandó Cortés que los [cañones hiciesen fuego sobre las casas. La medida tuvo todos sus efectos, pues aunque aquellas eran en su mayor parte de piedra, estaban llenas de esteras, carrizos y otros materiales combustibles que pronto se incendiaban. Pero las casas estaban separadas unas de otras por canales y puentes levadizos, de manera que difícilmente se propagaba el fuego de una á otra; razon por qué los españoles á pesar de sus fatigas, no lograron, [afortunadamente para la ciudad], adelantar gran cosa en aquella obra de devastacion.¹ Sin embargo, no desistieron de su intento, hasta que lograron incendiar algunos centenares de casas, añadiendo á todos los horrores de aquella escena, el de una conflagra-

1 "Están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza, pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azoteas tiraban tanta piedra y cantos que era cosa perdida ponernos ne ello. Y demás de esto, en algunas casas que les poniamos fuego, tardaba una casa en se quemar un dia entero, y no se podia pegar fuego de una casa á otra, lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas." Berna Dias de la Conq., cap. 126.

gracion entre cuyas llamas peracian juntamente con los defensores, los moradores inermes é inofensivos.

El día estaba ya bien adelantado y los españoles habían quedado en todas parts victoriosos; pero el enemigo, aunque desalojado de todos sus puntos disputaba el campo con porfia. Si los envolvía la caballería en una carga furiosa, huían á las trincheras provisionales que habían levantado en las calles, y atrincherados tras aquellas volvían caras á sus enemigos y renovaban sus descargas de piedras y saetas hasta que el cañon derribaba los endebles parapetos y abría paso á los caballos. La batalla fué, pues, una série de retiradas y embestidas, en las que tuvieron unos y otros grandes pérdidas, aunque la de los indios fué probablemente diez tantos mayor que la de los españoles. Pero los primeros podían reponer mas facilmente la pérdida de ciento, que los españoles la de uno; así es, que mientras los unos no daban señales de disminuir, pues sus filas eran engrosadas con los refuerzos que acudían de las calles inmediatas; los otros daban á conocer sus descabros en sus rotas filas y poco densos escuadrones. Por último, estando ya los españoles saciados de matanza y exhaustos de hambre y de cansancio, mandó tocar retirada el general. ¹

¹ "Los mexicanos peleaban con tanto furor," dice Berna Diaz, "que en aquel día si hubiesen acudido en nuestra ayuda diez mil Hectores y otros tantos Orlandos, nada les hubiéramos hecho.

Al volver á sus cuarteles vió éste en una calle inmediata, á su antiguo amigo el secretario Duero, desmontado y empeñado en un reñido combate con un cuerpo de mexicanos contra los que se defendía, desesperadamente con un puñal. Cortés, irritado al verlo, pronunció su grito de guerra y acometió sobre los indios que dispersó como paja, recobró el caballo de su amigo, y los dos caballeros prendiendo espuelas á sus caballos, se abrieron paso por entre los que se los disputaban y fueron á reunirse con el grueso del ejército. ¹ Estos rasgos de valor personal eran mas frecuentes en aquellos encuentros de lo que pudiesen haberlo sido en una guerra con gente mas instruida en el arte de pelear. La conducta caballeresca del comandante encontró imitadores en Sandoval, Leon, Olid, Alvarado, Ordaz ó otros capitanes que con proezas gloriosas alcanzadas á la vista de su caudillo, se proponían obtener el mando de provincias que gobernar á su arbitrio como si fuesen sus reinos.

Entre nuestros soldados había muchos que habían estado en las guerras de Italia, y en batallas con los turcos, y aseguran que nunca habían visto tanta desesperacion como la que tenían estos indios." Ibid, ubi supra. Véase tambien para lo concerniente á la página anterior á Lorenzana, pág. 125. Ixtlilxochilt, Relacion MS. Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 13. Gomara, Crónica, cap. 106.

¹ Herrera, Hist. Gral. Dec. 2, lib. 4, cap. 9. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 69.

Los intrépidos aztecas picaban la retaguardia á los españoles al volverse á sus cuarteles, y á cada paso les mortificaban con sus armas arrojadas; y por último, cuando los últimos se hubieron entrado á la fortaleza, ellos se acamparon en derredor de ésta, demostrando así que no se habia entibiado la resuelta furia de la noche anterior. No obstante que permanecieron fieles á su antigua costumbre de no pelear de noche, interrumpian la calma de ella, profiriendo insultos y bravatas que pudiesen llegar á oídos de los sitiados. "Al fin nuestros dioses," decian "os han puesto en nuestras manos: hace tiempo que Huitzilopochtli clama por sus víctimas: la piedra de los sacrificios está pronta: las navajas afiladas: las aves de rapiña vagan al rededor del palacio en espera del banquete que se les prepara; y las jaulas," añadian aludiendo á los tlaxcaltecas, "aguardan con impaciencia á los falsos hijos de Anáhuac, que serán guardados en ellas para solemnizar la fiesta." Estas espantosas amenazas sonaban horriblemente en los oídos de los sitiados, que demasiado bien sabian lo que querian significar; y que venian acompañadas de mil deprecaciones tiernas, pidiéndoles que soltasen á Moteuczoma y se los devolviesen.

Cortés recibió en la refriega de ese dia una grave herida en una mano, que le hacia padecer bastante pero esto era poco comparado con la angustia que

le causaba el negro porvenir que se estendia á su vista. Habia sido engañado en cuanto al carácter de los mexicanos, pues su largo y manso sufrimiento habia sido el resultado de que habian reprimido su carácter, feroz y arrogante mas que el de ninguna otra raza de Anáhuac. La violenta represion en que durante tanto tiempo habian estado, era debida mas bien al respeto que profesaban á su monarca, que á miedo; y sus pasiones una vez sueltas debian desplegarse con todo su resorte. En los tlaxcaltecas habia encontrado un enemigo declarado que no tenia ultraje que vengar ni daño que reparar, que peleaba llevado de un vago instinto de que los blancos harian males á su patria. Pero los aztecas, hasta entonces engreidos señores de la tierra, habian sido insultados y vejados hasta ese extremo que produce la abnegacion de los sentimientos personales y que hace despreciable la vida en comparacion de la venganza. Armado de esta suerte con el valor de la desesperacion, el salvaje es casi igual al hombre civilizado, y un pueblo entero que ha sido conmovido en sus entrañas por un sentimiento comun y que vé amenazados de muerte sus intereses y su salvacion; este pueblo, sean cuales fueren sus recursos, es como el terremoto y el huracan, los mas formidables agentes de la omnipotencia de la naturaleza.

Consideraciones de este género fueron las que pasaron por la mente de Cortés al reflexionar sobre su impotencia para enfrenar la furia de los mexicanos; así es que resolvió, no obstante el áspero tratamiento que últimamente había dado á Moteuczoma, emplear la autoridad de este para aplacar el tumulto, y tanto mas, cuanto que á los principios del alzamiento había sido tan provechosa para Alvarado. Afirmóle mas en esta resolucion el ver á la mañana siguiente que los sitiadores habían logrado escalar las murallas é intentado penetrar; y si bien es cierto que fueron recibidos de manera que no quedó vivo ni uno solo de los que habían entrado, la impetuosidad del asalto fué tal que por algunos instantes se creyó que la fortaleza iba á secumbrir.¹

Cortés mandó, pues, requerir al emperador azteca para que interpusiese su autoridad en bien de los españoles; pero Moteuczoma no estaba de humor de acceder. Desde la vuelta del general vivia aquel tristemente en sus cuarteles, disgustado mas que del duro tratamiento que había recibido, de pensar en que estaba sirviendo de aliado á los opresores de su patria. Desde los aposentos de su cárcel había presenciado las trágicas escenas de que había sido teatro la capital, y ademas otra no menos mortificante para él, la de ver al heredero presunto de la

¹ Bernal Díaz, ubi supra. Oviedo, ubi supra. Gomara, Crónica, cap. 107.

corona ocupando el lugar que á él le correspondia, combatiendo á la cabeza de los guerreros en defensa de la patria. Abatido por aquella posicion é indignado contra los que le habían puesto en ella, respondió friamente al oír la solicitud de Cortés: ² "¿qué tengo yo que hacer con el Malinche: yo no quiero oírle; lo único que quiero es morir. ¡A qué triste condición me ha reducido mi deseo de servirle!" = Habiéndole instado el padre Olmedo y Olid, á que accediese, añadió: "Esto de nada serviria, porque mi pueblo ni me creeria á mí, ni las falsas palabras y promesas del Malinche! Es imposible que salgais con vida de estas murallas." Habiéndole asegurado que los españoles abandonarían la capital siempre que les dejase espedito un camino por donde verificarlo, convino en interceder con el pueblo, deseando seguramente mas bien ahorrar la sangre de los aztecas que la de los cristianos.³

Para que su presencia produjese mayor efecto, determinó ponerse las vestiduras imperiales. El *tilmatli* ó rico manto azul y blanco pendia de los

¹ Cortés envió á Marina á preguntar á Moteuczoma, ¿quién era el valiente gefe que se veía desde las murallas estar dirigiendo y animando á los guerreros aztecas? Moteuczoma respondió que era Cuitlahua, el heredero presunto de la corona, y el mismo á quien los españoles habían dado libertad algunos días antes. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 10.

² "¿Qué quiere de mí ya Melinche, que yo ya no deseo vivir ni oírle? pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído." Bernal Díaz, cap. 126.

³ *Ibid*, ubi supra: Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 88.

hombros, atado por un rico broche de verde *chalcivil*. Las demás partes del vestido estaban adornadas con profusion con esa rica piedra y con esmeraldas de extraordinario tamaño, montadas en oro. Sus piés estaban calzados con sandalias de oro, y ceñía sus sienes una diadema de forma semejante á la de la tiara pontifical. Ataviado de esta suerte, acompañado de los primeros magnates y precedido de la vara de oro, símbolo de la soberanía, subió el monarca indio al torreón central del palacio. El pueblo se apercibió al instante de la llegada del monarca, y la actitud que tomó aquel, fué cambiando como por encanto, conforme fué apareciendo sobre las almenas la comitiva régia. El estrépito de los instrumentos, los horrorosos gritos de los combatientes, todo quedó mudo en un momento, y la calma del sepulcro envolvió á la numerosa asamblea que pocos momentos antes se agitaba en el ardiente tumulto de la guerra. Muchos se prostraron en el suelo: otros doblaron la rodilla, y todos se volvieron con impaciente inquietud hácia al monarca al cual estaban acostumbrados á reverenciar con servil acatamiento, y cuyo rostro no podían contemplar porque era insoportable su esplendor, como lo sería el esplendor de la Divinidad. Moteuczoma conoció su influjo, y al encontrarse frente por frente con aquel pueblo aterrado y estupefacto, parece que recobró toda su antigua confianza y au-

toridad, pues se sintió otra vez REY. Cuentan los escritores castellanos que con una voz tranquila y fácilmente perceptible á causa del silencio de la asamblea, se dirigió á ella en los términos siguientes:

“¿Por qué os veo, vasallos míos queridos, haciendo armas contra el palacio de mis abuelos? ¿Creeis que vuestro rey está cautivo y tratáis de rescatarle? Si es así, habeis obrado rectamente; pero estais engañados: yo no estoy cautivo: estos extranjeros son mis huéspedes: si vivo con ellos es porque así me place; pero puedo dejar su compañía cuando fuere de mi agrado. ¿Habeis venido para arrojarles de la ciudad? Esto no es necesario, porque ellos saldrán espontáneamente siempre que les dejéis libre un camino por donde lo hagan. Así pues, volved á vuestros hogares, deponed las armas, mostradme que me obedecis como es debido que lo hagais. Los blancos van á volverse á su suelo y todos quedaremos muy contentos dentro del recinto de Tenochtitlan.”

Al declararse Moteuczoma amigo de los detestados extranjeros se percibió entre la multitud un murmullo que demostraba el desprecio con que veía á un príncipe pusilánime que parecía no sentir los insultos ni los ultrages por cuya venganza se habia levantado la nacion. El reprimido vuelo de sus pasiones se desató furiosamente y arrasó con todas las

barreras del respeto y la reverencia, y se descargó sobre la cabeza del desgraciado monarca, tan degenerado respecto de lo que fueron sus belicosos antepasados. "¡Azteca indigno," exclamaron, "muger, cobarde, los blancos te han vuelto una muger propia tan solo para hilar y tejer!" Estas amargas imprecaciones fueron seguidas de otras demostraciones mas hostiles. Cuéntase ¹ que apenas vibró su arco ó blandió una javalina contra el monarca, un gefe de la alta calidad, cuando cayó una lluvia de piedras y saetas sobre el lugar en que estaba el séquito del príncipe. Los españoles encargados de defender la persona de este, habian creído que era inútil la custodia, segun la manera respetuosa con que el pueblo había escuchado la alocucion del monarca; así es que cuando quisieron interponer sus adargas para defenderle, ya era tarde: Moteuczoma había recibido tres heridas, una de ellas hecha con una piedra cerca de una sien, á cuyas resultas cayó en tierra privado de sentido. Los mexicanos aterrados por el sacrilegio que acababan de cometer, experimentaron de súbito un acerbo arrepentimiento y poseidos de un terror pánico, arrojaron un grito de espanto y echaron á correr en todas direcciones. ¡De tanta multitud como un momento antes

¹ Acosta cuenta que era tradicion que Guatemoxin, sobrino de Moteuczoma y que ocupó despues su trono, fué el guerrero que sparó la primera flecha. Lib. 7, cap. 26.

ocupaba la plaza de enfrente al palacio, no quedó ni un solo hombre.

Entre tanto fué conducido el desventurado príncipe á su aposento. Al volver de la privacion en que le habia hundido el golpe, sintió [todo el peso de su infortunio: habia llegado al último extremo de la degradacion; habia sido despreciado por su pueblo: hasta el último de la plebe habia osado levantar la mano contra él. Ya no tenia para qué vivir: en vano Cortés y sus capitanes se esforzaban por animarle y consolarle; él no respondia ni una palabra. [Su herida, aunque peligrosa, no habria sido mortal asistiéndola con esmero; pero Moteuczoma rehusaba todas las medicinas que le proponian: se arrancaba los vendages en el momento que se los ponian y permanecia en el silencio mas obstinado. El contemplaba con ojos abatidos su pasada fortuna, la sombra de su antigua magestad y grandeza y el cuadro de su humillacion presente. Habia sobrevivido á su desgracia; pero parece que aun ardia en su seno una centella de su antiguo brío, pues no supo sobrevivir á su afrenta. El general español y sus capitanes estaban presenciando esta escena dolorosa, cuando les vinieron á distraer los nuevos peligros que amenazaban á la guarnicion. ¹

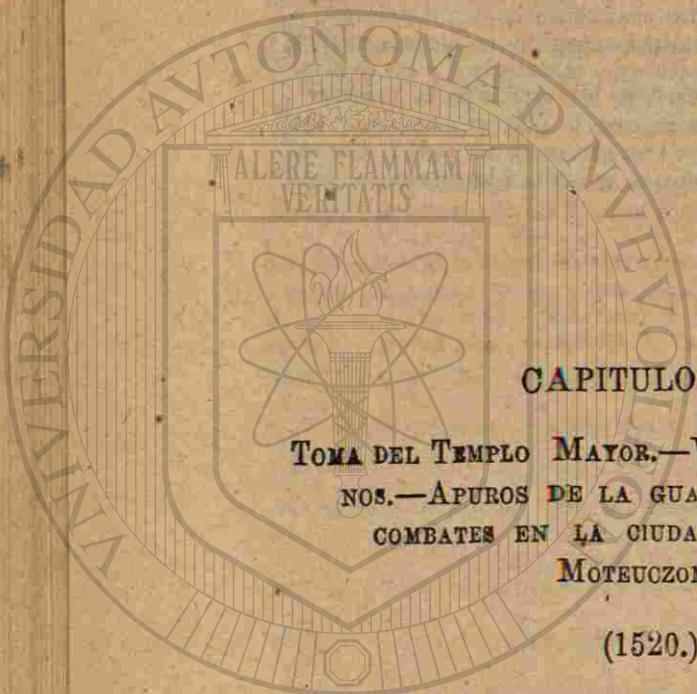
¹ Al referir esta trágica escena y los pormenores que la acompañaron, me he atendido al testimonio sustancialmente uniforme de
TOMO II. 32.

muchos escritores, (algunos de ellos, testigos presenciales), tanto de aquel tiempo como de épocas posteriores. Véanse: Bernal Diaz, cap. 126. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 136. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 88. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 10. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 70. Acosta, ubi supra. Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 5. Esta relacion la confirma tambien Cortés en el instrumento público en que se otorgan á la hija predilecta de Motenczoma ciertos estados en clase de dote. (Véase el Apéndice, parte II, número xi); pero D. Thoan Cano que casó con esta princesa aseguró á Oviedo que los mexicanos respetaron la persona del monarca mientras le vieron, y que cuando arrojaron su descarga de proyectiles ignoraban que estuviere presente, pues se lo ocultaban los escudos de los españoles. (Véase el Apéndice, parte II, núm. 11.) El capellan Gomara tambien repite esta improbable relacion. (Crónica, cap. 107.) Pero el mismo Oviedo la rechaza, diciendo que Alvarado, que estaba presente, le contó despues de algun tiempo, que las cosas habian sucedido como se dice en el texto. (Hist. de las Ind., MS, lib. 33 cap. 47.) Los mexicanos cuentan el suceso de muy diversa manera. Segun ellos, tanto Motenczoma como los señores de Tetzcoco y Tlatilco que estaban prisioneros en la fortaleza, fueron ahorcados por medio del garrote y sus cadáveres fueron arrojados fuera de las murallas á la vista de los aztecas. A continuacion copio el pasaje original de Sahagun, cuyas noticias dimanaban de los indios mismos.

“De esta manera se determinaron los españoles á morir ó á vencer varonilmente, y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion, y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinacion y que de ellos habia de comenzar esta obra y luego todos los demás habian de ser muertos á sus manos. Dijéronles: no es posible que vuestros ídolos os liberten de nuestras manos. Y despues que les hubieron dado garrote y vieron que estaban muertos, mandáronles echar por la azotea fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga. Y despues supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan principales habian sido muertos por las manos de los españoles, luego tomaron los cuerpos y les hicieron sus exequias, al modo de su idolatría, y quemaron sus cuerpos y

tomaron sus cenizas y las pusieron en lugares apropiados á sus dignidades y valor.” Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 23.

Apenas es necesario refutar una imputacion tan monstruosa, pero que sin embargo ha encontrado acogida en algunos escritores modernos. Independientemente de cualesquiera otras consideraciones, bien se habrian guardado los españoles de procurar la muerte de Motenczoma, siendo, como lo observa muy bien el tetlacoctli Ixtlilxochitl, el golpe peor que pudieran recibir, pues estera romper el último vínculo que les ataba á los mexicanos. Hist. Chich., MS., ubi supra.



CAPITULO IX.

TOMA DEL TEMPLO MAYOR.—VALOR DE LOS MEXICANOS.—APUROS DE LA GUARNICION.—REÑIDOS COMBATES EN LA CIUDAD.—MUERTE DE MOTEUCZOMA.

(1520.)

FRENTE á frente de los cuarteles españoles y á poca distancia de ellos estaba el gran templo de Huitzilopochtli. Esta masa piramidal, con los templos en que remataba, llegaba á la altura de ciento y cincuenta piés y dominaba completamente el palacio de Axayacatl ocupado por los cristianos. Un cuerpo de quinientos ó seiscientos mexicanos, muchos de ellos nobles y guerreros de alta calidad, habian apoderádose de aquella posicion desde la cual descargaban tal lluvia de proyectiles sobre los cuarteles de los blancos, que no podia [asomar uno de

éstos sin correr grave peligro; al paso que los mexicanos, guarecidos por los santuarios no recibian ni el menor daño del fuego enemigo. Era claro que si los españoles querian quedarse en sus cuarteles, debian desde luego desalojar á los que habian tomado el teocalli.

Cortés confió esta comision á su camarista Escobar con cien hombres, dándole orden de que se apoderase del templo y pegase fuego á los santuarios; pero este oficial fué rechazado por tres veces y despues de los esfuerzos mas desesperados, se vió obligado á retirarse con gran pérdida y sin haber logrado su intento, Cortés, conociendo cuán necesario era apoderarse del puesto, determinó hacerlo él personalmente, y no pudiendo llevar la rodela con la mano, por estar manco de la mano izquierda, hizo que se la atasen al brazo y salió á la cabaza de trescientos caballos escogidos y de algunos miles de aliados. †

En el atrio del templo encontró un gran número de indios preparados á disputarle el paso. Cargóles bruscamente; pero las lisas y redondas piedras del pavimento hacian que los caballos resbalasen y aun que cayesen muchos de ellos. Mandó echar pié á

† "Salí fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda, de una herida que el primer dia me habian dado; y liada la rodela en el brazo, fui á la torre con algunos españoles que me siguieron." Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 138.

tierra apresuradamente, envió los caballos al cuartel y volvió á emprender el asalto, consiguiendo ahora, aunque con gran dificultad, dispersar á los indios y abrirse paso hácia el templo. Este, como ya recordará el lector, era una enorme pirámide de trescientos piés cuadrados de base. Una escalera de piedra hecha en la parte exterior en uno de los ángulos de la pirámide, conducía á la plataforma ó terrado de arriba, dando la vuelta al primer piso hasta llegar al punto correspondiente del segundo, y así sucesivamente. Como el teocalli tenía cinco cuerpos ó divisiones, era preciso andarlo cuatro veces en redondo, [ó andar cosa de una milla] antes de llegar á la cima, que era una superficie descubierta coronada por dos santuarios dedicados á deidades aztecas.¹

Habiéndose abierto paso, comenzó Cortés á subir las escaleras seguido de Alvarado, Sandoval, Ordaz y algunos otros esforzados caballeros, mientras que una fila de arcabuceros y un fuerte cuerpo de aliados tenía á raya á los indios al pié del templo. Los guerreros aztecas fueron disputando el terreno á los españoles en cada uno de los escalones del templo. Desde su elevada posición dejaron caer una multitud de saetas penetrantes, de piedras pesadas, de

¹ Véase antes la pág. 100 y 105.

pedazos de madera y de dardos ardiendo, que al bajar por las escaleras precipitaban á los españoles y esparcían el terror en sus filas. Los mas afortunados, evitando estos obstáculos ó saltando por encima de ellos consiguieron llegar al primer terrado, donde despues de una ligera refriega hicieron replegar á los enemigos. Los que atacaban siguieron avanzando, protegidos eficazmente por el fuego de los mosquetes que causaron tal daño á los mexicanos que les obligaron á refugiarse en los santuarios de la cima del templo.

Cortés y sus camaradas dejaron cubierta su retirada y se encontraron al fin frente por frente de sus enemigos en aquel elevadísimo campo de batalla, empeñados en mortal combate, á presencia de la ciudad entera y de las tropas de uno y otro bando que estaban en el átrio, las cuales como por mútuo consentimiento suspendieron su lucha para poder presenciar en mudo espectáculo el éxito de la que arriba se trataba. La cumbre del templo, aunque de menores dimensiones que la base, tenía, sin embargo, amplitud bastante para mil combatientes, el pavimento era de anchas y lisas piedras: toda ella estaba despejada, menos en los sitios ocupados por la enorme piedra de los sacrificios y los dos santuarios, que se elevaban á la altura de cuarenta piés, allá en un extremo de la liza. Uno de ellos estaba

consagrado á la Cruz; el otro, aun permanecia ocupado por el dios de la guerra de los mexicanos, El cristiano y el azteca pugnaban por su religion respectiva á la sombra de las aras de sus dioses. Los sacerdotes indios vagaban por todas partes, con su cabellera flotando suelta sobre un manto negro, semejantes á otros tantos demonios salidos de sus antros para animar aquella matanza.

Las partes pelearon con el furor de hombres á quienes no queda mas esperanza que la victoria: no habia que pedir ni que otorgar conmiseracion, y la huida era imposible. El bordo de la arca no estaba defendido por ningun pretil, por manera que un resbalon era mortal; y algunos veces se vió á los combatientes luchando á muerte, precipitarse asidos el uno del otro desde aquella altura extraordinaria. ¹ Cuentan que Cortés mismo ha escapado milagrosamente de este destino. Dos indios de formas robustas y vigorosas se asieron de él é intentaron arrastrarlo consigo hasta el bordo de la elevada pirámide: co-

¹ Segun Sahagun, muchos aztecas, viendo la suerte de los que caian en manos de los españoles, se echaron de cabeza ellos mismos desde la altísima cima del templo, y quedaron hechos pedazos en el suelo. "Y los de arriba viendo á los de abajo muertos y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojarse del cú abajo desde lo alto, los cuales morian despeñados, quebrados brazos y piernas y hechos pedazos, porque el cú era muy alto; y otros, los mismos españoles los arrojaban de lo alto del cú; y así, todos cuantos allí habian subido de los mexicanos, murieron mala muerte" Hist. de Nueva-España, lib. 12, cap. 22.

intencion, luchó con ellos con todas sus fuerzas: y antes de que pudiesen realizarla, logró desasirse y arrojar á uno de ellos con un solo movimiento de su brazo. Esta anécdota no es inverosímil, pues Cortés era hombre de extraordinaria agilidad y fuerza; y varios escritores la han adoptado; pero ningun contemporáneo la refiere. ¹

El combate duró con implacable encarnizamiento por tres horas. El número de los indios era duplo del de los cristianos, y la refriega de tal naturaleza, que el número y la fuerza brutal y no la superioridad científica parece que debian decidir el éxito; pero no era así realmente. La invulnerable armadura de los españoles, su acero bien templado y sobre todo, el hábito de esgrimirlo, les daban grandes ventajas sobre la fuerza física y el número. Mientras que los españoles desplegaban ese valor que inspira la desesperacion, el de los aztecas á cada momento se debilitaba mas y mas. Uno tras otro todos fueron muriendo, hasta no quedar vivos mas que dos ó tres sacerdotes que fueron llevados como un trofeo por los vencedores: todos los demas habian

¹ Entre otros véase á Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 9. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 6. Solis, Hist. de la Conquista, lib. 4, cap. 16, donde describe todo muy circunstanciadamente, como lo tiene de costumbre.

El primero de estos autores pudo consultar autoridades contemporáneas, como por ejemplo, el manuscrito de Ojeda, que ahora ya no se encuentra. Es cosa rara que semejante hazaña no la cuente Cortes mismo, que en tales cosas no se descuidaba

quedado tendidos sobre la ensangretada liza ó habían caído precipitados desde las alturas. Sin embargo, no fué despreciable la pérdida de los españoles, pues murieron cuarenta y cinco de los mejores soldados, y los restantes quedaron mas ó menos heridos.¹

Los victoriosos caballeros se dirigieron á los santuarios. El primer piso era de piedra y los dos superiores de madera. Al entrar en su recinto tuvieron la pena de no encontrar en su lugar á la imagen de la Virgen y de la Cruz;² pero en el santuario del otro lado se veía todavía la efigie del horrendo dios Huitzilopochtli, en cuyos altares humeaba una ofrenda de corazones, y cuyas paredes estaban salpicadas de sangre humeante, ¡tal vez española! En

1 El capitán Díaz, que á veces suele ser elocuente, hablando del valor del general en esta ocasion, se espresa con énfasis. "Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fué. ¡O qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, y mas de cuarenta soldados muertos." (Hist. de la Conq., cap. 126.) ¡La pluma de los antiguos cronistas corre parejas con sus espadas en esta famosa hazaña! Colla penna é colla spada, "igualmente afortunados." Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 138. Gomara, Crónica, cap. 106: Sahagun, loco citato. Herrera, ubi supra. Torquemada, ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33 cap. 13.

2 El arzobispo Lorenzana es de opinion que aquella imagen de la Virgen es la misma que ahora se ve en el templo de *Nuestra Señora de los Remedios*. (Relac. Seg., ibid, ubi supra.) Lo que no nos dice es, de qué manera se salvó en el saqueo de la ciudad dicha imagen, ni de qué manera se volvió á aparecer. Pero el milagro, mientras mas inexplicable, mas indubitable.

medio de los gritos del triunfo derribaron la imagen del horrible mónstruo y la echaron á rodar por las escaleras, en presencia de los estupefactos aztecas. Pusieron fuego al edificio: las esbeltas torres en que remataba se incendiaron en pocos momentos arrojando lívidas y ominosas llamas que alumbraron la ciudad, el valle y hasta la última cabaña de las montañas. Aquella era la hoguera fúnebre del paganismo y aquel fuego pregonaba que en él se había extinguido la cruel religion que por tantas centurias había enlutado las hermosas regiones de Anáhuac.¹

Concluida esta buena obra, bajaron los españoles las tortuosas escaleras del teocalli, con paso mas firme y mas estrepitoso, como seguros de que el cielo había derramado sobre ellos sus bendiciones. Rompiéron por entre las gruesas masas de indios que les impedían el paso, los cuales desalentados por las escenas de que habían sido testigos, oponían poca resistencia; por manera que los españoles llegaron salvos á sus cuarteles. En aquella misma noche determinaron completar la obra haciendo una salida cuando los habitantes estaban durmiendo, y que-

1 De todas las proezas de los españoles, ninguna causó mayor impresion á los indios que la toma del templo, pues parecia que aquellos habían desafiado el poder del hombre y de los dioses. Despues de la conquista se encontraron varias veces geroglíficos que representaban circunstanciadamente el suceso. El delicado capitán Díaz cuenta que en los que él vió no se omitió ninguna de las pérdidas de los cristianos. (Ibid, ubi supra.) Era la única venganza que les quedaba que tomar á los conquistados

mando trescientas casas. El horror del incendio fué tanto mayor cuanto que se verificó á una hora en que los aztecas no acostumbraban pelear, y en que menos preparados estaban para defenderse.¹

Deseando aprovecharse de la saludable impresion que aquellos reveses debian haber causado en los indios, determinó Coctés con su acostumbrada política, hacerles propuestas de avenimiento; por consiguiente invitó al enemigo á un parlamento, y luego que los magnates y generales aztecas estaban en la plaza, subió al torreón donde se habia asomado Moteuczoma y les hizo señas de querer hablarles. Doña Marina, como intérprete, estaba á su lado; y la multitud no pudo menos de contemplar con viva curiosidad á aquella jóven india tan conocida por su influjo sobre los españoles y en particular por sus relaciones con el general, quien por esta causa era conocido con el nombre de Malintzin.² Cortés ha-

1 "Sequenti nocte, nostri erumpentes in una viarum arci vicina, domus combussere tercentum; in altera plerasque e quibus arci molestia fiebat. Ita, nuno trucidando, nunc diruendo, et interdum vulnera recipiendo in pontibus et in viis, diebus noctibusque multum laboratum est utrinque. (Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 6.) En cuanto al número de las acciones de guerra y de sus resultados en general, es decir, en cuanto á las victorias, las infructuosas victorias de los cristianos, todos convienen; pero no hay dos que estén conformes en cuanto al tiempo, lugar, y demás circunstancias. ¡Cuán difícil no deberá de ser para el historiador de estos tiempos, formar un tegido de un tinte uniforme, con hilos de tantos colores!

2 Es el nombre por el qual se le conoce todavía en la poesía popular de México. Tambien es de la famosa montaña tlaxcalte

blando mediante el dulce y melodioso acento de su querida, dijo á los indios que ya nada les quedaba que esperar de su resistencia contra los españoles: que por todas partes habian visto á sus dioses hollados en el polvo, sus altares destruidos, sus casas quemadas, sus guerreros muertos: "todo esto os habeis buscado," continuó, "por vuestra rebelion; sin embargo por consideraciones que os guardo, merced á ese soberano á quien tan indignamente habeis tratado, suspenderé mi brazo siempre que depongais las armas y volvais á la obediencia; pero de lo contrario, reduciré vuestra ciudad á un monton de escombros y no dejaré vivo ni á uno siquiera de vosotros para que pueda llorar sobre ellos."

Pero Cortés aun no conocia bien el carácter de los aztecas, pdes que se propuso dominarlos por las amenazas. Aunque tranquilos en la apariencia y lentos para moverse, eran difíciles de aplacar una vez irritados; así es que ahora que habian sido heridos en lo mas vivo ¿quién era capaz de calmar la tempestad? Tambien puede ser que Cortés haya conocido el carácter del pueblo; pero que haya querido usar un tono imperativo, por creer que en su situacion, otro lenguaje mas suave y conciliador habria dado á entender que se conocia vencido, y no

ca que hoy se llama *Sierra de la Malintzin*, (y en lo antiguo se llamaba *Matlalcoeye*, en honor de la señorita india. De todos modos, era un honor dignamente merecido por su compatriota adoptiva.

le habría proporcionado las ventajas que se proponía sacar.

“Verdad es, respondieron ellos, que habeis destruido nuestros templos, despedazado nuestros dioses y asesinado á nuestros hermanos: muchos de nosotros tendremos aun que caer bajo los terribles golpes de vuestro acero; pero estamos contentos si aunque sea al precio de muchos millares de mexicanos compramos la sangre de un solo blanco. ¹ Mirad y contemplad nuestras calles y nuestras plazas, y las encontrareis cubiertas de guerreros, en todo cuanto alcance vuestra vista: nuestro número apenas ha decrecido por nuestras pérdidas; mientras que el vuestro ha disminuido visiblemente: estais muriendo de hambre y de enfermedad: ya no teneis víveres ni agua: debeis, pues, caer dentro de breve tiempo en nuestras manos: *¡los puentes están levantados y no podeis salir!* ² ¡Cuán pocos de vosotros escaparán á la venganza de nuestros dioses!” Al terminar, arrojaron sobre los españoles tal descarga de flechas, que los obligaron á guarecerse dentro de las murallas.

¹ Según Cortés, se jactaban arrogantemente de que podían dar veinticinco mil de los suyos por un solo blanco. “A morir veinticinco mil de ellos y uno de los nuestros.” Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 139.

² “Que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran desechas, como de hecho pasaba.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

El orgulloso é indomable tono de los aztecas, lleno de abatimiento á los sitiados. En aquel instante creyeron que todo era perdido, sus combates diurnos, sus largas vigiliass nocturnas, los riesgos que habian desafiado, los peligros que habian vencido y hasta las victorias que habian alcanzado. Era claro que no se podia recurrir como antes al resorte de la supersticion, pues los aztecas, semejantes á una bestia feroz que rompe las ataduras con que la tenia sujeta su opresor, hacian alarde y vanagloria de conocer toda su fuerza. La noticia de que estaban cortados los puentes sonó mortalmente en los oidos de los españoles, quienes conociendo que eran ciertos los horrores que se les esperaban, se miraban los unos á los otros llenos de ansiedad y desaliento.

Siguiéronse de aquí las mismas consecuencias que entre la tripulacion de un buque cuando va á naufragar. El conocimiento de un espantoso peligro hizo perder la subordinacion: el espíritu de motin estalló con toda su fuerza, especialmente entre los bisoños soldados de Narvaez. Hábiales traído la codicia, pero sin pensar mas que en los halagüefios informes que se tenian de Anáhuac, y en que dentro de pocos meses volverian á sus hogares con los bolsillos henchidos del oro del monarca azteca. ¡Pero cuán diferente suerte les habia cabido! Desde que saltaron á tierra habian padecido duras privaciones, fatigas de todos géneros y peligros de que no tenian

idea; lo que ahora tenían á la vista era aun mas espantoso; así es que lamentaban amargamente el momento en que trocaron los toscos campos de Cuba, por estas regiones habitadas por caníbales, y maldecían de todo corazón la hora en que acudieron locamente al llamamiento de Velazquez, y aun mas, aquella en que se alistaron bajo la bandera de Cortés. ¹

Pedían con ahinco y con violencia que se les sacase de la ciudad, y sobre todo, de aquella fortaleza en la que estaban amontonados como rebaño de ovejas, en espera de que llegase el momento de la matanza. Contrariábanles los subordinados y aguerridos soldados de Cortés, que habiéndole acompañado en sus días de gloria, no querían abandonarle en los de adversidad, y que conocían claramente, por otra parte, que la única esperanza que les quedaba en aquel conflicto estribaba en la union y la disciplina, y que aun esto mismo les serviría de poco si militaban á las órdenes de otro caudillo que no fuese Cortés. ²

¹ "Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés y las palabras que decían, que renegaban dél, y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido." Bernal Diaz, ubi supra.

² No obstante esto, en la petición ó carta de Veracruz dirigida por el ejército al emperador Carlos V, despues de la conquista, se alega como el principal motivo para haber abandonado la ciudad, la importunidad de los soldados: Carta del ejército, MS.

Úrgido por los sitiadores fuera de la plaza y por los sediciosos dentro de ella, no desmintió el general su carácter. Un hombre vulgar, en circunstancias tan críticas, habria desfallecido; pero el alma bien templada de Cortés, desplegó todos sus recursos de accion. Cortés reunía á la mayor serenidad, sangre fria y perseverancia en sus propósitos, un espíritu emprendedor verdaderamente romancesco. Su presencia de espíritu no le abandonó: contempló tranquilamente su situacion y pesó las dificultades que le rodeaban, antes de tomar ninguna resolucion. Además de que era muy peligrosa una retirada á la vista de un enemigo valeroso y vigilante, lastimaba su orgullo abandonar una ciudad sobre la cual se habia enseñoreado por tanto tiempo; perder los ricos tesoros que habian adquirido él y sus compañeros; privarse de los únicos medios en que cifraba su esperanza de alcanzar el favor del soberano y el perdon de los desafueros que habian cometido. El conocia que recabarlos dependia enteramente del éxito de la empresa. Huir era inhabilitarse por siempre para continuar la conquista. ¡Y qué término tan triste hubiera sido este, de una carrera tan gloriosamente comenzada! ¡Qué contraste con sus jactanciosas vanaglorias! ¡Qué triunfo para sus enemigos! ¡El gobernador de Cuba iba á quedar ámpliamente vengado!

Pero este cúmulo de tristes reflexiones, no era

tan aflictivo como pensar en permanecer en aquella desesperada situacion. El número de sus soldados cada día disminuía; sus víveres escaseaban al punto de no dar á cada soldado para recuperarse de sus fatigas, mas que una racion diaria de pan;¹ cada día abrian nuevas brechas á las endeble fortificaciones; finalmente, las municiones casi se habian acabado, por manera que solo hombres de una alma y de una constitucion de fierro como eran los españoles, pudieron permanecer allí por mas tiempo, y solo ellos pudieron defender la plaza durante uno tan considerable contra tan fuertes enemigos. La principal dificultad consistia en elegir el momento y la manera de evacuar la ciudad. El mejor camino parecia ser el de Tlacopan, [Tacuba], porque aquella calzada, que era el punto mas peligroso del camino, solamente tenia dos millas de largo; y así los fugitivos podian cuanto antes llegar á tierra firme. Pero antes de salir definitivamente, determinó el general hacer una excursion en esa direccion; tanto para reconocer el terreno, como para distraer la atencion del enemigo y ocultar el verdadero plan de operaciones, por medio de aquellas maniobras ofensivas.

¹ "La hambre era tanta que á los indios no se daba mas de una tortilla de racion, y á los castellanos cincuenta granos de matz." Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 10, cap. 9.

Emplearon algunos días en construir unas máquinas de guerra, de la invencion de Cortés. Llamábanlas *mantas*, y estaban construidas sobre principios análogos á los de los manteletes usados en la edad media; sin embargo de que eran aun mas complicadas que aquellos, pues consistian en una torre de ligeros pedazos de madera, con dos pisos. Iban llenas de mosqueteros y en sus caras laterales tenian troneras por las que se podia hacer sobre el enemigo un vivo fuego. La gran ventaja que traian las máquinas era guarecer á los soldados de la lluvia de proyectiles que les echaban desde las azoteas. Eran aquellas en número de tres, estaban armadas de rodillos, y eran arrastradas por medio de cables por los aliados tlaxcaltecas.¹

Los mexicanos al ver con asombro aquella ma-

¹ Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 135. Gomara, cap. 105.

"El Dr. Bird en su pintoresco romance titulado: "Calavar," ha hecho de estas "mantas" un uso tal vez mayor del que se ha permitido al historiador. Reclama los privilegios de novelista, y debemos confesar que no abusó de ellos, pues muestra haber estudiado con sumo detenimiento las costumbres, y usos militares de los naturales. Ha hecho con respecto á estos, lo mismo que Cooper con respecto á los indios del Norte; ha engalanado sus toscos rasgos con los brillantes colores de la fantasia poética. Igualmente feliz ha sido en la descripción pintoresca de los paisajes; y no nos causa sorpresa que no lo haya sido tanto en imitar el idioma de los antiguos caballeros españoles, pues nada es mas difícil que ejecutar hábilmente la moderna antigüedad. Se necesitaba todo el génio de W. Scott para hacerla tan perfecta que nadie pueda descubrir que es imitacion.

quinaria de guerra, aquellas fortalezas cuyos costados despedían humo y fuego, y contra cuyos defensores ocultos eran inútiles las saetas, huyeron des-pavoridos. Acercando las mantas á las casas conseguían los blancos hostilizar eficazmente á los indios de las azoteas, y cuando esto no bastaba, echaban un puente levadizo desde la parte superior de la *manta* hasta la azotea, pasaban por él y brazo á brazo combatían con los defensores de las casas. Sin embargo, no podían acercarse á los edificios elevados desde donde arrojaban los indios tantas y tan pesadas piedras y vigas, que sumían las tablas que formaban el techo de las máquinas, ó sacudían fuertemente sus paredes laterales y amenazaban aplastar á los que iban dentro. Además, la máquina fué inútil luego que encontraron con un canal que estorbó llevarla adelante.

Los españoles vieron que la amenaza de sus enemigos era cierta: que habían levantado los puentes, y si bien es cierto que los canales no eran muy anchos ni muy profundos, lo eran bastante para estorbar los movimientos de las pesadas máquinas del general y de su caballería. Resolvió, pues, aquel abandonar sus *mantas* y dió orden de llenar el canal con piedras, palos y otros escombros de los edificios aruinados, y abrir al ejército un paso. Mientras se practicaba esta maniobra, los archeros y los honderos aztecas hicieron una furiosa descarga so-

bre los españoles que estaban casi indefensos á causa de sus ocupaciones. Luego que estuvo concluido el puente y que tuvieron los blancos un paso seguro, cargaron con furor sobre los enemigos, los que no pudieron resistir el choque de aquella columna de acero, huyeron con precipitación hasta otro canal que ofrecía para la defensa una posición igualmente fuerte que la de donde acababan de rechazarlos. †

La calzada de Tlacopan estaba cortada á lo menos por siete canales, ² en cada uno de los cuales se repetía la misma escena: hacían alto los mexicanos valientemente y ocasionaban alguna pérdida á sus obstinados enemigos. En estas maniobras se pasaron dos días, al cabo de los cuales cupo al general la gran satisfacción de ver su línea completamente establecida, y todos los puentes guardados por destacamentos de infantería española. Estando ya para llegar al fin de la calzada, mas allá de la cual había arrojado á los enemigos, tuvo noticia de que estos escarmentados por los duros reveses que habían pa-

1 Carta del ejército, MS. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 140. Gomara, Crónica, esp. 109.

2 Clavijero se ha equivocado al llamar á esta calle la calle de Ixpalapan. (Stor del Messico, tom. III, pág. 129.) No era la calle por donde entraron los españoles, sino aquella por donde salieron cuando dejaron definitivamente la ciudad, la que Lorenzana indica exactamente con el nombre de calle de "Tlacopan." cuyo nombre adulteraron los españoles convirtiéndolo en "Tacuba." Véase antes la pág. 95 nota.

decido, deseaban entrar en negociaciones, á cuyo fin le esperaban en la fortaleza de los generales mexicanos. Lleno de complacencia por semejante nueva, se volvió al instante á sus antiguos cuarteles acompañado de Sandoval, Alvarado y cosa de sesenta ginetes.

Los mexicanos propusieron que soltase á los dos sacerdotes que habia hecho prisioneros en el templo, para que sirviesen de mensajeros y de agentes de comunicacion. En consecuencia de esto fueron despachados al campo mexicano con las instrucciones correspondientes; pero ya no volvieron, porque todo aquello no habia sido mas que una artimaña de que se habian valido los aztecas para conseguir la libertad de sus dos sumos sacerdotes ó *teoteuctli*, cuya presencia era indispensable en la próxima ceremonia de la coronacion.

Cortés, en expectativa de que se verificase un pronto arreglo, hizo que sus oficiales se recobrasen de las fatigas de la jornada; pero supo que los enemigos habian tomado nuevamente las armas y que peleaban con mas furor que nunca: que habian replegado á tres de los destacamentos que mandaba Alvarado y que se ocupaban activamente en destruir los puentes que estos custodiaban. Corrido de vergüenza por la infantil credulidad con que, dando oídos á sus lisonjeras esperanzas, se habia dejado engañar por un astuto enemigo, montó al instante

y seguido de sus bravos compañeros se dirigió á todo escape al teatro del combate. Los indios cedieron al ímpetu de los blancos; los puentes fueron reedificados, y Cortés y su caballería recorrieron toda la calzada, dispersando con la punta de sus lanzas á los enemigos como á espantados ciervos. Pero antes de concluir esta maniobra tuvo el disgusto [de ver que su infatigable enemigo habia vuelto á la carga viniendo por las calles y encrucijadas y que agobiaba á la infantería que estenuada por el cansancio, ya no podia mantener su posicion en uno de los puentes principales. Una inmensa multitud acudia por todas partes y urgia á los blancos con descargas de piedras, dardos y saetas que rebotaban como granizada sobre las armaduras de fierro ee los ginetes y las de los bardados caballos. La mayor parte de los proyectiles rechazaban en las armaduras de acero ó quedaba enbotada en la gruesa cota de algodón; pero algunos de ellos iban tan perfectamente dirigidos, que penetraban por las junturas y dejaban tendidos en el suelo á los ginetes.

La confusion crecia de punto cerca del puente roto. Algunos soldados habian caido dentro del canal, y sus caballos andaban sueltos vagando de acá para acullá. En tal aprieto, Cortés hizo mas que ninguno otro por cubrir la retirada á sus compañeros. Mientras reparaba el puente, rompió intrépidamente por entre las filas de los bárbaros derriband

un enemigo á cada salto de su caballo, defendiendo á sus soldados y esparciendo el terror entre los indios con solo el bien conocido grito de guerra que acostumbraba. Jamas se ha visto mayor ardimiento ni intrepidez, dice un antiguo historiador, que el que mostró Cortés en aquel dia en que se hizo émulo del romano Cocles. ¹ Quedóse conteniendo á los enemigos hasta que hubo pasado el puente aun el último soldado; despues de lo cual, para ponerse en salvo tuvo que dar en medio de los proyectiles de los indios, un salto de cerca de seis piés, pues se habian hundido algunas de las tablas de que estaba hecho el puente. ² Difundióse entre el ejército la

1 Oviedo es quien compara á Cortés con aquel guerrero romano del cual ha dicho Macaulay en su picante leyenda:

que con tanto valor defendió el puente en los tiempos de antaño.

"Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo de esta jornada al de Oracio Cocles que se tocó de suso, porque con su esfuerzo é lanza sola, dió tambien lugar que los caballos pudieran pasar é hizo desembarazar la puente é pasó á pesar de los enemigos, aun con harto trabajo." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10.

2 Guapo salto para un ginete y un caballo cubiertos de pesado acero; pero el hecho no solo lo cuenta Cortés al Emperador en su Relacion, (Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 142) sino que lo confirma plenamente Oviedo, el cual lo supo de boca de varios de los que se hallaron presentes. "Y segun lo que yo he entendido de algunos de los que pretentes se hallaron, demás de la resistencia de aquellos, habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo sin le faltar muchas pedradas de diversas partes, é manos, é por ir él y su caballo bien armados no les hicieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

noticia de que habia sido muerto Cortés, y de allí se propagó á la ciudad con gran placer de los mexicanos, y despues á la fortaleza con terrible consternacion para los sitiados. Pero afortunadamente esto era falso, porque aunque recibió dos fuertes contusiones en una rodilla, en lo demas salió ileso. Sin embargo, jamas habia estado en igual peligro, por manera que justamente se tuvo su salvacion y la de sus compañeros por un verdadero milagro. Mas de un grave historiador lo atribuye al auxilio del Apóstol Santiago, patron de los blancos, á quien en aquellos combates desesperados se le veia siempre pelear sobre un caballo blanquísimo, desnuda su reluciente espada y acompañado de una señora vestida igualmente de blanco (que se supone que seria la Virgen) y que arrojaba polvo á los ojos de los infieles. Este hecho está atestiguado por españoles y mexicanos (aunque por estos, despues de convertidos al cristianismo.) Ciertamente jamas fué mas necesaria que entonces la ayuda del santo patrono. ¹

1 En verdad que "dignus vindice nodus." La intervencion de la caballeria celestial en aquellos lances, está testificada por muchas autoridades de peso. Es interesante estudiar la lucha de ideas que pasaba en la cabeza de Oviedo, el cual se veia urgido entre las ideas dictadas por una razon sana é ilustrada, y las dictadas por la ciega supersticion de su época. En el siglo XVI era un combate muy desigual en el que las últimas debian prevalecer. Es tan característico de la época el pasaje de Oviedo, que lo copiaré literalmente. "Afirman que se vido al Apóstol Santiago á caballo,

La llegada de la noche dispersó los tercios aztecas que se alejaron del campo como aves de mal agüero, y dejó en poder de los blancos el disputado paso. Volviéronse éstos sin embargo á sus cuarteles, no con el aire de vencedores, sino con paso lento y ademan abatido, con sus armas descompuestas y sus armaduras estropeadas, y desfalleciendo de hemorragia, de hambre y de fatiga. A esto debía añadirse al llegar á la ciudadela, la funesta nueva de la muerte de Moteuczoma.

El monarca indio había ido empeorando cada dia mas y mas desde que recibió la herida, sin embargo

peleando sobre un caballo blanco en favor de los cristianos; é de cian los indios que el caballo con los piés é manos é con la boca mataba muchos dellos, de forma que en poco discurso de tiempo, no pareció indio é reposaron los cristianos lo restante de aquel dia. Ya sé que los incrédulos é poco devotos dirán que mi ocupacion en esto destes milagros, pues no los vi, es superflua é perder tiempo novelando, é yo respondo que esto á mas se puede creer; pues que los gentiles é sin fé é idólatras escriben que ovo grandes misterios é milagros en sus tiempos; é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el Diablo, pues mas fácil cosa es é Dios é la inmaculada Virgén Señora Nuestra, é al glorioso Apóstol Saotiago, é á los santos é amigos de Jesueristo hacer esos milagros que de suso están dichos é otros mayores." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

1 "Multi restiterunt lapidibus et jaeculis erufossi fait et Cortecius graviter percussus, pauci evaserunt incolumes et hi adeo languidi ut neque lacertoo erigere nequent. Postquam vero se in arcem receperunt non commode satis conditas dapes quibus reficerentur inveniorunt, nec forti asperi maliçii panis bucellas aut aquam patabilem, de vino aut carnibus sublata erat cura." (Mártir, de Orb. Novo., dec. 5, cap. 6). Véase tambien la descripción de este reñido combate, en: Oviedo, Hist. de las Ind., MS. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS., Part. I, cap. 26. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, caps. 9, 10. Gomara, Crónica, cap. 10.7

de que la angustia de su ánimo le había causado mas estrago que la herida misma. Continuó en el triste estado de insensibilidad que antes hemos descrito; no comunicaba con nadie; era inaccesible á todos los consuelos y se rehusaba á tomar ni alimentos ni medicinas. Viendo que se acercaba el fin del monarca, algunos caballeros que le acompañaban y le profesaban algun afecto, trataron de salvar la alma del moribundo del triste destino que está reservado á los que mueren en las tinieblas de la incredulidad. Por consecuencia, se le presentaron presididos por el padre Olmedo y le suplicaron que abriese los ojos á la luz de la fé, abnegase sus antiguas creencias y consintiese en ser bautizado. Pero Moteuczoma, á pesar de que le sugerian lo contrario, jamás faltó á la fé que había heredado de sus abuelos, y no se le puede tener por apóstata; nombre que merece en la acepcion mas odiosa de la palabra quien quiera que, ya siendo cristiano, ya pagano, renuncia á su religion sin estar convencido de que es falsa. ¹ Lejos de esto, la excesiva fé en sus oráculos le había hecho fiarse incautamente de los

1 Este pensamiento está espresado con singular energía en los siguientes versos de Voltaire:

Mais renoncer aux Dieux que l'on croit dans son erreur,
C'est le crime d'un lâche, et non pas une coeur;
C'est trahir á le fois sous un masque hypoerite,
Et le dieu qu'en préfere, et le dieu que l'on quitte:

Alzire, Act. 5, sc. 5.

españoles: el trato con éstos no era para hacerle amable la religion que profesaban, y finalmente las calamidades que affligian á su pueblo debian parecer al monarca el castigo que sus dioses descargaban sobre él, por haber concedido hospitalidad á los que habian destruido y profanado los altares.¹

Así es que, cuando el padre Olmedo arrodillado á los piés del lecho de muerte del monarca, con el Crucifijo en las manos, le suplicaba que adorase el signo de la redencion de los hombres, rechazó fria-

1 Camargo, el tlaxcalteca convertido, dice: que varios conquistadores le aseguraron que Motencuzoma pidió espontáneamente que le bautizasen, ya en los últimos momentos de su vida, y que fueron sus padrinos Cortés y Alvarado. "Muchos afirman, de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de muerte, pidió agua de bautismo, é que fué bautizado é murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas é diferentes pareceres; mas como digo de personas fidedignas, conquistadores de los primeros desta tierra, de quien fuimos informados, supimos que fué bautizado y cristiano, y que fueron sus padrinos del bautismo, Fernando Cortés y D. Pedro de Alvarado" (Hist. de Tlaxcala, MS.) Segun Gomara, el monarca deseaba ser bautizado desde antes de la llegada de Narvaez; mas se habia dejado la ceremonia para la Pascua, para que fuese aquella mas solemne; pero la ocupacion y peligros que despues sobrevinieron, hicieron que se olvidase, y Motencuzoma murió sin ser lavado de las manchas de la infidelidad. (Crónica, cap. 107). Torquemada, á quien nadie tildará de pirrónico en cosas en que se interesa el honor de la religion, desprecia todos estos cuentos que le parecen irreconciliables con el silencio que guardaron Cortés y Alvarado, los cuales no habrian podido menos de ponderar un triunfo que tan inútilmente habian procurado. (Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 7.) Estas observaciones de Torquemada se encuentran confirmadas por el hecho de que ningun escritor digno de fé corrobora las noticias anteriores, mientras que por el contrario están contradichas por otros muchos, por las tradiciones populares, y aun puede decirse que están destruidas por sí mismas.

mente al sacerdote, diciéndole: "Ya no me quedan mas que pocos momentos que vivir, y no quiero en esta hora suprema abandonar la fé de mis padres."

¹ Una cosa, sin embargo, oprimia el alma del príncipe; y era la suerte de sus tres hijos habidos en sus dos mugeres, pues es de saberse que habia gran diferencia entre la concubina y la muger legítima. Llamó, pues, á Cortés y le encomendó especialmente que cuidase de sus tres hijos que eran las joyas mas preciosas que le dejaba, Suplicó al general que se empeñase con su señor el emperador para que no les privase de toda la herencia, sino que se les concediera una parte de ella. "Nuestro señor," dijo para concluir, "así lo hará, aunque no sea mas sino por los buenos servicios que he prestado á los españoles y el cariño que les he tenido, el cual me ha traído á esta triste condicion, aunque no me pesa de ello." ² Tales fueron, segun refiere Cortés,

1 "Respondió, que por la media hora que le quedaba de vida, no se queria apartar de la religion de sus padres." (Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 10.) "Ya he dicho," dice Diaz, "la tristeza que todos nosotros tuvimos por ello, y aun el fraile de la Merced que siempre estaba con él y no lo pudo atraer á que se volviese cristiano." Cap. 127.

2 "Aunque no le pesaba dello." Pero esto es decir mas de lo que puede un hombre. Es probable que las palabras del monarca hayan sufrido alguna alteracion al interpretarlas Marina. El lector español encontrará la conversacion original en un documento notable que se encuentra en el apéndice, parte II, número xij. El general añade que cumplió fielmente todo lo que le habia encargado Motencuzoma, que recibió á sus hijas en su familia misma, y que conforme á la voluntad de su real padre, las hizo bautizar ⁶

las últimas palabras que dijo el monarca al espirar. A poco rato de haberlas dicho murió en brazos de algunos nobles que le habían acompañado fielmente, el 30 de Junio de 1520. ¹

Un historiador indio y enemigo de Moteuczoma, esclama de esta suerte: "Así murió el desgraciado Moteuczoma que había empuñado el cetro con tanta sabiduría á gobierno, que había sido mas respetado y temido que ningun otro príncipe de los de su linage, y aun pudiera decirse que mas que todos los que habían ocupado un trono en el Nuevo Mundo. En él se acabó la línea de los príncipes aztecas, y con su vida se extinguió la gloria de un imperio que parecía haber llegado al apogeo de la prosperidad." ² "Su muerte fué llorada," dice el antiguo

instruir en la doctrina cristiana. Despues casaron con hidalgos españoles, y obtuvieron del gobierno magníficos dotes. Véase la nota referente á la familia de Moteuczoma en este mismo capitulo.

1 Adopto la cronología de Clavijero, la cual no debe estar muy distante de la verdad (Stor. de Mexico, tom. 3, pág. 131.) Con todo, hay razones para creer que murió por lo menos un dia antes.

2 "De suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino á morir el desdichado Rey, habiendo gobernado este Nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se pueda imaginar, siendo el mas temido y reverenciado y adorado señor que el mundo ha habido, y en su linage como es cosa pública y notoria en toda la máquina deste Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran señor se acabaron los Reyes Culhuagues Mexicanos, y todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad de su monarquía; y así no hay de qué fiar en las cosas desta vida, sino solo en Dios." Hist. de Taxcalan, MS.

cronista castellano, "por todos los que le conocíamos y tratábamos, pues le queríamos como á nuestro padre, de lo que no hay por qué maravillarse, viendo lo bueno que era." ¹ Estas sencillas, pero enérgicas demostraciones de sentimiento dadas en tales momentos, son la mejor refutación de las sospechas que algunas veces se tuvieron sobre su fidelidad á los cristianos. ²

1 "Y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar de ello, viendo que tan bueno era." Bernal Diaz, cap. 126.

2 "Segun las apariencias," dice Herrera, "amaba á los cristianos" (Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 10.) Dicen que aunque muchas veces instaron á Moteuczoma, él nunca consintió en la muerte de ningun español ni se alegró de la herida de Cortés á quien amaba mucho; pero hay quienes disputen sobre esto." Gomara, Crónica, cap. 107.) Don Thoan Cano aseguró á Oviedo que durante todo el tiempo de la pugna entre los españoles y los mexicanos, tanto cuando Cortés estaba ausente, como despues de su vuelta, hizo Moteuczoma todo cuanto pudo para que no careciesen de víveres los españoles. (V. Apéndice, parte II, núm. 11.) Finalmente, Cortés en el instrumento público de que ya hemos hablado, hecho seis años despues de la muerte de Moteuczoma, dá un testimonio concluyente del cariño que les profesaba el emperador, y sobre todo le vindica de haber tenido ninguna participación en el levantamiento de la capital, "que," dice, "aun había yo confiado en poder apagar por su ayuda." (Véase Apéndice, parte II, núm. 12.)

Los historiadores españoles, no obstante que de vez en cuando muestran dudar algo de buena fé del monarca indio para con sus compatriotas, hacen honrosa mención de muchas de las excelentes cualidades que le adornaban. Sin embargo, Solís, el mas eminente de todos aquellos, termina su relación de la muerte de Moteuczoma con la siguiente reflexión: que sus últimos momentos los pasó respirando venganza y en proferir maldiciones contra su pueblo,

No es fácil pintar el retrato de Moteuczoma con sus verdaderos colores, pues ha sido presentado bajo dos luces contrarias. Los españoles al entrar en la tierra nos le presentan uniformemente, como un príncipe osado y belicoso; que no reparaba en los medios de saciar su ambición; pérfido y falso; temido de sus enemigos y hasta de su mismo pueblo al cual trataba con arrogancia y dureza. Después le encontraron no solo afable y gracioso, sino pronto á renunciar á todas las ventajas que le daba su posición, y á hacerles partícipes de ellas, obedeciendo como leyes sus caprichos; encontraronle no solo atento sino hasta afeminado, y constante en su amistad hacia ellos, al tiempo mismo que los combatía con las armas en la mano la nación entera. Estos rasgos, aunque contradictorios, están trazados con fidelidad; y basta lo extraordinario de la posición del monarca, para explicarlos satisfactoriamente.

Cuando Moteuczoma subió al trono, apenas tenía veintitres años. Joven y ansioso de dilatar sus dominios, estuvo continuamente ocupado en la guerra,

hasta que dió á Satanás, con el cual había tenido íntimo trato durante su vida, la eterna posesión de su alma." (Cong., lib. 4, cap. 16). Afortunadamente el historiador de los indios, sabía tan poca cosa sobre la suerte que aguardaba á Moteuczoma en el otro mundo, como de lo que había sido en este. ¿Fue el fanatismo, ó el deseo de presentar el carácter de su héroe á mejor luz; lo que le hizo oscurecer tan feamente el de su rival indio?

y se cuenta que asistió á nueve sangrientas batallas.¹ Era muy afamado por sus hechos militares, por lo que pertenecía á los *Quachictin*, la clase mas elevada del ejército y de la cual habian sido miembros muy pocos soberanos.² En los últimos años de su vida prefirió la intriga á la violencia, por convenir mejor aquella con su educación sacerdotal. Era en arterias mas diestro que ningun otro príncipe de su tiempo, y por medio de algunas, no muy honrosas, despojó de una gran parte de su territorio á su pariente el rey de Tetzcoco.

Siendo severo en la administración de justicia, hizo en los tribunales reformas importantes. Introdujo también algunas innovaciones en el servicio del palacio, creó nuevos oficios y estableció una profusión, etiqueta y magnificencia en las ceremonias de la corte, desconocidas de sus predecesores; pues él daba la mayor importancia á todo lo que miraba al boato y apariencias exterior de la magestad real.³ Fue activo y decente y cuidaba tanto

1 "Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos, en desafío, uno á uno." Gomara, Crónica, cap. 107.

2 Según Clavijero, solamente otro de sus antecesores llamado Tizoc, perteneció á esta orden de caballería, según aparece de las pinturas geroglíficas. Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pág. 140.

3 "Era mas cauteloso y ardidoso, que valeroso. En las armas y modo de su gobierno fue muy justiciero; en las cosas tocante á ser estimado y tenido en su dignidad y magestad real, de condicion muy severo, aunque cuerdo y gracioso." Ixtlixochilt. Hist. Chich., MS., cap. 88.

de su dignidad regia que aun pudiera decirse que era un rey farsante entre los bárbaros potentados del Nuevo Mundo, como lo fué Luis XIV entre los civilizados príncipes de la Europa.

Tenia además otra semejanza con el monarca francés: su fanatismo religioso en el último periodo de su vida. Acogió á los españoles creyéndoles los séres sobrenaturales que habian predicho sus oráculos. El mismo miedo que tenia á que visitasen la corte fué precisamente lo que le hizo entregarse á ellos ciegamente cuando llegaron. Sintióse dominado por un génio superior: les concedió de una vez todo lo que le pidieron: sus tesoros, su poderío y aun su persona. Por obsequiarles prescindió de sus acostumbradas ocupaciones, de sus placeres y de sus hábitos mas inveterados. Pudiera decirse que cambió de carácter y aun que [como le imputaban sus vasallos] habia trocado su sexo y [se habia vuelto mujer. Si bien es cierto que no puede uno menos de mirar con desprecio la cobardía del monarca azteca, algo debemos disculparle considerando que aquella provenia de su supersticion; de la supersticion que en el salvaje hace las veces de la religion en el hombre civilizado.

No es posible ver sin compasion el destino de Mo-teuczoma; verle arrebatado por la corriente de los acontecimientos sin poder ni evitarla ni contrastarla; verle semejante al árbol elevado, orgullo de los

bosques indios, que despliega la magnificencia de su follage y que por su misma elevacion está destinado á atraer los rayos y ser la primera víctima de la tempestad que va á asolar las selvas! Cuando el señor de Tetzcoco arengó á su real pariente en la ceremonia de la coronacion, le dijo: "¡Feliz imperio el que hoy ha llegado al mediodía de su prosperidad, á ser regido por un príncipe á quien el Altísimo tiene bajo su patrocinio, y á quien las naciones acatarán reverentemente! ¹ ¡Ay! aquel á quien se dirigan estas felices predicciones, vivió para ver á su imperio desbaratarse como se funde la escarcha de Diciembre; para ver llover de las nubes (pues tal parecia) una raza extranjera que devastase la tierra; para verse prisionero él mismo dentro del palacio de sus padres, hecho el compañero de los enemigos de su pueblo y de sus dioses; para ser insultado, ultrajado, hollado en el polvo, por aquellos ínfimos plebeyos que algunos meses antes temblaban al ver su entrecejo; para exhalar, en fin, su último suspiro dentro de las paredes de un recinto, que sin embargo de estar en el corazon mismo de su corte, era un destierro en que vivia extranjero y solitario! Fué la victima del destino, de un destino tan impío é

¹ Torquemada, (Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 68.) trae toda la alocucion.

implacable, como el que pintan las mitológicas leyendas de la antigüedad. ¹

Moteuczoma tenia cuando murió, cosa de cuarenta y un años, de los que habia reinado diez y ocho. Su persona y sus modales son los ya descritos arriba. Dejó una numerosa progenie, habida en varias mujeres, la mayor parte de las cuales quedaron despues de la conquista enteramente olvidadas y confundidas con la plebe. ² Sin embargo, un hijo y una hija que abrazaron el cristianismo, fueron el tronco de dos casas nobles de España. ³ El gobierno

¹ Aeschyl, Prometh, v. 514, 518.

² El Sr. Calderon de la Barca, último ministro español en México, nos ha referido que varias veces le aconteció pasar por una cabaña de indios, que despues de saludarle á su manera, le aseguraron ser descendientes de Moteuczoma.

³ Este hijo cuyo nombre de bautismo era "Pedro," descendía de una de las concubinas. Motenczoma tuvo dos mugeres legítimas; en la primera, llamada Tezalco, tuvo un hijo que pereció en la huida de México, y una hija nombrada Tecuichpo, que abrazó el cristianismo y fué llamada Isabel. Casó siendo todavía muy jóven con su primo Guatimotzin, y le sobrevivió tantos años, que despues de muerto él, dió su mano sucesivamente á tres castellanos, todos de noble alcurnia. De dos de ellos, D. Pedro Callejo y D. Thon Cao, descienden las ilustres casas de la Andrada y Cano Motenczoma.]

Motenczoma dejó de su segunda muger, la princesa Acatlan, dos hijas que despues de bautizalas recibieron los nombres de María y Leonor. La primera murió sin descendencia. Doña Leonor casó con un hidalgo español llamado Cristóbal de Valderrama, del cual desciende la familia de los Sotelos y Motenczomas. Ignoro á cuál de estas dos ramas pertenecen los condes de Miravalle de que habla Humboldt. (Essai politique, tom. III, pág. 73, nota.)

español, queriendo darles un testimonio de su reconocimiento por los vastos dominios que habia adquirido, procedentes de los progenitores de las dos personas ya mencionadas, les concedió estensos señoríos y distinguidos honores hereditarios. Los condes de Moteuczoma y Tula, enlazados con las mas nobles familias de Castilla, están denotando con su nombre su ilustre descendencia de la real dinastía de México. ¹

La genealogía la trae muy circunstanciada un Memorial de los nietos de Motenczoma, reclamando sus derechos á ciertas tierras de la pertenencia de sus respectivas madres. Dicho memorial, que no tiene fecha, se encuentra entre los MSS. de Muñoz.

¹ Es cosa interesante saber que uno de los descendientes de Moteuczoma, D. Joseph Sarmiento Valladares, conde de Motenczoma, la gobernado en México, como Virey, desde 1697 hasta 1701, los dominios de sus bárbaricos predecesores (Humboldt. Op. cit. p. 93, nota.) Solís habla de esta noble familia, grande de España, que mezcló su sangre con la de los Guzmanes y Meadozas. Clavijero trae la descendencia de dichas casas, del hijo del emperador, Yohualicabua, ó D. Pedro de Motenczoma, como se le llamó despues de bautizado, cuya descendencia se extinguió á fines del siglo pasado. (Véase Solís, Cong., lib. 4, cap. 15. Clavijero, Stor. del Mess., tom. I, pág. 302.) El último vástago de esta línea, de quien yo he podido tener noticias, murió no hace mucho tiempo en este país, (los Estados-Unidos.) Era muy rico, y poseia grandes estados en España; pero á lo que parece no era muy cuardo, pues que teniendo 70 años ó mas, pasó por México llevado de la loca esperanza de que la nacion, por razon de su alcurnia le elevase al trono de sus antepasados, recientemente ocupado por el presuntuoso Iturbide. Pero los mexicanos modernos, no obstante que detestan á los antiguos españoles, no respetaron la sangre real azteca. El desgraciado noble se retiró poco despues á Nueva-Orleans, donde puso término á sus dias, volándose la tapa de los sesos, no por ambicion, sino segun cuentan, por un amor burlado!

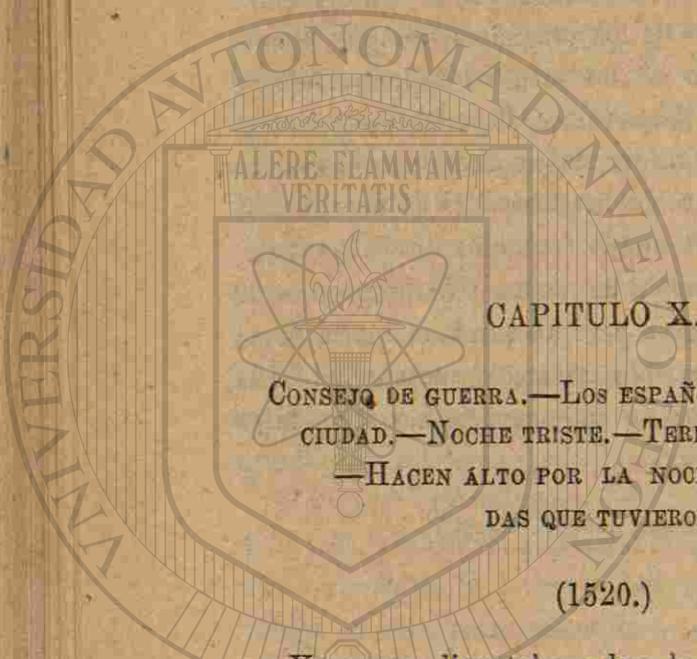
La muerte de Moteuczoma fué una calamidad para los españoles. Mientras vivió tuvieron en sus manos una prenda preciosa de que podían sacar gran provecho en un caso apurado; y hoy estaba ya roto el último eslabon que los unia con los naturales. Pero independientemente del interés, á Cortés y á sus oficiales afligió mucho la muerte de Moteuczoma, porque le querian y porque era natural que les consternase ver los yertos restos del herido monarca, y comparar aquella triste condicion á que su amistad le habia reducido, con la tan floreciente que tenia cuando llegaron á México.

El general español mostró respetar sumamente su memoria. Su cuerpo ataviado de las reales vestiduras, fué conducido á la ciudad en hombros de los nobles, en un féretro magnífico. Ignórase los funerales que allí se le hicieron, si es que se le hicieron funerales. Un sordo rumor que se percibió por el rumbo del poniente de la capital, hizo pensar á los españoles que seria la procesion fúnebre que conducía el cuerpo del monarca al cerro de Chapoltepec, para depositarlo entre las sombras venerables de los pasados príncipes.¹ Otros son de dictámen que el cadáver fué llevado á una hoguera fúnebre en la ciudad de Copalco, y que allí quedó reducido á ce-

¹ Gomara, Crónica, cap. 107. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, ib. 10 cap. 10.

nizas con todas las solemnidades de estilo y entre las lamentaciones de los magnates; aunque acompañadas tambien de los insultos del populacho.² Pero sea de esto lo que fuere, el pueblo ocupado enteramente en las trágicas escenas de la fortaleza, no se cuidaria mucho de los funerales de un monarca que no habia participado últimamente de los movimientos patrióticos de la nacion. Ni tampoco es de estrañar que se haya perdido aun la memoria de su sepulcro, en la terrible catástrofe que envolvió á la capital y que borró de su superficie hasta la última huella.

¹ Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 7.



CAPITULO X.

CONSEJO DE GUERRA.—LOS ESPAÑOLES EVACUAN LA CIUDAD.—NOCHE TRISTE.—TERRIBLE MATANZA.—HACEN ALTO POR LA NOCHE.—PERDIDAS QUE TUVIERON.

(1520.)

YA no se disputaba sobre la necesidad de evacuar la ciudad; las dudas recaían solamente sobre el momento de hacerlo y sobre el camino por donde debía verificarse la retirada; para deliberar sobre todo lo cual convocó un consejo de guerra el comandante español. Proponíase retirarse á Tlaxcalan y desde allí determinar según las circunstancias se presentasen, sus futuras operaciones. Después de alguna discusión, se convino en tomar el camino de Tlacopan, el cual era ciertamente mas largo que cualquiera de los dos por donde habían entrado; pero precisamente por esta causa sería

también el menos vigilado y siendo por otra parte, la calzada menos larga, por ella se podía llegar antes á tierra firme y ponerse comparativamente en salvo.

En cuanto á la hora de la salida hubo diferencia de opiniones: algunos proponían que se hiciese de día, para poder ver y calcular todos los peligros que les rodeasen y precaverse contra ellos; mientras que la oscuridad dificultaría sus movimientos, sin dificultar los del enemigo que conocía perfectamente el terreno: además, de noche habría mil obstáculos para obrar de concierto, para obedecer y aun para saber las órdenes del general. Pero los de dictámen contrario replicaban que sería mas conveniente salir de noche, pues el enemigo no acostumbraba pelear á aquella hora: decían que las operaciones ofensivas que habían hecho últimamente los españoles, debían tener descuidados á los mexicanos, que no podían sospechar que aquellos iban á verificar tan pronto su retirada; y que por otra parte, se podían alejar de la ciudad con celeridad y precaución, por manera que no se descubriese su retirada, la que una vez verificada, ya no había que temer.

Cuentan que este último parecer fué corroborado por un soldado llamado Botello, que se preciaba de conocer los misterios de la astrología judiciaria. Había cobrado gran fama entre el ejército por haber hecho algunas predicciones que se habían cum-

plido; predicciones que felizmente se habian realizado, y que entre la crédula multitud pasaban por cálculos. ¹ Este hombre aconsejó á sus compatriotas que de cualquiera manera que fuese, procurasen salir de la ciudad por la noche, por ser la hora mas propicia para ellos, aunque para él debia ser aciaga. El éxito probó que el astrólogo acertó con su horóscopo, aunque no con el de sus compañeros. ²

Acaso las predicciones de Botello tendrian alguna parte en las determinaciones de Cortés, porque la supersticion era el rasgo predominante de aquella época, y el general como ya lo hemos visto, tenia su buena dosis de supersticion: por otra parte en los momentos aciagos, se ven los hombres dispuestos á creer en lo maravilloso. Pero lo mas probable es, que siendo la opinion del astrólogo, acorde con su propio dictámen, se haya valido de los consejos de aquel para dominar á sus soldados é inspirarles mayor confianza. Sea de esto lo que fuere es el caso que determinó abandonar de noche la ciudad.

¹ Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

El astrólogo predijo que Cortés, se veria reducido al último extremo de miseria y que despues tendria grandes honores y fortuna. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128. Mostróse en esto tan eminente en su arte, como la sibila india que predijo el destino de la desaventurada Josefina.

² "Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió." Ibid, ubi supra.

El primer cuidado del general fué asegurar el transporte del tesoro. Como hemos dicho en otra parte, muchos de los soldados habian convertido el oro que les habia tocado del botin, en cadenas, collares y otros objetos portátiles. Pero el real quinto y el de Cortés, y gran parte del rico botin de los capitanes, habia sido fundido en barras y tejos, y depositado en uno de los salones del palacio. Cortés confió el quinto de la corona á los regidores y alcaldes, y les dió para que lo llevaran una muy buena yegua y algunos soldados castellanos. ¹ Gran parte del tesoro, tanto de la corona como de los particulares, fué preciso abandonarlo por falta de medios de transportes. El oro estaba amontonado en el suelo, excitando la codicia de los soldados. "Tomad el que querais," les dijo el general, "que mejor es

¹ El lugar donde iba el tesoro se ignora á punto fijo, aunque se sabe de cierto cuál fué la suerte que corrió. El general no estuvo exento de que se le acusara de negligencia, y aun con mas sinrazon todavia, de peculado. La noticia que yo doy en el texto está tomada sustancialmente de las declaraciones juradas que dieron los principales actores de aquel drama, y que constan en la Probanza á que tantas veces me he referido. "Hizo sacar el oro é joyas de sus Altezas é le dió é entregó á los otros oficiales Alcaldes y Regidores, é les dijo á la sazón que así se lo entregó que todos viesan el mejor modo é manera que habia para lo poder salvar; que él allí estaba para por su parte hacer lo que fuere posible é poner su persona á cualquiera trance é riesgo que sobre lo salvar viniese. . . . el cual les dió para ello una muy buena yegua é cuatro ó cinco españoles de mucha confianza, á quien se encargó la dicha yegua cargada con otro oro." Probanza hecha á pedimento de Juan de Lexalde.

esc, que no el que le cojan estos perros; ¹ pero cuidado de no llevar tanto que os estorbe, pues en la oscuridad de la noche se camina con mas seguridad mientras menos peso se lleva." Los mas de sus antiguos compañeros de armas, siguieron el consejo y solo cogieron ciertos artículos de poco bulto, aunque tal vez de mucho valor; ² pero los reclutas de Narvaez, ávidos de riquezas de que tanto habian oido hablar y de que hasta ahora habian visto tan poco, no fueron igualmente discretos. Parecióles que tenian delante todas las minas de México, y echándose sobre el fatal tesoro, no solo cogieron con avidez lo que cómodamente podian llevar consigo, sino cuanto cupo en sus alforjas, maletas y demás medios de transporte que hubieron á las manos. ³

Cortés dispuso inmediatamente la marcha. La vanguardia la componian doscientos infantes é iba al mando del valiente Gonzalo de Sandoval, ayudado de Diego de Ordaz, Francisco de Lujo y cosa de

¹ "Desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros." Bernal Diaz, *Ibid*, loc. cit. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 47.

² Bernal Diaz nos cuenta que él se contentó con cuatro "chalcivites," la gran piedra verde tan estimada de los indios, los cuales escogió de los cofres de Cortés antes que el mayordomo del rey viese tiempo para guardarlos; precaucion prudente pues que le sirvieron para comprar víveres y medicinas en las grandes escasezis que padecieron despues. *Ibid*, loc. cit.
³ Oviedo, *Ibid*, ubi supra.

otros veinte ginetes. La retaguardia, compuesta del grueso de la infantería, iba á las órdenes de Alvarado y Velazquez de Leon. El general mandaba el centro ó la "batalla" en la cual iban los bagages, los gruesos cañones (aunque algunos de ellos venian á retaguardia), el tesoro y los prisioneros. Eran estos: un hijo y dos hijas de Moteuczoma, Cacamac, el depuesto rey de Tetzoco, y otros varios nobles á quienes Cortés habia retenido cautivos para que en sus negociaciones futuras con el enemigo, le sirviesen de prendas. Los tlaxcaltecas estaban distribuidos casi igualmente entre las tres divisiones. Cortés llevaba bajo sus inmediatas órdenes cien de sus antiguos veteranos armados de lanzas, y á Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Alonso de Avila y á otros dos ó tres hidalgos que formaban un cuerpo selecto, spuestos á acudir á donde fuese necesario.

El general habia mandado construir un puente portátil para echarlo sobre los canales y poderlos pasar. Confiólo á un oficial nombrado Magarino que llevaba cuarenta soldados, con orden de defender el paso hasta la última estremidad. El puente debia levantarse luego que hubiese pasado todo el ejército, y ser llevado al canal inmediato. Habia en la calzada tres fosos, y ojalá que la prevision del general hubiese hecho construir otros tantos puentes, que muy diferente hubiera sido la suerte del ejér-

cito; pero el trabajo que costaba hacerlos era mucho y el tiempo de que se podía disponer era poco.¹

A la media noche ya estaban las tropas sobre las armas, dispuestas para emprender la marcha. Díjose misa por el padre Olmedo que invocó la ayuda del cielo en los tremendos peligros de aquella noche. Abriéronse las puertas de la fortaleza, y el 1º de Julio de 1520, dejaron los españoles para siempre aquellas murallas testigos de sus horribles padecimientos y de su indómito valor.²

La noche estaba oscura, y aumentaba su horror la lluvia que caía á torrentes y sin intermision. La gran plaza de frente á la fortaleza estaba tan desierta como lo habia estado desde la muerte de Mo-teuczoma. Los españoles atravesaron callada y cautamente la calle real de Tlacopan, que hacia poco

¹ Gomara, Crónica, cap. 109. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 143. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 13, 47.

² Hay algunas dificultades para determinar exactamente la fecha de la salida, como sucede con casi todos los sucesos de la conquista, á causa de que la cronología pareció cosa supérflua á los antiguos cronistas. Ixtlilxochilt, Gomara y otros, dicen que fué el 10 de Julio; pero esto es abiertamente contrario á lo que dice Cortés, quien asegura que el ejército llegó á Tlaxcallan el 8 (no el 10 de Julio, como equivocadamente copió Clavijero, Stor. del Mess., t. III, págs. 135, 136, nota.) Y del exacto itinerario del general resulta que abandonaron la capital en la noche del último de Junio, ó por mejor decir, en la madrugada del 1º de Julio. El añade que esto fué la noche siguiente á la accion que tuvieron en los puentes, en la ciudad. Compárense las páginas 142 y 149 de la Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana.

tiempo habia resonado con el estrépito y tumulto de la batalla. Todo estaba hundido en el silencio, y lo que únicamente venia á recordar á los españoles lo pasado era uno que otro cadáver ó un monton de ellos, en los lugares en que mas refida habia sido la refriega. Al pasar los españoles por las callejuelas y encrucijadas que iban á desembocar en la calle principal, veian los canales cuya tersa superficie brillaba con una especie de lustre negro como de ébano, y les parecia divisar las sombras de enemigos ocultos en acecho y prontos á precipitarse sobre ellos; pero no era mas que una vision, pues la ciudad dormia tranquila, sin que su sueño fuese interrumpido mas que por el prolongado eco de las pisadas de los caballos, y por el sordo rumor de los bagages y la artillería. Por último, descubrieronⁱ mas allá de una oscura línea de casas, un espacio iluminado, que indicó á la vanguardia que habia legado á la entrada de la calzada. Alegrábanse ya de haber escapado de los peligros de un asalto en la ciudad misma, y de que pronto iban á estar comparativamente seguros, cuando vieron que no todos los mexicanos estaban durmiendo.

Ya al tocar al extremo de la calle y al entrar en la calzada, estando preparando el camino para echar el puente portátil, sobre la primera cortadura, fueron sentidos de los centinelas que habian sido apostados allí, lo mismo que en las demás entradas de

la ciudad, los cuales dieron la seña de alarma y huyeron dando gritos á donde estaban sus compañeros. Los sacerdotes que desde los teocallis velaban y tocaban las horas, difundieron al punto la noticia, tañendo sus atabales y el enorme tambor cuyos melancólicos tonos que solo se oían en las grandes calamidades, vibraron en el devastado templo del dios de la guerra, y se escucharon por todos los ángulos de la ciudad. Los españoles conocieron que no habia tiempo que perder: hicieron traer y echar el puente con la mayor celeridad. Sandoval fué el primero que puso á prueba la resistencia del puente, atravesándolo con su puñado de ginetes, sus doscientos infantes y sus aliados tlaxcaltecas que formaban la primera division. Luego llegó Cortés con sus escuadrones, sus cañones y bagages; pero antes de que hubiese acabado de desfilarse, se oyó que se acercaba un rumor semejante al que hace un bosque cuyo follage es agitado por el huracan. El ruido crecía mas y mas á cada instante, al mismo tiempo que en la oscura superficie de las aguas se percibía un chasquido como de muchos remos. Despues llegaron algunas que otras piedras y saetas descarriadas, que pasaban por entre las presurosas tropas. A pocos instantes las piedras y las saetas caían á millares, y atronaba los cielos el chillar de millares de millares de indios que parecia que de un golpe habian inundado la tierra y el lago.

Los españoles proseguian imperturbables su camino en medio de aquella granizada; pero los bárbaros acercaban sus canoas á las orillas de la calzada, saltaban á tierra é intentaban romper las filas castellanas. Los españoles, que lo que deseaban únicamente era escaparse, evitaban todo combate que no tuviese por objeto la preservacion. Los ginetes acometian con el caballo sobre los enemigos y pasaban por encima de su cuerpo derribado; los infantes se abrian paso con la punta de su acero ó la culata de sus mosquetes, y arrojaban á los enemigos á las orillas de la calzada.

Pero la marcha de un ejército de algunos miles de hombres, por un desfiladero que solo tenia el ancho bastante para quince ó veinte, era por precision larga; así es que la vanguardia ya habia llegado á la segunda cortadura, y la retaguardia todavia no acababa de pasar la primera. Tuvieron, pues, que hacer alto, por no tener modo de pasar adelante, resistiendo entretanto la incesante hostilidad de los indios que cerca de los fosos estaban aglomerados en mucho mayor número. La vanguardia que estaba en el mayor aprieto, mandaba repetidos recados á los de atrás para que se diesen prisa á pasar y les envasen el puente portátil. Por último, átravesóle todo el ejército, y Magarino y sus robustos compañeros procuraron levantar la pesadísima máquina; pero se habia enterrado de los dos lados de

foso. Todos los esfuerzos para removerla fueron inútiles: el peso de tantos hombres y caballos, y sobre todo, de la artillería, había enterrado tan de firme las vigas en la tierra y las piedras, que no había fuerza bastante á sacarlas. Fuera de esto, tenían que ejecutar aquella maniobra en medio de una nube de proyectiles; por lo que despues de muertos muchos y de heridos todos, tuvieron que desistir de todas sus tentativas.

La noticia se fué propagando de uno en uno hasta llegar á oídos de todo el ejército: entonces se escuchó un grito de desesperacion que aumentó por un instante el horror de aquel lance. Faltaban todos los medios de retirarse: ya no quedaba esperanza ninguna, fuera de la que cada cual pudiese tener en sus propios esfuerzos: acabaron la subordinacion y la disciplina: y como el sumo peligro produce el sumo egoismo, todos pensaban nada mas que en su vida: al andar pisoteaban á los muertos y heridos sin cuidarse de si eran compañeros ó enemigos. Las prolongadas filas de los españoles, batidas por la retaguardia, se apiñaban y huían hacia la orilla del lago. Sandoval, Ordaz y los demas ginetes se arrojaron al agua: algunos de ellos lograron atravesar á nado el foso; pero otros no lo consiguieron, y algunos que llegaron á la orilla opuesta, al dar el salto ie fueron de cabeza al agua con caballo y todo. La infantería caminaba en la mayor confusion y desór-

den, acribillada por las saetas de los aztecas y recibiendo sus golpes. Algunos desventurados soldados fueron arrastrados medio aturcidos á bordo de una canoa y conducidos adonde su muerte solo fuese retardada para hacerla mas horrible.¹

La matanza fué horrenda en la calzada. Las gruesas filas de los españoles presentaban un blanco seguro á los proyectiles de los indios, los cuales en el furor del combate, solian matar hasta á sus mismos camaradas. Los que estaban cerca de la calzada arimaban á ella con tal fuerza sus canoas, que se rompian estas con el choque; saltaban á tierra y se abalanzaban sobre los cristianos hasta que los unos y los otros caian juntos en el agua; pero el azteca caia entre sus amigos y su antagonista era conducido en triunfo al sacrificio. En medio de aquel combate se escuchaba un horrísono clamor, en el cual se confundian los espantosos gritos de venganza con los ayes de los agonizantes, las invocaciones á los santos con los lloros y lástimas de las mujeres, y pues es de saberse que en el campo cristiano las había

1 Ibid, pág. 143. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Bernal Diaz, cap. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 13, 47. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 24. Mártir de Orbe Novo, dec. 5, cap. 6. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 4. Probanza en la Villa Segura, MS.

2 "Pues la grita y lloros y lástimas que decian demandando socorro: ayudadme que me ahogo, otros: socorredme que me matan; otros demandando ayuda á Nuestra Señora Santa María y á Señor Santiago." Bernal Diaz, ibid, ubi supra.

tanto naturales como españolas. Entre estas se hallaba Doña María de Estrada, célebre por el valor que mostró en esta ocasión en que peleó con su espada y su adarga, como el más fuerte de los conquistadores.¹ El foso se había llenado con los restos de las cosas que habían pasado por allí, de cajas de municiones, de cureñas de cañón, de tercios de telas, de cajitas llenas de barras de oro, de cuerpos de hombres y de caballos, &c., hasta que por último estos restos fueron tantos que por sobre ellos pudieron los de la retaguardia pasar al otro lado. Dicen que Cortés encontró un punto que era vadeable, y que haciendo alto aunque el agua le llegaba hasta la cincha del caballo, procuró contener el desorden y llevar á sus compañeros por un lugar menos inseguro, hasta la orilla opuesta; pero su voz se perdía entre la bélica algazara. Finalmente, se

¹ Y así mismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual con una espada y una rodela en las manos hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos, con tanto coraje y ánimo como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada que era muger. . . . Casó esta señora con Pedro Sanchez Farfan, y diéronle en encomienda el pueblo de Tetela." Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 72.

² Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

"Por la gran prisa que daban de ambas partes del camino comenzaron á caer en aquel foso y cayeron juntos qué de españoles, qué de indios y caballos y de cargas y el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagage quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos." Sahagun. Hist. de la Nueva-España, MS., lb. 1, cap. 24.

adelantó á toda prisa, acompañado de los bravos caballeros que iban con él y llegó á la vanguardia, habiendo visto morir á su lado á su escudero Juan de Salazar. Allí encontró á Sandoval con los suyos, detenido á la orilla de la tercera y última cortadura, el cual procuraba alentarlos para que la salvaran; pero eran infructuosas las tentativas, pues aquella era ancha y profunda; aunque por otra parte, los enemigos no hostilizaban tanto aquí como en las otras dos. Los ginetes dieron el ejemplo entrando en el agua. Los caballos y los hombres se echaron en seguida como pudieron, unos á nado, y otros asiéndose de las crines y colas de los animales. Los que mejor salieron, fueron como el general lo había predicho, los que iban menos cargados; mientras que cupo una suerte infeliz á muchos de los que, agobiados por el oro que tanto codiciaban, encontraron su tumba en las salobres aguas del lago. Cortés y sus valientes Hidalgos. Olid, Morla, Sandoval y otros pocos siguieron avanzando, procurando sacar á los restos del ejército, de aquella fatal calzada. El estrépito del combate disminuía con la distancia, pero á poco tiempo les llegó la noticia de

¹ "E los que habían ido con Narvaez arrojáronse en la sala á cargáronse de aquel oro y plata cuanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no les dejaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados, é á otros los llevaban arrastrando, é y otros mataban allí. E así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera." Oviedo, Hist. de las Ind., MS.; lib. 33, cap. 47.

que la retaguardia sucumbiría indefectiblemente si no recibía oportuno socoro. Dárselo era casi un acto de desesperación, pero los hidalgos españoles no se paraban á calcular el peligro, cuando alguien demandaba su amparo. Volvieron caras y se dirigieron apresuradamente al campo de batalla, se abrieron paso por entre la multitud, atravesaron el canal y llegaron al punto en que mas refrenda era la refriega.¹

El primer albor de la mañana se reflejaba sobre las aguas, y alumbraba las horrendas escenas que se habian ejecutado en medio de la oscuridad de la noche. Las gruesas masas que combatian á orillas de la calzada, disputaban con tal ímpetu el terreno que estaban pisando, que parecia que la tierra temblaba, y efectivamente algunos puntos de la calzada se sacudian como si hubiese un terremoto. Al mismo tiempo la superficie de la laguna, hasta donde podía alcanzar la vista, estaba cubierta de millares de canoas llenas de guerreros, cuyas lanzas y espadas armadas de filosas láminas de obsidiana, relucian con los rayos del sol matinal.

Encontraron á Alvarado desmontado y acompañado de un puñado de compañeros, en encarnizada lucha con una multitud de enemigos que le agobia-

¹ Herrera, Hist. Gral, dec. 2, lib. 10, cap. 11. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. ep. 128.

ban con solo su peso. Su excelente cortel que le habia acompañado en mas de cien duras batallas habia muerto.¹ Herido Alvarado en varias partes, se esmerzaba inúltimente por reunir su columna dispersada y arrojada á la orilla del canal por el furioso enemigo que á aquella hora ya era dueño de toda la retaguardia y estaba recibiendo de la ciudad refuerzos nuevos. La artillería no habia sido infructuosa en los primeros momentos del combate, pues las balas habian atravesado la calzada y derribado indios á centenares; pero la impetuosidad de estos fué irresistible. Las filas delanteras empujadas por las que venian atras, se arrojaron sobre las piezas, y semejantes á un torrente arrebataron cuanto encontraron, hombres y cañones. La impetuosa embestida de los españoles recién venidos, hizo mudar de pronto el aspecto de la lucha y dió tiempo á sus compatriotas dispersos, para reunirse aunque débilmente. Pero el reflujo de los indios obligó á Cortés y á sus compañeros á echarse al agua, aunque no todos escaparon. Alvarado se detuvo un momento á la orilla del lago, sin saber que hacerse. Desmontado como estaba, ninguna esperanza de salvacion le ofrecia arrojarse al agua, habiendo una multitud

¹ "Luego encontraran con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano á pié, que la yegua alazana ya se la habian muerto." Ibid.

de canoas enemigas que cercaban la cortadura: para resolverse solo quedaba un instante; pero era hombre de formas vigorosas y por otra parte, la desesperacion le dió fuerzas sobre humanas. Clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban por sobre las aguas, se echó hácia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlaxcaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, esclamaron al ver aquel salto incomprendible: "Deveras este es *Tonatiuh*, (el hijo del sol.)" ¹ No se sabe cual era el ancho de la zanja, pero era tan considerable que el capitán Diaz que la vió, afirma que salto igual no lo puede dar ningun hombre. ² Sin embargo, hay contemporáneos de la

¹ "Y los amigos, vista tan gran hazaña, quedaron maravillados, y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heroico espantable y raro que ellos no habian visto hacer á ningun hombre, y así adoraron al sol comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo á grandes voces: verdaderamente que este es "hijo del sol." (Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.) Este escritor consultó la probanza hecha por los herederos de Alvarado, en la cual alegan los méritos de su antepasado y afirman que están atestiguados por los mas valientes capitanes tlaxcaltecas que estuvieron presentes en aquella batalla. ACASO el famoso salto estaria entre los méritos de que habla el historiador. M. de Humboldt que cita á Camargo, como tal lo considera. (Essai politique, tom. 2, pág. 75.) Esta autoridad probaria mas que cualquiera otra; pero el lenguaje de Camargo, no me parece que autoriza para sacar semejante consecuencia.

² "Se llama ahora la puente del salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase." Hist. de la Conq., cap. 128.

conquista que no creen en la anécdota. ¹ Pero en lo que no cabe duda es, en que en aquel tiempo era creencia popular y en que aun en nuestros dias es sabida de todos los habitantes de la capital: el nombre de Salto de Alvarado que tiene el lugar donde se dió, recuerda una de esas hazañas dignas de competir con las de los semi-dioses de la fábula griega, ²

Cortés y sus compañeros se pusieron al frente de las tropas que iban desordenada y confusamente huyendo de la funesta calzada. Unos pocos enemigos eran los que únicamente les picaban la retaguardia; recibiendo tambien algun daño de los que desde las canoas les disparaban nubes de flechas. Distrajo la atencion de los aztecas el rico botin que habia quedado esparcido por el campo de batalla lo que fué gran fortuna para los españoles, pues si sus enemigos hubieran continuado persiguiéndoles

¹ Gomara, Crónica, cap. 109. Camargo, Ibid., ubi supra. Oviedo, Hist. de las Inds., MS., lib. 33, cap. 47. Este último autor dice frecuentemente que muchos que vieron el lugar le aseguraron que era imposible. "Fué tan estremado de grande el salto que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningun hombre humano. En fin, él saltó é ganó en ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.

² A todas las viageros se les enseña aquel sitio que es un foso de poca anchura, atravesado por un puñecillo y que está cerca de la estremidad occidental de la Alameda. Como aquel sitio recibió su nombre desde en tiempo de Alvarado, esto no ha de haber desmentido el cuento; pero no sabiéndose á punto fijo la magnitud del salto, por muy extraordinario que se le pondere, no hay medio de juzgar sobre su probabilidad.

con el mismo encarnizamiento con que hasta entonces habian peleado, probablemente no habria quedado ni un solo cristiano. Pero poco molestados, pudieron desfilan por el pueblecillo adyacente, ó por mejor decir, por los suburbios de Popotla.¹

El comandante español, despues de apearse de su fatigado corcel y de recostarse en las gradas de un templo indio, miró tristemente desfilan por delante de él, sus destrozadas tropas. La caballería, la mayor parte sin caballos, venia confundida con la infantería, la cual arrastraba con trabajo sus cansados miembros. Las rotas mallas y desgarradas vestiduras salpicadas de lodo salado, dejaban ver sus grandes heridas. Sus relucientes armas, sus cascos y banderas, su tren y su artillería, en suma todo lo que constituye el orgullo y los trofeos de una guerra gloriosa, todo se habia perdido para siempre. Al pasar Cortés la vista por aquellas menguadas y desordenadas filas, en vano buscó la cara de muchos de los antiguos y queridos compañeros que le habian seguido inseparablemente en todos los peligros de la campaña. Aunque acostumbrado á reprimir

1 "Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedra, que llevaba el bagage, y de sacar los muertos de aquella azequia, y á los caballos y otras bestias. Y por esto no siguieron el alcance y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos." Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

sus emociones ó á lo menos á disimularlas, aquel espectáculo fué superior á las fuerzas de Cortés, que ocultó el rostro entre las manos, y cuyas lágrimas no pudo contener, revelaron la angustia mortal que devoraba á su alma.²

Con todo, algun alivio sintió al ver á muchos de los hidalgos en quienes mas confiaba. Alvarado, Olid, Ordaz, Sandoval, Avila, aun no perecian. Cúpole tambien la inesplicable satisfaccion de ver salva á la intérprete Marina, á quien amaba tanto y que tan útil era al ejército. Habia sido confiada, juntamente con la hija de un tlaxcalteca, á una partida considerable de estos guerreros, que venian en la vanguardia y que cuidó fielmente de preservarla de todos los peligros de aquella noche. Aguilar, el otro intérprete, tambien habia escapado, é igualmente el constructor de las naves, Martin López. El empeño con que se informó Cortés de la suerte de este hombre, que tan interesante era para el buen éxito de las operaciones subsecuentes, prueba que el indomable espíritu de Cortés, aun en los momentos de mayor afliccion, se ocupaba en preparar la hora de la venganza.

El ejército llegó á las inmediaciones de una ciudad llamada Tlacopan (Tacuba) que fué en un tiem-

1 Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Ixtlilxochilt; Hist. Chich., MS., cap. 89. Gomara, Crónica, cap. 109.

2 Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 12.

po la capital de un señorío independiente. Hizo alto en la calle principal, como vacilante é incierto del camino que habia tomar; semejante á un tímido ciervo que va huyendo de los cazadores y en cuyos oídos resuena todavía el ladrido del sabueso y la bocina y que busca asustado, por todas partes, unantro en que ocultarse, Cortés que se habia adelantado y puesto á la cabeza del ejército, conoció cuán peligroso era permanecer en el corazon de una ciudad populosa cuyos habitantes podian causar gran daño desde las azoteas, sin recibir ellos ninguno. Continuó, pues, avanzando é internándose y trató de reorganizar y medio ordenar sus desconcertados batallones. ¹

A poca distancia, hácia la izquierda se levantaba una montaña que miraba hácia las cordilleras que atraviesan el valle por la parte del poniente. Llamábase el cerro de Otoncalpolco, y tambien cerro de Moteuczoma. ² Estaba coronada de un teocalli, cuyo estenso átrio ocupaba gran espacio, y que por

¹ "Tacuba," dice el interesante viajero Latrobe, "está casi al pié de la cordillera, y hoy solo es notable por la espaciosa y venerable iglesia que erigió allí Cortés. No lejos de allí se ven las líneas de un campamento español. No temo ser temerario al aventurar la opinion (aunque acaso será una coincidencia) de que esta misma fué la posicion que escogió Cortés para atrincherarse despues de la retirada arriba mencionada, y antes de emprender su penosa marcha para Otumba. (Viage á México, carta 5.) Segun lo que hemos dicho en el texto, es evidente que Cortés no hizo allí ninguna fortificacion, á lo menos al retirarse de México.

² Lorenzana, Viage, pág. XIII.

su elevada posicion que dominaba aquellas llanuras, ofrecia un sitio á propósito para que se guareciesen las fatigadas tropas, Pero estas, desalentadas y aterradas por los últimos reveses, no parecia que estuviesen capaces de otro nuevo encuentro, y este era inevitable para apoderarse del templo, pues lo defendia un cuerpo de indios. Cortés conoció que desalojarles de allí era preciso, á no ser que quisiera ver destruido hasta el último resto de su ejército; y el éxito probó que aquel hombre todavía ejercia sobre sus tropas un imperio mas fuerte que el de las circunstancias. Ayudado de sus valerosos capitanes consiguió infundir á los mas abatidos una chispa del intrépido brio que á él le animaba, y les condujo al frente del enemigo; pero los indios opusieron muy débil resistencia y despues de unas cuantas descargas que hicieron muy poco daño, abandonaron el campo á los españoles.

El edificio era ámplio y ofrecia cómodo alojamiento para los pocos españoles que habian quedado. Allí encontraron algunos víveres y luego les trajeron mas de varios pueblos otomíes de las inmediaciones, de los que eran amigos. Habia ademas en los patios alguna leña destinada al uso del templo: con ella hicieron hogueras en que secaron sus vestidos que estaban empapados, y en seguida se ocuparon en curarse recíprocamente sus heridas, que con el abandono y la fatiga se habian agravado

y puesto muy dolorosas. Después de este refrigerio se tendieron á la larga en los átrios del templo, y allí encontraron luego ese consuelo que la naturaleza rara vez rehúsa aun en medio de los mayores padecimientos.¹

Entre todos los españoles habia, sin embargo, uno que no cedia al sueño con igual facilidad: ¿Qué cúmulo de pensamientos agitarían en tropel el alma del general, al ver los míseros restos de su ejército, todos reunidos en aquel oscuro vibaque! Aquello era todo lo que quedaba del brillante ejército con que pocas semanas antes habia entrado en México. ¿Qué habia sido de sus sueños dorados de conquista y de mando! ¿Ni qué otra cosa era él, sino un desgraciado aventurero, al cual señalaba como loco el dedo del desprecio? ¿Por donde quiera que volvía los ojos encontraba un horizonte tenebroso y ni un solo punto luminoso que le ofreciese esperanza! Faltábale que hacer un cansado viage por peligrosos y mal conocidos caminos, con guías de cuya fidelidad no podia estar seguro. ¿Ni cómo podia descansar en el acogimiento que le hiciesen en Tlaxcallan, que era el lugar donde se encaminaba, si era la tierra de sus antiguos enemigos y si antes de con-

¹ Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 24. Bernal Diaz, cap. 128. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Ixilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 89.

quistador, y ahora como amigo habia llevado allí siempre la desolacion?

Sin embargo, estas tristes y téticas reflexiones que habrian abatido un alma vulgar, no hacian mella en la de Cortés, ó mejor dicho, solo servian para excitar su energía y avivar sus percepciones, de la misma manera que el embate de los elementos sirve para purificar la atmósfera. Contemplaba con ojos serenos sus pasados reveses; pero confiaba en sus propios recursos y veía una luz de esperanza, donde los demás solo veían tinieblas. Aun en los miserables restos que yacían esparcidos en torno suyo y que segun su aspecto siniestro y su grosero porte, parecían una horda de proscritos famélicos, aun en esto descubria los materiales con que debia reconstruir el edificio de su arruinada fortuna. Está fuera de duda que en los momentos mismos de universal abatimiento y desventura, su alma heroica maquinaba el plan que después llevó á cabo con tan inperterrita constancia.

En cuanto á la pérdida que tuvieron los españoles en aquella fatal noche, como en cuanto á los demás acaecimientos de la conquista, hay gran discrepancia de pareceres. Si hemos de creer lo que dice Cortés en su carta, la pérdida subió á ciento y cincuenta españoles y dos mil indios; pero los boletines del general, aunque muy exactos en lo tocante á las dificultades que encontró y á los resultados en ge-

neral, no son muy exactos en cuanto á los recursos con que contaba ni á las pérdidas que sufría. Thoan Cano, uno de los hidalgos que se hallaron presentes, calcula que los muertos fueron 770 españoles y 8000 tlaxcaltecas; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos apartaríamos menos de la verdad, si adoptásemos la autoridad de Gomara, capellan de Cortés, y que no solo pudo consultar los papeles del general, sino otros igualmente auténticos. Segun él, el número de los cristianos muertos fué 450, y el de los aliados, 4,000. Esta pérdida, juntamente con las sufridas la semana anterior, habrá reducido á los primeros á mas de la tercera parte, y á los segundos á la cuarta ó acaso á la quinta de lo que eran cuando entraron en la capital. ¹ La peor parte de la refriega la llevó la re-

¹ La tabla siguiente dará al lector alguna idea de la discrepancia que sobre esto hay en los diversos escritores, entre los cuales hay unos que fueron testigos de vista, y otros que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, son casi de igual peso.

Cortés, en Lorenzana, pág. 145....	150 españoles,	2,000 indios.
Cano, segun Oviedo, lib. 33, cap. 54..	1,170	„ 3,000 „
Probanza, etc....	200	„ 2,000 „
Oviedo, lib. 33, cap. 13.....	150	„ 2,000 „
Camargo, etc.....	400	„ 4,000 „
Gomara, cap. 109..	450	„ 4,000 „
Ixtlilxochitl, c. 88.	450	„ 4,000 „
Sahagun, lib. 12, cap. 24.....	300	„ 2,000 „

taguardia, de la cual pocos escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narvaez, que hasta cierto punto fueron víctimas de su codicia, ¹ Quedaron fuera de combate 26 ginetes, que juntos con los muertos anteriormente, redujeron la caballería á 23 hombres, muchos de ellos en la mas triste situacion. La mayor parte del tesoro, los bagages y los papeles del general, entre los cuales venia un diario de lo acaecido desde la salida de Cuba, cuyos papeles habrian sido, para la posteridad á lo menos

Herrera, dec. 2, lib.

10, cap. 12..... 150 „ 4,000 „

Bernal Diaz no se tomó el trabajo de ser concordante consigo mismo; pues despues de decir que la retaguardia que reportó la mayor pérdida, constaba de 120 Lombres, agrega en el mismo párrafo que de estos murieron 150, y á las pocas líneas dice que 200.

Cano comprende en su regulacion á aquellos, que aunque pocos comparativamente, perecieron en la subsecuente de la marcha. Este mismo, afirma que 270 hombres de la guarnicion se quedaron, ignorando la partida de sus compañeros, ó mejor que fueron pérfidamente dejados allí y que aunque se rindieron con todas las garantías de la guerra, fueron sacrificados por los aztecas. (Véase el Apéndice, parte II, núm. 11) La inverosimilitud de semejante cuento en el cual se supone que un ejército con todos sus trenes y bagages podia evacuar una fortaleza sin que lo sintiesen tantas gentes, y que se las abandonaba en las circunstancias en que mas se necesitaba de la cooperacion hasta del último hombre; la inverosimilitud de tal cuento, repito, es muy obvia pata que me detenga á refutarlo. Herrera dice otra cosa mucho mas probable y es, que Cortés dió orden muy especial al capitán Ojeda de que cuidase, no con la precipitacion de la salida, fuese á quedarse en la fortaleza alguno que estuviese durmiendo ó herido. Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 11.

¹ “Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron cargados de oro.” Bernal Diaz, cap. 128.

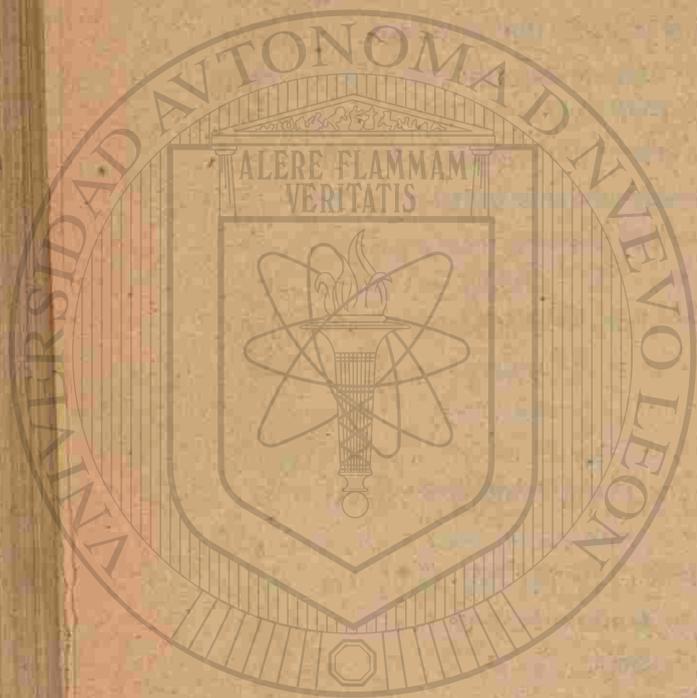
de mayor valor que el oro; todo esto quedó sepultado bajo las aguas.¹ Las municiones y las hermosas baterías con que habían entrado en la capital, se perdieron. No había quedado ni un solo mosquete, pues los soldados los habían arrojado, deseando descargarse de todo cuanto pudiera retardar su fuga. En suma, para asegurar la superioridad del europeo sobre el bárbaro, nada les había quedado de su aparato militar, fuera de sus espadas, su estropeada caballería y sus descompuestas ballestas.

Los prisioneros, entre los cuales estaban como lo hemos dicho, los hijos de Moteuczoma y el cacique de Tetzcoco, perecieron á manos de sus mismos compatriotas que no pudieron reconocerlos en la ciega furia del combate. También hubo entre los españoles algunas personas de calidad cuyo nombre quedó escrito en el sangriento catálogo de los muertos. Uno de ellos fué D. Francisco de Morla, que cayó al lado de Cortés, viniendo con él en socorro de los que habían quedádose atrás. Pero la mayor pérdida fué la de Juan Velazquez de Leon, que en union de Alvarado mandaba la retaguardia, el puesto de mayor peligro, donde murió defendiéndolo valientemente, muy al principio de la retirada. Era exce-

¹ Según él, se salvó parte del oro encomendado á los "tlaxcaltecas." (Cap. 136.) Del documento citado (Probanza de Villa Segura, MS.), aparece que el tesoro iba confiado á la custodia de los castellanos.

lente oficial, dotado de muchas prendas caballerosas, aunque algo altanero, por ser uno de los hidalgos mejor relacionados del ejército. Su cercano parentesco con el gobernador de Cuba le hizo ver al principio con tibieza las empresas de Cortés; pero luego, fuese que se convenció de que éste tenía la razón, fuese por preferencia personal, se identificó íntimamente con los intereses de su caudillo. El general corespondió á esto con generosa confianza, encargándole un mando independiente y de importancia tal, que una torpeza y hasta un error habría sido fatal para la expedición. Mas Velazquez se mostró digno de aquella confianza y no había en el ejército hidalgo alguno, con excepcion tal vez, de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiese sido mas profundamente deplorada por el comandante. Tales fueron las consecuencias de este terrible paso de la calzada; mas desastrosas que cuantos reveses han manchado el lustre de las armas españolas en el Nuevo Mundo; quedando la noche en que acaeció esta catástrofe, señalada en los anales de la Nación con el epíteto de: *la noche triste*. †

¹ Gomara, Crónica, cap. 109. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 13. Probanza en la Villa Segura, MS. Berna Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE 5225 A, NUEVO LEÓN, N.L.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Págs.
LIBRO SEGUNDO.—CAP. I.— Descontento del ejército.—Espías tlaxcaltecas.—Paz con la república.—Embajada de Motecuzoma.....	5
CAP. II.— Entrada de los españoles en Tlaxcalan.—Descripción de la capital.—Tentativa para convertir á los indios.—Embajada azteca.—Invitación á Cholula....	25
CAP. III.— Ciudad de Cholula.—Templo mayor.—Marcha á Cholula.—Recibimiento que hicieron á los españoles.—Se descubre una conspiración.....	45
CAP. IV.— Terrible matanza.—Se restablece la tranquilidad.—Reflexiones sobre la matanza.—Lo que se hizo después de ella.—Enviados de Motecuzoma.....	66
CAP. V.— Continúan la marcha.—Suben el gran volcan.—Valle de México.—Impresión que produce en los españoles.—Conducta del emperador.—Bajan al valle.	89
CAP. VI.— Alrededores de México.—Entrevista con Motecuzoma.—Entrada á la capital.—Recibimiento hospitalario.—Visita al emperador.....	118
LIBRO TERCERO.—RESIDENCIA EN MEXICO.—CAP. I.— Lago de Texcoco.—Descripción de la capital.—Palacios de Motecuzoma.—Servidumbre real.—Manera de vivir de Motecuzoma.....	161
CAP. II.— Mercado de México.—Templo mayor.—Santuarios interiores.—Cuartel de los españoles.....	191



	PAG.
CAP. III.—Ansiedad de Cortés.—Prision de Moteuczoma.—Trato que recibe de los españoles.—Ejecucion de sus oficiales.—Moteuczoma puesto en cadenas.—Reflexiones.....	221
CAP. IV.—Conducta de Moteuczoma.—Su vida en los cuarteles de los españoles.—Proyectada insurreccion.—Prision del señor de Texcoco.—Providencias posteriores de Cortés.....	246
CAP. V.—Moteuczoma jura vasallage á España.—Tesoros reales.—Su reparticion.—Culto cristiano en el Teocalli.—Disgusto de los aztecas.....	265
CAP. VI.—Paradero de los emisarios de Cortés.—Sucesos que pasan en Castilla.—Preparativos de Velazquez.—Narvaez llega á México.—Hábil política de Cortés.—Deja la capital.....	288
CAP. VII.—Cortés baja la mesa central.—Negociaciones con Narvaez.—Se prepara á atacarlo.—Cuarteles de Narvaez.—Es atacado de noche.—Es derrotado.....	315
CAP. VIII.—Descontento de las tropas.—Insurreccion de la capital.—Vuelta de Cortés.—Recibimiento hostil que le hacen en todas partes.—Matanza que hace Alvarado.—Levantamiento de los aztecas.....	344
CAP. VIII.—Los indios atacan con furor los cuarteles de los blancos.—Salida de estos.—Moteuczoma arenga al pueblo.—Queda gravemente herido.....	380
CAP. IX.—Toma del templo mayor.—Valor de los mexicanos.—Apuros de la guarnicion.—Reñido combate en la ciudad.—Muerte de Moteuczoma.....	404
CAP. X.—Consejo de guerra.—Los españoles evacuan la ciudad.—Noche triste.—Terrible matanza.—Hacen alto por la noche.—Pérdidas que tuvieron.....	440



FONDO EMERGENCIA
VALVEDERA 1971

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

IDAD AUTÓNOMA DE M U

CIÓN GENERAL DE B I B L I O T E